



**RAYMOND
CHANDLER**

**La ventana
alta**

Lectulandia

En *La ventana alta* (1942), la tercera novela de Raymond Chandler, Marlowe demuestra que no existen los casos sencillos y que detrás de una investigación rutinaria suelen esconderse las pasiones humanas más siniestras. Elizabeth Bright Murdock, una adinerada y áspera viuda, contrata a Marlowe para que encuentre su doblón Brasher, una moneda rara y muy valiosa que ha sido robada. Marlowe deberá resolver un rompecabezas cuyas piezas no parecen tener relación, mientras se suceden los asesinatos relacionados con un asesinato que fue silenciado durante muchos años.

«Marlowe es un sir Galahad con ropajes del siglo xx... un hombre capaz de enfrentarse a los peores elementos de un mundo despiadado. Llamémosle religión (o idealismo), pero con unos buenos puños e incluso una pistola como defensa».

Patricia Highsmith.

Lectulandia

Raymond Chandler

La ventana alta

ePub r1.0

Titivillus 05.09.16

Título original: *The High Window*
Raymond Chandler, 1942
Traducción: Juan Manuel Ibeas
Imagen de cubierta: Álvaro Domínguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La ventana alta

La casa estaba en la Dresden Avenue, en la zona de Oak Noll de Pasadena; era grande, sólida, de aspecto frío, con muros de ladrillo color borgoña, tejas de terracota y adornos de piedra blanca. Las ventanas de la parte inferior de la fachada estaban emplomadas. Las de la planta superior eran más bien rústicas y tenían a su alrededor montones de adornos en piedra que le daban un aire rococó.

A partir de la fachada principal y los arbustos en flor que la acompañaban se extendía un cuarto de hectárea de cuidado césped, que llegaba en suave pendiente hasta la calzada, encontrando a su paso un enorme cedro deodar y fluyendo a su alrededor como una fresca marea verde en torno a una roca. La acera y la mediana de la avenida eran muy anchas, y en esta última había tres acacias blancas dignas de admiración. Se respiraba un fuerte aroma a verano aquella mañana, y todo lo que crecía estaba completamente inmóvil en ese aire sofocante que tienen por allí cuando hace lo que llaman un día agradable y fresco.

Lo único que sabía de aquella gente era que se trataba de una tal señora Elizabeth Bright Murdock y familia, y que dicha señora quería contratar a un detective privado bueno y limpio, que no tirara al suelo la ceniza del puro y que nunca llevara más de una pistola. También sabía que era la viuda de un viejo imbécil con patillas llamado Jasper Murdock, que había ganado un montón de dinero en pro de la comunidad y cuya foto salía todos los años en el periódico de Pasadena el día de su aniversario, con las fechas de su nacimiento y su muerte y la leyenda «Una vida al servicio de los ciudadanos».

Dejé mi coche en la calle, caminé sobre unas cuantas docenas de piedras planas incrustadas en el césped y toqué el timbre que había en el pórtico de ladrillo, bajo un tejadillo a dos aguas. Una tapia baja de ladrillo rojo se extendía paralela a la fachada de la casa, cubriendo la corta distancia desde la puerta hasta el borde de la entrada para coches. Al final del sendero, sobre un bloque de hormigón, había un negrito pintado, con pantalones blancos de montar, chaquetilla verde y gorra roja. Empuñaba una fusta, y en el bloque que tenía a sus pies había una argolla de hierro. Parecía un poco triste, como si llevara mucho tiempo esperando allí y empezara a perder las esperanzas. Me acerqué y le di una palmadita en la cabeza mientras aguardaba a que alguien abriera la puerta.

Al cabo de un rato, una mujer madura y avinagrada con uniforme de doncella abrió la puerta principal aproximadamente un palmo y me lanzó una mirada suspicaz con sus ojos pequeños y brillantes.

—Philip Marlowe —dije—. Vengo a ver a la señora Murdock. Tengo cita.

La madura avinagrada hizo rechinar los dientes, cerró los ojos de golpe, los abrió también de golpe y preguntó, con una de esas voces duras y cortantes:

—¿A cuál?

—¿Eh?

—¿Que a qué señora Murdock? —preguntó casi a gritos.

—A la señora Elizabeth Bright Murdock —respondí—. No sabía que hubiera más de una.

—Pues sí —dijo en tono cortante—. ¿Tiene tarjeta?

Seguía con la puerta abierta un palmo escaso. Asomé por la abertura la punta de la nariz y una mano delgada y musculosa. Saqué mi cartera, cogí una de las tarjetas que solo llevan mi nombre y se la puse en la mano. La mano y la nariz volvieron a entrar y la puerta se cerró de golpe en mis narices.

Pensé que tal vez tendría que haber llamado a la puerta de servicio. Volví a acercarme al negrito y le di otra palmadita en la cabeza.

—Hermano —dije—. Ya somos dos.

Pasó el tiempo, bastante tiempo. Me puse un cigarrillo en la boca, pero no lo encendí. Pasó el hombre de los helados en su carrito azul y blanco, haciendo sonar «Turkey in the Straw» en su caja de música. Una enorme mariposa negra y dorada llegó revoloteando y se posó en una hortensia que casi me rozaba el codo. Movié despacio las alas arriba y abajo unas cuantas veces, y después despegó lentamente y se alejó tambaleante a través del aire inmóvil, tórrido y aromático.

La puerta principal volvió a abrirse. La avinagrada dijo:

—Por aquí.

Entré. La habitación que había tras la puerta era grande y cuadrada, estaba a un nivel más bajo, era fresca, y tenía la atmósfera tranquila de una capilla funeraria y hasta un olor parecido. Tapices en las rugosas paredes blancas de estuco, rejas de hierro que imitaban balcones en las altas ventanas laterales, sillas de madera tallada con asientos de felpa y respaldos tapizados con borlas doradas y deslustradas colgando a los lados. Al fondo, una vidriera de colores del tamaño de una pista de tenis. Debajo, una puerta doble acristalada, con cortinas. Una habitación vieja, anticuada, conservadora, pulcra y triste. Daba la impresión de que nadie se había sentado nunca en ella y de que a nadie le apetecería jamás. Mesas de mármol y patas retorcidas, relojes dorados, figuritas de mármol de dos colores. Un montón de quincalla, a la que se tardaría una semana en quitarle el polvo. Un montón de dinero, y además malgastado. Treinta años antes, en la ciudad próspera, provinciana y discreta que era entonces Pasadena, debía de haber parecido toda una señora habitación.

La dejamos atrás, recorrimos un pasillo, y al cabo de un rato la avinagrada abrió una puerta y me hizo un gesto para que entrara.

—El señor Marlowe —anunció desde la abertura con voz desagradable y se marchó rechinando los dientes.

Era una habitación pequeña, que daba al jardín trasero. Tenía una alfombra roja y marrón espantosa y estaba amueblada como un despacho. Contenía todo lo que uno espera encontrar en un despacho pequeño. Una chica rubita, delgada, de aspecto frágil y con gafas de concha se encontraba sentada ante un escritorio, con una máquina de escribir en un tablero accesorio que salía a su izquierda. Sus manos estaban suspendidas sobre las teclas, pero no había papel en la máquina. Me observó mientras entraba en la habitación con la expresión rígida y medio atontada de una persona tímida que posa para una foto. Con una voz clara y suave me pidió que me sentara.

—Soy la señorita Davis, la secretaria de la señora Murdock. Quiere que le pida algunas referencias.

—¿Referencias?

—Pues claro. Referencias. ¿Le extraña?

Dejé el sombrero sobre su escritorio y puse el cigarrillo sin encender en el ala.

—No me diga que me ha hecho llamar sin saber nada de mí.

Le empezó a temblar un labio y se lo mordió. No sabía si estaba asustada o molesta, o si simplemente le costaba trabajo mostrarse fría y eficiente, pero no parecía estar a gusto.

—Le dio su nombre el gerente de una sucursal del Banco de Seguridad de California. Pero él no lo conoce a usted personalmente —dijo.

—Prepare el lápiz —dije.

Lo levantó para enseñarme que lo tenía recién afilado y listo para entrar en acción.

—En primer lugar —empecé—, uno de los vicepresidentes de ese mismo banco, George S. Leake. Está en la oficina central. Después, el senador del estado Huston Oglethorpe. Puede que esté en Sacramento, o en su despacho del State Building, en Los Ángeles. También Sidney Dreyfus hijo, de Dreyfus, Turner & Swayne, especializados en seguros sobre la propiedad. ¿Lo tiene todo?

Escribía con rapidez y soltura. Asintió sin levantar la cabeza. La luz bailaba en sus cabellos rubios.

—Oliver Fry, de la Fry-Kantz Corporation, maquinaria para pozos de petróleo. Están en la Novena Este, en el distrito industrial. Y por si quiere un par de polis, Bernard Ohls, de la oficina del fiscal del distrito, y el teniente Carl Randall, de la Brigada de Homicidios. ¿Le parece que eso será suficiente?

—No se burle de mí —dijo—. Yo solo hago lo que me ordenan.

—A los dos últimos es mejor que no los llame, a menos que sepa en qué consiste el trabajo —dije—. Y no me burlo de usted. Hace calor, ¿verdad?

—Para Pasadena, esto no es calor —rebatí, mientras ponía la guía de teléfonos sobre el escritorio y se metía en faena.

Aprovechando que ella buscaba los números y telefoneaba a unos y a otros, la observé bien. Tenía la tez pálida, con una palidez que parecía natural, y se la veía bastante sana. Su áspero y grueso cabello de color rubio cobrizo no era feo en sí mismo, pero lo llevaba peinado hacia atrás, tan aplastado contra su estrecha cabeza que casi no daba la impresión de ser pelo. Tenía las cejas finas y sorprendentemente rectas, más oscuras que el pelo, casi de color castaño. Las aletas de la nariz tenían el aspecto blanquecino propio de una persona anémica. La barbilla era demasiado pequeña, demasiado puntiaguda, y parecía inestable. No llevaba maquillaje, a excepción de un tono rojo anaranjado en los labios, y no mucho. Detrás de las gafas tenía unos ojos muy grandes, de color azul cobalto, con el iris enorme y una expresión imprecisa. Los párpados eran tirantes, de modo que los ojos tenían un aire ligeramente oriental, como si la piel de la cara estuviera tan tensa que tirara de los ojos por las comisuras. Toda la cara tenía una especie de encanto neurótico desentonado, que solo necesitaba un maquillaje bien pensado para resultar llamativo.

Llevaba un vestido de lino de una pieza, de manga corta y sin adornos de ningún tipo. Los brazos desnudos tenían pelusilla y unas cuantas pecas.

No presté mucha atención a lo que decía por teléfono. Apuntaba lo que le decían en taquigrafía, manejando el lápiz con destreza y soltura. Cuando terminó, colgó la guía de teléfonos de un gancho, se puso en pie, se alisó el vestido de lino sobre los muslos y dijo:

—Si hace el favor de esperar un momento...

Y se dirigió a la puerta.

A medio camino se volvió y cerró uno de los cajones superiores de su escritorio. Salió. Cerró la puerta. Todo quedó en silencio. Más allá de la ventana zumbaban las abejas. A lo lejos se oía el silbido de un aspirador. Recogí el cigarrillo sin encender que había dejado en el sombrero, me lo coloqué entre los labios y me puse en pie. Pasé al otro lado del escritorio y abrí el cajón que ella había cerrado al regresar.

No era asunto mío. Solo pura curiosidad. No era asunto mío que tuviera un pequeño Colt automático en el cajón. Lo cerré y volví a sentarme.

Estuvo fuera unos cuatro minutos. Abrió la puerta, se quedó al lado y dijo:

—La señora Murdock lo recibirá ahora.

Recorrimos algo más de pasillo y ella abrió una hoja de una puerta doble de cristal y se quedó a un lado. Entré y la puerta se cerró detrás de mí.

Aquello estaba tan oscuro que al principio no vi nada, aparte de la luz del exterior que se colaba a través de densos arbustos y persianas. Después advertí que la habitación era una especie de solana completamente tapada por las plantas que crecían fuera. Estaba equipada con esteras y muebles de mimbre. Junto a la ventana había una tumbona de ese mismo material, con el respaldo curvo y cojines suficientes para rellenar un elefante, y en ella estaba recostada una mujer con una copa de vino en la mano. Olí el penetrante aroma a alcohol del vino antes de distinguirla bien a ella. Después, mis ojos se fueron acostumbrando a la luz y pude verla.

Tenía una cara y una barbilla enormes. El pelo, de color peltre, sometido a una despiadada permanente. Tenía una nariz dura, y unos ojos grandes y húmedos con una expresión tan simpática como la de dos piedras mojadas. Llevaba encaje en el cuello, pero era la clase de cuello que habría quedado mejor dentro de una camiseta de futbolista. Un vestido de seda grisáceo. Los gruesos brazos estaban a la vista y tenían manchas. Pendientes de azabache en las orejas. A su lado había una mesita de cristal, y encima una botella de oporto. Tomó un sorbo de la copa que tenía en la mano y me miró de arriba abajo sin decir nada.

Me quedé allí plantado mientras se terminaba el oporto, dejaba la copa en la mesa y la volvía a llenar. Luego se dio unos toques en los labios con un pañuelo. Y por fin habló. Su voz tenía un tono duro de barítono y sonaba como quien no admite ningún tipo de tontería.

—Siéntese, señor Marlowe. Por favor, no encienda ese cigarrillo. Soy asmática.

Me senté en una mecedora de mimbre y metí el cigarrillo, todavía sin encender, detrás del pañuelo que había en el bolsillo de mi camisa.

—Nunca he tenido tratos con detectives privados, señor Marlowe. No sé nada sobre ellos. Sus referencias parecen satisfactorias. ¿Cuáles son sus tarifas?

—¿Por hacer qué, señora Murdock?

—Es un asunto muy confidencial, por supuesto. No tiene nada que ver con la policía. Si fuera asunto de la policía, la habría llamado.

—Cobro veinticinco dólares al día, señora Murdock. Más los gastos, claro.

—Me parece mucho. Debe de ganar usted mucho dinero.

Bebió un poco más de oporto. A mí no me gusta el oporto cuando hace calor, pero me gusta que me den la oportunidad de rechazarlo.

—No —dije—. No es mucho. Claro que se pueden encontrar detectives que trabajen a cualquier precio... y abogados, o dentistas. Yo no tengo una agencia. Soy solo uno y trabajo nada más en un caso cada vez. Corro riesgos, a veces riesgos muy grandes, y no siempre tengo trabajo. No, no me parece que veinticinco dólares al día sea demasiado.

—Ya veo. ¿Y en qué consisten esos gastos?

—Cosas que van saliendo por aquí y por allá. Nunca se sabe.

—A mí me gustaría saberlo —dijo en tono mordaz.

—Lo sabrá —le aseguré—. Lo tendrá todo por escrito. Podrá reclamar si no le gusta.

—¿Y cuánto espera cobrar de anticipo?

—Con cien dólares me apañaría —respondí.

—Espero que sí —dijo, se terminó su oporto y se llenó de nuevo la copa sin esperar siquiera a que se le secaran los labios.

—Tratándose de una persona de su posición, señora Murdock, no es imprescindible que me dé un anticipo.

—Señor Marlowe —añadió—, soy una mujer de carácter fuerte. Pero no permita

que yo lo asuste, porque si se deja asustar por mí, no me va a servir de mucho.

Asentí y dejé que el silencio se llevara su comentario.

De pronto se echó a reír y después eructó. Fue un eructo agradable, ligero y nada ostentoso, ejecutado con soltura y despreocupación.

—El asma —explicó, sin darle importancia—. Tomo este vino como medicina. Por eso no le he ofrecido.

Crucé las piernas, confiando en que aquello no le sentara mal a su asma.

—En realidad —dijo—, el dinero no tiene mucha importancia. A una mujer de mi posición siempre le cobran de más, y una llega a esperar que así sea. Cuento con que valga usted lo que cobra. La situación es esta: me han robado algo de considerable valor. Quiero recuperarlo, pero quiero algo más. No quiero que se detenga a nadie. El caso es que el ladrón es un miembro de mi familia... por matrimonio.

Dio vueltas a la copa de vino con sus gruesos dedos y sonrió desmayadamente en la penumbra de la sombría habitación.

—Mi nuera —dijo—. Una chica encantadora..., dura como una tabla de roble.

Me miró con un brillo repentino en los ojos.

—Tengo un hijo que es un maldito idiota —continuó—. Pero lo quiero mucho. Hace más o menos un año se casó a lo tonto, sin mi consentimiento. Fue una idiotez por su parte, porque es incapaz de ganarse la vida y no tiene más dinero que el que yo le doy, y no soy generosa con el dinero precisamente. La mujer que eligió, o que lo eligió a él, era una cantante en clubes nocturnos. Responde al apropiado nombre de Linda Conquest. Han estado viviendo aquí, en esta casa. No nos hemos peleado porque yo no permito que nadie se pelee conmigo en mi casa, pero no nos hemos llevado bien. Les he pagado sus gastos, les he comprado un coche a cada uno, le he dado a la mujer una asignación suficiente, aunque no exagerada, para ropa y cosas así. Estoy segura de que la vida aquí le resultaba bastante aburrida. Seguro que mi hijo le parecía aburrido. Hasta a mí me parece aburrido. Bueno, el caso es que se marchó de repente, hace una semana o así, sin dejar ninguna dirección y sin despedirse.

Tosió, buscó desmañadamente un pañuelo y se sonó la nariz.

—Lo que ha desaparecido —continuó— es una moneda. Una moneda rara de oro, llamada doblón Brasher. Era el orgullo de la colección de mi marido. A mí me tienen sin cuidado esas cosas, pero a él le importaban. He mantenido intacta su colección desde que él murió, hace cuatro años. Está arriba, en una habitación cerrada a prueba de incendios, en una serie de cajas a prueba de incendios. Está asegurada, pero aún no he informado de la pérdida. No quiero hacerlo, si es posible evitarlo. Estoy casi segura de que Linda se lo llevó. Dicen que la moneda vale más de diez mil dólares. Es un ejemplar en condiciones impecables.

—Pero muy difícil de vender —dije yo.

—Puede ser. No lo sé. No eché en falta la moneda hasta ayer. Y no la habría echado en falta, ya que nunca me acerco a la colección, de no ser porque telefoneó un

hombre de Los Ángeles llamado Morningstar, que dijo que se dedicaba a esto y que preguntó si el Brasher de Murdock, como él lo llamó, estaba en venta. Fue mi hijo el que contestó la llamada. Dijo que no creía que estuviera en venta, que nunca lo había estado, pero que si el señor Morningstar llamaba en otro momento, probablemente podría hablar conmigo. En aquel momento no podía ser, porque yo estaba descansando. El hombre dijo que volvería a llamar. Mi hijo le contó la conversación a la señorita Davis, y ella me informó a mí. Le pedí que llamara a ese hombre. Sentía cierta curiosidad.

Sorbió un poco más de oporto, hizo ondear su pañuelo y gruñó.

—¿Por qué sentía curiosidad, señora Murdock? —pregunté, solo por decir algo.

—Si el hombre era un numismático de prestigio, tendría que saber que la moneda no estaba en venta. Mi marido, Jasper Murdock, dejó estipulado en su testamento que ninguna pieza de su colección podría venderse, empeñarse o hipotecarse mientras yo viviera. Tampoco se pueden sacar de esta casa, a menos que la casa sufra daños que justifiquen el traslado, y entonces solo con el permiso de los albaceas. Por lo visto —compuso una falsa sonrisa—, mi marido opinaba que debí haber prestado más atención a sus piecitas de metal mientras él estaba vivo.

Fuera hacía un día estupendo; el sol brillaba, las flores se abrían, los pájaros cantaban. Se oía el sonido lejano y agradable de coches pasando por la calle. En la habitación en penumbra, con aquella mujer de rostro pétreo y aquel olor a vino, todo parecía un poco irreal. Balanceé el pie por encima de la rodilla y aguardé.

—Hablé con el señor Morningstar. Su nombre completo es Elisha Morningstar, y tiene su despacho en el edificio Belfont, en la calle Nueve, en el centro de Los Ángeles. Le dije que la colección Murdock no estaba en venta, que nunca lo había estado y que, si de mí dependía, nunca lo estaría, y que me extrañaba que no lo supiera. Él titubeó un poco, pero terminó preguntándome si podría examinar la moneda. Le dije que desde luego que no. Me dio las gracias con bastante sequedad y colgó. Tenía voz de viejo. Después fui arriba a mirar yo misma la moneda, cosa que no había hecho desde hacía un año. Había desaparecido de su sitio en una de las cajas cerradas y a prueba de incendios.

No dije nada. Ella volvió a llenar la copa y tamborileó sus gruesos dedos en el brazo de la tumbona.

—Supongo que se imaginará lo que pensé entonces.

—Por lo que respecta al señor Morningstar, tal vez —dije—. Alguien le había ofrecido venderle la moneda, y él sabía o sospechaba de dónde procedía. Debe de ser una moneda muy rara.

—Lo que llaman un ejemplar en perfectas condiciones, sí, es muy raro. Sí, yo pensé lo mismo.

—¿Cómo pudieron robarla? —pregunté.

—Cualquiera de la casa pudo hacerlo, fácilmente. Las llaves están en mi bolso y yo siempre dejo el bolso tirado en cualquier parte. Sería facilísimo coger las llaves el

tiempo suficiente para abrir una puerta y una vitrina, y después devolver las llaves. A un extraño le resultaría difícil, pero cualquiera de la casa pudo haberla robado.

—Ya veo. ¿Cómo sabe que se la llevó su nuera, señora Murdock?

—No lo sé en el sentido estricto de tener pruebas, pero estoy bastante segura de ello. Las sirvientas son tres mujeres que llevan aquí muchísimos años..., desde mucho antes de que yo me casara con el señor Murdock, que fue hace solo siete años. El jardinero nunca entra en la casa. No tengo chófer, porque me llevan mi hijo o mi secretaria. Mi hijo no la cogió; primero, porque no es el tipo de idiota que robaría a su propia madre, y segundo, porque si la hubiera cogido él, podría haber impedido fácilmente que yo hablara con ese numismático, el señor Morningstar. La señorita Davis..., ridículo. No es de esa clase, en absoluto. Demasiado timorata. No, señor Marlowe, Linda es la clase de mujer que se la llevaría solo por fastidiar, aunque no tuviera otro motivo. Ya sabe usted cómo es esa gente de los clubes nocturnos.

—Hay de todo... como entre el resto de gente —dije—. Supongo que no hay rastros del ladrón. Para llevarse una sola moneda valiosa tendría que ser un especialista muy fino, así que no las habrá. De todas maneras, sería mejor que le echara un vistazo a la habitación.

Me apuntó con la barbilla y los músculos de su cuello formaron unos bultos.

—Ya le he dicho, señor Marlowe, que el doblón Brasher se lo llevó la señora de Leslie Murdock, mi nuera.

La miré fijamente y ella me devolvió la mirada. Sus ojos eran tan duros como los ladrillos de la fachada. Me encogí de hombros para quitarme de encima la mirada y dije:

—Suponiendo que sea así, señora Murdock, ¿qué quiere usted que haga?

—En primer lugar, quiero recuperar la moneda. En segundo lugar, quiero un divorcio sin problemas para mi hijo. Y no tengo intención de pagar por él. Me atrevería a decir que usted sabe cómo manejar estos asuntos.

Se terminó la correspondiente dosis de oporito y soltó una risa ordinaria.

—Algo he oído —dije—. Dice usted que la señora no dejó ninguna dirección. ¿Eso significa que no tiene usted ni idea de adónde ha ido?

—Exacto.

—Entonces es una desaparición. Puede que su hijo sepa alguna cosa que no le haya comunicado a usted. Tendré que hablar con él.

La enorme cara de tono grisáceo se endureció, formando líneas aún más duras.

—Mi hijo no sabe nada. Ni siquiera sabe que han robado el doblón. Y no quiero que sepa nada. Cuando llegue el momento, ya me ocuparé de él. Hasta entonces, quiero que lo dejen en paz. Él hará exactamente lo que yo quiera que haga.

—No siempre lo ha hecho —repliqué.

—Lo de su boda —explicó en tono desagradable— fue un impulso momentáneo. Después de eso ha procurado portarse como un caballero. Yo no tengo tantos escrúpulos.

—En California se tardan tres días en tener ese tipo de impulso momentáneo, señora Murdock.

—Joven, ¿quiere usted este trabajo o no?

—Lo quiero si se me cuentan los hechos y se me deja que lleve el caso como yo juzgue conveniente. No lo quiero si va a imponer usted un montón de normas y reglas para que yo tropiece con ellas.

Soltó una risa áspera.

—Se trata de un asunto familiar muy delicado, señor Marlowe. Y hay que manejarlo con delicadeza.

—Si me contrata, tendrá toda la delicadeza que yo poseo. Si no tengo suficiente, tal vez lo mejor sería que no me contratara. Por ejemplo, doy por supuesto que no querrá incriminar en falso a su nuera. No tengo delicadeza suficiente para algo así.

Se puso del color de una remolacha cocida fría y abrió la boca para gritar, pero se lo pensó mejor. Levantó la copa de oporto y se embuchó un poco más de su medicina.

—Usted servirá —dijo secamente—. Ojalá lo hubiera conocido hace dos años, antes de que él se casara con esa.

No sabía qué quería decir exactamente con eso, así que lo dejé pasar. Se inclinó hacia un lado y manoseó los botones de un teléfono interno. Cuando le contestaron, soltó unos gruñidos.

Sonaron unos pasos y la rubita cobriza entró trastabillando en la habitación, con la cabeza gacha, como si alguien le fuera a dar un guantazo.

—Hazle a este hombre un cheque de doscientos cincuenta dólares —rugió el viejo dragón—. Y no te vayas de la lengua.

La chiquilla se ruborizó hasta el cuello.

—Ya sabe que nunca hablo de sus asuntos, señora Murdock —baló—. Ya sabe que no. Ni se me ocurriría. Yo...

Dio media vuelta con la cabeza gacha y salió de la habitación. La observé cuando cerró la puerta. Le temblaba el labio, pero su mirada era de rabia.

—Necesitaré una foto de la mujer y algo de información —dije cuando la puerta se cerró de nuevo.

—Mire en el cajón del escritorio. —Sus anillos brillaron en la penumbra al señalar hacia el lugar con su grueso dedo gris.

Me acerqué y abrí el único cajón del escritorio de mimbre. Saqué la foto que yacía solitaria en el fondo, boca arriba, mirándome con fríos ojos oscuros. Me volví a sentar con la foto y la examiné. Pelo oscuro con raya más o menos en el medio y peinado más o menos hacia atrás sobre una buena frente. Una boca grande, fría, despreciativa, con labios muy besables. Nariz bonita, ni demasiado pequeña ni demasiado grande. Una buena estructura ósea en toda la cara. A la expresión de la cara le faltaba algo. En otro tiempo, a ese algo se lo habría llamado buena crianza, pero hoy día ya no sabría cómo llamarlo. Era una cara que parecía demasiado experimentada y demasiado recelosa para su edad. Habían intentado ligársela

demasiadas veces y había acabado pasándose un poco de lista para evitar los intentos. Y detrás de esa expresión de experiencia estaba la mirada ingenua de la niña que todavía sigue creyendo en Papá Noel.

Asentí después de mirar la foto y me la metí en el bolsillo, pensando que estaba sacando demasiadas conclusiones de una simple foto, y con una luz tan mala.

Se abrió la puerta y entró la muchachita del vestido de lino con una chequera que contenía tres talonarios y una pluma estilográfica, y ofreció su brazo a modo de mesa para que la señora Murdock firmara. Se enderezó con una sonrisa forzada y la señora Murdock le hizo un gesto brusco hacia mí; la muchachita arrancó el cheque y me lo entregó. Se detuvo en el marco de la puerta y esperó. Al ver que no le decían nada, volvió a salir en silencio y cerró la puerta.

Agité el cheque para que se secara, lo doblé y me senté sujetándolo entre las rodillas.

—¿Qué me puede decir de Linda?

—Prácticamente nada. Antes de casarse con mi hijo compartía un piso con una chica que se llama Lois Magic, vaya nombres que se pone esta gente... que se dedica a algún tipo de espectáculo. Trabajaban en un sitio llamado el Idle Valley Club, que está por la zona del Ventura Boulevard. Mi hijo Leslie lo conoce demasiado bien. No sé nada de la familia de Linda ni de su procedencia. Una vez dijo que había nacido en Sioux Falls. Supongo que tendría padres. Nunca me interesó lo suficiente como para averiguarlo.

Y un cuerno que no. Me la podía imaginar cavando a dos manos, con todas sus fuerzas, para sacar solo un par de puñados de grava.

—¿No sabe la dirección de la señorita Magic?

—No, no la he sabido nunca.

—¿Cree que la sabrá su hijo? ¿O la señorita Davis?

—Se lo preguntaré a mi hijo cuando venga. No lo creo. Puede preguntarle a la señorita Davis. Estoy segura de que no lo sabe.

—Ya veo. ¿No conoce usted a ningún otro amigo de Linda?

—No.

—Es posible que su hijo siga en contacto con ella, señora Murdock..., sin decírselo a usted.

Empezó otra vez a ponerse de color púrpura. Levanté una mano y arranqué a mi cara una sonrisa tranquilizadora.

—Al fin y al cabo ha estado casado con Linda un año —dije—. Algo debe de saber de ella.

—No meta a mi hijo en esto —gruñó.

Me encogí de hombros y preferí un chasquido de disgusto con los labios.

—Está bien. Supongo que se llevaría el coche. El que usted le regaló.

—Es un Mercury gris acero de 1940, cupé. La señorita Davis le puede dar el número de matrícula si le interesa. No sé si se lo llevó.

—¿Sabe cuánto dinero y qué ropa y joyas llevaba consigo?

—Dinero, no mucho. Como máximo unos doscientos dólares. —Una gruesa sonrisa burlona le marcó profundas líneas alrededor de la nariz y la boca—. A menos, claro, que haya encontrado un nuevo amigo.

—Claro —dije—. ¿Y joyas?

—Un anillo de esmeraldas y diamantes que no vale demasiado, un reloj Longines de platino con rubíes en la montura, un collar de ámbar turbio muy bueno que le regalé yo, tonta de mí. Tiene un cierre con veintiséis diamantes pequeñitos formando un diamante de baraja. Tenía más cosas, claro. Nunca me fijé mucho. Se vestía bien, pero sin llamar la atención. Gracias a Dios por estas pequeñas muestras de piedad.

Volvió a llenar la copa y emitió unos cuantos de sus eructos semicorteses.

—¿Es esto todo lo que puede decirme, señora Murdock?

—¿No es bastante?

—Ni mucho menos, pero tendré que contentarme por el momento. Si descubro que Linda no robó la moneda, ahí se acaba la investigación en lo que a mí respecta, ¿de acuerdo?

—Ya hablaremos de eso —contestó con aspereza—. La robó ella sin lugar a dudas. Y no tengo intención de dejar que se salga con la suya. Métase eso en la cabeza, joven. Y espero que sea usted por lo menos la mitad de duro de lo que trata de aparentar, porque estas chicas de los clubes suelen tener amigos muy desagradables.

Yo todavía seguía sujetando el cheque doblado entre las rodillas. Saqué la cartera, lo guardé y me puse en pie, recogiendo del suelo mi sombrero.

—Me gustan desagradables —repuse—. Los desagradables tienen mentes muy simples. Ya la informaré cuando haya algo de qué informar, señora Murdock. Creo que primero iré a ver a ese numismático. Parece que ahí hay una pista.

Me dejó llegar hasta la puerta y entonces gruñó a mis espaldas.

—No le gusto mucho, ¿verdad?

Me volví sonriéndole, con la mano en el picaporte.

—¿Le gusta usted a alguien?

Echó la cabeza hacia atrás, abrió la boca de par en par y rugió de risa. En mitad de la carcajada, abrí la puerta, me escabullí y cerré la puerta a aquel sonido rudo y hombruno. Recorrí el pasillo y llamé a la puerta entreabierta de la secretaria, la entorné y eché un vistazo al interior.

Tenía los brazos cruzados sobre el escritorio y la cara hundida entre los brazos. Estaba sollozando. Volvió la cabeza y me miró con los ojos bañados en lágrimas. Cerré la puerta, me acerqué a ella y pasé el brazo tras sus delgados hombros.

—Anímese —dije—. Esa mujer debería darle lástima. Se cree dura de roer y se está partiendo el pecho intentando demostrarlo.

La muchachita se irguió de golpe, apartándose.

—No me toque —soltó sin aliento—. Por favor. Nunca dejo que los hombres me

toquen. Y no diga esas cosas horribles de la señora Murdock.

Tenía toda la cara enrojecida y bañada en llanto. Sin las gafas, sus ojos eran muy bonitos.

Me puse el tan aplazado cigarrillo entre los labios y lo encendí.

—Yo no... no pretendía ponerme grosera —gimoteó—. Pero es que ella me humilla tanto... Y yo solo quiero hacerlo todo lo mejor posible.

Gimoteó un poco más y después sacó del escritorio un pañuelo de hombre, lo agitó para desplegarlo y se enjugó las lágrimas con él. En la esquina inferior vi las iniciales L. M. bordadas en hilo morado. Me quedé mirándolas mientras echaba el humo del cigarrillo hacia un rincón de la habitación, lejos de su pelo.

—¿Quería usted algo? —me preguntó.

—Quiero el número de matrícula del coche de la señora de Leslie Murdock.

—Es 2X1111, un Mercury gris descapotable de 1940.

—Ella me ha dicho que era un cupé.

—Ese es el coche del señor Leslie. Son de la misma marca, el mismo año y el mismo color. Linda no se llevó el coche.

—Ah. ¿Qué sabe usted de una tal señorita Lois Magic?

—Solo la vi una vez. Compartía un piso con Linda. Vino aquí con un tal... un tal señor Vannier.

—¿Quién es ese?

Bajó la mirada hacia el escritorio.

—Yo... solo sé que vino con ella. No le conozco.

—Está bien. ¿Qué aspecto tiene la señorita Lois Magic?

—Es una rubia alta y guapa. Muy... muy atractiva.

—¿Quiere decir sexy?

—Bueno... —Se ruborizó intensamente—. Sí, pero en un sentido como más fino, no sé si me entiende.

—La entiendo —dije—. Pero a mí eso nunca me ha servido de mucho.

—Eso me lo creo —soltó con mala intención.

—¿Sabe dónde vive la señorita Magic?

Negó con la cabeza. Dobló con mucho cuidado el gran pañuelo y lo guardó en el cajón del escritorio, el mismo donde tenía la pistola.

—Cuando ese esté sucio, puede birlar otro —dije.

Se echó hacia atrás en su asiento, puso sus pulcras manitas sobre la mesa y me miró a los ojos fríamente.

—Yo en su lugar no me daría tantos aires de duro, señor Marlowe. Al menos, conmigo.

—¿No?

—No. Y no puedo responder a más preguntas sin tener instrucciones concretas. Mi puesto aquí es de mucha confianza.

—No soy duro —admití—. Solo viril.

Cogió un lápiz e hizo una marca en un cuaderno. Me sonrió débilmente, ya recuperada su compostura.

—A lo mejor es que no me gustan los hombres viriles —dijo.

—Está usted chiflada —repuse—. De las más chifladas que he visto. Adiós.

Salí de su despacho, cerré la puerta con firmeza y emprendí el camino de vuelta por los desiertos pasillos y a través del gran cuarto de estar, silencioso, hundido y fúnebre, hasta salir por la puerta principal.

Fuera, el sol bailaba sobre el césped recalentado. Me puse las gafas de sol y me acerqué a dar una palmadita de nuevo en la cabeza del negrito.

—Hermano, es aún peor de lo que esperaba —le dije.

Las losas del sendero se notaban calientes a través de las suelas de los zapatos. Entré en el coche, lo puse en marcha y me separé de la acera.

Un pequeño cupé de color arena se apartó del bordillo detrás de mí. No le di importancia. El hombre que lo conducía llevaba un sombrero de paja oscura de copa baja, con una cinta estampada de colores alegres, y se cubría los ojos con gafas de sol, igual que yo.

Tomé el camino de vuelta a la ciudad. Unas doce manzanas más allá, en un semáforo, el cupé de color arena seguía detrás de mí. Me encogí de hombros y, solo para divertirme, di la vuelta a unas cuantas manzanas. El cupé mantuvo su posición. Me metí por una calle flanqueada por enormes pimenteros, di la vuelta en una rotonda y me paré, pegado al bordillo.

El cupé dobló cautelosamente la esquina. La cabeza rubia bajo el sombrero color cacao con cinta tropical ni siquiera se volvió en mi dirección. El cupé pasó de largo y yo volví hasta Arroyo Seco y seguí hacia Hollywood. Miré con atención varias veces, pero no volví a ver el cupé.

Tenía un despacho en el edificio Cahuenga, sexto piso, dos pequeñas habitaciones en la parte trasera. Una la dejaba abierta para que los clientes pacientes pudieran esperar sentados, si es que tenía algún cliente paciente. En la puerta había un timbre que yo podía conectar y desconectar desde mi sala privada de meditación.

Miré hacia la sala de recepción. Estaba completamente vacía, salvo de olor a polvo. Subí una ventana, abrí con llave la puerta que comunicaba las dos habitaciones y entré en el cuarto interior. Tres sillas normales y una giratoria, un escritorio con tablero de cristal, cinco ficheros verdes, tres de ellos vacíos, una licencia enmarcada y un calendario colgados de la pared, un teléfono, un lavamanos insertado en un mueble de madera satinada, un perchero, una alfombra que no era más que una cosa en el suelo, y dos ventanas abiertas con visillos mal fruncidos, cuyos pliegues entraban y salían como los labios de un viejo desdentado dormido.

Lo mismo que tenía el año pasado, y el anterior. Ni bonito ni alegre, pero mejor que una tienda de campaña en la playa.

Colgué el sombrero y la chaqueta en el perchero, me lavé la cara y las manos con agua fría, encendí un cigarrillo y coloqué la guía de teléfonos sobre el escritorio. Elisha Morningstar aparecía registrado en el 824 del edificio Belfont, calle Nueve Oeste número 422. Lo apunté, junto con el número de teléfono que acompañaba la dirección, y ya tenía la mano en el aparato cuando me acordé de que no había conectado el timbre de la recepción. Alargué la mano hacia un costado del escritorio, le di al interruptor y lo pillé en pleno funcionamiento. Alguien acababa de abrir la puerta de la habitación exterior.

Puse el cuaderno de notas boca abajo sobre el escritorio y me acerqué a ver quién era. Era un fulano alto y flaco, con aspecto de estar muy satisfecho de sí mismo, vestía un traje tropical de estambre azul pizarra, zapatos blancos y negros, camisa color marfil mate, y corbata y pañuelo a juego, del color de la flor del jacarandá. Sostenía una larga boquilla negra con un guante de piel blanco y negro, y arrugaba la nariz ante la visión de las revistas atrasadas que había sobre la mesita, las sillas, la cosa mugrienta que cubría el suelo y el ambiente general de que allí no se ganaba demasiado dinero.

Cuando abrí la puerta, dio media vuelta y se me quedó mirando con un par de ojos claros bastante soñadores y muy pegados a una nariz delgada. Tenía la piel sonrosada por el sol, el pelo rojizo peinado hacia atrás y aplastado contra el estrecho cráneo, y un bigotito muy fino y mucho más rojo que su cabello.

Me miró de arriba abajo, sin prisa y sin demasiada convicción. Exhaló despacio el humo y me habló a través de él con un leve tono de desdén.

—¿Es usted Marlowe?

Asentí.

—Estoy un poco decepcionado —dijo—. Esperaba ver a alguien con las uñas

sucias.

—Pase —repuse—, y podrá hacerse el gracioso sentado.

Le sujeté la puerta y él pasó tranquilamente por mi lado, al tiempo que echaba al suelo la ceniza con la uña del dedo corazón de la mano libre. Se sentó en el lado del escritorio destinado a los clientes, se quitó el guante de la mano derecha, lo dobló junto con el que ya se había quitado y los colocó sobre la mesa. De un golpecito sacó la colilla de la larga boquilla negra, aplastó la ceniza con una cerilla hasta que dejó de humear, insertó otro cigarrillo y lo encendió con otra cerilla de color caoba. Se echó hacia atrás en su silla con una sonrisa de aristócrata aburrido.

—¿Ya está preparado? —pregunté—. ¿Pulso y respiración normales? ¿No le apetece una toalla fría en la cabeza o algo así?

No torció la boca porque ya la tenía torcida cuando entró.

—Un detective privado —dijo—. Nunca había conocido a ninguno. Un oficio poco honorable, me imagino. Fisgar por el ojo de la cerradura, destapar escándalos, y cosas por el estilo.

—¿Ha venido a hablar de trabajo? —pregunté—. ¿O solo está de turismo por los barrios bajos?

Su sonrisa era tan desfallecida como una gorda en un baile de bomberos.

—Me llamo Murdock. Seguramente eso le dirá algo.

—Desde luego, no ha tardado mucho en encontrarme —dije mientras iba llenando la pipa.

Me observó hacerlo y empezó a hablar despacio:

—Tengo entendido que mi madre lo ha contratado para algún tipo de trabajo. Le ha dado un cheque.

Terminé de llenar la pipa, encendí una cerilla, conseguí que tirara y me incliné hacia atrás para expulsar el humo por encima del hombro derecho hacia la ventana abierta. No dije nada.

Él se echó un poco más hacia delante y dijo, muy serio:

—Sé que ser receloso forma parte de su oficio, pero no estoy haciendo suposiciones. Me lo ha dicho una lombriz, una humilde lombriz de jardín, a la que muchas veces pisotean, pero que se las apaña para sobrevivir... lo mismo que yo. Resulta que yo no andaba muy lejos de usted. ¿Le aclara eso las cosas?

—Sí —dije—. Suponiendo que me importara algo.

—Creo que lo han contratado para que encuentre a mi esposa.

Solté una especie de bufido y le sonreí por encima de la cazoleta de la pipa.

—Marlowe —dijo, aún más serio—, lo voy a intentar con todas mis fuerzas, pero creo que usted no me va a gustar.

—Mire cómo lloro de rabia y dolor —respondí.

—Y si me perdona que use una expresión vulgar, su numerito de tipo duro da asco.

—Viniendo de usted, eso duele.

Se volvió a echar hacia atrás y me contempló con sus ojos claros. Se removió en la silla, intentando ponerse cómodo. Mucha gente ha intentado ponerse cómoda en esa silla. Debería probar yo alguna vez. A lo mejor me estaba haciendo perder clientela.

—¿Por qué quiere mi madre encontrar a Linda? —preguntó despacio—. La odiaba a muerte. O sea, mi madre odiaba a Linda. Linda se portó bastante bien con mi madre. ¿Qué piensa usted de ella?

—¿De su madre?

—Pues claro. A Linda no la conoce, ¿no?

—La secretaria de su madre tiene su empleo pendiente de un hilo. Habla cuando no debe.

Negó tajantemente con la cabeza.

—Mamá no se enterará. Y de todas maneras, mamá no podría pasar sin Merle. Necesita tener a alguien a quien amedrentar. Puede que le chille e incluso que la abofetee, pero no podría pasar sin ella. ¿Qué opina usted de ella?

—Es bastante mona... aunque de otra época.

Frunció el ceño.

—Me refiero a mamá. Merle no es más que una chiquilla ingenua, ya lo sé.

—Su capacidad de observación me asombra —apunté.

Pareció sorprendido. Casi se olvidó de sacudir la ceniza del cigarrillo con la uña. Pero no. Aun así, puso mucho cuidado en no dejar caer nada dentro del cenicero.

—Hablemos de mi madre —insistió con paciencia.

—Un caballo de guerra curtido, grande y viejo —dije—. Un corazón de oro, con el oro bien enterrado a mucha profundidad.

—Pero ¿para qué quiere encontrar a Linda? No lo puedo entender. Y encima, gastar dinero en ello. Mi madre odia gastar dinero. Cree que el dinero forma parte de su piel. ¿Por qué quiere encontrar a Linda?

—A mí que me registren —exclamé—. ¿Quién ha dicho que quiere eso?

—Bueno, usted lo ha dado a entender. Y Merle...

—Merle no es más que una romántica. Se lo habrá inventado. Qué demonios, si se suena la nariz con un pañuelo de hombre. Probablemente, uno de los suyos.

Se sonrojó.

—Qué tontería. Mire, Marlowe. Por favor, sea razonable y deme una idea de qué se está cocinando aquí. Me temo que no tengo mucho dinero, pero tal vez con un par de cientos...

—Debería sacudirle un guantazo —dije—. Además, no puedo hablar con usted. Tengo órdenes.

—Por el amor de Dios, ¿por qué?

—No me pregunte cosas que no sé. No puedo darle respuestas. Y no me pregunte cosas que sé, porque no pienso darle respuestas. ¿Dónde ha estado usted toda su vida? Si a un hombre de mi oficio le encomiendan un trabajo, ¿cree que va por ahí

respondiendo a todas las preguntas que le haga cualquier entrometido?

—Debe de haber mucha electricidad en el aire —dijo malhumorado— para que un hombre de su oficio rechace doscientos dólares.

Aquello tampoco me hizo mella. Recogí del cenicero la ancha cerilla color caoba que había dejado y la miré. Tenía finos bordes amarillos y unas letras blancas impresas: «Rosemont. H. Richards '3»...; el resto estaba quemado. Doblé la cerilla, apreté las dos mitades y la tiré a la papelera.

—Yo quiero a mi mujer —exclamó de pronto, enseñándome los bordes duros y blancos de sus dientes—. Una cursilada, pero es verdad.

—A los románticos les sigue yendo bien.

Mantuvo los labios abiertos por encima de los dientes y prosiguió la conversación.

—Ella no me quiere. No sé por qué razón tendría que quererme. La situación entre nosotros se ha puesto tirante. Ella estaba acostumbrada a un modo de vida muy movido. Con nosotros..., bueno, se ha aburrido bastante. No nos hemos peleado. Linda es del tipo tranquilo. Pero la verdad es que no se ha divertido mucho desde que se casó conmigo.

—Es usted demasiado modesto —dije.

Sus ojos echaron chispas, pero mantuvo bastante bien los buenos modales.

—Eso no tiene gracia, Marlowe, ni siquiera es original. Mire, tiene usted pinta de ser un tipo decente. Sé que mi madre no suelta doscientos cincuenta pavos solo para hacerse la espléndida. A lo mejor no se trata de Linda. Tal vez sea otra cosa. A lo mejor... —Se detuvo y luego habló muy despacio, mirándome a los ojos—. A lo mejor es por lo de Morny.

—A lo mejor es eso —dije alegremente.

Recogió sus guantes, azotó con ellos el escritorio y volvió a dejarlos.

—Es verdad que estoy en un lío por ese lado —confesó—. Pero no sabía que ella estuviera enterada. Será que Morny la ha llamado. Prometió no hacerlo.

Aquello era fácil. Dije:

—¿Por cuánto lo tiene pillado?

No era tan fácil. Volvió a ponerse suspicaz.

—Si él la hubiera llamado, se lo habría dicho. Y ella se lo habría contado a usted —elucubró con voz muy débil.

—A lo mejor no es por lo de Morny —dije, empezando a sentir unas ganas tremendas de beber—. A lo mejor es que la cocinera está embarazada del repartidor de hielo. Pero si es lo de Morny, ¿cuánto es?

—Doce mil —confesó, bajando la mirada y ruborizándose.

—¿Lo ha amenazado?

Asintió.

—Mándele a freír espárragos —dije—. ¿Qué clase de tipo es? ¿De los duros?

Alzó de nuevo la mirada, intentando poner cara de valiente.

—Supongo que sí. Supongo que todos ellos lo son. Antes hacía de malo en el cine. Un tipo guapo y exuberante, un conquistador. Pero no se imagine cosas. Linda solo trabajaba allí, como los camareros y los músicos. Y si usted la está buscando, le va a costar mucho encontrarla.

Lo miré con educado desprecio.

—¿Por qué me iba a costar mucho encontrarla? Espero que no esté enterrada en el jardín de atrás.

Se puso en pie con un fogonazo de ira en sus ojos claros. Y una vez de pie se inclinó un poco sobre el escritorio, movió como un látigo la mano derecha, en un gesto bastante conseguido, y sacó una pequeña automática, más o menos del calibre 25, con cachas de nogal. Parecía la hermana de la que había visto en el cajón del escritorio de Merle. El cañón que me apuntaba tenía un aspecto suficientemente siniestro. No me moví.

—Si alguien intenta meterse con Linda, tendrá que meterse primero conmigo —dijo entre dientes.

—Eso no sería problema. Más vale que se busque una pistola más grande... a menos que solo tenga pensado matar abejas.

Volvió a guardarse la pistolita en el bolsillo interior. Me lanzó una mirada penetrante y severa, recogió sus guantes y se dirigió hacia la puerta.

—Hablar con usted es una pérdida de tiempo —dijo—. No hace más que soltar sandeces.

—Espere un momento —dije al mismo tiempo que me levantaba y me desplazaba al otro lado del escritorio—. Sería conveniente que no le dijera nada a su madre de esta entrevista, aunque solo sea por el bien de la chiquilla.

Asintió.

—En vista de la cantidad de información que he obtenido, no creo que valga la pena mencionarlo.

—¿Es verdad eso de que le debe a Morny doce de los grandes?

Bajó la mirada, la volvió a alzar y la bajó de nuevo.

—Quien se endeude con Alex Morny por doce mil pavos debería ser mucho más listo que yo —dijo.

Yo ya estaba muy cerca de él.

—A decir verdad —dije—, no me creo que esté usted preocupado por su mujer. Creo que sabe dónde está. Ella no huyó de usted. Solo huyó de su madre.

Levantó la mirada y se puso un guante. No dijo nada.

—Puede que ella encuentre trabajo —continué— y gane lo suficiente para mantenerlo.

Miró otra vez al suelo, movió el cuerpo un poco hacia la derecha y el puño enguantado describió un tenso arco hacia arriba a través del aire. Aparté mi mandíbula de su camino, le agarré la muñeca y la empujé lentamente hacia su pecho, apoyándome en ella. Un pie le resbaló hacia atrás; empezó a respirar fuerte. Era una

muñeca muy delgada; mis dedos la rodeaban y se tocaban al otro lado.

Nos quedamos allí quietos, mirándonos a los ojos. Él respiraba como un borracho, con la boca abierta y los labios replegados. En sus mejillas se encendieron pequeñas manchas redondas de color rojo intenso. Intentó liberar su muñeca, pero cargué tanto peso sobre él que tuvo que dar otro pequeño paso atrás para poder mantener el equilibrio. Nuestras caras estaban a pocos centímetros de distancia.

—¿Cómo es que su viejo no le dejó nada de dinero? —me burlé—. ¿O es que se lo ha fundido todo?

Habló entre dientes, todavía intentando soltarse.

—No es de su maldita incumbencia, pero si se refiere a Jasper Murdock, él no era mi padre. Él no me quería y no me dejó ni un céntimo. Mi padre fue un hombre llamado Horace Bright, que perdió su dinero en el crac del 29 y se tiró por la ventana de su despacho.

—Es usted fácil de ordeñar —dije—, pero da una leche muy aguada. Perdone por haberle dicho que su mujer lo iba a mantener. Solo quería fastidiarle.

Solté su muñeca y retrocedí. Él seguía respirando pesadamente. Sus ojos, aún fijos en los míos, mostraban su enfado, pero mantuvo un tono bajo.

—Pues lo ha conseguido. Si ya está satisfecho, me marchó.

—Le estaba haciendo un favor —le expliqué—. Cuando uno lleva pistola, no debe ir insultando tan alegremente. Será mejor que se quite esa costumbre.

—Eso es asunto mío —replicó—. Siento haber intentado pegarle. Probablemente no le habría hecho mucho daño si le hubiera dado.

—No pasa nada.

Abrió la puerta y salió. Sus pasos se fueron extinguiendo a lo largo del pasillo. Otro chiflado. Me golpeé los dientes con un nudillo al ritmo de sus pasos, hasta que dejé de oírlos. Después volví al escritorio, consulté mi cuaderno y levanté el auricular.

Después de que el teléfono sonara tres veces al otro lado de la línea, una voz femenina más bien infantil se filtró a través de una masa de chicle y dijo:

—Buenos días. Oficina del señor Morningstar.

—¿Está el anciano caballero?

—¿Quién llama, por favor?

—Marlowe.

—¿Lo conoce a usted, señor Marlowe?

—Pregúntele si quiere comprar monedas norteamericanas de oro antiguas.

—Un momento, por favor.

Hubo una pausa de duración adecuada para hacer saber a un hombre mayor en un despacho interior que alguien quería hablar por teléfono con él. Después, descolgaron el teléfono y un hombre habló. Tenía la voz seca. Incluso se la podría tildar de chamuscada.

—Aquí el señor Morningstar.

—Me han dicho que llamó usted a la señora Murdock, de Pasadena, señor Morningstar. Para hablar de cierta moneda.

—De cierta moneda —repitió—. Ah, sí. ¿Y bien?

—Tengo entendido que quería usted comprar la moneda en cuestión, la de la colección Murdock.

—¿Ah, sí? ¿Y usted quién es, señor?

—Philip Marlowe, detective privado. Trabajo para la señora Murdock.

—Ah, sí —repitió por tercera vez. Carraspeó cuidadosamente—. ¿Y de qué quiere hablar conmigo, señor Marlowe?

—De esa moneda.

—Pero si se me dijo que no estaba en venta.

—Aun así, querría hablar de ello con usted. En persona.

—¿Quiere decir que la señora ha cambiado de opinión en relación a la venta?

—No.

—Entonces, me temo que no entiendo qué desea usted, señor Marlowe. ¿De qué tenemos que hablar? —Su voz empezó a sonar recelosa.

Saqué el as de la manga y lo jugué con elegante languidez.

—El caso es, señor Morningstar, que cuando usted llamó ya sabía que la moneda no estaba en venta.

—Interesante —articuló despacio—. ¿Cómo?

—Usted es del oficio y tenía que saberlo. Es de dominio público que la colección Murdock no se puede vender mientras viva la señora Murdock.

—Ah —dijo—. Ah. —Se produjo un silencio, y después—: A las tres en punto. —No hablaba en tono cortante, pero sí deprisa—. Lo recibiré con mucho gusto aquí, en mi despacho. Seguro que sabe dónde está. ¿Le parece bien?

—Allí estaré —respondí.

Colgué, volví a encender mi pipa y me senté mirando hacia la pared. Tenía la cara rígida de tanto pensar, o por alguna otra causa que me irritaba. Saqué del bolsillo la fotografía de Linda Murdock, la miré durante un rato, decidí que, después de todo, era un rostro bastante vulgar y la guardé en el escritorio. Saqué del cenicero la segunda cerilla de Murdock y la examiné. La rotulación de esta decía: «Top Row W. D. Wright '36».

La dejé caer de nuevo en el cenicero, preguntándome por qué aquello me parecía importante. Tal vez fuera una pista.

Extraje de mi cartera el cheque de la señora Murdock, lo crucé, rellené una hoja de ingreso y un talón para cobrar, saqué del escritorio la libreta del banco, sujeté todo el lote con una goma elástica y me lo guardé en el bolsillo.

Lois Magic no figuraba en la guía de teléfonos.

Puse sobre el escritorio las páginas amarillas, hice una lista de la media docena de empresas teatrales que se anunciaban en letras más grandes y las llamé. Todas me recibían con voces alegres y animosas, y querían hacerme un montón de preguntas, pero o no sabían, o no querían decir nada sobre una tal señorita Lois Magic, presunta profesional del espectáculo.

Tiré la lista a la papelera y llamé a Kenny Haste, reportero de sucesos del *Chronicle*.

—¿Qué sabes de Alex Morny? —le pregunté cuando acabamos de decirnos gracias el uno al otro.

—Lleva un club nocturno de lujo, con mesas de juego, en Idle Valley, a unos tres kilómetros de la autopista, en dirección a las colinas. Antes trabajaba en el cine. Era un actor pésimo. Parece que está muy protegido. Nunca he oído que le pegara un tiro a alguien en plena calle a mediodía. Bueno, ni a ninguna otra hora. Pero no me apostaría nada.

—¿Peligroso?

—Yo diría que podría serlo si fuera necesario. Todos esos tipos han ido al cine y saben cómo se supone que debe comportarse el dueño de un garito. Tiene un guardaespaldas que es todo un personaje. Se llama Eddie Prue, mide unos dos metros y es más delgado que una coartada auténtica. Tiene un ojo destrozado, por una herida de guerra.

—¿Morny es peligroso con las mujeres?

—No seas victoriano, carcamal. Las mujeres a eso no lo llaman peligro.

—¿Conoces a una chica que se llama Lois Magic? Dicen que era artista. Una rubia alta y llamativa, por lo que he oído.

—No, pero por lo que me cuentas me gustaría conocerla.

—No te pases de listo. ¿Conoces a alguien que se llame Vannier? Ninguno de ellos viene en la guía de teléfonos.

—No. Pero le puedo preguntar a Gertie Arbogast, si no te importa llamar dentro

de un rato. Conoce a todos los aristócratas de la noche. Y a los granujas.

—Gracias, Kenny. Eso haré. ¿Dentro de media hora?

Dijo que le parecía bien y colgamos. Cerré el despacho y me marché.

Al final del pasillo, en el recodo, un tipo rubio y tirando a joven, con traje marrón y sombrero de paja con una cinta tropical marrón y amarilla, estaba leyendo el periódico de la tarde con la espalda apoyada en la pared. Cuando pasé por su lado bostezó, se metió el periódico bajo el brazo y se enderezó.

Entró en el ascensor conmigo. El tipo estaba tan cansado que apenas conseguía mantener los ojos abiertos. Salí a la calle y caminé una manzana hasta el banco para ingresar mi cheque y sacar un poco de dinero en efectivo para gastos. Desde allí fui al Tigertail Lounge, me senté en un reservado, me bebí un martini y me comí un sándwich. El tipo del traje marrón se instaló en el extremo de la barra y bebió Coca-Colas con aire aburrido mientras hacía montoncitos de monedas de un centavo, igualando cuidadosamente los cantos. Se había vuelto a poner las gafas de sol. Aquello lo hacía invisible.

Alargué mi sándwich todo lo que pude y después me dirigí a la cabina telefónica que había en el extremo interior de la barra. El hombre del traje marrón volvió rápidamente la cabeza y después disimuló el movimiento levantando su vaso. Marqué de nuevo el número del *Chronicle*.

—Ya está —dijo Kenny Haste—. Gertie Arbogast me ha contado que Morny se casó hace poco con tu rubia llamativa, Lois Magic. No conoce a Vannier. Y dice que Morny compró una casa más allá de Bel-Air, una casa blanca en Stillwood Crescent Drive, a unas cinco manzanas al norte del Sunset. Dice Gertie que se la compró a un ricachón arruinado llamado Arthur Blake Popham, al que pillaron en un fraude postal. Según Gertie, en las puertas todavía están las iniciales de Popham. Y probablemente también en el papel higiénico. Era de esa clase de tíos. Eso es todo lo que sabemos.

—No se puede pedir más. Muchas gracias, Kenny.

Colgué, salí de la cabina, miré hacia las gafas de sol encima del traje marrón y debajo del sombrero de paja, y vi cómo se volvían rápidamente hacia otro lado.

Di media vuelta, crucé una puerta batiente que daba a la cocina y de ahí salí al callejón. Recorrí un cuarto de manzana hasta la parte trasera del aparcamiento donde había dejado mi coche.

Ningún cupé de color arena consiguió ponerse detrás de mí cuando arranqué, más o menos en dirección a Bel-Air.

Stillwood Crescent Drive se encontraba en una suave curva hacia el norte desde el Sunset Boulevard, bastante más allá del campo de golf del Club de Campo de Bel-Air. A ambos lados de la calle había mansiones con tapias y vallas. Algunas tenían tapias altas, otras las tenían bajas, algunas tenían verjas ornamentales de hierro, otras eran un poco anticuadas y se conformaban con setos elevados. La calle no tenía acera. En aquel vecindario nadie iba andando, ni siquiera el cartero.

Hacía calor aquella tarde, pero no era un calor como el de Pasadena. Olía a flores y a sol. Se oía un suave siseo de aspersores detrás de los setos y las tapias, y el claro traqueteo de segadoras que se movían delicadamente sobre céspedes tranquilos y confiados.

Subí la cuesta conduciendo despacio, buscando iniciales en las puertas. Si el nombre era Arthur Blake Popham, las iniciales tendrían que ser A. B. P. Las encontré casi en lo alto de la cuesta, en dorado sobre un escudo negro. Las puertas estaban abiertas hacia atrás sobre un sendero de asfalto negro.

Era una casa de un blanco deslumbrante, daba la impresión de ser completamente nueva, aunque el trabajo de jardinería estaba bastante avanzado. Era bastante modesta para la zona: no más de catorce habitaciones y probablemente una sola piscina. La tapia era baja, de ladrillo, con el cemento rebosando en las juntas. Lo habían dejado secar así y lo habían pintado todo de blanco. Encima de la tapia había una verja baja de hierro pintada de negro. El nombre A. P. Morny estaba pintado con plantilla en el gran buzón plateado de la entrada de servicio.

Aparqué mi coche en la calle y subí a pie por el sendero hasta una puerta lateral blanca y reluciente, con toques de color procedentes de la marquesina con vidriera que tenía encima. La aporreé con una enorme aldaba de latón. Al final de la fachada lateral de la casa, un chófer estaba lavando un Cadillac.

La puerta se abrió y un filipino de mirada dura con chaqueta blanca me hizo una mueca. Le entregué una tarjeta.

—La señora Morny —dije.

Cerró. Pasó el tiempo, como ocurre siempre que llamo a alguna puerta. El chorro de agua sobre el Cadillac sonaba a fresco. El chófer era un pequeñajo con pantalones de montar, polainas y una camisa manchada de sudor. Parecía un jockey que hubiera crecido demasiado, y al lavar el coche hacía el mismo tipo de sonido siseante que los mozos de cuadra cuando cepillan a un caballo.

Un colibrí de pecho rojo se acercó a un arbusto que había junto a la puerta, agitó un poquito las largas flores tubulares y salió disparado a tal velocidad que simplemente desapareció en el aire.

Se abrió la puerta y el filipino intentó devolverme mi tarjeta. No la cogí.

—¿Qué quiere?

Tenía una voz sonora y crepitante, como si alguien anduviera de puntillas sobre

un montón de cáscaras de huevo.

—Quiero ver a la señora Morny.

—No está en casa.

—¿No lo sabía cuando le di la tarjeta?

Abrió los dedos y dejó que la tarjeta cayera revoloteando al suelo. Sonrió, enseñándome un abundante trabajo de dentista de saldo.

—Lo sé cuando ella me lo dice.

Me cerró la puerta en las narices de un modo muy brusco.

Recogí la tarjeta y caminé a lo largo de la fachada lateral de la casa hasta donde se encontraba el chófer, que regaba el Cadillac sedán con una manguera y quitaba la suciedad con una gran esponja. Tenía rebordes rojos en los ojos y una mata de pelo de color paja. Un cigarrillo apagado le colgaba de la comisura de los labios.

Me dirigió una rápida mirada de reojo, típica de un hombre que ya tiene bastantes problemas ocupándose de sus asuntos.

—¿Dónde está el jefe? —pregunté.

El cigarrillo le bailoteó en la boca. El agua siguió chorreando suavemente sobre la pintura.

—Pregunta en la casa, tío.

—Ya he preguntado. Me han cerrado la puerta en las narices.

—Me rompes el corazón, tío.

—¿Y la señora Morny?

—Seguimos en las mismas, tío. Yo solo trabajo aquí. ¿Vendes algo?

Le enseñé mi tarjeta de modo que pudiera leerla. Esta vez era una tarjeta profesional. Dejó la esponja en el estribo del coche y la manguera sobre el cemento. Rodeó los charcos de agua para secarse las manos con una toalla que estaba colgada junto a la puerta del garaje. Pescó una cerilla en los pantalones, la rascó y echó la cabeza hacia atrás para encender la colilla apagada que llevaba pegada a la cara.

Sus ojos de zorro miraban de un lado a otro. Se situó detrás del coche e hizo un gesto con la cabeza. Me acerqué a él.

—¿Cómo está la cuenta de gastos? —preguntó en voz baja y cautelosa.

—Engordando, a base de no hacer nada.

—Por cinco pavos podría empezar a pensar.

—No quisiera ponértelo tan difícil.

—Por diez podría cantar como cuatro canarios y una guitarra hawaiana.

—No me gustan esas orquestaciones suntuosas —dije.

Torció la cabeza hacia un lado.

—Habla en cristiano, tío.

—No quiero que pierdas tu empleo, hijo. Lo único que quiero saber es si la señora Morny está en casa. ¿Eso cuesta más de un pavo?

—No te preocupes por mi empleo, tío. Estoy bien agarrado.

—¿A Morny o a algún otro?

—¿Eso lo quieres saber por el mismo pavo?

—Dos pavos.

Me miró de arriba abajo:

—No trabajas para él, ¿verdad?

—Pues claro.

—Eres un mentiroso.

—Pues claro.

—Dame los dos pavos —dijo cortante.

Le di dos dólares.

—Ella está en el patio de atrás con un amigo —dijo—. Un amigo muy majo. Te echas un amigo que no trabaje y un marido que sí trabaje y ya lo tienes montado, ¿a que sí? —dijo con mirada maliciosa.

—A ti sí que te van a dejar bien montado en una acequia un día de estos.

—A mí no, tío. Soy listo. Sé cómo manejarlos. He andado entre esta clase de gente toda mi vida.

Frotó los dos billetes de dólar entre las palmas de las manos, los sopló, los dobló a lo largo y a lo ancho, y se los guardó en el bolsillo del reloj de sus pantalones de montar.

—Eso era solo el aperitivo —dijo—. Ahora, por cinco más...

Un cocker spaniel rubio y bastante grande salió corriendo de detrás del Cadillac, patinó un poco sobre el cemento mojado, despegó del suelo limpiamente, me golpeó en el estómago y en los muslos con las cuatro patas, me lamió la cara, cayó al suelo, correteó alrededor de mis piernas, se sentó entre ellas, sacó una buena longitud de lengua y empezó a jadear.

Pasé por encima de él, me apoyé en el costado del coche y saqué mi pañuelo.

Se oyó una voz de hombre:

—Ven, Heathcliff. Aquí, Heathcliff.

Sonaron pasos sobre un pavimento duro.

—Este es Heathcliff —dijo el chófer en tono malhumorado.

—¿Heathcliff?

—Sí, caray, así llaman al perro, tío.

—¿*Cumbres borrascosas*? —pregunté.

—Ya estás otra vez hablando raro —se burló—. Cuidado. Tenemos compañía.

Recogió la esponja y la manguera y reanudó el lavado del coche. Me aparté de él. Al instante, el cocker spaniel se volvió a meter entre mis piernas y casi me hace caer.

—Ven aquí, Heathcliff. —La voz masculina sonó más fuerte, y un hombre apareció por la entrada de una pérgola en forma de túnel cubierta de rosales trepadores.

Alto, moreno, con piel aceitunada clara, ojos negros y brillantes, dientes blancos y relucientes. Un bigote negro y fino. Patillas larguísimas, demasiado largas. Camisa blanca con iniciales bordadas en el bolsillo, pantalones blancos, zapatos blancos. Un

reloj de pulsera que cubría la mitad de una muñeca escuálida y morena, sujeto por una cadena de oro. Un fular amarillo en torno a un cuello delgado y bronceado.

Vio al perro agazapado entre mis piernas y no le gustó. Hizo chasquear unos dedos largos y ordenó con una voz clara y dura:

—Aquí, Heathcliff. ¡Ven aquí inmediatamente!

El perro jadeó y no se movió, excepto para apretarse un poco más contra mi pierna izquierda.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre, mirándome desde las alturas.

Le extendí mi tarjeta. Unos dedos aceitunados la cogieron. El perro retrocedió discretamente saliendo de entre mis piernas, pasó por delante del coche y desapareció sin hacer ruido en la distancia.

—Marlowe —dijo el hombre—. Marlowe, ¿eh? ¿Qué significa esto? ¿Un detective? ¿Qué quiere?

—Quiero ver a la señora Morny.

Me miró de arriba abajo, recorriéndome lentamente con sus brillantes ojos negros, seguidos por los bordes sedosos de sus largas pestañas.

—¿No le han dicho que no estaba?

—Sí, pero no me lo he creído. ¿Es usted el señor Morny?

—No.

—Es el señor Vannier —dijo el chófer a mi espalda, con esa voz arrastrada y supereducada típica de la insolencia intencionada—. El señor Vannier es un amigo de la familia. Viene mucho por aquí.

Vannier miró más allá de mi hombro, con ojos llenos de furia. El chófer rodeó el coche y escupió la colilla con olímpico desprecio.

—Ya le he dicho al sabueso que el jefe no está, señor Vannier.

—Ya veo.

—Le dije que la señora Morny y usted sí que estaban. ¿He hecho mal?

—Podías haberte ocupado de tus propios asuntos —respondió Vannier.

—Me pregunto cómo demonios no se me ocurrió —replicó el chófer.

—Largo de aquí, antes de que te rompa ese cuello tan sucio.

El chófer lo miró sin decir nada, volvió a meterse en la penumbra del garaje y se puso a silbar. Vannier encaró hacia mí sus ardientes y furiosos ojos y escupió en tono cortante:

—Le dijeron que la señora Morny no estaba, pero no le valió, ¿no es así? En otras palabras, la información no le pareció satisfactoria.

—Si es preciso decirlo con otras palabras —repuse yo—, esas podrían servir.

—Ya veo. ¿Y se dignaría usted contarme qué asuntos desea comentar con la señora Morny?

—Preferiría explicárselo a la señora Morny en persona.

—Debería entender que ella no tiene ganas de verlo.

Desde detrás del coche, el chófer dijo:

—Vigila tu derecha, tío. Puede tener una navaja.

La piel aceitunada de Vannier se puso del color de las algas secas. Giró sobre sus talones y me soltó secamente, con voz apagada:

—Sígame.

Recorrió el sendero de ladrillo bajo la pérgola de rosas y cruzó una puerta blanca que había al final. Al otro lado había un jardín rodeado por una tapia, que contenía arriates de flores repletos de vistosos ejemplares, una pista de bádminton, una bonita franja de césped y una pequeña piscina de azulejos que brillaba furiosamente al sol. Más allá de la piscina había un espacio enlosado, equipado con muebles de jardín azules y blancos: mesitas bajas con tableros sintéticos, tumbonas con reposapiés y enormes cojines, y encima de todo ello una sombrilla azul y blanca tan grande como una tienda de campaña.

Una rubia de piernas largas con pinta de corista y del tipo lánguido estaba cómodamente tendida en una de las tumbonas, con los pies en alto sobre un mullido reposapiés y con un vaso alto y empañado junto a su codo, al lado de un cubo de hielo plateado y una botella de whisky escocés. Nos miró perezosamente mientras nos acercábamos por el césped. Vista a diez metros de distancia, parecía tener mucha clase. Pero a los tres metros parecía una cosa diseñada para ser vista a diez metros. La boca era demasiado ancha, los ojos demasiado azules, el maquillaje demasiado intenso, el fino arco de sus cejas era casi fantástico por su curvatura y longitud, y las pestañas estaban tan recargadas que parecían una verja en miniatura.

Vestía unos pantalones blancos de dril, unas sandalias azules y blancas que dejaban al descubierto las puntas de los pies, sin medias y con las uñas pintadas de laca carmesí, una blusa blanca y un collar de piedras verdes que no eran esmeraldas talladas. El peinado era tan artificial como el vestíbulo de un club nocturno.

Sobre la tumbona que tenía a su lado había un sombrero de jardín de paja blanca, con el ala del tamaño de una rueda de coche y una cinta de raso blanco para anudarlo a la barbilla. Y sobre el ala del sombrero, un par de gafas de sol verdes, con cristales del tamaño de rosquillas.

Vannier se dirigió hacia ella y habló con rapidez.

—A ver si te deshaces de ese asqueroso chófer tuyo de los ojos rojos, y deprisa. Si no, cualquier día le voy a romper el cuello. No puedo estar cerca de él sin que me insulte.

La rubia tosió un poquito, hizo ondear un pañuelo sin hacer nada con él y dijo:

—Siéntate y deja descansar tu belleza. ¿Quién es tu amigo?

Vannier buscó mi tarjeta, descubrió que la tenía en la mano y se la arrojó al regazo. Ella la recogió lánguidamente, pasó por encima la mirada, la pasó por encima de mí, suspiró y se golpeó los dientes con las uñas.

—Es grande, ¿verdad? Demasiado para que tú lo manejes, supongo.

Vannier me dirigió una mirada desagradable.

—Venga, suéltelo ya, sea lo que sea.

—¿Se lo digo a ella? —pregunté—. ¿O se lo digo a usted, y usted lo traduce?

La rubia se echó a reír. Una vibración cristalina de risa que poseía la naturalidad no manipulada de un torbellino de burbujas. Una lengua pequeña jugueteaba con picardía entre sus labios.

Vannier se sentó y encendió un cigarrillo con filtro dorado. Yo me quedé de pie, mirándolos, y dije:

—Señora Morny, estoy buscando a una amiga suya. Tengo entendido que compartía piso con usted hace cosa de un año. Se llama Linda Conquest.

Vannier movió rápidamente los ojos, arriba y abajo, arriba y abajo. Volvió la cabeza y centró su atención en el otro lado de la piscina. El cocker spaniel llamado Heathcliff estaba sentado allí, mirándonos fijamente.

Vannier chasqueó los dedos.

—¡Aquí, Heathcliff! ¡Ven aquí, Heathcliff! ¡Ven aquí, chico!

—Cállate —ordenó la rubia—. El perro te odia. Dale un descanso a tu vanidad, por amor de Dios.

—A mí no me hables así —saltó Vannier.

La rubia soltó una risita y le acarició la cara con los ojos.

Yo insistí.

—Estoy buscando a una chica llamada Linda Conquest, señora Morny.

La rubia me miró y dijo:

—Ya le he oído. Estaba pensando. Creo que hace seis meses que no la veo. Se casó.

—¿No la ha visto desde hace seis meses?

—Eso acabo de decir, grandullón. ¿Por qué quiere saberlo?

—Tan solo es una investigación privada que estoy haciendo.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de un asunto confidencial —respondí.

—Date cuenta —dijo la rubia alegremente—. Está haciendo una investigación privada sobre un asunto confidencial. ¿Has oído, Lou? Pero importunar a completos desconocidos que no quieren verlo, eso está bien, ¿eh, Lou? Y es porque está haciendo una investigación privada sobre un asunto confidencial.

—Entonces ¿no sabe dónde está ella, señora Morny?

—¿No se lo he dicho ya? —Su voz subió un par de tonos.

—No. Ha dicho que cree que no la ha visto en seis meses. No es exactamente lo mismo.

—¿Quién le ha dicho que compartí piso con ella? —saltó la rubia.

—Yo nunca revelo mis fuentes de información, señora Morny.

—Cariño, es usted más exigente que un coreógrafo. Yo se lo tengo que decir todo y usted a mí no me dice nada.

—La situación es muy diferente —dije—. Yo soy un empleado que obedece instrucciones. La chica no tiene ningún motivo para esconderse, ¿verdad?

—¿Quién la busca?

—Su familia.

—Inténtelo otra vez. No tiene familia.

—Debe conocerla muy bien si sabe eso —repuse.

—Puede que la conociera en otro tiempo. Eso no quiere decir que la conozca ahora.

—Está bien —dije—. La respuesta es que lo sabe, pero no quiere decirlo.

—La respuesta —intervino Vannier de pronto— es que aquí no pinta usted nada y que, cuanto antes se largue, más a gusto nos quedaremos.

Seguí mirando a la señora Morny. Ella me guiñó un ojo y le dijo a Vannier:

—No te pongas tan hostil, cariño. Tienes muchísimo encanto, pero los huesos pequeños. No estás hecho para los trabajos duros. ¿No es verdad, grandullón?

—No había pensado en eso, señora Morny —dije—. ¿Cree usted que el señor Morny podría... o querría ayudarme?

Negó con la cabeza.

—¿Cómo lo voy a saber yo? Puede intentarlo. Si usted no le gusta, él sí que tiene a mano tipos capaces de echarle.

—Yo creo que usted podría decírmelo, si quisiera.

—¿Y cómo va a convencerme para que quiera hacerlo? —Su mirada era una invitación.

—Con tanta gente alrededor —dije—, ¿cómo voy a poder?

—Bien pensado —respondió ella, y dio un sorbo a su vaso mirándome por encima de él.

Vannier se puso en pie muy despacio. Tenía el rostro blanco. Metió la mano por debajo de la camisa y habló despacio, entre dientes.

—Lárgate de aquí, bocazas. Ahora que todavía puedes andar.

Lo miré con gesto de sorpresa.

—¿Qué ha sido de sus refinados modales? —pregunté—. Y no me diga que lleva una pistola en esa ropa de jardín.

La rubia se echó a reír, mostrando una buena dentadura. Vannier se metió la mano bajo el brazo izquierdo, por dentro de la camisa, y apretó los labios. Sus ojos negros eran penetrantes e inexpresivos al mismo tiempo, como los de una serpiente.

—Ya me ha oído —dijo, casi con suavidad—. Y no me descarte tan deprisa. Podría pegarle un tiro como quien enciende una cerilla y arreglarlo después.

Miré a la rubia. Nos observaba con ojos brillantes, y su boca parecía sensual y ansiosa.

Di media vuelta y me alejé caminando por el césped. Aproximadamente a mitad de camino, me volví a mirarlos. Vannier seguía de pie, exactamente en la misma posición, con la mano dentro de la camisa. Los ojos de la rubia seguían muy abiertos y sus labios, separados, pero la sombra de la sombrilla había difuminado su expresión, y a aquella distancia lo mismo podría haber sido de miedo que de

expectación complacida.

Seguí andando por la hierba, atravesé la puerta blanca y recorrí el sendero de ladrillo bajo la pérgola de rosas. Llegué al final, di media vuelta, regresé sin hacer ruido hasta la puerta y les eché otro vistazo. No sabía qué iba a ver ni si me importaría.

Lo que encontré fue a Vannier prácticamente despatarrado encima de la rubia, besándola.

Meneé la cabeza y volví por el sendero.

El chófer de ojos rojos seguía trabajando en el Cadillac. Había terminado de lavarlo y estaba limpiando los cristales y los niquelados con una gamuza grande. Rodeé el coche y me situé a su lado.

—¿Qué tal te ha ido? —me preguntó, hablando con un lado de la boca.

—Mal. Me han pisoteado —dije.

Asintió y continuó haciendo el sonido silbante de un mozo de cuadra que cepilla un caballo.

—Más vale que te andes con cuidado. El tío va armado —avisé—. O lo finge.

El chófer soltó una breve risita.

—¿Con esa ropa? Ni hablar.

—¿Quién es ese Vannier? ¿A qué se dedica?

El chófer se incorporó, dejó la gamuza en el marco de una ventanilla y se limpió las manos con la toalla, que ahora llevaba sujeta al cinturón.

—Yo diría que a las mujeres —respondió.

—¿No es un poco peligroso... jugar con esta mujer en particular?

—Yo diría que sí —coincidió—. Pero cada uno tiene su propia concepción de lo que es el peligro. A mí me daría miedo.

—¿Dónde vive?

—En Sherman Oaks. Ella va a verlo allí. Un día va a hacer rebosar el vaso.

—¿Alguna vez te has cruzado con una chica que se llama Linda Conquest? Alta, morena, guapa, que cantaba con una orquesta.

—Tío, por dos pavos pides mucho servicio.

—Podría subir hasta cinco.

Negó con la cabeza.

—A esa no la conozco. Al menos, por ese nombre. Por aquí viene toda clase de tías, casi todas de muy buen ver. A mí no me las presentan. —Sonrió.

Saqué la cartera y deposité tres billetes de dólar en su pequeña y húmeda zarpa. Añadí una tarjeta profesional.

—Me gustan los hombres pequeños y enjutos —dije—. Parece que nunca tienen miedo de nada. Ven a verme alguna vez.

—A lo mejor voy, tío. Gracias. Linda Conquest, ¿eh? Mantendré mis oídos atentos.

—Hasta la vista —dije—. ¿Cómo te llamas?

—Me llaman Shifty. Nunca he sabido por qué.

—Hasta luego, Shifty.

—Hasta luego. ¿Una pipa debajo del brazo... con esa ropa? Ni de broma.

—No sé —contesté—. Hizo el amago. No me pagan por meterme en tiroteos con desconocidos.

—Demonios, si esa camisa que lleva solo tiene dos botones en la parte de arriba. Me he fijado. Tardaría una semana en sacar un hierro de debajo de eso.

Pero su voz sonaba ligeramente preocupada.

—Supongo que era un farol —admití—. Si oyes hablar de Linda Conquest, me encantaría hablar de negocios contigo.

—De acuerdo, tío.

Volví por el camino asfaltado. Él se quedó allí rascándose la barbilla.

Conduje a lo largo de la manzana, buscando un sitio donde aparcar de modo que pudiera subir corriendo un momento a mi oficina antes de seguir hasta el centro.

Un Packard con chófer se separó de la acera delante de un estanco, a unos diez metros de la entrada a mi edificio. Me deslicé en el hueco, apagué el motor y salí. Solo entonces me di cuenta de que el coche que estaba estacionado detrás del mío era un cupé de color arena que me resultaba conocido. No tenía por qué ser el mismo. Había miles de esos. No había nadie dentro. Tampoco había nadie por las cercanías que llevara un sombrero de paja con una cinta amarilla y marrón.

Pasé al lado del coche y miré el espacio del conductor. No había ningún documento a la vista. Apunté el número de matrícula en el reverso de un sobre, por si acaso, y entré en mi edificio. El tipo no estaba en el vestíbulo ni en el pasillo de arriba.

Entré en la oficina, miré al suelo por si había correo, no vi nada, me serví un trago de la botella del despacho y me marché. No podía perder tiempo si quería llegar al centro antes de las tres.

El cupé color arena seguía aparcado y vacío. Me metí en mi coche, lo puse en marcha y me incorporé a la corriente de tráfico.

Ya había cruzado la esquina de Sunset con Vine cuando me alcanzó. Seguí adelante, sonriendo y preguntándome dónde se habría escondido. Puede que en el coche aparcado detrás del suyo. Eso no se me había ocurrido.

Conduje en dirección sur hasta la Tercera, y seguí en ella hasta el centro. El cupé de color arena se mantuvo en todo momento a media manzana detrás de mí. Me metí por el cruce de la Séptima con Grand, aparqué cerca de la esquina de la Séptima con Olive, me paré a comprar cigarrillos que no me hacían falta, y después seguí andando por la Séptima hacia el este, sin mirar atrás. Al llegar a Spring, me metí en el Hotel Metropole, me dirigí al gran mostrador en forma de herradura del despacho de tabacos, encendí uno de mis cigarrillos y después me senté en uno de los viejos sillones de cuero marrón del vestíbulo.

Un tipo rubio con traje marrón, gafas de sol y el ya célebre sombrero entró en el vestíbulo y se movió discretamente entre las macetas con palmeras y los arcos de estuco hasta llegar al mostrador de tabaco. Compró un paquete de cigarrillos y lo abrió allí mismo, aprovechando la ocasión para apoyar la espalda en el tablero y mirar hacia el vestíbulo con su poderoso ojo de águila.

Recogió el cambio y fue a sentarse de espaldas a una columna. Se echó el sombrero hacia delante, sobre las gafas de sol, y aparentó que se quedaba dormido con un cigarrillo sin encender entre los labios.

Me levanté, deambulé un poco y me dejé caer en el sillón que había junto al suyo. Lo miré de lado. No se movió. Vista de cerca, su cara parecía juvenil, sonrosada y regordeta, y la barba rubia que llevaba estaba afeitada de cualquier manera. Detrás de

las gafas de sol, sus pestañas subían y bajaban con rapidez. Una mano que tenía sobre la rodilla se crispó y agarró la tela, arrugándola. Tenía una verruga en la mejilla, justo debajo del párpado derecho.

Encendí una cerilla y acerqué la llama a su cigarrillo.

—¿Fuego?

—Ah, gracias —dijo muy sorprendido.

Aspiró aire hasta que la punta del cigarrillo se puso brillante. Sacudí la cerilla para apagarla, la tiré al jarrón de arena que había a mi lado y esperé. Me miró de reojo varias veces antes de hablar.

—¿No lo he visto en alguna parte?

—En la Dresden Avenue de Pasadena. Esta mañana.

Vi cómo las mejillas se le ponían más sonrosadas de lo que ya estaban. Suspiró.

—Debo de ser malísimo —admitió.

—Chico, eres un asco. —Le di la razón.

—Será por el sombrero —dijo.

—El sombrero ayuda —concedí yo—, pero lo harías igual sin él.

—Hay que ver lo que cuesta ganarse un dólar en esta ciudad —exclamó con tristeza—. No puedes ir a pie, si vas en taxi te arruinas, y si usas tu propio coche, siempre termina en sitios donde no puedes llegar a él con suficiente rapidez. Tienes que quedarte demasiado cerca.

—Pero tampoco hace falta que te metas en los bolsillos de la gente —le sugerí—. ¿Querías algo de mí o solo estabas practicando?

—Pensaba averiguar si es usted lo bastante listo como para que valga la pena que hablemos.

—Soy listísimo —le aseguré—. Sería una pena no hablar conmigo.

Miró cuidadosamente tras el respaldo de su sillón y a ambos lados, después sacó una carterita de piel. Me pasó una tarjeta nuevecita, que decía: George Anson Phillips. Investigaciones confidenciales. Edificio Senger 212. North Wilcox Avenue 1924, Hollywood. Un número de teléfono de Glenview. En la esquina superior izquierda había un ojo abierto, con una ceja arqueada en gesto de sorpresa y unas pestañas muy largas.

—No puedes usar eso —dije, señalando el ojo—. Es el emblema de Pinkerton. Les estás pisando el negocio.

—Qué demonios —exclamó—. Con lo poco que saco no debería molestarles.

Le di un golpecito con la uña a la tarjeta, apreté bien los dientes y me guardé la tarjeta en el bolsillo.

—¿Quieres una de las mías... o ya me has hecho la ficha completa?

—Oh, ya lo sé todo sobre usted. Era ayudante en la comisaría de Ventura cuando usted estuvo trabajando en el caso Gregson.

Gregson era un timador de Oklahoma City al que una de sus víctimas estuvo siguiendo por todos los Estados Unidos durante dos años, hasta que se puso tan

nervioso que le pegó un tiro al empleado de una gasolinera que lo confundió con un conocido. Me parecía que había pasado muchísimo tiempo.

—Cuéntame a partir de ahí —dije.

—Recordé su nombre cuando lo vi en la licencia de su coche esta mañana. Así que cuando le perdí camino de la ciudad, solo tuve que buscar su dirección. Iba a entrar a hablar con usted, pero eso habría sido quebrantar la confidencialidad. Ahora ya no puedo evitarlo.

Otro chiflado. Con este ya iban tres en un día, sin contar a la señora Murdock, que también era posible que lo estuviera.

Esperé mientras él se quitaba las gafas de sol, limpiaba los cristales, se las volvía a poner y hacía una nueva inspección de los alrededores. Entonces dijo:

—Pensé que tal vez pudiéramos hacer un trato. Unir nuestras fuerzas, como se suele decir. Vi a ese tío entrar en su oficina, así que me figuré que lo habría contratado.

—¿Sabes quién era?

—Estoy investigándolo —dijo, y su voz sonaba floja y desanimada—. Y no estoy llegando a ninguna parte.

—¿Qué te ha hecho?

—Bueno, estoy trabajando para su esposa.

—¿Divorcio?

Miró con cautela a su alrededor y habló en voz muy baja.

—Eso dice ella. Pero no sé yo.

—Los dos quieren el divorcio —dije—. Y los dos quieren sacar algo del otro. Es gracioso, ¿no?

—Mi lado no me gusta tanto. Hay un tío que me sigue algunas veces. Un tipo muy alto, con un ojo raro. Me lo quito de encima, pero al cabo de un rato lo vuelvo a ver. Un tío muy alto. Parece una farola.

Un hombre muy alto con un ojo raro. Fumé pensativamente.

—¿Tiene algo que ver con usted? —me preguntó el rubio con cierta ansiedad.

Negué con la cabeza y tiré mi cigarrillo al jarrón de arena.

—Que yo sepa, nunca lo he visto. —Miré mi reloj de pulsera—. Más vale que nos reunamos para hablar de esto como es debido, pero ahora no puedo. Tengo una cita.

—Me gustaría —dijo—. Mucho.

—Pues venga. ¿En mi oficina, en mi piso, en tu oficina, o dónde?

Se rascó la barbilla mal afeitada con una uña muy bien mordida.

—En mi piso —se decidió por fin—. No está en la guía de teléfonos. Deme esa tarjeta un momento.

Cuando se la entregué, le dio la vuelta sobre la palma de la mano y escribió despacio con un pequeño lápiz metálico, moviendo la lengua a lo largo de los labios. Se iba volviendo más joven a cada minuto que pasaba. Ya no parecía tener mucho más de veinte años, pero tenía que ser mayor, porque el caso Gregson había ocurrido

seis años atrás.

Se guardó el lápiz y me devolvió la tarjeta. La dirección que había escrito en ella era apartamentos Florence 204, Court Street 128.

Lo miré con curiosidad.

—¿Court Street de Bunker Hill?

Asintió, ruborizándose por toda su piel clarita.

—No es gran cosa —se apresuró a decir—. No he andado muy boyante últimamente. ¿Le importa?

—No. ¿Por qué habría de importarme?

Me puse en pie y extendí la mano. Él me la estrechó y la soltó. Yo me la metí en un bolsillo y me sequé la palma con el pañuelo que guardaba allí. Mirándole la cara con más atención vi que había una línea de humedad en su labio superior y más de lo mismo en el costado de la nariz. Y no hacía tanto calor para eso.

Hice ademán de marcharme y de pronto me volví, me incliné para acercarme a su cara.

—Casi cualquiera puede tomarme el pelo, pero, solo para asegurarnos, ella es una rubia alta con ojos indiferentes, ¿no? —dije.

—Yo no los llamaría indiferentes —dijo.

Acerqué más mi cara.

—Y aquí entre nosotros, eso del divorcio es un cuento chino. Es algo completamente diferente, ¿verdad? —dije.

—Sí —susurró—. Y cuanto más pienso en ello, menos me gusta. Tome.

Se sacó algo de un bolsillo y me lo puso en la mano. Era una llave plana.

—No hace falta que espere en el vestíbulo si yo no estoy. Tengo dos. ¿A qué hora cree que podrá venir?

—A eso de las cuatro y media, tal como van las cosas de momento. ¿Seguro que quieres darme esta llave?

—Caramba, los dos somos del oficio —dijo, mirándome inocentemente, o con toda la inocencia que permiten unas gafas de sol.

Al final del vestíbulo me volví. Estaba sentado apaciblemente, con el cigarrillo a medio fumar apagado entre los labios y con la chillona cinta amarilla y marrón en su sombrero, y parecía tan inmóvil como un anuncio de cigarrillos en la contraportada del *Saturday Evening Post*.

Los dos éramos del oficio. O sea, que yo no se la jugaría. Así de fácil. Podía llevarme la llave de su piso, entrar en él y ponerme cómodo. Podía ponerme sus zapatillas, beberme su licor y levantar la alfombra y contar los billetes de mil dólares que tenía escondidos debajo. Los dos éramos del oficio.

El edificio Belfont constaba de ocho pisos y no tenía nada de particular. Estaba encajado entre unos grandes almacenes de ropa a precios de oferta, de color verde y cromados, y un garaje de tres plantas y sótano que hacía un ruido parecido al de las jaulas de los leones a la hora de comer. El pequeño vestíbulo, oscuro y estrecho, estaba sucio como un gallinero. El directorio del edificio tenía muchos espacios vacíos. Solo uno de los nombres significaba algo para mí, y ya conocía ese nombre. Enfrente del directorio, un cartelón apoyado en la pared de falso mármol decía: «Se alquila local, ideal para estanco. Preguntar en el despacho 316».

Había dos ascensores con puerta de reja, pero solo uno parecía funcionar y en aquel momento estaba parado. En el interior había un anciano de mandíbula caída y ojos acuosos, sentado en un taburete de madera sobre el que había una tela de arpillera doblada. Parecía que hubiera estado sentado allí desde la Guerra de Secesión, y ya hubiera salido malparado de ella.

Entré, le dije «Octavo», y él forcejeó con las puertas para cerrarlas, le dio a la manivela y empezamos a subir a tirones y dando bandazos. El viejo jadeaba como si llevara el ascensor a cuestas.

Salí del aparato y eché a andar por el pasillo. Detrás de mí, el viejo asomó la cabeza y se sonó la nariz con los dedos, encima de una caja de cartón llena de barridos del suelo.

La oficina de Elisha Morningstar estaba al fondo, enfrente de la salida de incendios. Dos habitaciones, y las dos puertas rotuladas con pintura negra descascarillada sobre cristal esmerilado. «Elisha Morningstar. Numismático». En la de más al fondo también decía: «Entrada».

Hice girar el picaporte y entré en un cuartito estrecho con dos ventanas, una desvencijada mesa para una máquina de escribir, unas cuantas vitrinas de pared con monedas deslustradas insertadas en ranuras inclinadas, con etiquetas amarillentas escritas a máquina debajo, dos archivadores marrones contra la pared del fondo, sin cortinas en las ventanas, y una moqueta de color gris polvo, tan deshilachada que no se le notaban los rotos a menos que tropezaras con uno.

Al fondo, paralela a los archivadores, detrás de la mesa de la máquina de escribir, había una puerta interior de madera, abierta. A través de la puerta llegaban los típicos ruiditos que hace un hombre cuando no está haciendo nada. Entonces oí la voz seca de Elisha Morningstar.

—Pase, por favor. Pase.

Crucé la habitación y entré. El despacho interior era igual de pequeño pero tenía muchas más cosas dentro. Una caja de seguridad verde ocupaba casi toda la mitad de delante. Más allá de la caja, una pesada y antigua mesa de caoba, apoyada en la puerta de entrada, sostenía unos cuantos libros misteriosos, varias revistas viejas desencuadradas y un montón de polvo. Al final de la habitación había una ventana

abierta unos centímetros, que no surtía efecto alguno contra el olor a moho. También podía verse un perchero con un grasiento sombrero de fieltro negro colgado. Había tres mesas de patas largas, con tableros de cristal y más monedas debajo de los cristales. En medio de la habitación, un gran escritorio con el tablero forrado de cuero negro. Encima de él, los habituales utensilios de un escritorio, y además una balanza de joyero bajo una cúpula de cristal, dos grandes lupas con montura niquelada y una lente de joyero colocada sobre un cuaderno con tapas de ante, junto a un arrugado pañuelo de seda amarilla manchado de tinta.

Sentado tras el escritorio en un sillón giratorio se encontraba un personaje de edad avanzada que vestía un traje gris oscuro, con solapas altas y demasiados botones por delante. Tenía algunos pelos blancos y estropajosos, lo bastante largos para hacerle cosquillas en las orejas. En el centro de la cabeza se alzaba una calva grisácea, como una roca sobresaliendo por encima de la vegetación. Le salía vello de las orejas, suficientemente largo como para atrapar una polilla.

Tenía los ojos negros y penetrantes, con bolsas debajo de cada uno, de color pardusco y surcadas por una red de arrugas y venas. Sus mejillas eran brillantes, y su nariz, corta y afilada, daba la impresión de que en sus tiempos había padecido la resaca de un buen montón de copas. Un cuello Hoover que ninguna lavandería decente habría admitido en sus locales le estrujaba la nuez, y una corbatilla negra de lazo dejaba asomar un nudo pequeño y duro por la parte inferior del cuello, como un ratón que se dispone a salir de su agujero.

—La señorita que me ayuda ha tenido que ir al dentista —dijo—. ¿Es usted el señor Marlowe?

Asentí.

—Por favor, siéntese. —Hizo un gesto con una mano fina, indicándome el sillón que había frente al escritorio. Me senté—. Supongo que tendrá usted algún tipo de identificación.

Se la enseñé. Mientras la leía, lo olfateé desde mi lado del escritorio. Despedía una especie de olor a moho seco, como un chino aceptablemente limpio.

Dejó mi tarjeta boca abajo sobre el escritorio y cruzó las manos encima de ella. Sus penetrantes ojos negros no se perdían ni un detalle de mi cara.

—Bien, señor Marlowe, ¿en qué puedo servirle?

—Hábleme del doblón Brasher.

—Ah, sí —dijo—. El doblón Brasher. Una moneda interesante. —Levantó las manos del escritorio y formó un campanario con los dedos, como un antiguo abogado de familia que se prepara para soltar un poco de jerga enrevesada—. En algunos aspectos, la más interesante y valiosa de las antiguas monedas norteamericanas. Como, sin duda, ya sabe usted.

—Con lo que yo no sé sobre monedas norteamericanas antiguas casi se podría llenar el Rose Bowl.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿De verdad? ¿Quiere que se lo explique yo?

—Para eso estoy aquí, señor Morningstar.

—Es una moneda de oro, más o menos equivalente a una moneda de oro de veinte dólares, y aproximadamente del tamaño de medio dólar. Casi exacta. Se hizo para el estado de Nueva York en 1787. No tiene cuño. No hubo cuños hasta 1793, cuando se fundó la primera casa de la moneda en Filadelfia. Probablemente, el doblón Brasher se fabricó mediante moldeado a presión, y su fabricante fue un orfebre particular llamado Ephraim Brasher, o Brashear. Donde sigue existiendo este apellido se suele escribir Brashear, pero en la moneda no. No sé por qué.

Me puse un cigarrillo en la boca y lo encendí. Pensé que tal vez sirviera para combatir el olor a moho.

—¿Qué es el moldeado a presión?

—Las dos caras de la moneda se grababan en acero, en contrarrelieve, por supuesto. A continuación, estas mitades se montaban en plomo. Las piezas de oro se prensaban entre ellas, en una prensa para monedas. Después se repasaban los bordes para que el peso fuera exacto y se pulían. Esta moneda no se acuñó a máquina. En 1787 no había máquinas de acuñar.

—Parece un proceso lento —dije.

Asintió con su cabeza blanca y picuda.

—Mucho. Y como en aquella época no se podía endurecer la superficie del acero sin distorsionarlo, los moldes se gastaban y había que volverlos a hacer cada cierto tiempo. Con las consiguientes variaciones de diseño, ligeras pero visibles con un buen aumento. De hecho, se podría decir que no hay dos monedas idénticas, si las juzgamos con los métodos modernos de examen microscópico. ¿Me explico?

—Sí —afirmé—. Hasta cierto punto. ¿Cuántas de esas monedas existen y cuánto valen?

Deshizo el campanario de dedos, volvió a colocar las manos sobre el escritorio y tamborileó los dedos suavemente.

—No sé cuántas hay. Nadie lo sabe. Varios centenares, mil, tal vez más. Pero entre todas esas hay muy pocos ejemplares que no hayan circulado y se encuentren en lo que llamamos condición impecable. El valor varía, desde unos dos mil dólares para arriba. Yo diría que en estos tiempos, desde la devaluación del dólar, un ejemplar que no haya circulado, cuidadosamente manejado por un numismático de prestigio, podría venderse fácilmente por diez mil dólares, o incluso más. Tendría que tener historial, eso sí.

—Ah —dije, y dejé que el humo saliera lentamente de mis pulmones, disipándolo con la palma de la mano para alejarlo del anciano que se sentaba al otro lado del escritorio. Tenía aspecto de no fumar—. Y si no tiene historial y no se maneja con tanto cuidado..., ¿cuánto?

Se encogió de hombros.

—Siempre existiría la sospecha de que la moneda se adquirió ilegalmente. Robada u obtenida mediante fraude. Por supuesto, podría no ser así. Aparecen

monedas raras en los sitios y momentos más inesperados. En viejas cajas fuertes, en cajones secretos de los escritorios de las casas antiguas de Nueva Inglaterra... No es frecuente, eso se lo aseguro, pero ocurre. Conozco el caso de una moneda muy valiosa que apareció en el relleno de un sofá de crin que estaba restaurando un anticuario. Durante noventa años, el sofá había estado en la misma habitación de la misma casa de Fall River, Massachusetts. Nadie sabía cómo había llegado allí la moneda. Pero hablando en general, las sospechas de robo serían las más frecuentes, sobre todo en esta parte del país.

Se quedó con la mirada pedida en un rincón del techo. Yo me quedé con la mirada no tan perdida, clavada en él. Parecía un hombre al que se le podía confiar un secreto... siempre que fuera su propio secreto.

Poco a poco volvió a centrar la mirada en mí.

—Cinco dólares, por favor.

—¿Qué? —dije yo.

—Cinco dólares, por favor.

—¿A cuento de qué?

—No se haga el tonto, señor Marlowe. Todo lo que le he contado se puede encontrar en la biblioteca pública. En el *Registro* de Fosdyke, concretamente. Usted ha preferido venir aquí y hacerme perder el tiempo. Mi tarifa por eso son cinco dólares.

—Suponga que no le pago —dije.

Se echó hacia atrás y cerró los ojos. En las comisuras de sus labios se dibujó una levísima sonrisa.

—Pagaré —repuso.

Pagué. Saqué de mi cartera un billete de cinco, me levanté, me incliné sobre el escritorio y lo deposité cuidadosamente delante de él. Acaricié el billete con la punta de los dedos, como si fuera un gatito.

—Cinco dólares, señor Morningstar —dije.

Abrió los ojos y miró el billete. Sonrió.

—Y ahora —continuó—, hablemos del doblón Brasher que alguien intentó venderle.

Abrió los ojos un poco más.

—Ah, ¿así que alguien ha tratado de venderme un doblón Brasher? ¿Y por qué lo harían?

—Necesitaban dinero —dije yo—. Y no querían que les hicieran demasiadas preguntas. Sabían, o averiguaron, que usted se dedica a esto y que el edificio en el que tiene su oficina es un vertedero asqueroso donde puede pasar cualquier cosa. Sabían que su oficina está al final de un pasillo y que usted es un hombre anciano que probablemente no intentaría ningún truco... por el bien de su propia salud.

—Pues parece ser que sabían muchas cosas —dijo secamente Elisha Morningstar.

—Sabían lo que tenían que saber para llevar a cabo su negocio. Como usted y

como yo. Y no fue difícil de averiguar.

Se metió el dedo meñique en la oreja, hurgó un poco y lo sacó con un pegote de cera oscura. Se lo limpió en la chaqueta como si tal cosa.

—¿Y usted ha deducido todo eso del simple hecho de que yo llamara a la señora Murdock y le preguntara si su doblón Brasher estaba en venta?

—Pues claro. Ella pensó lo mismo. Es lo lógico. Como le dije por teléfono, usted tenía que saber que la moneda no estaba en venta. Si es que sabe algo de su negocio. Y ya me doy cuenta de que sí sabe.

Hizo una inclinación de cabeza, como de un par de centímetros. No llegó a sonreír, pero parecía tan complacido como pueda estarlo un hombre con un cuello Hoover.

—Si a usted le ofrecieran esa moneda —continué— en circunstancias sospechosas..., usted querría comprarla, si pudiera conseguirla barata y tuviera el dinero necesario. Pero querría saber de dónde procede. E incluso si estuviera completamente seguro de que era robada, usted podría comprarla si pudiera obtenerla a un buen precio.

—Ah, ¿conque podría? —Parecía divertirse, pero no a lo grande.

—Claro que podría... si es usted un numismático de prestigio. Voy a suponer que lo es. Al comprar la moneda, barata, estaría librando al propietario o a su compañía de seguros de una pérdida completa. Estarían encantados de pagarle su desembolso. Se hace constantemente.

—Entonces, el Brasher de Murdock ha sido robado —dijo bruscamente.

—No diga que se lo he dicho yo —dije—. Es un secreto.

Esta vez estuvo a punto de hurgarse la nariz. Pero se contuvo a tiempo. En vez de eso, se arrancó un pelillo de la nariz, con un rápido tirón y un estremecimiento. Lo sostuvo en alto y lo miró. Luego dirigió su atención hacia mí y dijo:

—¿Y cuánto pagaría su cliente por recuperar la moneda?

Me incliné sobre el escritorio, entrecerré los ojos y le dediqué mi mirada más maliciosa.

—Mil pavos. ¿Cuánto pagó usted?

—Creo que es usted un joven muy listo —dijo.

Y entonces, su cara se distorsionó, su mandíbula se puso a temblar y el pecho empezó a saltarle para dentro y para fuera, mientras emitía un ruido parecido al de un gallo convaleciente que está aprendiendo a cacarear de nuevo tras una larga enfermedad.

Se estaba riendo.

Al cabo de un rato, se paró. Su cara volvió a la normalidad, lo mismo que sus ojos, abiertos, negros, penetrantes y astutos.

—Ochocientos dólares —propuso—. ¡Ochocientos dólares por un ejemplar sin circular del doblón Brasher! —Soltó una risa ahogada.

—Estupendo. ¿Lo tiene aquí? Con eso se gana doscientos. Buena jugada.

Solución rápida, beneficio razonable y ningún problema para nadie.

—No está en mi oficina —dijo—. ¿Me toma por tonto? —Se sacó del chaleco un antiguo reloj de plata con leontina negra. Tuvo que forzar la vista para mirar la hora—. Digamos que a las once de la mañana. Venga con el dinero. La moneda podrá estar aquí o no, pero si su comportamiento me parece satisfactorio, dejaremos arreglado el asunto.

—Me parece bien —dije, levantándome—. De todos modos, tengo que ir a por el dinero.

—Tráigalo en billetes usados —pidió en tono casi soñador—. De veinte usados me valen. Si hay alguno de cincuenta, no pasa nada.

Sonreí y eché a andar hacia la puerta. A mitad de camino di media vuelta, volví hasta el escritorio, apoyé las dos manos en él y adelanté la cabeza.

—¿Qué aspecto tenía ella?

Se quedó inexpresivo.

—La chica que le vendió la moneda.

Más inexpresivo aún.

—Está bien —dije—. No fue una chica. Alguien la ayudó. Fue un hombre. ¿Qué aspecto tenía el hombre?

Frunció los labios y formó otro campanario con los dedos.

—Era un hombre maduro, corpulento, de aproximadamente un metro setenta de estatura y unos ochenta kilos de peso. Dijo que se llamaba Smith. Llevaba un traje azul, zapatos negros, corbata y camisa verdes, sin sombrero. En el bolsillo del pecho, un pañuelo con bordes marrones. Pelo castaño oscuro, con algunas canas. Tenía una calva en la coronilla del tamaño de un dólar y una cicatriz como de cinco centímetros en la línea de la mandíbula. En el lado izquierdo, creo. Sí, en el lado izquierdo.

—No está mal —concedí—. ¿Y qué me dice del tomate en el calcetín derecho?

—No se me ocurrió quitarle los zapatos.

—Mire que es usted descuidado —observé.

No respondió. Nos quedamos mirando el uno al otro, medio curiosos y medio hostiles, como vecinos nuevos. De pronto, se echó a reír otra vez.

El billete de cinco dólares que yo le había dado seguía sobre su lado del escritorio. Estiré una mano y lo cogí.

—Ahora ya no querrá esto —concluí—. Dado que hemos empezado a hablar de miles.

Dejó de reírse de golpe. Después se encogió de hombros.

—A las once de la mañana —dijo—. Y nada de trucos, señor Marlowe. No crea que no sé protegerme.

—Espero que sepa —dije—, porque lo que tiene entre manos es dinamita.

Lo dejé y crucé a zancadas la vacía oficina exterior, abrí la puerta y dejé que se cerrara, quedándome dentro. Tendrían que haberse oído pasos por el pasillo, pero su puerta estaba ajustada y yo no había hecho mucho ruido al llegar, con mis suelas de

goma. Esperaba que se acordara de eso. Retrocedí a hurtadillas por la moqueta deshilachada y me escondí detrás de la puerta, entre esta y la mesa de la máquina de escribir. Una treta de niños, pero de vez en cuando funciona, sobre todo después de una larga y animada conversación, llena de toques mundanos y argucias ingeniosas; como una finta de baloncesto. Y si esta vez no funcionaba, volveríamos a hacernos comentarios sarcásticos el uno al otro.

Funcionó. Durante un buen rato no ocurrió nada, aparte de una sonada de nariz. Después, aun estando solo, se dejó llevar otra vez por aquella risa suya de gallo enfermo. A continuación, hubo un carraspeo. Después, un sillón giratorio crujió y unos pies echaron a andar.

Una cabeza blanca y ajada se asomó a la habitación, sobresaliendo unos cinco centímetros por el borde de la puerta. Se quedó allí suspendida y yo entré en un estado de animación suspendida. Después, la cabeza se echó hacia atrás y cuatro dedos sucios agarraron el borde de la puerta y tiraron de él. La puerta se cerró, se oyó un chasquido, quedó cerrada con llave. Empecé a respirar de nuevo y apliqué el oído al tabique de madera.

El sillón giratorio crujió una vez más. El sonido mecánico de marcar un teléfono. Me lancé hacia el aparato que había sobre la mesa de la máquina de escribir y levanté el auricular. Al otro extremo de la línea, el timbre había empezado a sonar. Sonó seis veces. Por fin, una voz de hombre dijo:

—¿Diga?

—¿Apartamentos Florence?

—Sí.

—Querría hablar con el señor Anson, del apartamento 204.

—No cuelgue. Voy a ver si está.

Ni el señor Morningstar ni yo colgamos. Se oía ruido, el sonido estridente de una radio muy alta que transmitía un partido de béisbol. No estaba cerca del teléfono, pero hacía bastante ruido.

Entonces oí el sonido hueco de pasos que se acercaban y el áspero golpeteo del auricular al ser levantado, y la voz dijo:

—No está. ¿Algún recado?

—Llamaré más tarde —contestó el señor Morningstar.

Colgué rápidamente y patiné a toda velocidad por el suelo hasta la puerta de entrada. La abrí sin hacer el menor ruido, como la nieve que cae, y dejé que se cerrara del mismo modo, pero detuve su impulso en el último momento, de manera que el chasquido del pestillo no se oyó ni a un metro de distancia.

Respiré hondo y fuerte mientras andaba por el pasillo, escuchándome. Pulsé el botón del ascensor. Después saqué la tarjeta que el señor George Anson Phillips me había dado en el vestíbulo del Hotel Metropole. A decir verdad, ni la miré. No lo necesitaba para recordar que en ella se hacía referencia al 204 de los apartamentos Florence, en Court Street 128. Me limité a darle golpecitos con una uña mientras el

viejo ascensor subía a trompicones por el hueco, con tanto esfuerzo como un camión cargado de grava al tomar una curva muy cerrada.

Eran las tres y cincuenta minutos.

Bunker Hill es un barrio viejo, un barrio perdido, un barrio mugriento, un barrio de sinvergüenzas. En otro tiempo, hace mucho, fue el barrio residencial preferido de la ciudad, y todavía quedan en pie unas pocas mansiones góticas intrincadas, con sus amplios porches y sus muros cubiertos de ripias con los extremos redondeados, y sus miradores que ocupan toda una esquina, con torretas en forma de huso. Ahora todas son pensiones, el parquet de sus suelos está rayado y gastado hasta haber perdido el reluciente acabado que en otro tiempo tuvo, y las amplias escaleras están oscuras a causa del tiempo y del barniz barato aplicado sobre generaciones de suciedad. En sus habitaciones de techo alto, patronas que parecen brujas parlotean con inquilinos evasivos. En los amplios y frescos porches, extendiendo las agrietadas suelas de los zapatos hacia el sol y mirando hacia la nada, se sientan viejos con caras que parecen batallas perdidas.

En las antiguas mansiones y en sus alrededores hay restaurantes llenos de moscas, fruterías italianas, edificios de apartamentos baratos y pequeñas confiterías en las que se pueden comprar cosas aún peores que sus dulces. Y hay hoteles infestados de ratas en cuyos registros solo firma gente que se llama Smith y Jones, y donde el conserje de noche es mitad perro guardián y mitad alcahuete.

De los edificios de apartamentos salen mujeres que deberían ser jóvenes, pero que tienen la cara como la cerveza rancia; hombres con sombreros calados y ojos penetrantes que inspeccionan la calle ocultos tras la mano cóncava que protege la llama de una cerilla; intelectuales consumidos, con tos de tanto fumar y sin dinero en el banco; policías de incógnito, con caras de granito y ojos resueltos; cocainómanos y traficantes de droga; gente que no tiene pinta de nada en particular y lo sabe; y de vez en cuando, hasta hombres que van a trabajar. Pero estos salen temprano, cuando las anchas y agrietadas aceras están vacías y todavía tienen rocío.

Faltaba un poco para las cuatro y media cuando llegué allí, pero no mucho. Aparqué al final de la calle, donde llega el funicular que sube a duras penas desde Hill Street por la ladera de arcilla blanca, y caminé por Court Street hasta los apartamentos Florence. Una fachada principal de ladrillo oscuro, tres pisos, las ventanas más bajas al nivel de la calle y enmascaradas por telas metálicas oxidadas y visillos descoloridos. La puerta de entrada tenía un panel de cristal y todavía se podía leer gran parte del nombre. La abrí y bajé tres escalones con bordes de latón hasta un pasillo tan estrecho que podías tocar los dos lados a la vez sin estirarte. Puertas sombrías, con números pintados con pintura oscura. Al pie de la escalera, un nicho con un teléfono público. Un letrero: *Encargado, Apt. 106*. Al fondo del pasillo, una puerta con rejilla metálica; y en la callejuela que había detrás, cuatro cubos de basura altos y abollados puestos en fila, con una multitud de moscas bailando al sol encima de ellos.

Subí por la escalera. La radio que había oído por teléfono continuaba vociferando

el partido de béisbol. Miré los números y seguí adelante. El apartamento 204 estaba en el lado derecho, y el partido de béisbol estaba justo enfrente, en el mismo pasillo. Llamé con los nudillos, no obtuve respuesta y llamé más fuerte. A mis espaldas, tres Dodgers fallaron sus tiros en medio del estruendo pregrabado de la multitud. Llamé por tercera vez y miré por la ventana del pasillo que daba a la fachada principal, mientras palpaba en mi bolsillo en busca de la llave que George Anson Phillips me había dado.

Al otro lado de la calle había una funeraria italiana, pulcra, tranquila y discreta, de ladrillo pintado de blanco hasta el nivel de la acera. Pompas Fúnebres Pietro Palermo. La fina caligrafía verde de un letrero de neón recorría su fachada con aire recatado. Un hombre alto con traje oscuro salió por la puerta principal y se apoyó en la pared blanca. Parecía un tipo muy guapo. Tenía la piel oscura y una bonita cabeza con el pelo gris acero, peinado hacia atrás desde la frente. Sacó algo que, visto desde tan lejos, parecía una pitillera de plata, o platino, y esmalte negro, la abrió lánguidamente con dos dedos largos y morenos, y eligió un cigarrillo con filtro dorado. Se la volvió a guardar y encendió el cigarrillo con un encendedor de bolsillo que parecía ir a juego con la pitillera. Lo guardó también, cruzó los brazos y se quedó mirando a la nada con los ojos semicerrados. De la punta de su inmóvil cigarrillo salía un hilillo de humo que subía en línea recta por encima de su cara, tan fino y tan recto como el humo de una fogata moribunda al amanecer.

Otro bateador falló o acertó a mis espaldas en el partido pregrabado. Me volví, olvidándome del italiano alto, metí la llave en la cerradura del apartamento 204 y entré.

Una habitación cuadrada con moqueta marrón, muy pocos muebles y nada acogedores. La cama de pared, con el habitual espejo deformante, fue lo primero que vi al abrir la puerta y me hizo sentir como un expresidiario pringado que llega furtivamente a casa después de haber estado fumando marihuana. Había un butacón de abedul, y a su lado una cosa tapizada con forma de sofá cama que parecía durísima. Delante de la ventana, una mesa sostenía una lámpara con pantalla de papel fruncido. Había una puerta a cada lado de la cama.

La puerta de la izquierda daba a una minúscula cocina con un fregadero de piedra marrón, una cocina de tres fuegos y una vieja nevera eléctrica que dio un chasquido y empezó a palpar de dolor en cuanto yo la abrí. En el escurridor del fregadero permanecían los restos del desayuno de alguien: el poso de café en una taza, una corteza de pan chamuscada, migas en una tabla, un pringue amarillo de mantequilla derretida que bajaba por un plato inclinado, un cuchillo manchado y una cafetera granulosa que olía como los sacos en un granero muy caliente.

Retrocedí rodeando la cama y crucé la otra puerta. Daba a un pasillo corto con un espacio abierto para la ropa y una cómoda empotrada en la pared. En la cómoda había un peine y un cepillo negro con algunos pelos rubios entre sus negras cerdas. También había un bote de talco, una pequeña linterna con el cristal roto, un cuaderno

de papel de cartas, una pluma de las que usan en los bancos, un tintero encima de un secante y cerillas en un cenicero de cristal que contenía media docena de colillas.

En los cajones de la cómoda había más o menos lo que podría contener una maleta en cuestión de calcetines y ropa interior. En una percha había un traje gris, no nuevo pero todavía en buen estado, y debajo, en el suelo, un par de zapatos negros con bastante polvo.

Empujé la puerta del cuarto de baño. Se abrió aproximadamente un palmo y después se atascó. Me picó la nariz y sentí que se me ponían rígidos los labios debido al áspero y penetrante olor que venía de detrás de la puerta. Empujé con todo mi cuerpo. Cedió un poco pero volvió hacia atrás, como si alguien hiciera fuerza contra mí. Asomé la nariz por la abertura.

El suelo del cuarto de baño era demasiado pequeño para él, y por eso tenía las rodillas dobladas hacia arriba, colgando flojas hacia fuera, y la cabeza apretada contra el rodapié del otro extremo, no simplemente apoyada, sino encajada. Su traje marrón estaba un poco arrugado, y sus gafas de sol sobresalían del bolsillo de la camisa en un ángulo poco seguro. Como si eso importara. Tenía la mano derecha cruzada sobre el estómago y la izquierda caída en el suelo, con la palma hacia arriba y los dedos un poco curvados. En el lado derecho de la cabeza, debajo del pelo rubio, tenía una herida con sangre seca. La boca abierta estaba llena de sangre carmesí brillante.

Era una pierna lo que atascaba la puerta. Empujé con fuerza, me escurrí por la abertura y entré. Me agaché para apoyar dos dedos en el lateral de su cuello, sobre la arteria grande. No había pulso, ni siquiera un suspiro. Nada de nada. La piel estaba helada. No tendría que haber estado helada, pero a mí me lo pareció. Me incorporé, apoyé la espalda en la puerta, metí los puños en los bolsillos y olí el humo de la pólvora. El partido de béisbol seguía en marcha, pero a través de dos puertas cerradas sonaba muy lejano.

Me puse en pie y lo miré desde arriba. No hay nada que ver, Marlowe, nada de nada. Aquí no pintas absolutamente nada. Ni siquiera lo conocías. Lárgate de aquí, lárgate cagando leches.

Me aparté de la puerta, la abrí de un tirón y volví por el pasillo al cuarto de estar. Una cara me miró desde el espejo. Una cara tensa y burlona. Me alejé rápidamente de ella, saqué la llave que George Anson Phillips me había dado, la froté entre mis húmedas palmas y la dejé junto a la lámpara.

Froté también el picaporte que abría la puerta y el pomo que la cerraba por fuera. En la primera mitad del octavo tiempo, los Dodgers iban ganando por siete a tres. Una tipa que sonaba a borracha perdida cantaba «Frankie and Johnny» en versión marinera, con una voz que ni el whisky había logrado mejorar. Una voz ronca de hombre le rugió que se callara, pero ella siguió cantando. Se oyó un rápido movimiento de pasos sobre el suelo, una bofetada, un grito. Ella dejó de cantar y el partido de béisbol continuó.

Me puse un cigarrillo en la boca, lo encendí, bajé la escalera y me detuve en la

penumbra del ángulo del pasillo, mirando el letrero que decía «Encargado, Apt. 106».

Solo por mirarlo ya era un idiota. Me quedé observándolo durante un buen rato, mordiendo con fuerza el cigarrillo.

Di media vuelta y volví hacia el final del pasillo. Había una puerta con una placa esmaltada que decía «Encargado». Llamé a la puerta.

Una silla empujada hacia atrás, pies que se arrastraban y la puerta se abrió.

—¿Es usted el encargado?

—Sí.

Era la misma voz que había oído por teléfono, hablando con Elisha Morningstar.

Tenía en la mano un vaso vacío y mugriento. Parecía que alguien hubiera criado peces de colores en él. Era un tipo larguirucho, con pelo corto de color zanahoria que le caía hasta la mitad de la frente. Tenía una cabeza larga y estrecha, llena de marrullerías. Unos ojos verdosos me miraban desde debajo de unas cejas anaranjadas. Las orejas eran tan grandes que con un buen viento podrían aletear. La nariz era larga y propensa a meterse en todo. En conjunto era una cara con experiencia, una cara que sabría guardar un secreto, una cara que mantenía la compostura con tan poco esfuerzo como un cadáver en el depósito.

Llevaba el chaleco abierto, sin chaqueta, una cadena de reloj de crin trenzada y ligas azules en las mangas, con presillas metálicas.

—¿El señor Anson? —pregunté.

—Dos cero cuatro.

—No está.

—¿Y qué quiere que haga yo? ¿Poner un huevo?

—Qué bueno —contesté—. ¿Le salen siempre así o es que es su cumpleaños?

—Largo de aquí —exclamó—. Ahueque. —Empezó a cerrar la puerta, pero la volvió a abrir para añadir—: A tomar viento. Esfúmese. Dese el piro. —Y habiendo dejado claro lo que quería decir, empezó a cerrar la puerta otra vez.

Me apoyé contra la puerta. Él se apoyó por su lado. Aquello hizo que nuestras caras se acercaran.

—Cinco pavos —dije.

Aquello hizo efecto. Abrió la puerta de golpe y tuve que dar un paso rápido hacia delante para no darle con la cabeza en la barbilla.

—Pase —dijo.

Un cuarto de estar con una cama de pared, todo seguía estrictamente el diseño de la casa, incluyendo la lámpara de papel fruncido y el cenicero de cristal. Esta habitación estaba pintada de amarillo oscuro. Lo único que le faltaba eran unas cuantas arañas negras y gordas pintadas sobre el amarillo para parecer un ataque de bilis.

—Siéntese —indicó, cerrando la puerta.

Me senté. Nos miramos el uno al otro con los ojos puros e inocentes de un par de vendedores de coches usados.

—¿Una cerveza? —preguntó.

—Gracias.

Abrió dos latas, llenó el vaso mugriento de su mano y fue a coger otro igual. Dije

que bebería directamente de la lata. Me pasó la lata.

—Diez centavos —dijo.

Le di diez centavos.

Los dejó caer en un bolsillo del chaleco y siguió mirándome. Tiró de una silla, se sentó en ella separando sus huesudas y protuberantes rodillas, y dejó caer entre ellas la mano libre.

—No me interesan sus cinco pavos —aclaró.

—Estupendo —dije yo—. En realidad, no pensaba dárselos.

—Un listillo —dijo—. ¿Qué busca? Este es un sitio respetable. No se permiten cosas raras.

—Y bien tranquilo —añadí—. Arriba casi se puede oír el canto de las águilas.

Su sonrisa era amplia, como de centímetro y medio.

—No es fácil hacerme reír —admitió.

—Igual que a la reina Victoria —repuse.

—No lo pillo.

—No espero milagros —dije.

Aquel diálogo absurdo me producía una especie de efecto tonificante, despertaba mi humor cortante y abrasivo.

Saqué mi cartera y elegí una tarjeta. No era mía. Decía: «James B. Pollock, Compañía Seguros e Indemnizaciones. Investigador de seguros». Intenté acordarme del aspecto que tenía James B. Pollock y dónde lo había conocido. No pude. Le di la tarjeta al hombre zanahoria.

La leyó y se rascó la punta de la nariz con una de sus esquinas.

—¿Alguien se ha metido donde no debía? —preguntó, manteniendo sus ojos verdes pegados a mi cara.

—Joyas —contesté, haciendo un gesto con la mano.

Se lo pensó. Mientras él se lo pensaba, intenté adivinar si le preocupaba o no. No lo parecía.

—Alguno se nos cuela de vez en cuando —admitió—. No se puede evitar. Aunque a mí no me pareció mal tipo. Tenía pinta de blando.

—A lo mejor me han informado mal —dije.

Le describí a George Anson Phillips. George Anson Phillips vivo, con su traje marrón y sus gafas de sol y su sombrero de paja con la cinta estampada marrón y amarilla. Me pregunté qué habría sido del sombrero. Arriba no estaba. Se habría deshecho de él, pensando que llamaba mucho la atención. Su pelo rubio era casi igual de malo, aunque no tanto.

—¿Le suena?

El hombre zanahoria se tomó su tiempo para responder. Por fin hizo un gesto de asentimiento, observándome detenidamente con sus ojos verdes, mientras su mano delgada y dura se llevaba la tarjeta a la boca y la hacía pasar por los dientes como quien pasa un palo por las estacas de una valla.

—No me imaginaba que fuera un granuja —dijo—. Pero, qué demonios, los hay de todas las tallas y colores. Solo lleva aquí un mes. Si hubiera parecido un mal elemento, no se habría podido quedar.

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no reírme en sus narices.

—¿Qué le parece si registramos el apartamento mientras él está fuera?

Negó con la cabeza.

—Al señor Palermo no le gustaría.

—¿El señor Palermo?

—Es el propietario. El de enfrente. El dueño de la funeraria. Es propietario de este edificio y de muchos más. Prácticamente es el dueño del barrio, ya me entiende usted. —Me dedicó una mueca con el labio y un parpadeo del ojo derecho—. Tiene muchos amigos. No conviene meterse con él.

—Bueno, pues mientras él está haciendo amigos o jugando con un fiambre, o lo que esté haciendo en este momento, vayamos arriba a registrar el apartamento.

—No haga que me cabree —cortó por lo sano el hombre zanahoria.

—Eso me preocuparía aproximadamente el dos por ciento de nada —dije—. Vamos arriba a registrar el apartamento.

Tiré a la papelera la lata de cerveza vacía y la vi rebotar y rodar hasta el centro de la habitación.

El hombre zanahoria se puso en pie de pronto, separó los pies, se frotó las manos y se mordió el labio inferior.

—Dijo algo de cinco pavos. —Se encogió de hombros.

—Eso fue hace horas —respondí—. Me lo he pensado mejor. Vamos arriba a registrar el apartamento.

—Como repita eso una vez más... —Su mano derecha se deslizó hacia la cadera.

—Si está pensando en sacar una pistola, al señor Palermo no le gustará —dije.

—Al diablo el señor Palermo —rugió con voz repentinamente furiosa, salida de un rostro súbitamente cargado de sangre oscura.

—Al señor Palermo le encantará saber lo que opina de él —dije yo.

—Mire —dijo muy despacio el hombre zanahoria, dejando caer la mano a un costado, adelantando la mitad superior del cuerpo y poniéndome la peor cara que pudo—. Mire. Yo estaba aquí tan tranquilo, tomándome un par de cervezas. O tres. O nueve. ¡Qué demonios importa! No estaba molestando a nadie. Ha hecho un buen día. Parecía que iba a hacer una buena noche..., y entonces, viene usted. —Agitó con violencia una mano.

—Vamos arriba a registrar el apartamento —dije.

Eché hacia delante los dos puños, muy apretados. Al final del movimiento, abrió del todo las manos, estirando los dedos todo lo que pudo. La nariz le temblaba con fuerza.

—Si no fuera por el empleo... —dijo.

Abrí la boca.

—¡No lo diga! —chilló.

Se puso un sombrero, pero no la chaqueta, abrió un cajón y sacó un manojito de llaves, pasó junto a mí para abrir la puerta y se quedó en ella, haciéndome un gesto con la barbilla. Su cara todavía parecía un poco alterada.

Salimos al pasillo, lo recorrimos y subimos la escalera. El partido de béisbol había terminado y una música de baile había ocupado su puesto. El hombre zanahoria escogió una de las llaves y la introdujo en la cerradura del apartamento 204. Detrás de nosotros, en el apartamento de enfrente, por encima del chunda-chunda de la orquesta de baile, una voz de mujer dio de repente un chillido histérico.

El hombre zanahoria sacó la llave y me enseñó los dientes. Cruzó el estrecho pasillo y aporreó la puerta de enfrente. Tuvo que golpear con fuerza y muchas veces para que le hicieran algún caso. Entonces la puerta se abrió de golpe y una rubia de rostro afilado con pantalones escarlata y un jersey verde lo miró con ojos ardientes. Uno estaba hinchado mientras que el otro había recibido un guantazo varios días antes. También tenía un moratón en el cuello y llevaba en la mano un vaso alto y fresco con un líquido ámbar.

—Baje el volumen ahora mismo —ordenó el hombre zanahoria—. Demasiado jaleo. No quiero tener que decírselo otra vez. A la próxima, llamo a la poli.

La chica miró hacia atrás por encima de su hombro y gritó sobre el ruido de la radio.

—¡Eh, Del! Este tío dice que bajes el volumen. ¿Quieres sacudirle?

Una silla crujió, el ruido de la radio cesó de repente, y un tipo moreno y corpulento, con mirada feroz, apareció detrás de la rubia. La apartó a un lado con una mano y estiró la cara hacia nosotros. Le hacía falta un afeitado. Llevaba pantalones, zapatos de calle y una camiseta.

Plantó los pies en el umbral, soltó un pequeño resoplido por la nariz y dijo:

—Lárgate de aquí. Acabo de venir de comer. La comida estaba asquerosa. No me gustaría que nadie se pusiera chulo conmigo.

Estaba muy borracho, pero se veía que tenía práctica.

—Ya me ha oído, señor Hench —dijo el hombre zanahoria—. Baje el volumen de la radio y deje de armar bronca. Ahora mismo.

El hombre al que llamaban Hench dijo:

—Oye, soplapollas... —Y se lanzó hacia delante, intentando dar un fuerte pisotón con el pie derecho.

El pie izquierdo del hombre zanahoria no esperó a que lo pisaran. El delgado cuerpo retrocedió rápidamente, soltando el manojito de llaves, que cayó al suelo a su espalda, chocando con la puerta del apartamento 204. La mano derecha del hombre zanahoria describió un arco y apareció con una cachiporra forrada de cuero trenzado.

Hench exclamó «¡Aah!» y agarró dos grandes puñados de aire con sus peludas manos, cerró las manos apretando los puños y le sacudió un tremendo golpe al vacío.

El hombre zanahoria lo golpeó en lo alto de la cabeza con la cachiporra y la chica

volvió a chillar y tiró el vaso de licor a la cara de su amigo. No sabría decir si lo hizo porque ahora podía hacerlo sin que le pasara nada, o si fue un error totalmente involuntario.

Hench se dio la vuelta a ciegas, con la cara sangrando, se tambaleó y atravesó corriendo la habitación, dando bandazos que amenazaban con hacerle caer de bruces a cada paso. La cama estaba bajada y revuelta. Se apoyó en la cama con una rodilla y metió una mano bajo la almohada.

—Cuidado —dije—. Una pistola.

—También puedo esquivar eso —dijo el hombre zanahoria entre dientes, y metió la mano derecha, que ya estaba vacía, bajo su chaleco abierto.

Hench estaba de rodillas. Levantó una, se dio media vuelta y vimos que tenía una pistola negra de cañón corto en la mano derecha. La estaba mirando fijamente, sin empuñarla por la culata, sosteniéndola en la palma de la mano.

—¡Tírala! —gritó con fuerza el hombre zanahoria mientras entraba en la habitación.

Al instante, la rubia se le subió a la espalda y enroscó sus largos y verdes brazos en torno a su cuello, chillando con frenesí. El hombre zanahoria se tambaleó, soltando tacos y moviendo su pistola de un lado a otro.

—¡Dale, Del! —chillaba la rubia—. ¡Dale fuerte!

Hench, con una mano sobre la cama y un pie en el suelo, las rodillas dobladas, la mano derecha sosteniendo la pistola en la palma y los ojos fijos en ella, se fue poniendo en pie poco a poco.

—Esta no es mi pistola —gruñó desde las profundidades de su garganta.

Despojé al hombre zanahoria de la pistola, que no le estaba sirviendo de nada, y pasé junto a él, dejándolo que se quitara la rubia de encima como buenamente pudiera. Una puerta se cerró de golpe en el pasillo y se oyeron pasos que venían hacia nosotros.

—Tírela, Hench —dije.

Alzó la mirada hacia mí. Sus oscuros y desconcertados ojos estaban repentinamente sobrios.

—No es mi revólver —dijo, extendiendo el brazo que sostenía el arma—. La mía es un Colt 32, de cañón corto.

Le quité la pistola. No hizo ningún esfuerzo para impedírmelo. Se sentó en la cama, frotándose lentamente la cabeza y retorciendo la cara como si le costara pensar.

—¿Dónde demonios...? —Su voz se perdió en la nada, sacudió la cabeza y se estremeció.

Olfateé la pistola. La habían disparado. Saqué el cargador y conté las balas a través de los agujeritos laterales. Había seis. Con una más que había en la recámara, hacían siete. La pistola era un Colt automático del 32, de ocho tiros. Había sido disparada. Si no la habían recargado, se había disparado una vez.

El hombre zanahoria ya había conseguido quitarse a la rubia de la chepa. La había

tirado a un sillón y se estaba limpiando un arañazo en la mejilla. Sus ojos verdes tenían un aire siniestro.

—Más vale que llame a la poli —dije—. Con esta pistola se ha disparado un tiro, y ya va siendo hora de que se entere de que hay un muerto en el apartamento de enfrente.

Hench me miró con cara de idiota y habló con voz tranquila y razonable.

—Hermano, de verdad que esa pistola no es mía.

La rubia sollozaba de manera bastante teatral y me enseñó una boca abierta, contorsionada por el sufrimiento y la mala actuación. El hombre zanahoria salió discretamente por la puerta.

—Un tiro en el cuello con un arma de calibre mediano y bala de punta blanda —dijo el teniente detective Jesse Breeze—. Aquí hay un arma de ese tipo, con balas como la de ahí dentro. —Hizo bailar una pistola en su mano, la pistola que Hench afirmaba que no era suya—. La bala entró con trayectoria ascendente y probablemente pegó en la parte posterior del cráneo. Todavía está dentro de la cabeza. El tipo lleva muerto unas dos horas. Manos y cara frías, pero el cuerpo aún caliente. No hay *rigor mortis*. Antes de dispararle, lo atizaron con algo duro. Probablemente con la culata de una pistola. ¿Les dice algo todo esto?

El periódico sobre el que estaba sentado crujió. Se quitó el sombrero y se secó con un pañuelo la cara y la parte superior de su cabeza casi calva. Alrededor de la coronilla había una franja de pelo de color claro, mojado y oscurecido por el sudor. Se volvió a poner el sombrero, un panamá de copa plana tostado por el sol. No era un sombrero de ese año, y probablemente tampoco del año anterior.

Era un hombre grande, con bastante barriga, que llevaba zapatos marrones y blancos, calcetines caídos y pantalones blancos con rayitas negras, una camisa con el cuello abierto que dejaba ver algunos pelos de color rojizo en lo alto del pecho, y una chaqueta deportiva azul celeste de tela áspera, que por los hombros no era mucho más ancha que un garaje para dos coches. Tendría unos cincuenta años, y el único detalle que indicaba sin lugar a dudas que era policía era la mirada de sus abultados ojos azules, fija y penetrante, tranquila, sin parpadeos, una mirada que no tenía intención de ser grosera, pero que cualquiera que no fuera policía la consideraría descarada. Por debajo de sus ojos y cruzando la parte alta de los pómulos y el puente de la nariz, tenía un ancho sendero de pecas que parecían un campo de minas en un mapa de guerra.

Estábamos sentados en el apartamento de Hench, con la puerta cerrada. Hench se había puesto una camisa y se estaba anudando la corbata con expresión ausente. Sus gruesos dedos parecían torpes y temblorosos. La chica estaba tendida en la cama. Se había enrollado una cosa verde alrededor de la cabeza, tenía un bolso a su lado y se tapaba los pies con un abrigo corto de ardilla. Tenía la boca entreabierta y cara de estar exhausta y conmocionada.

Hench habló con voz espesa.

—Si lo que quiere decir es que a ese tío lo mataron con la pistola que había debajo de la almohada, vale. Es muy posible que así fuera. Esa pistola no es mía y, por mucho que lo intenten, no conseguirán hacerme decir que es mi pistola.

—Suponiendo que sea así —dijo Breeze—, ¿cómo lo explicas? ¿Alguien se llevó tu arma y dejó esta a cambio? ¿Cuándo, cómo, qué clase de arma tenías?

—Salimos a eso de las tres y media para comer algo en el bar de la esquina —contestó Hench—. Lo pueden comprobar. Debimos de dejar la puerta sin cerrar. Habíamos estado dándole un poco a la botella. Creo que hicimos bastante ruido.

Estuvimos oyendo el partido por la radio. Creo que la apagamos cuando salimos. No estoy seguro. ¿Tú te acuerdas? —Miró a la chica que estaba tumbada en la cama, callada y con la cara blanca—. ¿Te acuerdas, cariño?

La chica ni lo miró ni le respondió.

—Está hecha polvo —observó Hensch—. Yo tenía un revólver, un Colt 32, del mismo calibre que esa, pero un revólver de cañón corto. Un revólver, no una automática. Tiene roto un trozo de la cacha de goma. Me lo pasó un judío llamado Morris hace tres o cuatro años. Trabajábamos juntos en un bar. No tengo licencia, pero tampoco voy por ahí con el revólver.

—Pegándole como le pegáis a la priva —dijo Breeze— y teniendo un arma bajo la almohada, tarde o temprano alguien iba a recibir un tiro. Eso teníais que saberlo.

—Pero ¡qué demonios!, si ni siquiera conocíamos a ese tío —dijo Hensch.

Ya se había anudado la corbata, mal, pero anudada. Estaba completamente sobrio y temblaba mucho. Se puso en pie, recogió una chaqueta que había a los pies de la cama, se la puso y se volvió a sentar. Vi que le temblaban los dedos al encender un cigarrillo.

—No sabemos cómo se llamaba —continuó—. No sabemos nada de él. Lo había visto dos o tres veces por el pasillo, pero ni me hablaba. Supongo que será el mismo tío. Ni siquiera estoy seguro de eso.

—Es el que vivía ahí —dijo Breeze—. Vamos a ver, ese partido de béisbol era una retransmisión en diferido, ¿no?

—Empiezan a las tres —explicó Hensch—. Desde las tres hasta más o menos las cuatro y media, a veces hasta más tarde. Cuando salimos iban como por la segunda mitad del tercer tiempo. Estuvimos fuera durante una mano y media, puede que dos. De veinte minutos a media hora, no más.

—Es muy posible que lo mataran justo antes de que salierais —sugirió Breeze—. La radio taparía el sonido de cualquier disparo que se hiciera cerca. Debisteis de dejar la puerta sin cerrar con llave, incluso puede que abierta.

—Podría ser —corroboró Hensch en tono cansado—. ¿Tú te acuerdas, cariño?

Una vez más, la chica de la cama se negó a responderle e incluso a mirarlo.

—Dejasteis la puerta abierta o sin cerrar con llave —continuó Breeze—. El asesino os oyó salir. Entró en vuestro apartamento para deshacerse de su arma, vio la cama bajada, se acercó y metió su pistola bajo la almohada, y entonces... imaginaos su sorpresa. Encontró allí otra arma esperándolo. Así que se la llevó. Ahora bien, si quería deshacerse de su pistola, ¿por qué no dejarla en el mismo lugar del crimen? ¿Por qué arriesgarse a entrar en un apartamento ajeno? ¿Por qué molestarse tanto?

Yo estaba sentado en una esquina del sofá cama, junto a la ventana. Aporté mi granito de arena.

—Suponga que ya había salido del apartamento de Phillips y cerrado la puerta cuando cayó en la cuenta de que tenía que deshacerse del arma. Suponga que, al empezar a pasársele la conmoción de haber cometido un asesinato, se encontró en el

pasillo, todavía con el arma del crimen en la mano. Querría deshacerse de ella a toda prisa. Y si la puerta de Hench estaba abierta y él los había oído salir por el pasillo...

Breeze me miró un instante y gruñó:

—No digo que no haya sido así. Solo estoy reflexionando. —Volvió a dirigir su atención a Hench—. Vamos a ver: si se comprueba que esta es la pistola que mató a Anson, tenemos que intentar encontrar tu verdadera arma. Y mientras hacemos eso, necesitamos teneros a mano a ti y a la señorita. Lo comprendes, ¿verdad?

—No tiene usted gente capaz de atizarme lo bastante fuerte como para hacerme afirmar otra cosa —sentenció Hench.

—Siempre podemos intentarlo —dijo Breeze con suavidad—. Y podríamos empezar ahora mismo.

Se puso en pie, se volvió y tiró los periódicos arrugados que había sobre la silla barriéndolos con la mano. Fue hasta la puerta, dio media vuelta y se quedó mirando a la chica tumbada en la cama.

—¿Estás bien, hermana, o quieres que llame a una enfermera?

La chica de la cama no le respondió.

—Necesito un trago —exclamó Hench—. Necesito un trago como sea.

—Mientras yo te esté mirando, no —dijo Breeze, y salió por la puerta.

Hench cruzó la habitación, se metió en la boca el cuello de una botella y tragó licor ruidosamente. Bajó la botella, miró lo que quedaba y se acercó a la chica. La tocó en el hombro.

—Despierta y echa un trago —le gruñó.

La chica siguió mirando al techo. Ni le respondió ni dio señal alguna de haberlo oído.

—Déjela en paz —dije yo—. Tiene un shock.

Hench se terminó lo que quedaba en la botella, la dejó con cuidado y miró de nuevo a la chica. Después le dio la espalda y se quedó mirando al suelo con el ceño fruncido.

—Dios, ojalá me acordara mejor —murmuró.

Breeze volvió a entrar en la habitación con un inspector de paisano, joven y con pinta de novato.

—Este es el teniente Spangler —anunció—. Él se hará cargo de vosotros. En marcha, ¿vale?

Hench volvió a acercarse a la cama y sacudió el hombro de la chica.

—Arriba, nena. Vamos a dar un paseo.

La chica movió los ojos sin volver la cabeza y lo reconoció lentamente. Levantó los hombros de la cama, metió una mano bajo las piernas para empujarlas sobre el borde y se puso en pie. Empezó a dar pataditas con el pie derecho, como si se le hubiera quedado dormido.

—Lo siento, chica..., pero ya ves cómo están las cosas —dijo Hench.

La chica se llevó una mano a la boca y se mordió el nudillo del dedo meñique,

mirando a Hench con rostro inexpresivo. De pronto alzó la mano y le sacudió en la cara con todas sus fuerzas. Después salió de la habitación a medio correr.

Hench no movió ni un músculo durante un largo rato. Se oyó un ruido confuso de hombres hablando fuera, y otro ruido confuso de coches abajo en la calle. Hench encogió sus macizos hombros, estiró la espalda y recorrió la habitación con la mirada, como si no esperara volver a verla pronto, o tal vez nunca. Después salió, pasando junto al joven inspector con pinta de novato.

El inspector salió. La puerta se cerró. El bullicio de abajo se apagó un poco, y Breeze y yo nos quedamos sentados, mirándonos el uno al otro con cara de pocos amigos.

Al cabo de un rato, Breeze se cansó de mirarme y se sacó un puro del bolsillo. Rajó la funda de celofán con una navaja, recortó la punta del cigarro y lo encendió con mucho cuidado, haciéndolo girar sobre la llama y manteniendo la cerilla apartada, mientras contemplaba pensativamente el vacío y daba chupadas al puro para asegurarse de que ardía tal como él quería que lo hiciera.

Cuando terminó, apagó la cerilla sacudiéndola con tranquilidad y se estiró para dejarla sobre el alféizar de la ventana abierta. Después me miró un poco más.

—Usted y yo —dijo— vamos a llevarnos bien.

—Estupendo —respondí yo.

—No se lo cree —dijo—, pero nos llevaremos bien. No porque de repente le haya cogido cariño, sino porque es mi manera de trabajar. Todo de frente. Todo con sensatez. Todo con tranquilidad. No como esa individua. Es la típica tía que se pasa la vida buscando líos y, cuando los encuentra, le echa la culpa al primer fulano al que puede hincarle las uñas.

—Él le puso los ojos a la funerala —observé yo—. No creo que con eso la chica le vaya a querer demasiado.

—Ya veo que entiende mucho de mujeres —dijo Breeze.

—No saber mucho sobre ellas me ha ayudado en mi trabajo —corroboré—. Estoy abierto a todo.

Asintió y examinó la punta de su cigarro. Sacó un papel del bolsillo y lo leyó:

—«Delmar B. Hench, 45 años, camarero, en paro. Maybelle Masters, 26 años, bailarina. Eso es todo lo que sé de ellos. Y me da la impresión de que no hay mucho más».

—No cree que él haya matado a Anson, ¿verdad? —pregunté.

Breeze me miró sin agrado.

—Hermano, yo acabo de llegar. —Sacó del bolsillo una tarjeta y la leyó también—: «James B. Pollock, Compañía de Seguros e Indemnizaciones. Investigador de seguros». ¿De qué va esto?

—En un barrio como este es de mala educación usar tu verdadero nombre —dije—. Anson tampoco lo usaba.

—¿Qué tiene de malo este barrio?

—Prácticamente todo —respondí.

—Lo que me gustaría descubrir —dijo Breeze— es qué sabe usted del muerto.

—Ya se lo he dicho.

—Dígamelo otra vez. La gente me cuenta tantas cosas que me hago un lío.

—Sé lo que pone en su tarjeta, que se llama George Anson Phillips y que decía ser detective privado. Estaba en la puerta de mi oficina cuando salí a comer. Me siguió al centro, hasta el vestíbulo del Hotel Metropole. Hice que me siguiera hasta allí. Hablé con él y reconoció que me había estado siguiendo, y dijo que era porque

quería averiguar si yo era lo bastante listo para hacer negocios conmigo. Todo eso era un cuento chino, claro. Probablemente no sabía qué hacer y estaba esperando que algo lo ayudara a decidirse. Según me dijo, estaba haciendo un trabajo que no le parecía nada claro, y quería aliarse con alguien, tal vez con alguien que tuviera un poco más de experiencia que él, si es que él tenía alguna. No actuaba como si la tuviera.

—Y la única razón de que lo eligiera a usted —dijo Breeze— fue que hace seis años usted trabajó en un caso en Ventura, cuando él era ayudante del *sheriff*.

—Esa es mi historia —dije.

—Pero no tiene por qué aferrarse a ella —dijo Breeze con calma—. Siempre puede contarnos una mejor.

—Esa es bastante buena —repuse—. Es decir, es bastante buena en el sentido de que es lo bastante mala como para ser verdad.

Asintió con su lenta cabezota.

—¿Qué opina usted de todo esto? —preguntó.

—¿Han investigado ustedes la dirección de la oficina de Phillips?

Negó con la cabeza.

—Pues yo creo que descubrirán que lo contrataron porque era tonto. Lo contrataron para que alquilara ese apartamento de ahí con un nombre falso y para que hiciera algo que no resultó de su agrado. Estaba asustado. Buscaba un amigo, necesitaba ayuda. El hecho de que me eligiera a mí después de tanto tiempo, y sin saber casi nada sobre mi persona, indica que no conocía a mucha gente en el mundillo de los detectives.

Breeze sacó su pañuelo y se secó otra vez la cabeza y la cara.

—Pero eso no explica que lo fuera siguiendo a usted de un lado a otro, como un cachorro perdido, en lugar de ir directamente a su oficina y entrar por la puerta.

—No —dije yo—. No lo explica.

—¿Puede explicarlo usted?

—Pues no, la verdad.

—Bueno..., ¿y cómo intentaría esclarecerlo?

—Ya lo he desarrollado de la única manera que se me ocurre. Estaba indeciso, no sabía si hablar conmigo o no. Estaba esperando a que ocurriera algo que lo hiciera decidir. Lo decidí yo, hablando con él.

—Esa es una explicación muy simple —dijo Breeze—. Tan simple que da asco.

—Puede que tenga razón.

—Y como consecuencia de esa breve charla en el vestíbulo de un hotel, este tipo, un completo desconocido, lo invita a usted a su apartamento y le da la llave. Solo porque quería hablar con usted.

—Sí —dije.

—¿Por qué no podía hablar con usted en aquel momento?

—Yo tenía una cita.

—¿De trabajo?

Asentí.

—Ya veo. ¿En qué está trabajando?

Negué con la cabeza y no respondí.

—Se trata de un asesinato —dijo Breeze—. Va a tener que contármelo.

Negué de nuevo. Se cabreó un poco.

—Mire —añadió en un tono bastante tenso—. Tiene que hacerlo.

—Lo siento, Breeze. Pero tal como van las cosas, no me convence.

—Naturalmente, sabe que puedo meterlo en chirona como testigo presencial —dejó caer como quien no quiere la cosa.

—¿Basándose en qué?

—Basándome en que fue usted quien encontró el cadáver, en que usted le dio un nombre falso al encargado y en que usted no ha ofrecido una explicación satisfactoria de sus relaciones con la víctima.

—¿Lo hará? —pregunté.

Sonrió con frialdad.

—¿Tiene usted abogado?

—Conozco a varios abogados. No tengo un abogado fijo.

—¿A cuántos comisarios conoce personalmente?

—A ninguno. Bueno, he hablado con tres, pero puede que no se acuerden de mí.

—Pero tendrá buenos contactos en el ayuntamiento, y cosas así.

—Ah, pues dígamelos usted —dije—. Me gustaría enterarme.

—Mire, colega —dijo muy serio—. Tiene usted que tener amigos en alguna parte. Seguro.

—Tengo un buen amigo en la oficina del *sheriff*, pero preferiría no meterlo en esto.

Levantó las cejas.

—¿Por qué? Es muy posible que necesite usted un buen aliado. La palabra de un policía del que nos fiemos podría hacer mucho.

—Es solo un amigo personal —comenté—. No voy por ahí subido a su chepa. Si me meto en líos, no lo beneficiaría en nada.

—¿Y qué me dice de Homicidios?

—Está Randall —dije—. Si es que sigue trabajando en la central. Tuve tratos con él una vez, por un caso. Pero no le caigo demasiado bien.

Breeze suspiró y movió los pies sobre el suelo, haciendo crujir los periódicos que él mismo había tirado de la silla.

—¿Esto que me cuenta es cierto... o se las está dando de listo? Me refiero a lo de la gente importante que no conoce.

—Es cierto —dije—. Lo que pasa es que lo utilizo en plan listo.

—Pues no es muy inteligente decirlo así de claro.

—Yo creo que sí.

Se llevó a la cara una manaza pecosa que le tapaba toda la parte inferior del rostro y apretó. Cuando retiró la mano, se veían en sus mejillas marquitas rojas y redondas, producidas por la presión de los dedos. Observé cómo se desvanecían las marcas.

—¿Por qué no se va a casa y me deja trabajar? —preguntó en tono de fastidio.

Me levanté asintiendo y me dirigí a la puerta. Breeze habló a mi espalda.

—Deme la dirección de su casa.

Se la dije y él la apuntó.

—Hasta la vista —dijo cansinamente—. No salga de la ciudad. Querremos tomarle declaración... Puede que esta noche.

Salí. En el descansillo había dos policías de uniforme. La puerta de enfrente estaba abierta y dentro todavía estaba trabajando el de las huellas dactilares. En la planta baja encontré otros dos policías en el pasillo, uno a cada punta. No vi al encargado zanahoria. Salí por la puerta principal. Una ambulancia se alejaba de la acera en aquel momento. Había grupillos de gente remoloneando en ambos lados de la calle, no tanta como la que se habría congregado en otros barrios.

Me abrí paso por la acera. Un hombre me agarró del brazo y me preguntó:

—¿Qué ha pasado, tío?

Me desprendí de su brazo sin hablarle ni mirarlo a la cara, y seguí calle abajo, hasta donde estaba mi coche.

Eran las siete menos cuarto de la tarde cuando entré en mi oficina, encendí la luz y recogí un papel que había en el suelo. Era un aviso del Servicio de Mensajeros Green Feather. Decía que tenían un paquete y que estaba a la espera de mi llamada para llevármelo cuando yo quisiera, a cualquier hora del día o de la noche. Lo dejé sobre el escritorio, me despojé de la chaqueta y abrí las ventanas. Saqué media botella de Old Taylor del último cajón del escritorio y bebí un trago, saboreándolo con la lengua. Después me quedé allí sentado, agarrado al frío cuello de la botella, preguntándome cómo sería eso de ser un poli de Homicidios y encontrar cadáveres por ahí tirados sin que te importara una mierda, sin tener que escabullirte de los sitios limpiando los picaportes, sin tener que sopesar cuánto podías decir sin perjudicar al cliente y cuánto podías callarte sin perjudicarte gravemente a ti mismo. Decidí que no me gustaría.

Descolgué el teléfono, miré el número que ponía en el papel y lo marqué. Me dijeron que podían mandarme el paquete al instante. Dije que estaría esperando.

Fuera ya se estaba haciendo de noche. El ruido intenso del tráfico había disminuido un poco, y el aire que entraba por la ventana abierta, que aún no era el aire fresco de la noche, tenía ese olor típico de cuando se acaba el día: a polvo, a escapes de automóviles, al calor que escapa de las fachadas y aceras recalentadas por el sol, al lejano olor de la comida de mil restaurantes y tal vez, si se tenía el olfato de un perro de caza, al olor que baja desde las colinas residenciales que dominan Hollywood, ese peculiar toque de olor a gato macho que desprenden los eucaliptos cuando hace calor.

Me quedé allí sentado, fumando. A los diez minutos llamaron a la puerta. Abrí y era un chico con gorra de uniforme que me hizo firmar y me entregó un paquetito cuadrado, de no más de siete centímetros de anchura, si es que llegaba. Le di diez centavos al chico y escuché cómo silbaba mientras volvía a los ascensores.

La etiqueta tenía mi nombre y dirección escritas a tinta, en una buena imitación de la letra de imprenta, más grande y más fina que la de un cíceros. Corté el cordel que sujetaba la etiqueta y quité el envoltorio de fino papel marrón. Dentro había una cajita de cartón barata, pegada con papel engomado y con las palabras «Made in Japan» estampadas con un sello de caucho. Era el tipo de caja que te dan en las tiendas japonesas para meter algún animalito tallado o una pieza pequeña de jade. La tapa llegaba hasta abajo del todo y estaba muy ajustada. La quité y vi un papel de seda y algodón.

Los aparté y contemplé una moneda de oro, aproximadamente del tamaño de medio dólar, brillante y reluciente como si acabara de salir de la prensa.

La cara visible mostraba un águila con las alas desplegadas, un escudo en el pecho y las iniciales E. B. troqueladas en el ala izquierda. A su alrededor había un círculo de puntitos, y entre los puntitos y el canto liso y sin cordoncillo de la moneda,

estaba grabada la leyenda «E pluribus unum». En la parte inferior figuraba la fecha: 1787.

Le di la vuelta a la moneda sobre la palma de la mano. Era pesada y fría, y me hacía sentir la palma húmeda. En el reverso había un sol saliendo o poniéndose tras el puntiagudo pico de una montaña, un doble círculo de cosas que parecían hojas de roble y más latín: «Nova eboraca Columbia excelsior». En la parte inferior de esa cara, en letras mayúsculas más pequeñas, la palabra «Brasher».

Estaba contemplando el doblón Brasher.

No había nada más en la caja ni en el papel, nada en el envoltorio. Las letras escritas a mano no me decían nada. No conocía a nadie que escribiera así.

Llené hasta la mitad una petaca vacía, envolví la moneda en papel de seda, le puse una goma elástica alrededor, la metí entre el tabaco de la petaca y eché más encima. Cerré la cremallera y me metí la petaca en el bolsillo. Guardé el papel, la cuerda y la caja en un archivador, me volví a sentar y marqué el número de teléfono de Elisha Morningstar. Sonó ocho veces al otro extremo de la línea. Nadie respondió. Aquello no me lo esperaba. Colgué, busqué a Elisha Morningstar en la guía y vi que el teléfono de su casa no aparecía en el listín de Los Ángeles ni en los de las poblaciones vecinas que aparecían.

Saqué del escritorio una funda sobaquera, me la puse y metí en ella una Colt automático del 38. Me puse el sombrero y la chaqueta, cerré las ventanas, guardé el whisky, apagué las luces y ya había abierto la puerta de la oficina cuando sonó el teléfono.

El timbre tenía un sonido siniestro, no por sí mismo, sino por los oídos para los que sonaba. Me quedé allí de pie, inmóvil y tenso, con los labios apretados en una media sonrisa. Al otro lado de la ventana cerrada brillaban las luces de neón. El aire ni se movía. Fuera, en el pasillo, no había ningún movimiento. El timbre sonaba en la oscuridad, fuerte y perseverante.

Volví hasta el escritorio, me apoyé en él y contesté. Se oyó un clic, un zumbido en la línea y nada más. Apreté la palanca de conexión y me quedé allí a oscuras, inclinado sobre la mesa, sujetando el teléfono con una mano y la palanca del soporte con la otra. No sabía qué estaba esperando.

El teléfono volvió a sonar. Hice un ruido con la garganta y me lo llevé otra vez a la oreja, sin decir palabra.

Y así nos quedamos, los dos callados, puede que a kilómetros de distancia, cada uno con un teléfono en la mano, respirando y escuchando, sin oír nada, ni siquiera la respiración.

Por fin, después de lo que me pareció un rato muy largo, se oyó el tranquilo y lejano susurro de una voz que decía bajito, sin ninguna entonación:

—Lo siento por usted, Marlowe.

Después oí otra vez el clic y el zumbido en la línea. Colgué, atravesé la oficina y salí.

Conduje hacia el oeste por Sunset, di la vuelta a unas cuantas manzanas sin llegar a tener claro si alguien intentaba seguirme, y por fin aparqué cerca de un *drugstore* y me metí en su cabina telefónica. Eché mis cinco centavos y le pedí a la operadora un número de Pasadena. Ella me dijo cuánto dinero tenía que poner.

La voz que respondió al teléfono era fría y angulosa.

—Residencia de la señora Murdock.

—Soy Philip Marlowe. Con la señora Murdock, por favor.

Me pidió que esperara. Una voz suave pero muy clara dijo:

—¿Señor Marlowe? La señora Murdock está descansando. ¿Puede decirme de qué se trata?

—No debió decírselo a él.

—Yo... ¿a quién?

—A ese petimetre en cuyo pañuelo llora usted.

—¿Cómo se atreve?

—Olvídelo, está bien —dije—. Ahora déjeme hablar con la señora Murdock. Tengo que hablar con ella.

—Muy bien, lo intentaré.

La voz suave y clara se marchó, y yo esperé un buen rato. Estarían apuntalándola con almohadones, arrancándole la botella de oporto de su dura zarpa gris y poniéndole el teléfono en la boca. De pronto, una garganta carraspeó al otro lado del hilo. Sonaba como un tren de mercancías pasando por un túnel.

—Habla la señora Murdock.

—¿Podría identificar el objeto del que hablamos esta mañana, señora Murdock? Quiero decir, ¿podría distinguirlo de otros iguales?

—Bueno..., ¿es que hay otros iguales?

—Tiene que haberlos. Docenas, cientos, yo que sé. Por lo menos, docenas. Claro que no sé dónde están.

Tosió.

—En realidad, no sé mucho de eso. Así que supongo que no podría identificarlo. Pero dadas las circunstancias...

—A eso quiero llegar, señora Murdock. Parece que la identificación depende de que se pueda seguir la historia del artículo hasta llegar a usted. Al menos, para que sea convincente.

—Sí, supongo que será así. ¿Por qué? ¿Sabe usted dónde está?

—Morningstar dice que lo ha visto. Dice que se lo ofrecieron en venta, tal como usted sospechaba. No quiso comprarlo. Dice que el vendedor no era una mujer, pero eso no significa nada, porque me dio una descripción tan detallada del individuo que, o bien era inventada, o era la descripción de alguien a quien conocía más que superficialmente. Así que es posible que el vendedor fuera una mujer.

—Ya veo. Ahora ya no tiene importancia.

—¿No tiene importancia?

—No. ¿Tiene algo más de que informarme?

—Una pregunta más. ¿Conoce a un jovencuelo rubio que se llama George Anson Phillips? Un tipo más bien corpulento, con un traje marrón y un sombrero de copa plana con una cinta de colorines. Eso es lo que llevaba hoy. Dijo que era detective privado.

—No. ¿Por qué habría de conocerlo?

—No lo sé. Entra en la historia por alguna parte. Creo que fue él el que intentó vender el artículo. Morningstar intentó llamarlo cuando me marché. Yo me encalomé en su oficina y lo oí.

—¿Qué dice que hizo?

—Me encalomé.

—Por favor, no se haga el gracioso, señor Marlowe. ¿Algo más?

—Sí. Quedé en pagarle a Morningstar mil dólares por la devolución del... del artículo. Dijo que podía conseguirlo por ochocientos.

—¿Y de dónde piensa usted sacar el dinero, si me permite la pregunta?

—Bueno, era un decir. Ese Morningstar es un pajarraco. Ese es el idioma que entiende. Por otra parte, a lo mejor quería usted pagar. No es que yo quiera convencerla. Siempre puede acudir a la policía. Pero si por alguna razón no quiere recurrir a ellos, ese podría ser el único modo de recuperarlo: comprándolo de nuevo.

Probablemente habría seguido así durante un buen rato, sin saber exactamente qué quería decir, si ella no me hubiese interrumpido con un ruido que parecía el ladrido de una foca.

—Todo eso es ya completamente innecesario, señor Marlowe. He decidido olvidar este asunto. Me han devuelto la moneda.

—Un momento, no cuelgue —dije.

Dejé el teléfono sobre el estante, abrí la puerta de la cabina y saqué la cabeza para llenar los pulmones de lo que utilizaban en aquel *drugstore* en lugar de aire. Nadie me prestaba la menor atención. Enfrente de mí, el encargado, con su bata azul claro, charlaba por encima del mostrador del tabaco. El chico de la barra lavaba vasos en el fregadero. Dos chicas en pantalones jugaban al pinball. Un tipo alto y delgado, con camisa negra y un pañuelo amarillo claro al cuello, manoseaba revistas en el expositor. No tenía pinta de pistolero.

Cerré la puerta de la cabina, recogí el teléfono y dije:

—Una rata me estaba mordiendo el pie. Ya lo he arreglado. Dice que se la han devuelto. Así como así. ¿Cómo es eso?

—Espero que no se sienta muy decepcionado —dijo con su intransigente voz de barítono—. Las circunstancias son un poco delicadas. Puede que decida explicárselo y puede que no. Pásese por mi casa mañana por la mañana. Como ya no quiero seguir adelante con la investigación, quédese el anticipo como pago completo.

—A ver, que me quede claro —dije—. Le han devuelto la moneda, de verdad. No es una simple promesa.

—Desde luego que no. Y ya me estoy cansando. Así que si usted...

—Un momento, señora Murdock. No va a ser tan sencillo. Han ocurrido cosas.

—Me las podrá contar mañana —dijo en tono cortante, y colgó.

Salí de la cabina y encendí un cigarrillo con unos dedos que no me respondían. Volví a la parte delantera del establecimiento. El encargado se había quedado solo. Estaba sacándole punta a un lápiz con una navaja, muy concentrado, con el ceño fruncido.

—Qué bonito lápiz tiene, y qué bien afilado —observé.

Levantó la mirada, sorprendido. Las chicas de la máquina de bolas me miraron extrañadas. Me miré en el espejo que había detrás del mostrador. Parecía desconcertado.

Me senté en uno de los taburetes y dije:

—Un escocés doble, solo.

El hombre del mostrador me volvió a mirar sorprendido.

—Lo siento, señor, esto no es un bar. Puede comprar una botella en el mostrador de bebidas.

—Conque esas tenemos —dije—. Es decir, no tenemos. He sufrido una conmoción y estoy un poco aturdido. Póngame una taza de café, corto, y un sándwich de jamón con muy poco jamón y pan rancio. No, será mejor que no coma todavía. Adiós.

Me bajé del taburete y caminé hasta la puerta en medio de un silencio que era tan estruendoso como una tonelada de carbón cayendo por una tolva. El hombre de la camisa negra y el pañuelo amarillo me miraba con sonrisa burlona por encima del *New Republic*.

—Debería dejar esas tonterías e hincarle el diente a algo con más sustancia, como una revista pulp —le sugerí, solo por ser amable.

Salí. Detrás de mí, alguien dijo:

—Hollywood está lleno de tipos así.

Había empezado a soplar un viento que dejó una sensación seca y tensa en el ambiente, se movían las copas de los árboles y las farolas de arco de la calle se balanceaban y proyectaban sombras que parecían ríos de lava. Cambié de sentido y volví hacia el este.

La casa de empeños estaba en Santa Mónica, cerca de Wilcox. Una tiendecita tranquila y pasada de moda, erosionada suavemente por el oleaje del tiempo. En el escaparate había todo lo que se le pueda ocurrir a uno, desde un juego de moscas para trucha en una caja de madera hasta un órgano portátil, desde un cochecito de niño plegable hasta una cámara de retratista con un objetivo de diez centímetros, desde unos anteojos de nácar con una funda de felpa descolorida hasta un Colt Frontier del calibre 44 de los que hay que amartillar, un modelo que aún se sigue fabricando para polizontes del Oeste, cuyos abuelos les enseñaron a limar el gatillo y a disparar amartillando el revólver.

Entré en la tienda y una campanilla sonó sobre mi cabeza. Al fondo del establecimiento, alguien se movió arrastrando los pies y se sonó la nariz, y unos pasos se acercaron. Un viejo judío con un gorrito negro apareció detrás del mostrador, sonriéndome por encima de unas tallas de cristal.

Saqué la petaca y de ella el doblón Brasher, y lo deposité sobre el mostrador. El escaparate era de cristal transparente y yo me sentía desnudo. Nada de reservados con escupideras talladas a mano ni puertas que se bloqueaban solas cuando las cerrabas.

El judío cogió la moneda y la sopesó en la mano.

—Oro, ¿eh? ¿Tiene usted un tesoro escondido? —preguntó con un centelleo en los ojos.

—Veinticinco dólares —contesté—. Mi mujer y mis niños tienen hambre.

—Vaya, eso es terrible. Sí, parece oro, por el peso. Solo oro y tal vez algo de platino. —La pesó con naturalidad en una balanza pequeña—. Oro, sí —dijo—. Así que quiere diez dólares.

—Veinticinco dólares.

—¿Y qué hago yo con ella por veinticinco dólares? ¿Venderla, tal vez? Debe de tener oro por valor de unos quince dólares. De acuerdo, quince dólares.

—¿Tiene una buena caja fuerte?

—Caballero, en este negocio tenemos las mejores cajas fuertes que se pueden comprar con dinero. Por eso no tiene que preocuparse. Hemos dicho quince dólares, ¿no?

—Haga el recibo.

Lo escribió en parte con la pluma y en parte con la lengua. Le di mi verdadero nombre y mi dirección: apartamentos Bristol, avenida North Avenue Bristol 1624, Hollywood.

—Viviendo en ese barrio y tiene que pedir prestados quince dólares —dijo el

judío con tristeza, mientras arrancaba mi mitad del resguardo y contaba el dinero.

Fui andando hasta el *drugstore* de la esquina, compré un sobre, cogí un bolígrafo y me envié a mí mismo el resguardo de la casa de empeños.

Tenía hambre y me sentía vacío. Fui a Vine a comer y después volví en coche al centro. El viento seguía soplando y era más seco que nunca. El volante tenía un tacto arenoso bajo mis dedos, y mis fosas nasales estaban reseca y encogidas.

En los altos edificios se podían ver luces encendidas por aquí y por allá. Los almacenes de ropa de la esquina de la Novena con Hill, verdes y cromados, eran una explosión de luz. En el edificio Belfont, algunas ventanas brillaban, no muchas. El mismo viejo caballo de tiro seguía sentado en el ascensor sobre su arpillera doblada, mirando directamente al frente con los ojos en blanco, como si formara parte de la historia.

Le dije:

—Supongo que no sabrá cómo puedo ponerme en contacto con el administrador del edificio.

Volvió la cabeza lentamente y miró más allá de mis hombros.

—Dicen que en Nueva York tienen ascensores que van como flechas. Suben treinta pisos de una vez. Alta velocidad. Eso es en Nueva York.

—Al diablo Nueva York —dije—. A mí me gusta esto.

—Tiene que hacer falta un tío hecho y derecho para manejar esos chismes tan rápidos.

—No se engañe, abuelo. Lo único que hacen esos guaperas es apretar botones, decir «Buenos días, señor Fulano» y mirarse los lunares en el espejo del ascensor. En cambio, manejar un modelo T como este..., para eso sí que hace falta un hombre. ¿Satisfecho?

—Trabajo doce horas al día. Y gracias que tengo esto.

—Que no lo oigan los del sindicato.

—¿Sabe lo que pueden hacer los del sindicato?

Negué con la cabeza. Me lo dijo. Después bajó la mirada hasta casi encontrarse con la mía.

—¿No lo he visto en alguna parte a usted?

—Lo del administrador —dije con suavidad.

—Hace un año se le rompieron las gafas —dijo el viejo—. Casi me da la risa. A punto estuve.

—Sí. ¿Dónde puedo ponerme en contacto con él a esta hora de la tarde?

Me miró un poco más directamente.

—Ah, el administrador del edificio. Estará en su casa, ¿no?

—Seguro. Lo más probable. O se habrá ido al cine. Pero ¿dónde está su casa? ¿Cómo se llama?

—¿Desea usted algo?

—Sí. —Apreté el puño dentro del bolsillo y me esforcé por no chillar—. Quiero

la dirección de uno de sus inquilinos. El inquilino cuya dirección quiero no viene en la guía de teléfonos. No viene su casa. Quiero decir, el sitio donde vive cuando no está en la oficina. Ya sabe, su casa. —Saqué las manos de los bolsillos y dibujé formas en el aire, escribiendo despacio las letras C-A-S-A.

—¿Qué inquilino? —preguntó el viejo.

Fue tan directo que me dio un sobresalto.

—El señor Morningstar.

—No está en casa. Sigue en su oficina.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. No me fijo mucho en la gente. Pero ese es viejo como yo y en él sí me fijo. Aún no ha bajado.

Entré en el ascensor y dije:

—Al octavo.

Forcejeó con las puertas para cerrarlas y emprendimos la ascensión. Ya no volvió a mirarme. Cuando el ascensor se detuvo y yo salí, no me dijo nada, ni me miró. Se quedó allí sentado con los ojos en blanco, encorvado sobre la arpillera y el taburete de madera. Cuando doblé la esquina del pasillo, seguía sentado allí. Y la expresión ausente había vuelto a su cara.

Al final del pasillo había dos habitaciones con la luz encendida. Eran las dos únicas de las que estaban a la vista que tenían luz. Me detuve fuera para encender un cigarrillo y escuchar, pero no oí ningún sonido que indicara actividad. Abrí la puerta que tenía el letrero de «Entrada» y pasé a la estrecha oficina con la mesa para la máquina de escribir cerrada. La puerta de madera seguía entreabierta. Fui hasta ella y golpeé con los nudillos mientras decía «Señor Morningstar».

No hubo respuesta. Silencio. No se oía ni una respiración. Se me erizó el pelo de la nuca. Pasé por la puerta entreabierta. La luz del techo arrancaba brillos a la campana de cristal de la balanza de joyero y a la vieja madera pulida del escritorio con tablero de cuero, bajaba por el costado del escritorio e iluminaba un zapato negro de punta cuadrada y ajuste elástico, más arriba del cual había un calcetín blanco de algodón.

El zapato estaba en un ángulo raro, apuntando hacia un rincón del techo. El resto de la pierna estaba detrás de la esquina de la enorme caja fuerte. Entré en la habitación con la sensación de ir andando por el fango.

Estaba tendido de espaldas y arrugado. Muy solo, muy muerto.

La puerta de la caja fuerte estaba abierta de par en par, y las llaves colgaban de la cerradura del compartimento interior. Habían abierto un cajón metálico. Ahora estaba vacío; puede que antes hubiera habido dinero en él.

Todo lo demás no parecía haber cambiado nada.

Los bolsillos del viejo estaban vueltos del revés, pero yo no lo toqué excepto al agacharme y poner el dorso de la mano sobre su lívido rostro de color violáceo. Era como tocarle la barriga a una rana. Había manado sangre de la sien, donde le habían

golpeado. Pero esta vez no había olor a pólvora en el aire, y el color violeta de su piel indicaba que había muerto de un paro cardíaco, probablemente debido al susto y al miedo. No por ello dejaba de ser un asesinato.

Dejé las luces encendidas, limpié los picaportes y bajé por la escalera de incendios hasta el sexto piso. Al pasar iba leyendo los nombres de las puertas, sin ninguna razón en particular. «H. R. Teager, Laboratorio dental»; «L. Pridview, Contable público»; «Dalton y Rees, Servicio de mecanografía»; «Dr. E. J. Blaskowitz», y debajo del nombre, en letras pequeñas, «Médico quiropráctico».

El ascensor subió gruñendo y el viejo ni me miró. Su cara estaba tan vacía como mi cerebro.

Llamé al hospital desde la esquina, sin decir mi nombre.

Las piezas de ajedrez, de rojo y blanco hueso, estaban alineadas y listas para entrar en acción, y presentaban ese aspecto decidido, competente y complicado que siempre tienen al principio de una partida. Eran las diez de la noche y yo estaba en mi apartamento, con una pipa en la boca, una copa al lado y nada en la cabeza, a excepción de dos asesinatos y del misterio de cómo la señora Elizabeth Bright Murdock había recuperado su doblón Brasher mientras yo aún lo tenía en mi bolsillo.

Abrí un librito en rústica de partidas de torneos, publicado en Leipzig, elegí un gambito de reina que parecía deslumbrante, moví el peón de reina blanco a la casilla cuatro y sonó el timbre de la puerta.

Pasé al otro lado de la mesa, cogí el Colt 38 del ala abatible del escritorio de roble y me acerqué a la puerta empuñándolo pegado a mi pierna derecha.

—¿Quién es?

—Breeze.

Volví al escritorio para dejar la pistola antes de abrir la puerta. Breeze estaba allí plantado y se lo veía tan grande y desaliñado como siempre, pero un poco más cansado. Con él estaba el inspector joven con cara de novato llamado Spangler.

Me hicieron retroceder al interior de la habitación sin que pareciera que lo hacían, y Spangler cerró la puerta. Sus brillantes y juveniles ojos iban de un lado para otro mientras Breeze dejaba que los suyos, más viejos y más duros, se detuvieran en mi cara durante un buen rato. Después pasó de largo en dirección al sofá cama.

—Echa un vistazo —dijo con una esquina de la boca.

Spangler se separó de la puerta y cruzó la habitación hasta el comedorcito, miró en el interior, volvió sobre sus pasos y se metió por el pasillo. La puerta del cuarto de baño chirrió y sus pasos siguieron adelante.

Breeze se quitó el sombrero y se secó la cabeza medio calva. A lo lejos se abrieron y cerraron puertas. Armarios. Spangler regresó.

—No hay nadie —dijo.

Breeze asintió y se sentó, colocando su panamá a su lado.

Spangler vio la pistola sobre el escritorio y dijo:

—¿Le importa que la mire?

—Váyanse a paseo los dos —contesté yo.

Spangler se acercó a la pistola y se llevó el cañón a la nariz para olfatearlo. Sacó el cargador, hizo saltar la bala que había en la recámara, la recogió y la metió en el cargador. Dejó el cargador sobre el escritorio y sostuvo el arma de manera que la luz penetrara por el extremo abierto de la culata. Sosteniéndola de ese modo, miró por el cañón.

—Un poco de polvo —observó—. No mucho.

—¿Qué esperaba? —repuse—. ¿Rubíes?

Sin hacerme ni caso, miró a Breeze y añadió:

—Yo diría que esta pistola no se ha disparado en las últimas veinticuatro horas. Seguro.

Breeze asintió, se mordisqueó los labios y exploró mi cara con los ojos. Spangler volvió a montar el arma con eficiencia, la dejó a un lado y fue a sentarse. Se puso un cigarrillo entre los labios y expulsó humo con aire satisfecho.

—De todas maneras, sabemos perfectamente que no fue un 38 largo —dijo—. Un tiro de uno de estos chismes atravesaría una pared. La bala jamás se quedaría dentro de la cabeza.

—¿Se puede saber de qué hablan? —pregunté.

—De lo normal en nuestro oficio: asesinato —dijo Breeze—. Ande, coja una silla y relájese. Me pareció haber oído voces aquí. A lo mejor era en el piso de al lado.

—A lo mejor —dije yo.

—¿Siempre tiene una pistola encima de la mesa?

—Menos cuando la tengo debajo de la almohada —respondí—. O debajo del brazo. O en el cajón del escritorio. O en alguna otra parte y no me acuerdo de dónde la dejé. ¿Le sirve esto de alguna ayuda?

—No hemos venido a ponernos duros, Marlowe.

—Eso está muy bien —dije—. Solo se han puesto a fisgar en mi casa y a tocar mis cosas sin pedirme permiso. ¿Qué es lo que hacen cuando se ponen duros? ¿Tirar a la gente al suelo de un golpe y patearles la cara?

—¡Qué demonios! —exclamó, y sonrió.

Yo le devolví la sonrisa. Todos sonreímos. Entonces Breeze preguntó:

—¿Puedo usar su teléfono?

Se lo señalé. Marcó un número y habló con alguien llamado Morrison.

—Breeze. Estoy en el... —Miró en el soporte del teléfono y leyó el número—. En cualquier momento. El nombre es Marlowe. Claro. Dentro de cinco o diez minutos está bien.

Colgó y volvió al sofá cama.

—Apuesto a que no adivina por qué hemos venido.

—Siempre espero que se pase algún amiguete —dije.

—Un asesinato no es cosa de risa, Marlowe.

—¿Quién ha dicho que lo sea?

—¿No actúa usted como si lo fuera?

—Pues no me había dado cuenta.

Miró a Spangler y se encogió de hombros. Después miró al suelo. A continuación, alzó los ojos muy despacio, como si le pesaran, y me miró otra vez. Yo me había sentado junto a la mesa de ajedrez.

—¿Juega mucho al ajedrez? —preguntó, mirando las piezas.

—No mucho. De vez en cuando me entretengo con una partida, pensándome las jugadas.

—¿No hacen falta dos para jugar al ajedrez?

—Repito partidas de torneos que están anotadas y publicadas. Hay muchas publicaciones sobre ajedrez. De vez en cuando, resuelvo problemas. Hablando estrictamente, eso no es jugar al ajedrez. ¿Por qué estamos hablando de ajedrez? ¿Una copa?

—En este momento, no —dijo Breeze—. He hablado de usted con Randall. Lo recuerda muy bien, en relación con un caso en la playa. —Movi6 los pies sobre la alfombra, como si los tuviera muy cansados. Su sólido y viejo rostro estaba surcado de arrugas y gris por la fatiga—. Dice que usted no mataría a nadie. Dice que es usted buena gente, un tío legal.

—Es muy amable por su parte —observé.

—Dice que hace buen café, que se levanta más bien tarde por las mañanas, que es capaz de mantener una buena conversación y que debemos creer todo lo que usted diga, siempre que podamos confirmarlo con cinco testigos independientes.

—Que se vaya al infierno —dije.

Breeze asintió como si yo hubiera dicho exactamente lo que él quería que dijera. No estaba sonriendo y no estaba poniéndose duro; era solo un hombre grandote y macizo haciendo su trabajo. Spangler estaba sentado con la cabeza echada hacia atrás y los ojos medio cerrados, mirando el humo que salía de su cigarrillo.

—Randall dice que debemos tener cuidado con usted. Dice que no es usted tan listo como se cree, pero que es un tipo al que le pasan cosas, y que un tío así puede causar muchos más problemas que un tipo verdaderamente listo. Eso es lo que él dice, entiéndame. A mí usted me parece decente. Me gustan las cosas claras, por eso se lo cuento.

Dije que era muy amable por su parte.

Sonó el teléfono. Miré a Breeze, pero él no se movió, así que lo cogí y respondí. Era una voz de chica. Me pareció vagamente conocida, pero no fui capaz de situarla.

—¿El señor Philip Marlowe?

—Sí.

—Señor Marlowe, estoy en un apuro, un apuro muy grande. Necesito verlo desesperadamente. ¿Cuándo puedo verlo?

—¿Quiere decir esta noche? —pregunté—. ¿Con quién hablo?

—Me llamo Gladys Crane. Vivo en el Hotel Normandy, en Rampart. ¿Cuándo puede...?

—¿Es que quiere que vaya allí esta noche? —insistí, pensando en la voz y tratando de recordar de qué la conocía.

—Yo... —El teléfono hizo clic y la comunicación quedó cortada.

Me quedé sentado con el teléfono en la mano, mirándolo con el ceño fruncido y después mirando a Breeze. Su cara estaba tranquila y no mostraba ningún interés.

—Una chica que dice que está en apuros —dije—. Se ha cortado.

Apreté la palanquita del soporte del teléfono, esperando que volviera a sonar. Los dos polis estaban completamente callados e inmóviles. Demasiado callados,

demasiado inmóviles.

El timbre del teléfono sonó de nuevo y yo solté la palanquita y dije:

—Quiere hablar con Breeze, ¿verdad?

—Sí. —Era una voz de hombre y sonaba un poco sorprendida.

—Venga, siga con sus trucos —dije, levantándome de la silla y pasando a la cocina.

Oí que Breeze hablaba brevemente, y después el ruido del teléfono al ser devuelto a su soporte.

Saqué del armario de la cocina una botella de Four Roses y tres vasos. Saqué hielo y ginger ale de la nevera, preparé tres tragos largos, los llevé en una bandeja, que dejé en la mesita de cócteles, delante del sofá cama, donde estaba sentado Breeze. Cogí dos de los vasos, le pasé uno a Spangler y me llevé el otro a mi silla.

Spangler sostuvo el vaso sin saber qué hacer, pellizcándose el labio inferior con el pulgar y el índice, y mirando a Breeze para ver si este aceptaba la bebida.

Breeze me miró detenidamente. Después suspiró. A continuación, cogió el vaso, dio un sorbo, suspiró de nuevo y meneó la cabeza de un lado a otro con una media sonrisa; lo mismo que hace un hombre cuando le ofreces un trago y él lo necesita desesperadamente, y el trago está en su punto y el primer sorbo es como una ojeada a un mundo más limpio, más soleado y más luminoso.

—Parece que pilla usted las cosas muy deprisa, señor Marlowe —dijo, echándose hacia atrás en el sofá cama, completamente relajado—. Creo que ahora vamos a poder trabajar juntos.

—De esa manera, no —repliqué.

—¿Eh? —Fruunció el ceño hasta juntar las cejas.

Spangler se echó hacia delante en su asiento y observó atentamente.

—Haciendo que me llamen chicas en apuros para contarme un cuento y que así pueda usted aducir que reconocieron mi voz en alguna parte, en alguna ocasión.

—El nombre de la chica es Gladys Crane —dijo Breeze.

—Eso me dijo. Nunca he oído hablar de ella.

—Está bien —dijo Breeze—. Está bien. —Me enseñó la palma de su pecosa mano—. No estamos intentando hacer nada ilícito. Solo esperamos que usted tampoco lo intente.

—¿Que tampoco intente qué?

—Que tampoco intente hacer nada ilícito. Como ocultarnos cosas.

—¿Y por qué no habría de ocultarles cosas si me da la gana? —pregunté yo—. No son ustedes dos los que pagan mi salario.

—Mire, Marlowe, no se haga el duro.

—No me hago el duro. No tengo ni idea de cómo hacerme el duro. Sé lo bastante sobre los polis para no hacerme el duro con ellos. Adelante, diga lo que tenga que decir y no intente hacerme más jargarretas como la de esa llamada de teléfono.

—Estamos ante un caso de asesinato —dijo Breeze—. Tenemos que intentar

llevarlo lo mejor que podamos. Usted encontró el cadáver. Usted había hablado con la víctima. Él le había pedido que fuera a su apartamento. Él le dio su llave. Usted dice que no sabía para qué quería verlo. Supusimos que tal vez, con un poco de tiempo para pensárselo, se podría haber acordado.

—En otras palabras, que la primera vez les mentí —dije.

Breeze esbozó una sonrisa cansada.

—Lleva usted en esto el tiempo suficiente para saber que la gente siempre miente en los casos de asesinato.

—El problema es: ¿cómo van a saber que he dejado de mentir?

—Cuando lo que diga empieza a tener sentido, nos daremos por satisfechos.

Miré a Spangler. Estaba tan inclinado hacia delante que casi se caía de la silla. Parecía que fuera a saltar. No se me ocurría ninguna razón para que saltara, así que pensé que debía de estar nervioso. Volví a mirar a Breeze. Estaba más o menos tan excitado como un agujero en la pared. Tenía entre sus gruesos dedos uno de sus puros envueltos en celofán, y estaba rajando el celofán con una navajita. Observé cómo quitaba el envoltorio, recortaba la punta del cigarro y se guardaba la navaja después de limpiar cuidadosamente la hoja en sus pantalones. Miré cómo rascaba una cerilla de madera y encendía el puro con mucho cuidado, haciéndolo girar sobre la llama, y cómo apartaba la cerilla, todavía encendida, y daba chupadas al cigarro hasta que decidió que estaba correctamente encendido. Después, sacudió la cerilla para apagarla y la dejó junto al celofán arrugado, sobre el tablero de cristal de la mesita de cócteles. Luego se echó hacia atrás, se estiró una pernera del pantalón y fumó apaciblemente. Cada uno de sus movimientos había sido exactamente igual que cuando encendió el puro en el apartamento de Hench, y exactamente igual a lo que haría cada vez que encendiera un cigarro. Era de ese tipo de hombres, y eso lo hacía peligroso. No tan peligroso como un hombre inteligente, pero mucho más peligroso que un tipo volátil como Spangler.

—Nunca había visto a Phillips hasta hoy —dije—. No cuento la vez que él me dijo que me había visto en Ventura, porque yo no me acuerdo de él. Lo conocí exactamente como les he explicado. Me estaba siguiendo y yo me encaré con él. Quería hablar conmigo, me dio su llave, fui a su apartamento, y como no respondía usé la llave para entrar, como él me había dicho que hiciera. Estaba muerto. Llamamos a la policía y, después de una serie de sucesos o incidentes que no tenían nada que ver conmigo, se encontró una pistola debajo de la almohada de Hench. Una pistola que había sido disparada. Eso es lo que les dije y es la verdad.

—Cuando usted lo encontró —dijo Breeze—, fue al apartamento del encargado, un tipo llamado Passmore, y lo hizo subir con usted sin revelarles que había un muerto. Le dio a Passmore una tarjeta falsa y le habló de joyas.

Asentí.

—Con gente como Passmore y edificios como ese, vale la pena echarle un poco de astucia. A mí me interesaba Phillips. Pensé que Passmore podría contarme algo de

él si no sabía que estaba muerto, y que no era muy probable que me lo contara si sabía que los polis estaban al caer. Eso es todo.

Breeze bebió un poco de su vaso, le dio una calada a su cigarro y dijo:

—Lo que quiero dejar claro es esto: todo lo que usted nos cuenta podría ser verdad en términos estrictos, y sin embargo podría no estar contándonos la verdad. No sé si me explico.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, sabiendo perfectamente lo que quería decir.

Se dio un golpecito en la rodilla y me miró de abajo arriba con tranquilidad. Sin hostilidad, ni siquiera con suspicacia. Era solo un hombre tranquilo que hacía su trabajo.

—Por ejemplo: usted está trabajando en algo. No sabemos en qué. Phillips jugaba a ser detective privado. Estaba trabajando en algo. Lo siguió a usted. ¿Cómo podemos saber, a menos que usted nos lo diga, que su trabajo y el de él no están conectados por alguna parte? Y si lo están, eso nos incumbe. ¿No?

—Es una manera de verlo —repliqué—. Pero no es la única, y no es la mía.

—No olvide que es un caso de asesinato, Marlowe.

—No lo olvido. Y no olvide usted que llevo mucho tiempo en esta ciudad, más de quince años. He visto un montón de casos de asesinato. Algunos se han resuelto, otros no se han podido resolver, y algunos se podrían haber resuelto pero no se resolvieron. Y uno o dos o tres de ellos se han resuelto mal. A alguien le pagaron para que cargara con las culpas, y lo más probable es que eso se supiera o se sospechara. Y se hizo la vista gorda. Pero dejemos eso. Ocurre a veces, pero no muy a menudo. Consideremos un caso como el de Cassidy. Supongo que se acordará, ¿verdad?

Breeze miró su reloj.

—Estoy cansado —dijo—. Vamos a olvidarnos del caso Cassidy. Centrémonos en el caso Phillips.

Negué con la cabeza.

—Quiero dejar clara una cosa, y es algo importante. Fíjese en el caso Cassidy. Cassidy era un hombre muy rico, un multimillonario. Tenía un hijo ya mayor. Una noche llamaron a la policía para que fuera a la casa. Se encontraron al joven Cassidy tendido de espaldas en el suelo, con sangre por toda la cara y un agujero de bala en un lado de la cabeza. Su secretario estaba también tendido de espaldas en un cuarto de baño contiguo, con la cabeza apoyada en la segunda puerta del cuarto de baño, que daba a un pasillo, y con un cigarrillo consumido entre los dedos de la mano izquierda, una colilla que le había quemado la piel de los dedos. Junto a su mano derecha había un revólver tirado. Le habían disparado en la cabeza, pero no era una herida de contacto. Allí se había bebido mucho. Habían pasado cuatro horas desde las muertes, y el médico de la familia había estado allí tres de las cuatro horas. Ahora dígame: ¿qué hicieron ustedes con el caso Cassidy?

Breeze suspiró.

—Homicidio y suicidio durante una borrachera. Al secretario se le cruzaron los

cables y mató al joven Cassidy. Lo leí en los periódicos, o algo así. ¿Es eso lo que quiere que diga?

—Lo leyó en los periódicos —dije yo—. Pero no fue así. Y me atrevería a decir que usted sabía que no fue así, que el fiscal del distrito sabía que no fue así y que a los investigadores del fiscal los sacaron del caso en cuestión de horas. No hubo investigación. Pero todos los periodistas de sucesos de la ciudad y todos los polis de todas las unidades de Homicidios sabían que fue Cassidy el que disparó, que fue Cassidy el que estaba borracho perdido, que el secretario intentó contenerlo y no pudo, y que al final intentó huir de él, pero no fue lo bastante rápido. La de Cassidy era una herida de contacto y la del secretario no. El secretario era zurdo y tenía un cigarrillo en la mano izquierda cuando le dispararon. Aunque uno sea diestro, no se cambia el cigarrillo a la otra mano y le pega un tiro a un hombre mientras sostiene el cigarrillo como si tal cosa. Puede que lo hagan en las *Gang Busters*, pero los secretarios de los ricos no hacen esas cosas. ¿Y qué estuvieron haciendo la familia y el médico durante las cuatro horas que pasaron sin llamar a la poli? Amañándolo todo para que solo hubiera una investigación superficial. ¿Por qué no se hizo la prueba del nitrato en las manos? Porque ustedes no querían la verdad. Cassidy era un pez demasiado gordo. Pero ese también era un caso de asesinato, ¿o no?

—Los dos tipos estaban muertos —dijo Breeze—. ¿Qué demonios importaba quién hubiera disparado a quién?

—¿No se paró usted a pensar —pregunté— que el secretario de Cassidy podía tener madre o hermana, o novia..., o las tres cosas? ¿Y que estas tenían su orgullo y su fe y su amor puestos en un chico al que catalogó de borracho paranoico solo porque el padre de su jefe tenía cien millones de dólares?

Breeze levantó su vaso lentamente y se terminó su bebida al mismo ritmo. Dejó el vaso despacio y lo hizo girar sobre el tablero de cristal de la mesita de cócteles. Spangler estaba sentado rígido, con los ojos muy brillantes y los labios entreabiertos en una especie de semisonrisa rígida.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó Breeze.

—Mientras ustedes no sean dueños de sus propias almas —contesté—, no tendrán la mía. Mientras no se pueda confiar en que ustedes, todas y cada una de las veces, en todo momento y en cualquier circunstancia, buscarán la verdad y la encontrarán, caigan las cabezas que caigan..., hasta que llegue ese momento, tengo derecho a hacer caso a mi conciencia y a proteger a mi cliente de la mejor manera que pueda. Hasta que pueda estar seguro de que no le harán a él más daño que el beneficio que le hacen a la verdad. O hasta que me lleven a rastras ante alguien capaz de obligarme a hablar.

—Lo que dice me suena un poco al clásico tío que intenta acallar su conciencia —dijo Breeze.

—Qué demonios —repliqué yo—. Tomemos otra copa. Y después, pueden hablarme de esa chica con la que me han hecho hablar por teléfono.

Breeze sonrió.

—Es una señorita que vive en la puerta de al lado de la de Phillips. Una noche oyó a un hombre que hablaba con él en la entrada. Trabaja de acomodadora durante el día. Así que pensamos que tal vez conviniera que oyera su voz. No piense mal por ello.

—¿Qué clase de voz era?

—Una voz como desagradable. Dice que no le gustó.

—Supongo que por eso pensaron ustedes en mí —dije.

Recogí los tres vasos y me dirigí con ellos a la cocina.

Cuando llegué a la cocina se me había olvidado de quién era cada vaso, así que los aclaré todos, los sequé y estaba empezando a preparar más bebidas cuando entró Spangler y se quedó justo detrás de mi hombro.

—Todo va bien —dije—. Esta noche no estoy echando cianuro.

—No se ponga muy chinche con el viejo —me sugirió en voz baja, hablándome en la nuca—. Está más enterado de lo que usted se piensa.

—Es usted muy amable —dije yo.

—Oiga, me gustaría leer eso del caso Cassidy —comentó—. Parece interesante. Debió de ocurrir antes de mis tiempos.

—Fue hace mucho tiempo —dije—. Y no ocurrió nunca. Era solo una broma.

Coloqué los vasos en la bandeja, los llevé otra vez al cuarto de estar y los distribuí. Me llevé el mío a mi sillón, detrás de la mesa de ajedrez.

—Otro truquito —comenté—. Su adlátere se me cuela en la cocina y me da consejos a sus espaldas, recomendándome que tenga cuidado porque usted sabe un montón de cosas que yo ni me imagino que sabe. Tiene la cara perfecta para eso. Amistoso y franco, y fácilmente ruborizable.

Spangler se sentó en el borde de su asiento y se ruborizó. Breeze lo miró como sin darle importancia, sin intención.

—¿Qué han averiguado sobre Phillips? —pregunté.

—Sí —dijo Breeze—. Phillips. Bueno, George Anson Phillips es un caso más bien patético. Se creía detective, pero parece que no pudo conseguir que nadie más se lo creyera. He hablado con el *sheriff* de Ventura. Dice que George era un buen chico, tal vez demasiado buen chico para ser un buen policía, aun en el supuesto de que hubiera tenido cerebro. George hacía lo que le mandaban, y lo hacía bastante bien, siempre que le dijeran con qué pie debía empezar a andar y cuántos pasos tenía que dar, en qué dirección y cosillas por el estilo. Pero no progresó mucho, no sé si me entiende. Era la clase de policía que es capaz de echarle el guante a un ladrón de gallinas, siempre que vea al ladrón robar la gallina y luego el ladrón se caiga al huir y se golpee la cabeza contra un poste y se quede inconsciente. De no ser así, la cosa se le podría poner un poco difícil, y tendría que volver a comisaría a pedir instrucciones. En fin, el *sheriff* se hartó al cabo de un tiempo y dejó que George se marchara.

Breeze bebió un poco más y se rascó la barbilla con una uña de pulgar que parecía la hoja de una pala.

—Después de aquello, George trabajó en unos almacenes de Simi para un tipo llamado Sutcliff. Era un negocio de ventas a crédito, con un librito para cada cliente, y George tuvo problemas con los libros. O se le olvidaba apuntar las cosas, o las apuntaba en el libro que no era, y algunos clientes le corregían pero otros lo dejaban pasar. Así que Sutcliff pensó que tal vez a George le fuera mejor en otra parte, y así fue como vino a Los Ángeles. Había ahorrado un poco de dinero, no mucho, pero sí

lo suficiente para sacarse una licencia, depositar una fianza y conseguirse un trozo de oficina. He estado en ella. Lo que tenía era un despacho compartido con un tipo que dice que vende tarjetas de Navidad. Se llama Marsh. Si llegaba un cliente para George, habían acordado que Marsh se fuera a dar una vuelta. Marsh dice que no sabe dónde vivía George, y que George no tenía ningún cliente. Es decir, a la oficina no llegaba ningún trabajo, que Marsh supiera. Por otro lado, George puso un anuncio en el periódico y es posible que así sí consiguiera algún cliente. Supongo que así fue, porque hace más o menos una semana Marsh encontró una nota en su despacho, diciendo que George iba a estar fuera de la ciudad unos días. Eso fue lo último que supo de él. De modo que George se fue a Court Street, alquiló un apartamento bajo el nombre de Anson y terminó muerto. Y eso es lo que sabemos de George por ahora. Un caso más bien patético.

Me miró con una mirada llana, nada inquisitiva, y se llevó el vaso a los labios.

—¿Qué hay de ese anuncio?

Breeze dejó el vaso, sacó de su cartera un trocito de papel y lo dejó sobre la mesita de cócteles. Me acerqué, lo recogí y lo leí. Decía:

¿Por qué preocuparse? ¿Por qué tener dudas o incertidumbres? ¿Por qué dejarse roer por las sospechas? Consulte a un investigador frío, meticoloso, confidencial, discreto. George Anson Phillips. Glenview 9521.

Lo dejé de nuevo sobre el cristal.

—No es peor que muchos anuncios profesionales —dijo Breeze—. Y no parece dirigido al negocio del automóvil.

Spangler intervino:

—Se lo escribió la chica de la agencia. Dice que le costaba contener la risa, pero que a George le pareció estupendo. La oficina del *Chronicle* de Hollywood Boulevard.

—Esto lo han averiguado rápido —dije.

—No tenemos problemas para conseguir información —dijo Breeze—. Excepto tal vez con usted.

—¿Y qué hay de Hench?

—De Hench, nada. Él y la chica estaban de juerga y con mucho alcohol. Bebían un poco, cantaban un poco, se zurraban un poco, oían la radio y salían a comer de vez en cuando, si se acordaban. Supongo que llevaban así días. Menos mal que los paramos. La chica tenía los dos ojos morados. En la siguiente agarrada, Hench le podría haber roto el cuello. El mundo está lleno de borrachos holgazanes como él... y su chica.

—¿Y qué hay de la pistola que Hench dice que no es suya?

—Es el arma del crimen. Aún no tenemos la bala, pero tenemos el casquillo. Estaba debajo del cuerpo de George, y coincide. Hemos disparado un par más y hemos comparado las marcas del cañón y del percutor.

—¿Cree que alguien la metió bajo la almohada de Hench?

—Seguro. ¿Por qué iba Hench a matar a Phillips? No lo conocía.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé —respondió Breeze, extendiendo las manos—. Mire, hay cosas que uno sabe porque las tiene escritas en letras de molde. Y otras las sabe porque son razonables y tienen que ser así. Uno no le pega un tiro a alguien y después arma un follón para llamar la atención, y con el arma todo el tiempo debajo de la almohada. La chica estuvo con Hench todo el día. Si hubiera matado a alguien, ella se habría dado cuenta. Pero no tiene ni idea del asunto. Si la tuviera, habría hablado. ¿Qué significa Hench para ella? Un tipo con el que divertirse, y nada más. Olvídense de Hench. El tipo que cometió el crimen oyó la radio muy alta y sabía que ahogaría el disparo. Pero por si acaso, sacudió a Phillips y lo arrastró al cuarto de baño y cerró la puerta antes de dispararle. No estaba borracho. Era un tío que iba a lo suyo, y que ponía cuidado. Salió, cerró la puerta del cuarto de baño, la radio dejó de sonar; Hench y la chica habían salido a comer. Tuvo que ser así.

—¿Cómo sabe que la radio dejó de sonar?

—Me lo dijeron —contestó Breeze con calma—. Hay más gente que vive en ese vertedero. Puede estar seguro de que la radio dejó de sonar y ellos salieron. Y no en silencio. El asesino sale del apartamento y ve la puerta de Hench abierta. Tuvo que ser así, porque si no, no se le habría ocurrido pensar en la puerta de Hench.

—La gente no deja la puerta abierta en los edificios de apartamentos. Sobre todo en barrios como ese.

—Los borrachos sí. Los borrachos son descuidados. No son capaces de centrarse. Y solo piensan en una cosa cada vez. La puerta estaba abierta..., puede que solo un poquito, pero abierta. El asesino entró, metió su pistola en la cama y encontró allí otra arma. Se la llevó, solo para ponerle peor las cosas a Hench.

—Puede usted buscar el revólver —dijo.

—¿El revólver de Hench? Lo intentaremos, pero Hench dice que no se sabe el número. Si lo encontráramos, algo podríamos sacar de ahí. Pero lo dudo. También intentaremos seguirle la pista al arma que tenemos, pero ya sabe cómo son estas cosas. Se llega hasta cierto punto y piensas que las cosas se van a aclarar, y de pronto la pista se corta de golpe y porrazo. Un callejón sin salida. ¿Se le ocurre algo más que nosotros podamos saber y que pueda servirle de ayuda en su trabajo?

—Estoy algo cansado —respondí—. No me funciona muy bien la imaginación.

—Pues hace un rato lo estaba haciendo muy bien —dijo Breeze—. Cuando lo del caso Cassidy.

No dije nada. Llené otra vez la pipa, pero estaba demasiado caliente para encenderla. La dejé sobre el borde de la mesa para que se enfriara.

—Le juro por Dios —dijo Breeze muy despacio— que no sé qué pensar de usted. No me lo imagino encubriendo deliberadamente un asesinato. Pero tampoco me creo que sepa tan poco de todo esto como quiere hacernos creer.

Una vez más, no dije nada.

Breeze se inclinó hacia delante para aplastar su cigarro sobre el cenicero hasta apagar la brasa. Se terminó su bebida, se puso el sombrero y se levantó.

—¿Cuánto tiempo piensa seguir sin hablar? —preguntó.

—No lo sé.

—Permítame que lo ayude. Le doy hasta mañana al mediodía, poco más de doce horas. De todas maneras, hasta entonces no me van a dar el informe postmórtem. Le doy hasta entonces para que hable del asunto con su cliente y se decida a soltar prenda.

—¿Y después de esa hora?

—Después de esa hora, iré a ver al capitán y le diré que un detective privado llamado Philip Marlowe está ocultando información que yo necesito para la investigación de un asesinato, o que estoy bastante seguro de que la oculta. ¿Y qué cree que pasará? Me imagino que le meterá entre rejas tan deprisa que se le chamuscarán los pantalones.

—Ajá —dije—. ¿Han registrado el escritorio de Phillips?

—Pues claro. Un joven muy pulcro. No había nada de nada aparte de una especie de diario. Y ahí tampoco había nada aparte de contar que había ido a la playa, o que había llevado a una chica al cine y ella no se había puesto a tono. O que se había quedado sentado en la oficina sin que llegaran clientes. Una vez se cabreó bastante con su lavandería y escribió toda una página. Por lo general, solo escribía tres o cuatro líneas. Solo hay una cosa curiosa: todo está escrito como en letras de imprenta.

—¿De imprenta? —repetí.

—Sí, letras de imprenta escritas a pluma. Nada de mayúsculas grandes, como hace la gente que trata de disimular su letra. Eran letras de imprenta pequeñas, claras y escritas con soltura, como si el tío pudiera escribir así, con tanta facilidad y rapidez como de la otra manera.

—Pues no escribió así en la tarjeta que me dio a mí —dije.

Breeze se lo pensó un momento. Después asintió.

—Es verdad. A lo mejor era así. Tampoco había ningún nombre en el diario, en la tapa. A lo mejor lo de las letras de imprenta era solo un juegucito privado.

—Como la taquigrafía de Pepys —dije yo.

—¿Qué es eso?

—Un diario que escribió un tío en un sistema de taquigrafía propio, hace mucho tiempo.

Breeze miró a Spangler, que estaba de pie delante de su silla, apurando las últimas gotas de su vaso.

—Más vale que nos larguemos —dijo Breeze—. Este tío se dispone a soltarnos otro caso Cassidy.

Spangler dejó su vaso y los dos se encaminaron hacia la puerta. Breeze frenó de golpe y me miró de reojo, con la mano en el picaporte.

—¿Conoce a alguna rubia alta?

—Tendré que pensarlo —respondí—. Espero que sí. ¿Cómo de alta?

—Simplemente alta. No sé lo alta que es. Excepto que le parece alta a un tipo alto. Un italiano llamado Palermo, el dueño del edificio de apartamentos de Court Street. Cruzamos la calle para verlo en su funeraria. También es el dueño de eso. Dice que vio a una rubia alta salir del edificio de apartamentos a eso de las tres y media. El encargado, Passmore, no conoce a ninguna inquilina a la que se pueda calificar de rubia alta. El italiano dice que era guapa. Le doy cierto crédito a lo que dice, porque nos dio una buena descripción de usted. No vio entrar a la rubia alta, solo la vio salir. Llevaba pantalones, chaqueta de deporte y un pañuelo en la cabeza. Pero le vio el pelo rubio claro, y muy abundante, debajo del pañuelo.

—No se me ocurre nada —dije—. Pero acabo de acordarme de otra cosa. Apunté el número de matrícula del coche de Phillips en la parte de atrás de un sobre. Con eso, seguro que averiguan su dirección anterior. Voy a por él.

Esperaron de pie mientras yo iba a sacarlo de mi chaqueta, que estaba en la alcoba. Le di a Breeze el trozo de sobre, y él leyó lo que había escrito y lo guardó en su billetera.

—Así que se acaba de recordar esto, ¿eh?

—Eso es.

—Vaya, vaya —dijo—. Vaya, vaya.

Los dos se marcharon por el pasillo, en dirección al ascensor, meneando la cabeza.

Cerré la puerta y volví a mi casi intacta segunda copa. Se había quedado sin burbujas. La llevé a la cocina y la terminé de rellenar. Me quedé allí con el vaso en la mano, mirando por la ventana los eucaliptos que bamboleaban sus flexibles copas contra el oscuro cielo azulado. Parecía que se había vuelto a levantar viento. Chocaba contra las ventanas que daban al norte, y se oía un fuerte y lento golpeteo en la pared del edificio, como un cable grueso que topase contra el estuco entre los aislamientos.

Probé la bebida y deseé no haber malgastado más whisky en ella. La tiré al fregadero, cogí un vaso limpio y bebí un poco de agua helada.

Doce horas para dejar resuelta una situación que aún no había empezado ni a entender. O eso, o revelar quién era mi cliente y dejar que los polis se ocupasen de ella y de toda su familia. Contrate a Marlowe y le llenará la casa de polis. ¿Por qué preocuparse? ¿Por qué tener dudas o incertidumbres? ¿Por qué dejarse roer por las sospechas? Consulte a un investigador pirado, chapucero, manazas, disoluto. Philip Marlowe, Glenview 7537. Acuda a mí y conocerá a los mejores polis de la ciudad. ¿Por qué desesperarse? ¿Por qué estar solo? Llame a Marlowe y vea venir la furgona policial.

Eso tampoco me llevó a ninguna parte. Volví al cuarto de estar y apliqué una cerilla a la pipa, que ya se había enfriado en el borde de la mesa de ajedrez. Aspiré el humo lentamente, pero seguía sabiéndome a goma quemada. Dejé la pipa y me quedé de pie en medio de la habitación, tirándome del labio inferior y soltándolo para que

me pegara en los dientes.

Sonó el teléfono. Lo cogí y solté un gruñido.

—¿Marlowe?

La voz era un susurro áspero y bajo. Un susurro áspero y bajo que ya había oído antes.

—Está bien —dije—. Dígalo ya, quienquiera que sea. ¿En qué bolsillo he metido la mano esta vez?

—A lo mejor es usted listo —dijo el susurro áspero—. A lo mejor le gustaría hacerse algún bien a sí mismo.

—¿Como cuánto bien?

—Digamos que unos quinientos de bien.

—Eso es buenísimo —observé—. ¿Por hacer qué?

—Por mantener limpias las narices —dijo la voz—. ¿Quiere hablar de ello?

—¿Dónde, cuándo y con quién?

—En el Idle Valley Club. Con Morny. En cuanto pueda venir.

—¿Quién es usted?

A través del cable me llegó una risita apagada.

—Pregunte en la puerta por Eddie Prue.

El teléfono hizo clic y se cortó. Colgué.

Eran casi las once y media cuando saqué el coche del garaje, marcha atrás, y me puse en camino hacia Cahuenga Pass.

A unos treinta kilómetros al norte del puerto de montaña, un amplio bulevar con musgo florido en sus laterales torcía hacia las faldas de las colinas. Recorría unas cinco manzanas y moría... sin una sola casa en toda su extensión. De su extremo partía una carretera curva de asfalto que se adentraba en las colinas. Aquello era Idle Valley.

Casi en lo alto de la primera colina, junto a la carretera, había un edificio blanco y bajo con tejado. Tenía un porche cubierto, y en él un letrero iluminado que decía «Unidad de vigilancia de Idle Valley». Los portones estaban abiertos, echados hacia atrás sobre las cunetas de la carretera, en cuyo centro había un letrero cuadrado y blanco, colocado de punta, que decía «Stop» en letras salpicadas de botones reflectantes. Un foco achicharraba el trozo de carretera delante de la señal.

Me detuve. Un hombre uniformado, con una estrella y un arma enfundada en una pistolera de cuero trenzado, miró mi coche y después una tablilla que había en un poste.

Se acercó al coche.

—Buenas noches. No tengo apuntado su coche. Esta es una carretera privada. ¿Viene de visita?

—Voy al club.

—¿A cuál?

—Al Idle Valley Club.

—Ochenta y siete setenta y siete. Así lo llamamos aquí. ¿Se refiere al local del señor Morny?

—Eso es.

—No es usted socio, ¿verdad?

—No.

—Necesito una referencia. Alguien que sea socio o que viva en el valle. Aquí todo es propiedad privada, ya sabe.

—No se cuele nadie, ¿eh?

Sonrió.

—No se cuele nadie.

—Me llamo Philip Marlowe —dije—. Voy a ver a Eddie Prue.

—¿Prue?

—Es el secretario del señor Morny, o algo así.

—Un momento, por favor.

Fue hasta la puerta del edificio y habló. En el interior, otro hombre de uniforme metió una clavija en una centralita telefónica. Un coche llegó por detrás de mí y tocó la bocina. Por la puerta abierta de la oficina de la unidad de vigilancia llegaba el claqueo de una máquina de escribir. El hombre que había hablado conmigo miró el coche que pitaba y le hizo un gesto para que pasara. Se deslizó por mi lado y salió

zumbando hacia la oscuridad, un sedán descapotable largo y verde, con la capota bajada y con tres mujeres de aspecto atontado en el asiento delantero, todas ellas con cigarrillos y cejas en arco y cara de por ahí te pudras. El coche relampagueó al tomar una curva y desapareció.

El hombre uniformado volvió hasta mí y apoyó una mano en la puerta del coche.

—Muy bien, señor Marlowe. Preséntese al guardia del club, por favor. Siga un kilómetro y medio adelante, luego a su derecha. Hay un aparcamiento iluminado, con el número en la pared. Solo el número: ochenta y siete setenta y siete. Allí preséntese al guardia, por favor.

—¿Por qué tengo que hacer eso? —pregunté.

Era un tipo muy tranquilo, muy educado y muy resolutivo.

—Tenemos que saber exactamente dónde va. Hay mucho que proteger en Idle Valley.

—¿Y si no me presento al guardia?

—¿Es una broma? —Su voz se endureció.

—No. Solo quería saber.

—Un par de nuestros coches empezarán a buscarlo.

—¿Cuántos son ustedes en la unidad de vigilancia?

—Lo siento —dijo—. Kilómetro y medio, y a la derecha, señor Marlowe.

Miré el arma que llevaba enfundada en la cadera, la insignia especial pinchada en la camisa.

—Y a esto lo llaman democracia —sentenció.

Eché un vistazo a sus espaldas y después escupió en el suelo y apoyó una mano en el borde de la puerta del coche.

—Puede que no sea usted el único —dijo—. Yo conocía a uno que pertenecía al John Reed Club. Allá en Boyle Heights.

—Tovarich —dije yo.

—Lo malo de las revoluciones —repuso— es que caen en manos de la gente equivocada.

—Totalmente de acuerdo —respondí.

—Por otra parte —dijo—, ¿puede haber algo peor que la panda de ricos pretenciosos que vive por aquí?

—A lo mejor usted acaba viviendo aquí algún día —exclamé.

Escupió de nuevo.

—No viviría aquí aunque me pagaran cincuenta mil al año y me dejaran dormir en pijama de gasa, con un collar de perlas rosas a juego al cuello.

—No me gustaría tener que hacerle yo la oferta —dije.

—Hágame la oferta cuando quiera. De día o de noche. Hágame la oferta y verá lo que consigue.

—Bueno, ahora voy para allá, a presentarme al guardia del club —añadí.

—Dígale que se vaya a mear por la pernera del pantalón —dijo—. Dígale que lo

he dicho yo.

—Así lo haré —contesté.

Llegó un coche por detrás y tocó la bocina. Arranqué. Una limusina oscura de media manzana de longitud me sacó a bocinazos de la carretera y me adelantó haciendo un ruido como de hojas secas que caen.

El viento estaba en calma allí, y la luz de la luna en el valle era tan intensa que las sombras negras parecían talladas con un cincel.

Al doblar la curva, el valle entero se desplegó ante mí. Mil casas blancas construidas en lo alto y en lo bajo de las colinas, diez mil ventanas iluminadas, y las estrellas colgando educadamente por encima de ellas, sin acercarse demasiado, no fuera a aparecer la unidad de vigilancia.

La pared del club que daba a la carretera era blanca y estaba totalmente desnuda, sin puerta de entrada ni ventanas en la planta baja. El número era pequeño pero bien visible, con luces de neón color violeta: «8777». Nada más. A un lado, bajo hileras de luces con pantallas enfocadas hacia abajo, había filas de coches muy bien ordenados, aparcados en los espacios marcados con líneas blancas sobre el liso asfalto negro. Bajo las luces se movían empleados ataviados con uniformes limpios y bien planchados.

La carretera seguía dando la vuelta al edificio. Al otro lado había un largo porche de hormigón, con una marquesina de cristal y cromo pero con luces muy tenues. Salí del coche y me dieron un resguardo con el número de matrícula en él. Lo llevé a un pequeño mostrador donde había un hombre uniformado y se lo planté delante.

—Philip Marlowe —dije—. Visita.

—Gracias, señor Marlowe.

Apuntó el nombre y el número, me devolvió el resguardo y levantó un teléfono.

Un negro, con uniforme de portero de lino blanco, con chaqueta cruzada, charreteras doradas y una gorra con una ancha banda dorada también, me abrió la puerta.

El vestíbulo parecía un musical de alto presupuesto. Montones de luces y cosas brillantes, muchos decorados, mucho vestuario, mucho sonido, un reparto de estrellas y un argumento con toda la originalidad y la emoción de una uña rota. Bajo la bella iluminación, suave e indirecta, la pared parecía ascender hasta el infinito, perdiéndose entre suaves y lascivas estrellas que titilaban de verdad. Si te esforzabas, conseguías andar por la alfombra sin que pareciera que llevabas botas altas de goma. Al fondo había una escalinata de amplio arco, con barandilla de cromo y esmalte blanco, que ascendía en anchos escalones alfombrados de poca altura. En la entrada del comedor, un rechoncho jefe de camareros aguardaba negligentemente, con una franja de raso de cinco centímetros en los pantalones y un taco de menús dorados bajo el brazo. Tenía ese tipo de cara que puede pasar de una sonrisa bobalicona y cortés a la furia despiadada casi sin mover un músculo.

La entrada al bar estaba a la izquierda. Era tranquilo y oscuro, y un camarero se

movía como una polilla sobre el débil brillo de fondo de los vasos apilados. Una rubia alta y guapa, con un vestido que parecía agua de mar espolvoreada con polvo de oro, salió del servicio de señoras retocándose los labios y giró hacia el arco, tarareando.

Por el arco llegaba el sonido de una rumba, y ella meneaba su dorada cabeza al ritmo de la música, sonriendo. Un hombre bajo y gordo, con la cara colorada y los ojos brillantes, la esperaba con un chal blanco en el brazo. Clavó sus gruesos dedos en el brazo desnudo de ella y le sonrió lascivamente.

Una chica del guardarropa, con ropa de corte chino y un estampado de flores de melocotón, se acercó para recoger mi sombrero y puso mala cara ante mi vestimenta. Sus ojos sugerían extraños pecados.

Una cigarrera llegó por el corredor. Llevaba un penacho de plumas en el pelo y una cantidad de ropa que se podría haber escondido detrás de un palillo de dientes. Una de sus largas y bonitas piernas desnudas era plateada mientras que la otra era dorada. Tenía la expresión de absoluto desdén de una dama que concierta sus citas por conferencia interurbana.

Entré en el bar y me hundí en un taburete de cuero relleno de plumón. Los vasos tintineaban con elegancia, las luces brillaban con suavidad, se oían susurros apagados que hablaban de amor, del diez por ciento o de lo que se susurrara en un sitio así.

Un hombre alto y apuesto, con un traje gris cortado por un ángel, se levantó de pronto de una mesita pegada a la pared, fue hasta la barra y empezó a insultar a uno de los camareros. Lo insultó en voz alta y clara más de un minuto, llamándole unas nueve cosas que no es normal que digan los hombres altos y apuestos con trajes grises bien cortados. La gente dejó de hablar y lo miró en silencio. Su voz se abrió paso a través de la rumba como una pala a través de la nieve.

El camarero aguantó completamente inmóvil, mirando al hombre. Tenía el pelo rizado, la piel clara y cálida y los ojos separados y atentos. No se movió ni dijo una palabra. El hombre alto dejó de hablar y salió del bar a zancadas. Todo el mundo lo siguió con la mirada excepto el camarero.

Él se desplazó lentamente a lo largo de la barra, hasta el extremo donde yo estaba sentado, con la atención puesta en otra parte, sin nada en la cara aparte de la palidez. Entonces se volvió hacia mí y dijo:

—Dígame, señor.

—Quiero hablar con un hombre llamado Eddie Prue.

—¿Y...?

—Trabaja aquí —dije.

—¿Qué trabajo tiene aquí? —Su voz era perfectamente uniforme y tan seca como la tierra árida.

—Tengo entendido que es el tipo que camina detrás del jefe. No sé si me entiende.

—Ah, Eddie Prue. —Movié despacio un labio por encima del otro y describió

pequeños y apretados círculos sobre la barra con el paño—. ¿Cómo se llama usted?

—Marlowe.

—Marlowe. ¿Tomará algo mientras espera?

—Con un martini seco me apañó.

—Un martini. Seco. Muuuuy, muuuuy seco.

—Eso es.

—¿Se lo comerá con cuchara o con cuchillo y tenedor?

—Córtelo en tiras —dije—. Le iré dando bocaditos.

—Camino del cole —dijo—. ¿Le pongo la aceituna en una bolsa?

—Tóqueme las narices con ella —respondí—. Si con eso se siente mejor.

—Gracias, señor —contestó él—. Un martini seco.

Se alejó tres pasos de mí, y entonces volvió, se apoyó en la barra y dijo:

—Me equivoqué con una bebida. Ese caballero me lo estaba explicando.

—Ya lo oí.

—Me lo estaba explicando como te explican esas cosas los caballeros. Como hacen los grandes directores para indicarte tus pequeños errores. Usted lo oyó.

—Sí —dije, preguntándome cuánto tiempo iba a durar aquello.

—Se hizo oír..., el caballero se hizo oír. Y yo vengo aquí y prácticamente lo insulto a usted.

—Me hago cargo —dije.

Levantó un dedo y se lo miró pensativamente.

—Así por las buenas —añadió—. A un completo desconocido.

—Es por mis grandes ojos castaños —expliqué—. Dan impresión de amabilidad.

—Gracias, amigo —dijo, y se alejó en silencio.

Lo vi hablar por teléfono en el extremo de la barra. Después lo vi trabajar con la coctelera. Cuando volvió con la bebida, estaba perfectamente.

Me llevé la copa a una mesita pegada a la pared, me senté allí y encendí un cigarrillo. Transcurrieron cinco minutos. La música que llegaba a través del arco había cambiado de ritmo sin que yo me diera cuenta. Una chica estaba cantando. Tenía una voz de contralto rica, profunda y envolvente, que resultaba agradable escuchar. Estaba cantando «Dark Eyes» y daba la impresión de que la banda que la acompañaba se estaba quedando dormida.

Cuando terminó, hubo una fuerte salva de aplausos y algunos silbidos.

En la mesa de al lado, alguien le dijo a su chica:

—Otra vez tienen a Linda Conquest con la banda. Me contaron que se había casado con un tío rico de Pasadena, pero no duró.

—Bonita voz —dijo la chica—. Si te gustan las cantantes melódicas.

Empecé a levantarme, pero una sombra cayó sobre mi mesa, y allí había un hombre de pie.

Era un tipo altísimo y patibulario, con la cara hecha una ruina y un ojo derecho macilento y congelado, con el iris coagulado y la mirada fija de la ceguera. Era tan alto que tuvo que agacharse para apoyar la mano en el respaldo de la silla que había enfrente de mí, al otro lado de la mesa. Allí se quedó, plantado, tomándose las medidas sin decir nada, y allí me quedé sentado yo, dándole los últimos sorbos a mi copa y escuchando la voz de contralto, que había empezado con otra canción. Por lo visto, a los clientes de aquel sitio les gustaba la música rancia. Puede que todos estuvieran cansados de intentar estar a la última en sus lugares de trabajo.

—Soy Prue —dijo el hombre en su susurro áspero.

—Ya me lo figuraba. Usted quiere hablar conmigo, yo quiero hablar con usted, y también quiero hablar con la chica que acaba de cantar.

—Vamos.

Al fondo de la barra había una puerta cerrada con llave. Prue la abrió, la sujetó para que yo pasara y los dos entramos y subimos un tramo de escalones alfombrados que había a la izquierda. Un pasillo largo y recto, con varias puertas cerradas. Al final, una brillante estrella cruzada por la malla de una tela metálica. Prue llamó a una puerta que había junto a la tela metálica, la abrió y se hizo a un lado para que yo pasase.

Era una especie de despacho acogedor, no muy grande. Junto al ventanal había una rinconera de obra con asiento tapizado y un hombre de pie con esmoquin blanco, de espaldas a la habitación, mirando al exterior. Tenía el pelo gris. Había una caja fuerte grande, negra y niquelada; algunos archivadores; un gran globo terráqueo sobre un soporte; un pequeño bar, también de obra, y el típico escritorio de ejecutivo, ancho y pesado, con el típico sillón de cuero con respaldo alto detrás.

Miré los adornos del escritorio. Todo era vulgar y todo era de cobre. Lámpara de cobre, escribanía de cobre, cenicero de cobre y cristal con un elefante de cobre en el

borde, abrecartas de cobre, termo de cobre sobre una bandeja de cobre, esquineras de cobre en el sujetador de papel secante. En un jarrón de cobre había un ramo de guisantes de olor casi del color del cobre.

Demasiado cobre.

El hombre de la ventana dio media vuelta y me dejó ver que rondaba los cincuenta años, que tenía el pelo suave, de color gris oscuro y abundante. Y una cara sólida y atractiva que no tenía nada de particular, aparte de una pequeña cicatriz arrugada en la mejilla izquierda, que casi daba la impresión de un hoyuelo profundo. Yo me acordaba de aquel hoyuelo. Del hombre no me habría acordado. Recordaba haberlo visto en las películas hacía mucho tiempo, por lo menos diez años atrás. No recordaba en qué películas, ni de qué trataban, ni qué era lo que hacía él en ellas, pero me acordaba de aquella cara morena y sólida con la cicatriz arrugada. Por aquel entonces, su pelo era negro.

Fue hasta su escritorio, se sentó, cogió el abrecartas y se pinchó con él la yema del dedo pulgar. Me miró sin ninguna expresión y dijo:

—¿Es usted Marlowe?

Asentí.

—Siéntese.

Me senté. Eddie Prue se sentó en una silla pegada a la pared y se inclinó hacia atrás, levantando las patas delanteras.

—No me gustan los fisgones —dijo Morny.

Me encogí de hombros.

—No me gustan por muchas razones —continuó—. No me gustan de ninguna manera ni en ningún momento. No me gustan cuando molestan a mis amigos. No me gustan cuando acosan a mi mujer.

No dije nada.

—No me gustan cuando le hacen preguntas a mi chófer ni cuando se ponen chulos con mis invitados —siguió.

No dije nada.

—En pocas palabras —dijo—, no me gustan.

—Estoy empezando a captar lo que quiere decir —contesté.

Se puso colorado y sus ojos centellearon.

—Por otra parte —añadió—, en este preciso momento usted podría serme útil. Y a usted le podría convenir cooperar conmigo. Podría ser una buena idea. Saldría usted ganando si no metiera las narices.

—¿Qué sacaría yo de esto? —pregunté.

—Sacaría tiempo y salud.

—Me parece que ese disco ya lo he oído en alguna parte —dije—. Solo que no me acuerdo del título.

Dejó el abrecartas, abrió una puertecita del escritorio y sacó una licorera de cristal tallado. Sacó el tapón de la licorera, vertió algo de líquido en un vaso, se lo bebió,

volvió a poner el tapón y dejó la licorera sobre el escritorio.

—En mi negocio —dijo—, hay tipos duros a diez centavos la docena. Y chicos que se creen duros a cinco centavos la gruesa. Usted ocúpese de sus asuntos y yo me ocuparé de los míos, y no tendremos problemas.

Encendió un cigarrillo. Le temblaba un poco la mano.

Miré al otro lado de la habitación, al hombre alto sentado en la silla inclinada contra la pared, como un holgazán en una tienda de pueblo. Se limitaba a estar allí sentado sin moverse, con sus largos brazos colgando y su gris y arrugada cara llena de nada.

—Alguien dijo algo acerca de algún dinero —le dije a Morny—. ¿Para qué es? Todo este fanfarroneo ya sé para qué es. Está usted intentando convencerse de que puede asustarme.

—Hábleme así —dijo Morny— y tiene muchas posibilidades de terminar llevando botones de plomo en el chaleco.

—Imagínese —dije yo—. El pobrecito Marlowe con botones de plomo en el chaleco.

Eddie Prue hizo un sonido seco con la garganta que bien podría haber sido una risita.

—Y eso de que me ocupe de mis asuntos y no me meta en los suyos... —continué—. Podría ser que sus asuntos y los míos anduviesen un poco mezclados. Y no por mi culpa.

—Más vale que no —dijo Morny—. ¿Y cómo es eso?

Alzó los ojos rápidamente y los dejó caer de nuevo.

—Pues, por ejemplo, este chico suyo tan duro me llama por teléfono y trata de matarme de miedo. Y me vuelve a llamar más tarde para hablarme de cinco billetes de cien y de lo provechoso que me resultaría venir aquí a hablar con usted. Y, por ejemplo, el mismo chico duro, o alguien que se le parece mucho, lo cual es muy improbable, anduvo siguiendo a un colega mío, al que casualmente le han pegado un tiro esta tarde en Court Street, en Bunker Hill.

Morny se apartó el cigarrillo de los labios y juntó los ojos para mirar la punta. Cada movimiento, cada gesto, estaba directamente sacado del catálogo.

—¿A quién le han pegado un tiro?

—A un tipo llamado Phillips, un jovenzuelo rubio. A usted no le habría gustado. Era un fisgón. —Le describí a Phillips.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Morny.

—Y tampoco, por ejemplo, de una rubia alta que no vivía allí, pero que la vieron salir del edificio de apartamentos justo después de que lo mataran —dije.

—¿Qué rubia alta?

Su voz había cambiado un poco. Había urgencia en ella.

—Eso no lo sé. La vieron, y el hombre que la vio podría identificarla si la viera otra vez. Claro que a lo mejor no tenía nada que ver con Phillips.

—Ese tío, Phillips, ¿era un detective?

Asentí.

—Ya se lo he dicho dos veces.

—¿Por qué lo mataron, y cómo?

—Le dieron un porrazo y le pegaron un tiro en su apartamento. No sabemos por qué lo mataron. Si lo supiéramos, probablemente sabríamos también quién lo mató. Parece que es una de esas situaciones.

—¿Quiénes «sabríamos»?

—La policía y yo. Yo encontré el cadáver. Así que tuve que quedarme.

Prue dejó caer las patas delanteras de su silla sobre la alfombra sin hacer ningún ruido y me miró. Su ojo bueno tenía una expresión soñolienta que no me gustó.

—¿Qué les dijo usted a los polis? —preguntó Morny.

—Muy poco —respondí—. De los primeros comentarios que me ha hecho usted deduzco que sabe que estoy buscando a Linda Conquest. La señora de Leslie Murdock. La he encontrado. Está cantando aquí. No sé por qué hay que hacer un secreto de eso. Su esposa o el señor Vannier me lo podrían haber dicho. Pero no me lo dijeron.

—Lo que le diga mi mujer a un fisgón —dijo Morny— se podría escribir en el ojo de un mosquito.

—Sin duda, tendría sus razones —dije—. Sin embargo, eso ya no tiene mucha importancia. De hecho, tampoco es muy importante que yo vea a la señorita Conquest. Aun así, me gustaría hablar un poco con ella. Si a usted no le importa.

—Suponga que me importa —dijo Morny.

—Supongo que aun así me gustaría hablar con ella —dije.

Saqué un cigarrillo del bolsillo y lo hice rodar entre los dedos mientras admiraba sus cejas tupidas y aún oscuras. Tenían una forma bonita, una curvatura elegante.

Prue soltó una risita. Morny lo miró y frunció el ceño, y volvió a mirarme a mí, manteniendo el ceño fruncido.

—Le he preguntado qué le dijo a la poli —insistió.

—Les conté lo menos posible. El tal Phillips me había pedido que fuera a verlo. Dio a entender que estaba muy metido en un asunto que no le gustaba y que necesitaba ayuda. Cuando llegué, ya estaba muerto. Eso es lo que le conté a la policía. No se creyeron que fuera la historia completa. Lo más probable es que no lo sea. Tengo hasta mañana a mediodía para llenar los huecos. Así que estoy tratando de llenarlos.

—Ha perdido el tiempo viniendo aquí —dijo Morny.

—Me había dado la impresión de que me pidieron que viniera.

—Puede irse de vuelta al infierno cuando quiera —añadió Morny—. O puede hacer un trabajito para mí... por quinientos dólares. En cualquiera de los dos casos, a Eddie y a mí déjenos fuera de sus conversaciones con la policía.

—¿Un trabajo de qué tipo?

—Ha estado en mi casa. Debería imaginárselo.

—No me ocupo de casos de divorcio —respondí.

Se le puso la cara blanca.

—Quiero a mi mujer —dijo—. Solo llevamos casados ocho meses. No quiero ningún divorcio. Es una chica estupenda y sabe lo que se hace, por lo general. Pero creo que en estos momentos está jugando al número equivocado.

—¿Equivocado en qué sentido?

—No lo sé. Es lo que quiero averiguar.

—A ver, que quede claro —dije—. ¿Me está contratando para que haga un trabajo... o para que deje el trabajo que ya tengo?

Prue soltó otra risita hacia la pared.

Morny se sirvió un poco más de brandy y se lo echó rápidamente garganta abajo. Su cara recuperó el color. No me respondió.

—Y otra cosa que hay que dejar clara —dije—. A usted no le importa que su mujer juguete por ahí, pero no quiere que juegue con el tal Vannier. ¿Es eso?

—Me fío de su corazón —dijo despacio—, pero no me fío de su juicio. Podríamos decirlo así.

—¿Y usted quiere que yo averigüe algo sobre ese Vannier?

—Quiero que averigüe qué está tramando.

—Ah. ¿Es que está tramando algo?

—Yo creo que sí. Pero no sé qué.

—¿Usted cree que sí... o quiere creer que sí? —pregunté.

Me miró a los ojos un momento y después tiró del cajón central del escritorio, metió la mano y me arrojó un papel doblado. Lo recogí y lo desplegué. Era una copia de una factura gris: «Compañía de Suministros Dentales Cal-Western», y una dirección. La factura era por 13 kilos de cristobolita Kerr, 15,75 dólares, y 11 kilos de albastone White, 7,75 dólares, más impuestos. Estaba a nombre de H. R. Teager, que «pasará a buscarlo», y llevaba el sello de «Pagado» estampado con un sello de caucho. Llevaba la firma en una esquina: «L. G. Vannier».

Dejé el papel sobre el escritorio.

—Eso se le cayó del bolsillo una noche que estuvo aquí —dijo Morny—. Hace unos diez días. Eddie puso encima uno de sus enormes pies y Vannier no se dio cuenta de que se le había caído.

Miré a Prue, después a Morny y, por último, me miré el pulgar.

—¿Se supone que esto tiene que significar algo para mí?

—Creía que era usted un detective listo. Suponía que podría averiguarlo.

Miré otra vez el papel, lo doblé y me lo metí en el bolsillo.

—Doy por supuesto que usted no me lo daría si no significara algo —dije.

Morny se dirigió a la caja fuerte negra y niquelada, que estaba contra la pared, y la abrió. Volvió con cinco billetes nuevos, extendidos en abanico como una mano de póquer. Los cerró juntando los bordes, los peinó con el dedo como si fueran naipes y

los arrojó sobre el escritorio delante de mí.

—Aquí tiene sus cinco de cien —dijo—. Saque a Vannier de la vida de mi mujer y recibirá otro tanto. No me importa cómo lo haga, y no quiero saber cómo lo hace. Hágalo y ya está.

Toqué los crujientes billetes nuevos con un dedo hambriento. Y después, los aparté.

—Puede pagarme cuando haya hecho el trabajo, si es que lo hago —dije—. Esta noche me doy por pagado con una breve entrevista con la señorita Conquest.

Morny no tocó el dinero. Levantó la licorera cuadrada y se escanció otro trago. Esta vez sirvió uno para mí y lo empujó por el escritorio.

—Y volviendo al asesinato de ese Phillips —dije—, aquí el amigo Eddie andaba siguiéndolo. ¿Quiere decirme por qué?

—No.

—Lo malo de este tipo de casos es que la información puede llegar de otra parte. Cuando un asesinato sale en los periódicos, nunca se sabe qué puede salir a la luz. Y si sale, usted me echará la culpa a mí.

Me miró fijamente y dijo:

—No lo creo. Estuve un poco brusco cuando usted entró, pero parece usted buena gente. Correré el riesgo.

—Gracias —dije—. ¿Le importaría decirme por qué hizo que Eddie me llamara para meterme miedo?

Bajó la mirada y tamborileó sus dedos sobre el escritorio.

—Linda es una vieja amiga mía. El joven Murdock estuvo aquí esta tarde para verla. Le dijo que usted estaba trabajando para la vieja señora Murdock. Ella me lo dijo a mí. Yo no sabía de qué iba el trabajo. Dice usted que no acepta casos de divorcio, así que queda descartado que la vieja lo haya contratado para arreglar algo por el estilo. —Alzó los ojos mientras decía las últimas palabras y me miró.

Yo le devolví la mirada y aguardé.

—Simplemente, soy un tipo al que le gustan sus amigos —dijo—, y no le gusta que los detectives los molesten.

—Murdock le debe algo de dinero, ¿no?

Frunció el ceño.

—No hablo de esas cosas.

Se terminó su bebida, asintió y se puso en pie.

—Le diré a Linda que suba a verlo. Coja su dinero.

Se dirigió hacia la puerta y salió. Eddie Prue desplegó su largo cuerpo, se puso en pie, me dirigió una leve sonrisa gris que no significaba nada y se marchó detrás de Morny.

Encendí otro cigarrillo y miré otra vez la factura de la compañía de suministros dentales. Algo se retorció en el fondo de mi mente, sin mucha fuerza. Fui hasta la ventana y me quedé mirando hacia el otro lado del valle. Un coche serpenteaba

subiendo una colina hacia una casa con una torre hecha en parte con ladrillos de cristal, a través de los cuales se veía luz. Los faros del coche la recorrieron de lado a lado y se dirigieron hacia un garaje. Las luces se apagaron y el valle de repente pareció más oscuro.

Todo estaba muy silencioso y muy tranquilo. La orquesta de baile se hallaba en algún lugar bajo mis pies. Sonaba muy apagada y la melodía era indistinguible.

Linda Conquest entró por la puerta abierta a mis espaldas, la cerró y se quedó de pie, mirándome con una luz fría en sus ojos.

Se parecía a su foto y no se parecía. Tenía la misma boca ancha y fría, la misma nariz corta, los mismos ojos separados y fríos, el mismo pelo oscuro con raya al medio y la misma ancha línea blanca en la raya del pelo. Llevaba un abrigo blanco encima del vestido, con el cuello subido. Tenía las manos metidas en los bolsillos del abrigo y un cigarrillo en la boca.

Parecía mayor, sus ojos eran más duros y sus labios parecían haber olvidado cómo se sonríe. Sonreirían cuando cantara, con esa sonrisa artificial de la escena. Pero en reposo eran finos, apretados y airados.

Se desplazó hasta el escritorio y se quedó allí de pie, mirando hacia abajo, como si estuviera contando los adornos de cobre. Vio la licorera de cristal tallado, le quitó el tapón, se sirvió una copa y se la metió en el cuerpo con un rápido golpe de muñeca.

—¿Es usted el tal Marlowe? —preguntó, mirándome.

Apoyó las caderas contra el extremo del escritorio y cruzó los tobillos.

Le dije que yo era el tal Marlowe.

—Hablando en plata —dijo—, estoy segurísima de que no me va a gustar usted ni un pelo. Así que suelte su rollo y esfúmesese.

—Lo que me gusta de este sitio es que todo se ajusta perfectamente al tópico —formulé—. El guardia de la entrada; el negro de la puerta; las chicas del tabaco y las del guardarropa; el judío gordo, grasiento y sensual con la corista alta, imponente y aburrida; el directivo bien vestido, borracho y espantosamente grosero que insulta al camarero; el tipo callado con la pistola; el propietario del club con su suave cabello gris y su porte de película de serie B, y ahora usted..., la romántica cantante alta y morena con la mueca negligente, la voz ronca y el vocabulario de tía dura.

—¿Ah, sí? —preguntó, colocándose el cigarrillo entre los labios y aspirando lentamente—. ¿Y qué me dice del fisgón gracioso, con chistes del año pasado y sonrisa de aquí te espero, nena?

—¿Y qué es lo que me da derecho a dirigirle la palabra a usted? —dije.

—Voy a picar. ¿Qué?

—Ella quiere que se lo devuelvan. Y deprisa. Tiene que ser rápido o habrá problemas.

—Yo creía... —empezó a decir, pero se detuvo en seco. Vi cómo eliminaba de su rostro la repentina señal de interés, jugando con el cigarrillo e inclinando la cara hacia él—. ¿Quién quiere que le devuelvan qué, señor Marlowe?

—El doblón Brasher.

Me miró y asintió, haciendo memoria... y mostrándome que hacía memoria.

—Ah, el doblón Brasher.

—Apuesto a que se había olvidado por completo de él —observé.

—Bueno, no. Lo he visto unas cuantas veces —dijo ella—. Dice que quiere que se lo devuelvan. O sea, que cree que yo me lo llevé.

—Sí. Eso mismo.

—Es una vieja mentirosa y asquerosa —sentenció Linda Conquest.

—Lo que uno cree no lo convierte en mentiroso —dije yo—. Solo que a veces uno se equivoca. ¿Está ella equivocada?

—¿Para qué me iba a llevar yo su ridícula moneda vieja?

—Bueno... Vale un montón de dinero. Ella cree que usted podría andar necesitada de dinero. Me da la impresión de que no era demasiado generosa.

Se echó a reír, una risita tensa y despreciativa.

—No —dijo—. No se puede decir que la señora Elizabeth Bright Murdock sea muy generosa.

—Puede que usted se lo llevara por despecho, o algo así —propuse esperanzado.

—Puede que le arree un tortazo redundante.

Apagó el cigarrillo en la pecera de cobre de Morny, apuñaló distraídamente la colilla aplastada con el abrecartas y la tiró a la papelera.

—Dejemos eso y pasemos a otras cuestiones, tal vez más importantes —expuse—. ¿Le concederá usted el divorcio?

—Por veinticinco de los grandes —contestó sin mirarme—. Lo haría encantada.

—No quiere usted a ese tipo, ¿eh?

—Me rompe usted el corazón, Marlowe.

—Él la quiere a usted —dije—. Al fin y al cabo, usted se casó con él.

Me miró con aire lánguido.

—Amigo, no crea que no he pagado ese error. —Encendió otro cigarrillo—. Pero una chica tiene que buscarse la vida. Y no siempre es tan fácil como parece. Así que una chica puede cometer un error, casarse con el tipo equivocado y de la familia equivocada, buscando algo que allí no hay. Seguridad, o lo que sea.

—Y para hacer eso no hace falta nada de amor —observé yo.

—No quiero ponerme muy cínica, Marlowe. Pero le sorprendería la cantidad de chicas que se casan para conseguir un hogar, sobre todo chicas que tienen cansados los músculos de los brazos de tanto apartar a los optimistas que vienen a estos garitos de ginebra y oropel.

—Usted tenía un hogar y renunció a él.

—Me salía demasiado caro. Esa vieja farsante macerada en oporto hizo que saliera perdiendo en el trato. ¿A usted qué le parece como cliente?

—Los he tenido peores.

Se quitó una hebra de tabaco de los labios.

—¿Se ha fijado en lo que le está haciendo a esa chica?

—¿Merle? Me fijé en que la tenía intimidada.

—No es solo eso. Está para ir al psiquiátrico. Esa chica tuvo algún tipo de trauma, y la bestia de la vieja se ha aprovechado del efecto para dominarla por completo. En público le chilla, pero en privado es capaz de acariciarle el pelo y susurrarle al oído. Y la niña se estremece.

—De todo eso no me enteré —dije.

—La niña está enamorada de Leslie, pero ella ni siquiera se da cuenta. Emocionalmente, es como si tuviera diez años. Cualquiera día de estos, en esa familia va a pasar algo raro. Menos mal que no estaré allí.

—Usted es una chica lista, Linda —manifesté—. Y además es dura y sabe de la vida. Supongo que cuando se casó con él pensaría que podría pillar bastante.

Torcí la boca.

—Pensé que por lo menos serían unas vacaciones. Pero ni eso. Esa mujer es lista e implacable, Marlowe. No sé lo que le ha dicho que haga, pero seguro que no es lo que le ha dicho que es. Algo se trae entre manos. Ándese con cuidado.

—¿Sería capaz de matar a un par de hombres?

Se echó a reír.

—No es broma —dije—. Han matado a un par de hombres y por lo menos uno de ellos tenía que ver con monedas raras.

—No le entiendo. —Me miró a los ojos—. ¿Quiere decir asesinados?

Asentí.

—¿Le ha contado todo eso a Morny?

—Le hablé de uno de ellos.

—¿Se lo ha dicho a la poli?

—Les hablé de uno de ellos. Del mismo.

Recorrió mi rostro con la mirada. Nos miramos el uno al otro. Se la veía un poco pálida, tal vez simplemente cansada. Me pareció que se había puesto un poco más pálida que antes.

—Eso se lo está inventando —dijo entre dientes.

Sonreí y asentí. Aquello pareció tranquilizarla.

—Volviendo al doblón Brasher —dije—, usted no se lo llevó. Muy bien. Y del divorcio, ¿qué?

—Eso no es asunto suyo.

—Estoy de acuerdo. Bien, gracias por haber hablado conmigo. ¿Conoce usted a un tipo llamado Vannier?

—Sí. —El rostro se le congeló—. No mucho. Es amigo de Lois.

—Muy buen amigo.

—Y cualquier día de estos va a tener un bonito y tranquilo funeral —añadió.

—Algo se ha insinuado en ese sentido —dije—. Ese tío tiene algo. Cada vez que se menciona su nombre, el ambiente se congela.

Me miró fijamente sin decir nada. Me pareció que detrás de sus ojos se agitaba una idea, pero si era así no salió al exterior. Habló en voz baja.

—Puede estar seguro de que Morny lo va a matar si no deja en paz a Lois.

—No me diga. Lois se enreda con el primero que pasa. Eso lo ve cualquiera.

—A lo mejor Alex es la única persona que no lo ve.

—De todos modos, Vannier no tiene nada que ver con mi trabajo. No tiene

ninguna relación con los Murdock.

Ella levantó una esquina de la boca y dijo:

—¿No? Permita que le explique una cosa. No tengo por qué explicárselo, pero es que soy una chica con un corazón muy grande. Vannier conoce a Elizabeth Bright Murdock, y muy bien. Mientras yo estaba en la casa, no fue allí más que una vez, pero llamó por teléfono montones de veces. Yo cogí algunas de las llamadas. Siempre preguntaba por Merle.

—Vaya, qué curioso —dije—. Merle, ¿eh?

Se inclinó para aplastar su cigarrillo, y una vez más apuñaló la colilla y la tiró a la papelera.

—Estoy muy cansada —dijo de pronto—. Por favor, váyase.

Me quedé un momento más, mirándola y haciéndome preguntas. Después dije:

—Buenas noches y gracias. Buena suerte.

Salí y la dejé allí de pie, con las manos en los bolsillos del abrigo blanco, la cabeza gacha y los ojos mirando al suelo.

Eran las dos de la madrugada cuando llegué a Hollywood, aparqué el coche y subí a mi piso. El viento ya no soplaba, pero el aire seguía teniendo la sequedad y ligereza del desierto. Dentro del piso, el aire estaba rancio, y la colilla del puro de Breeze lo había dejado aún peor. Abrí las ventanas y ventilé el piso mientras me desvestía y vaciaba los bolsillos de mi traje.

De ellos salió, entre otras cosas, la factura de la empresa de suministros dentales. Seguía pareciendo una factura para un tal H. R. Teager por 13 kilos de cristobolita y 11 de albastone.

Cargué con la guía de teléfonos hasta la mesa del cuarto de estar y busqué Teager. Entonces el recuerdo confuso encajó en su sitio. Su dirección era el 422 de la calle Nueve Oeste. La dirección del edificio Belfont era el 422 de la calle Nueve Oeste.

H. R. Teager, Laboratorio Dental, era uno de los nombres que había visto en las puertas del sexto piso del edificio Belfont cuando me escabullí escaleras abajo de la oficina de Elisha Morningstar.

Pero hasta los de Pinkerton tienen que descansar y Marlowe necesitaba dormir, mucho más, que los de Pinkerton. Me fui a la cama.

En Pasadena hacía tanto calor como el día anterior, la casa de ladrillo rojo oscuro de Dresden Avenue parecía igual de fría, y el negrito pintado que aguardaba junto al bloque para atar los caballos parecía igual de triste. La misma mariposa se posó en la misma mata de hortensias —a mí me pareció la misma—, en la mañana flotaba el mismo fuerte aroma a verano, y la misma mujer mayor y avinagrada con voz de pionera abrió cuando toqué el timbre.

Me condujo por los mismos pasillos hasta la misma solana sin sol. Allí la señora Elizabeth Bright Murdock estaba sentada en la misma tumbona de mimbre, y cuando yo entré se estaba sirviendo un trago de lo que parecía la misma botella de oporto, aunque lo más probable era que fuera una nieta.

La doncella cerró la puerta, yo me senté y dejé el sombrero en el suelo, igual que el día anterior, y la señora Murdock me dirigió la misma mirada intensa y dura, al tiempo que preguntaba:

—¿Y bien?

—Las cosas van mal —dije—. La poli va a por mí.

Pareció tan afectada como un costillar de vaca.

—Pues vaya. Creí que sería usted más competente.

Lo dejé pasar.

—Cuando me marché, ayer por la mañana, un hombre me siguió en un cupé. No sé qué estaba haciendo aquí ni cómo llegó. Supongo que me seguiría hasta aquí, pero tengo mis dudas. Me lo quité de encima, pero volvió a aparecer en el pasillo del edificio donde está mi oficina. Me volvió a seguir, así que lo invité a explicarme el porqué, y me dijo que sabía quién era yo y que él necesitaba ayuda, y me pidió que fuera a su apartamento en Bunker Hill para hablar. Después de ver al señor Morningstar fui allí y me lo encontré muerto de un tiro en el cuarto de baño.

La señora Murdock sorbió un poco de oporto. Puede que le temblara un poquito la mano, pero la poca luz de la habitación me impidió verlo bien. Carraspeó.

—Siga.

—Se llamaba George Anson Phillips. Un tipo joven, rubio y bastante tonto. Decía que era detective privado.

—Nunca he oído hablar de él —dijo fríamente la señora Murdock—. Nunca lo he visto, que yo sepa, y no sé nada de él. ¿Cree que lo contraté para que lo siguiera a usted?

—No sabía qué pensar. Me habló de unir nuestras fuerzas y me dio la impresión de que trabajaba para algún miembro de su familia. Pero no lo dijo con estas palabras.

—No trabajaba para mi familia. De eso puede estar bien seguro. —La voz de barítono era firme como una roca.

—Me parece que no sabe usted tanto de su familia como cree, señora Murdock.

—Sé que ha estado interrogando a mi hijo... en contra de mis órdenes —dijo

fríamente.

—Yo no lo interrogué. Él me interrogó a mí. O lo intentó.

—Ya hablaremos de eso más tarde —añadió en tono áspero—. ¿Qué hay del hombre que encontró usted muerto? ¿Por eso tiene líos con la policía?

—Naturalmente, quieren saber por qué me seguía, en qué estaba trabajando yo, por qué habló conmigo, por qué me pidió que fuera a su apartamento y por qué fui. Pero eso solo es la mitad del asunto.

Se terminó su oportu y se sirvió otro vaso.

—¿Cómo va su asma? —pregunté.

—Mal —contestó—. Siga con su historia.

—Vi a Morningstar. Esto ya se lo conté por teléfono. Aseguré que no tenía el doblón Brasher, pero admitió que se lo habían ofrecido y dijo que lo podía conseguir. Tal como le conté. Pero entonces usted me dijo que se lo habían devuelto, así que asunto concluido.

Esperé pensando que me contaría algún cuento acerca de cómo le habían devuelto la moneda, pero ella se limitó a dirigirme una mirada sombría por encima del vaso de vino.

—Entonces, como había llegado a una especie de acuerdo con el señor Morningstar para pagarle mil dólares por la moneda...

—Usted no estaba autorizado a hacer nada semejante —ladró.

Asentí, dándole la razón.

—Puede que lo estuviera engañando un poquito —dije—. Y desde luego, me estaba engañando a mí mismo. De todas maneras, después de lo que usted me contó por teléfono, intenté ponerme en contacto con él para cancelar el trato. En la guía no viene su teléfono, solo el del despacho. Fui a su despacho. Era bastante tarde. El ascensorista me dijo que todavía se encontraba ahí. Estaba tendido de espaldas en el suelo, muerto. Al parecer, lo mataron de un golpe en la cabeza y del susto. Los viejos se mueren con facilidad. Llamé al hospital, pero no di mi nombre.

—Eso fue muy inteligente por su parte —dijo ella.

—¿Usted cree? Fue considerado por mi parte, pero yo no diría que fue inteligente. Quiero ser amable, señora Murdock. Espero que lo entienda, a su tosca manera. Ha habido dos asesinatos en cuestión de horas, y los dos cadáveres los encontré yo. Y ambas víctimas estaban relacionadas, de alguna manera, con el doblón Brasher.

—No le comprendo. ¿También ese otro hombre, el más joven?

—Sí. ¿No se lo dije por teléfono? Creía que se lo había dicho.

Arrugué el entrecejo, haciendo memoria. Yo sabía que se lo había dicho. Ella habló con calma.

—Es posible. No estaba prestando mucha atención a lo que usted me decía. Verá, ya me habían devuelto el doblón. Y usted sonaba como si estuviera un poco borracho.

—No estaba borracho. Puede que estuviera un poco conmocionado, pero borracho no. Usted se toma todo esto con mucha calma.

—¿Qué quiere que haga?

Respiré hondo.

—Ya estoy implicado en un asesinato, porque fui yo el que encontró el cadáver y avisó. Y en cualquier momento pueden implicarme en el otro, por haber encontrado el cadáver y no avisar. Lo cual es mucho más grave. Por lo pronto, tengo hasta el mediodía de hoy para revelar el nombre de mi cliente.

—Eso —puntualizó ella, todavía demasiado calmada para mi gusto— sería una violación del secreto profesional. Estoy segura de que no me hará eso.

—Me gustaría que dejara de una vez el maldito oporto e hiciera algún esfuerzo por entender la situación —estallé.

Pareció vagamente sorprendida y dejó su vaso... a unos diez centímetros de distancia.

—Ese tal Phillips —dije— tenía una licencia de detective privado. ¿Cómo es que lo encontré muerto? Porque él me siguió, yo lo interpele y él me pidió que fuera a su apartamento. Y cuando llegué allí, estaba muerto. La policía sabe todo esto. Incluso puede que se lo crean. Pero lo que no se creen es que la relación entre Phillips y yo sea una mera coincidencia. Creen que existe una conexión más profunda entre nosotros, e insisten en saber qué estoy haciendo, para quién estoy trabajando. ¿Está claro?

—Ya encontrará usted una manera de salir de esto —dijo—. Naturalmente, supongo que me costará un poco más de dinero.

Me sentí como si me estuvieran pellizcando la nariz. Tenía la boca seca. Necesitaba aire. Respiré hondo otra vez y lancé otro ataque contra aquella cuba de grasa que estaba sentada frente a mí en la tumbona, con el mismo aspecto imperturbable que el presidente de un banco negando un crédito.

—Estoy trabajando para usted —dije—. Ahora, esta semana, hoy. La semana que viene estaré trabajando para algún otro, espero. Y la semana siguiente, para otra persona distinta. Para poder hacer eso, tengo que mantener unas relaciones razonablemente buenas con la policía. No es preciso que me amen, pero tienen que estar bastante seguros de que no los estoy timando. Vamos a suponer que Phillips no sabía nada del doblón Brasher. Supongamos, incluso, que sí sabía algo, pero que su muerte no tuvo nada que ver con eso. Aun así, tengo que decirles a los polis lo que sé de él. Y ellos tienen que interrogar a quien les apetezca interrogar. ¿Es capaz de entender eso?

—¿Es que la ley no le da derecho a proteger a un cliente? —preguntó en tono cortante—. Si no es así, ¿de qué le sirve a uno contratar a un detective?

Me levanté, di una vuelta alrededor de mi silla y me volví a sentar. Me incliné hacia delante, me agarré las rodillas y apreté hasta que me brillaron los nudillos.

—La ley, sea lo que sea eso, es cuestión de toma y daca, señora Murdock. Como casi todo. Aunque yo tuviera derecho legal a cerrarme en banda..., a negarme a hablar..., y me saliera con la mía esta vez, eso sería el fin de mi negocio. Estaría

marcado e irían a por mí. De un modo o de otro acabarían pillándome. Tengo en cuenta sus asuntos, señora Murdock, pero no tanto como para cortarme el cuello por usted y desangrarme en su regazo.

Ella echó mano de su vaso y lo vació.

—Parece ser que ha complicado usted mucho todo este asunto —dijo—. Ni ha encontrado a mi nuera, ni ha encontrado mi doblón Brasher. Pero sí que ha encontrado un par de muertos que no tienen nada que ver conmigo y ha arreglado las cosas tan bien que ahora tengo que contarle a la policía todos mis asuntos personales y privados para protegerlo a usted de su propia incompetencia. Así lo veo yo. Si estoy equivocada, por favor, corrijame.

Se sirvió un poco más de vino, se lo tragó demasiado deprisa y le dio un repentino ataque de tos. Su temblorosa mano deslizó el vaso sobre la mesa, derramando el vino. Se echó hacia delante y se le puso la cara morada.

Yo me levanté de un salto, me acerqué a ella y le di una palmada en la carnosa espalda que habría hecho temblar el mismísimo ayuntamiento.

Dejó escapar un alarido ahogado, recuperó el aliento con grandes dificultades y dejó de toser. Apreté una de las teclas de su teléfono interno y, cuando alguien respondió con voz metálica y ruidosa a través del disco metálico, exclamé:

—¡Traigan un vaso de agua para la señora Murdock, rápido! —Y solté la tecla.

Me senté de nuevo y miré cómo se recomponía. Cuando empezó a respirar de manera uniforme y sin esfuerzo, dije:

—Usted no es dura. Solo se cree que es dura. Ha vivido demasiado tiempo con gente que le tiene miedo. Espere a conocer a algún poli. Esos chicos son profesionales. Usted no es más que una aficionada malcriada.

Se abrió la puerta y entró la doncella con una jarra de agua con hielo y un vaso. Colocó las dos cosas sobre la mesa y se marchó.

Le serví a la señora Murdock un vaso de agua y se lo puse en la mano.

—Bébasela poco a poco, no de un trago. No le va a gustar el sabor, pero no le hará daño.

Bebió un poco, después se bebió la mitad del vaso, y por fin dejó el vaso en la mesa y se secó los labios.

—Y pensar —dijo con voz rasposa— que, entre todos los fisgones de alquiler que pude haber contratado, tuve que elegir a un hombre que me iba a maltratar en mi propia casa.

—Con eso tampoco llegará a ninguna parte —dijo—. No tenemos mucho tiempo. ¿Qué le vamos a decir a la policía?

—La policía no me preocupa. No me preocupa en lo más mínimo. Y si les da usted mi nombre, lo consideraré un abuso de confianza completamente repugnante.

Aquello volvió a dejarme donde estábamos al empezar.

—El asesinato lo cambia todo, señora Murdock. Uno no se puede cerrar en banda en un caso de asesinato. Tendremos que decirles por qué me contrató y qué tenía que

hacer yo. No lo publicarán en los periódicos, ¿sabe? Es decir, no lo harán si se lo creen. Desde luego, no se creerán que usted me contrató para investigar a Elisha Morningstar solo porque él llamó aquí interesado en comprar el doblón. Puede que no descubran que usted no podía vender la moneda aunque hubiera querido, porque no se les ocurra pensar en eso. Pero no creerán que contrató usted a un detective privado solo para investigar a un posible comprador. ¿Por qué iba a hacer eso?

—Eso es asunto mío, ¿no?

—No. No puede quitarse de encima a la poli de ese modo. Tiene que convencerlos de que es usted abierta y sincera y que no tiene nada que ocultar. Mientras piensen que está ocultando algo, no soltarán la presa. Deles una historia razonable y verosímil, y se marcharán tan contentos. Y la historia más razonable y verosímil es siempre la verdad. ¿Tiene algún motivo para no contarla?

—Todos los motivos del mundo —dijo—. Pero parece que eso no importa mucho. ¿Tiene que decirles que yo sospechaba que mi nuera había robado la moneda y que me equivocaba?

—Sería lo mejor.

—¿Y que la han devuelto y cómo lo hicieron?

—Sería lo mejor.

—Eso me va a humillar mucho.

Me encogí de hombros.

—Es usted una bestia insensible —añadió—. Un pez de sangre fría. No me gusta usted. Lamento de todo corazón haberlo conocido.

—El sentimiento es mutuo —respondí.

Estiró un grueso dedo hacia una tecla y ladró al aparato.

—Merle, dile a mi hijo que venga aquí inmediatamente. Y tú también.

Soltó la tecla, juntó sus gruesos dedos y dejó caer las manos a plomo sobre los muslos. Sus sombríos ojos miraron al techo.

Su voz sonó tranquila y triste al decir:

—Mi hijo se llevó la moneda, señor Marlowe. Mi hijo. Mi propio hijo.

No dije nada. Nos quedamos sentados, fulminándonos con la mirada el uno al otro. Al cabo de un par de minutos entraron los dos, y ella les ladró que se sentaran.

Leslie Murdock vestía un traje holgado verdoso y su pelo parecía mojado, como si se acabara de duchar. Se sentó encorvado hacia delante, mirándose los zapatos de cabrito blanco que llevaba y dándole vueltas a un anillo que tenía en el dedo. No aguantaba la larga boquilla negra y parecía un poco solitario sin ella. Hasta su bigote semejaba un poco más caído que en mi oficina.

Merle Davis tenía exactamente el mismo aspecto que el día anterior. Probablemente siempre tenía el mismo aspecto. Su pelo rubio cobrizo estaba igual de aplastado, sus gafas con montura de concha parecían igual de grandes y vacías, y los ojos que había detrás eran igual de inexpresivos. Incluso llevaba el mismo vestido de lino de una pieza y mangas cortas, sin ninguna clase de adornos, ni siquiera pendientes.

Tuve la curiosa sensación de revivir algo que ya había ocurrido.

La señora Murdock sorbió su oporto y dijo con calma:

—Muy bien, hijo. Cuéntale al señor Marlowe lo del doblón. Me temo que hay que contárselo.

Murdock me miró en silencio y después volvió a bajar la mirada. Le temblaba la boca. Cuando habló, su voz tenía una calidad atonal, un sonido plano y cansado, como la voz de un hombre que hace una confesión después de una agotadora lucha con su conciencia.

—Como ya le dije ayer en su oficina, le debo a Morny un montón de dinero. Doce mil dólares. Después lo negué, pero es verdad. Se los debo. No quería que mi madre lo supiera. Él me estaba presionando mucho para que le pagara. Supongo que sabía que al final tendría que contárselo a mamá, pero fui débil e intenté aplazarlo. Cogí el doblón, usando sus llaves una tarde, mientras ella dormía y Merle había salido. Se lo di a Morny y él accedió a quedárselo como garantía, porque le expliqué que no podría sacar doce mil dólares por él a menos que pudiera contar su historia y demostrar que lo poseía legítimamente.

Paró de hablar y alzó la mirada hacia mí para ver cómo reaccionaba. La señora Murdock tenía los ojos fijos en mi cara, prácticamente pegados a ella. La chiquilla miraba a Murdock con los labios entreabiertos y una expresión de sufrimiento en el rostro.

Murdock continuó:

—Morny me dio un recibo, en el que accedía a guardar la moneda como garantía y no venderla sin previo aviso y oferta, o algo así. No pretendo saber hasta qué punto era legal. Cuando llamó ese Morningstar y preguntó por la moneda, sospeché al instante que Morny estaba intentando venderla o que, cuando menos, estaba pensando en venderla y quería que se la valorara alguien que entendiera de monedas raras. Me asusté mucho.

Levantó la mirada y me hizo una especie de mueca. Puede que intentara poner

cara de estar muy asustado. Después sacó un pañuelo, se secó la frente y se quedó con el pañuelo agarrado en las manos.

—Cuando Merle me dijo que mamá había contratado a un detective... Ella no debió contármelo, pero mamá ha prometido no regañarla por ello. —Miró a su madre. La vieja percherona apretó las mandíbulas y puso gesto de mal humor. La chiquilla seguía con los ojos clavados en él y no parecía muy preocupada por la regañina. Murdock prosiguió—: Entonces estuve seguro de que había echado en falta el doblón y que lo había contratado a usted por ese motivo. No me creí que fuera para encontrar a Linda. Yo siempre supe dónde estaba. Fui a su oficina para ver qué podía averiguar. No averigüé gran cosa. Ayer por la tarde fui a ver a Morny y se lo conté todo. Al principio, se rió en mi cara, pero cuando le dije que ni siquiera mi madre podía vender la moneda sin infringir lo estipulado en el testamento de Jasper Murdock y que, con toda seguridad, le echaría la policía encima en cuanto yo le dijera dónde estaba la moneda, se ablandó. Se levantó, fue a la caja fuerte, sacó la moneda y me la dio sin decir palabra. Yo le devolví su recibo y él lo rompió. Así que traje la moneda a casa y se lo conté todo a mi madre.

Dejó de hablar y se secó la cara de nuevo. Los ojos de la joven subían y bajaban, siguiendo los movimientos de sus manos.

En el silencio que siguió, dije:

—¿Lo amenazó Morny?

Negó con la cabeza.

—Dijo que quería su dinero, que lo necesitaba y que más valía que me pusiera en marcha para conseguirlo. Pero no estuvo amenazador. La verdad es que se portó muy decentemente dadas las circunstancias.

—¿Dónde ocurrió esto?

—En el Idle Valley Club, en su despacho privado.

—¿Estaba allí Eddie Prue?

Merle apartó los ojos de su cara y me miró a mí. La señora Murdock preguntó con voz gruesa:

—¿Quién es Eddie Prue?

—El guardaespaldas de Morny —dije yo—. Ayer no perdí del todo el tiempo, señora Murdock.

Miré a su hijo, aguardando.

—No —dijo él—. No lo vi. Lo conozco de vista, claro. Basta con verlo una vez para acordarse de él. Pero ayer no estaba allí.

—¿Eso es todo? —pregunté.

Murdock miró a su madre. Ella dijo en tono áspero:

—¿Es que no es bastante?

—Podría bastar —dije—. ¿Dónde está ahora la moneda?

—¿Dónde le parece a usted que puede estar? —replicó cortante.

Estuve a punto de decírselo, solo para verla saltar. Pero me las arreglé para

aguantarme y dije:

—Entonces, eso parece que está arreglado.

La señora Murdock habló con voz solemne.

—Dale un beso a tu madre, hijo, y sal de aquí.

Él se levantó obedientemente, se acercó a su madre y la besó en la frente. Ella le dio una palmadita en la mano. Después salió de la habitación con la cabeza gacha y cerró la puerta sin hacer ruido. Yo le dije a Merle:

—Creo que lo mejor será que consiga usted que le dicte todo eso, tal como lo ha contado, y que haga una copia y que él la firme.

Pareció sorprendida. La vieja rugió:

—Desde luego que no hará nada semejante. Vuelve a tu trabajo, Merle. Quería que oyeras esto. Pero si te vuelvo a pillar revelando asuntos confidenciales, ya sabes lo que ocurrirá.

La chiquilla se puso en pie y le sonrió con los ojos brillantes.

—Oh, sí, señora Murdock. No lo haré nunca más. Nunca. Puede confiar en mí.

—Eso espero —gruñó la vieja dragona—. Márchate.

Merle se marchó con suavidad.

Dos enormes lágrimas se formaron en los ojos de la señora Murdock y poco a poco se abrieron paso por la piel rugosa de sus mejillas, llegaron a las esquinas de su carnosa nariz y se deslizaron labio abajo. Se registró en busca de su pañuelo, se las secó y después se secó los ojos. Guardó el pañuelo, echó mano a su vino y dijo con placidez:

—Quiero mucho a mi hijo, señor Marlowe. Mucho. Esto me aflige muchísimo. ¿Cree que tendrá que contarle esta historia a la policía?

—Espero que no —dije—. Las iba a pasar moradas intentando que lo creyeran.

Se le abrió la boca de golpe y sus dientes brillaron hacia mí a la luz mortecina. Juntó los labios y los apretó con fuerza, mirándome con el ceño fruncido y la cabeza baja.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso? —saltó.

—Lo que he dicho. La historia no parece cierta. Parece fabricada, demasiado simple. ¿Se la inventó él solo, o se le ocurrió a usted y se la hizo aprender?

—Señor Marlowe —dijo con voz letal—, está usted andando sobre hielo muy fino.

Hice un gesto con la mano.

—¿Y quién no? Muy bien, supongamos que es verdad. Morny lo negará, y volveremos a estar donde empezamos. Morny se verá obligado a negarlo, porque si no, eso lo implicaría en un par de asesinatos.

—¿Por qué es tan improbable que esa sea la situación exacta? —vociferó.

—¿Por qué iba Morny, un hombre con respaldos, protección y cierta influencia, a implicarse en un par de asesinatos solo para evitar verse relacionado con algo tan trivial como la venta de un artículo dejado en prenda? A mí no me parece lógico.

Me miró fijamente sin pronunciar palabra. Yo le sonreí, porque por primera vez iba a gustarle algo de lo que yo decía.

—He encontrado a su nuera, señora Murdock. Me parece un poco raro que su hijo, al que parece tener tan bien controlado, no le dijera dónde estaba.

—No se lo pregunté —contestó en voz curiosamente baja, para tratarse de ella.

—Está otra vez donde empezó, cantando con la banda del Idle Valley Club. Hablé con ella. Es una chica bastante dura, a su manera. Usted no le cae demasiado bien. No me parece imposible que se llevara de verdad la moneda, en parte por despecho. Y me parece algo menos imposible que Leslie lo supiera o lo averiguara, y se inventara ese cuento para protegerla. Dice que está muy enamorado de ella.

Sonrió. No fue una sonrisa bonita, ya que la cara no era la más adecuada. Pero era una sonrisa.

—Sí —dijo en tono suave—. Sí. Pobre Leslie. Es perfectamente capaz de hacer eso. Y en ese caso... —Se detuvo y su sonrisa se ensanchó hasta volverse casi extática—. En ese caso, mi querida nuera podría estar implicada en un asesinato.

La vi regodearse con la idea durante un cuarto de minuto.

—Y a usted le encantaría —formulé.

Asintió sin dejar de sonreír, recreándose en esa idea que tanto le gustaba antes de captar la rudeza de mi voz. Entonces se le endureció el rostro y apretó con fuerza los labios. Hablando entre dientes, añadió:

—No me gusta su tono. No me gusta nada su tono.

—No se lo reprocho —dije—. A mí tampoco me gusta. Nada me gusta. Ni esta casa, ni usted, ni la atmósfera de represión que tiene este antro, ni la cara consumida de esa chiquilla, ni ese mequetrefe de hijo que tiene usted, ni este caso, ni la verdad que no me cuentan, ni las mentiras que me cuentan, ni...

Entonces empezó a chillar, un ruido que salía de una cara emborronada por la furia, con los ojos saltándosele de rabia, afilados por el odio.

—¡Fuera! ¡Salga inmediatamente de esta casa! ¡No se quede ni un instante más! ¡Fuera!

Me levanté, recogí el sombrero de la alfombra y dije:

—Con mucho gusto.

Le dirigí una especie de mueca de cansancio, eché a andar hacia la puerta, la abrí y salí. La cerré sin hacer ruido, sujetando el picaporte con una mano rígida y dejando que el pestillo encajara suavemente en su sitio.

Sin ningún motivo en particular.

Sonó un repiqueteo de pasos detrás de mí, me llamaron por mi nombre, pero yo seguí andando hasta llegar a la mitad del cuarto de estar. Allí me detuve, di media vuelta y dejé que la chica me alcanzara, sin aliento, con los ojos a punto de salirse a través de las gafas y con su reluciente pelo rubio cobrizo captando curiosos reflejos de los ventanales.

—¡Señor Marlowe! ¡Por favor! Por favor, no se marche. Ella lo necesita. ¡De verdad que sí!

—No me diga. Esta mañana se ha puesto usted brillo en los labios. Pues le sienta muy bien.

Me agarró de la manga.

—¡Por favor!

—¡Que se vaya al diablo! —exclamé—. Dígale que se tire a un lago. También Marlowe puede enfadarse. Dígale que se tire a dos lagos si no cabe en uno. No es un método muy inteligente, pero es rápido.

Miré la mano que me agarraba la manga y le di una palmada. La retiró rápidamente, y vi en sus ojos que se había asustado.

—Por favor, señor Marlowe. Está en un apuro. Lo necesita.

—Yo también estoy en apuros —gruñí—. Estoy hasta las cejas de problemas. ¿Y usted por qué llora?

—Es que le tengo mucho aprecio. Ya sé que es gruñona y soberbia, pero tiene un corazón de oro.

—Al diablo su corazón también —dije—. No tengo intención de intimar con ella lo suficiente para que eso sirva de algo. Es una vieja estúpida y mentirosa. Ya estoy harto de ella. Sé que está en apuros, lo sé, pero yo no trabajo en obras de excavación. Me tienen que contar las cosas.

—Estoy segura de que si tiene usted paciencia...

Sin pensar en lo que hacía, le pasé un brazo por los hombros. Dio un salto como de un metro y sus ojos temblaron de terror.

Nos quedamos allí mirándonos el uno al otro; solo se oían nuestras respiraciones, yo con la boca abierta, como suele ocurrirme con demasiada frecuencia, y ella con los labios bien apretados y las pálidas ventanitas de la nariz temblándole. Tenía el rostro tan pálido como permitía el chapucero maquillaje.

—Oiga —dije despacio—. ¿A usted le ocurrió algo cuando era pequeña?

Asintió muy rápidamente.

—¿Un hombre la asustó o algo parecido?

Volvió a asentir. Se mordió el labio inferior con sus dienteitos blancos.

—¿Y desde entonces está así?

Se limitó a quedarse inmóvil, completamente blanca.

—Mire —añadí—. Yo no voy a hacer nada que la asuste. Nunca.

Sus ojos se deshicieron en lágrimas.

—Si la he tocado —continué—, ha sido del mismo modo que a una silla o a una puerta. No lo hice con ninguna intención. ¿Está claro?

—Sí. —Por fin le salía una palabra. El pánico todavía se agitaba en el fondo de sus ojos, detrás de las lágrimas—. Sí.

—Pues lo mío ya está aclarado —afirmé—. Asunto arreglado. Por mí ya no tiene que preocuparse. Ahora pasemos a Leslie. Tiene otras cosas en la cabeza. Usted ya sabe que es buen tipo... en ese aspecto concreto. ¿No?

—Sí, sí —dijo ella—. Claro que sí.

Leslie era lo más. Para ella. Para mí era un puñado de cagadas de pájaro.

—Pasemos ahora a la vieja cuba de vino —dije—. Es grosera y antipática, y cree que puede comerse una pared y escupir ladrillos, y le grita a usted, pero en general la trata bien, ¿no?

—Ah, sí, señor Marlowe. Lo que intentaba decirle...

—Sí, claro. Pues bien, ¿por qué no lo supera usted? ¿Anda todavía por aquí... el tipo que le hizo daño?

Se llevó la mano a la boca y se mordió la parte carnosa de la base del pulgar, mirándome por encima de la mano como si esta fuera un balcón.

—Murió —dijo—. Se cayó por... por una... por una ventana.

La interrumpí con mi manaza derecha.

—Ah, aquel tipo. Ya oí hablar de él. Olvídelo. ¿No puede?

—No —dijo, negando muy seria con la cabeza por detrás de la mano—. No puedo. Parece que me es imposible olvidarlo. La señora Murdock siempre está diciéndome que lo olvide. Me repite durante horas y horas que lo olvide. Pero no puedo.

—Sería muchísimo mejor —gruñí— que se callara la maldita boca durante horas y horas. Lo único que consigue es reavivarlo.

Aquello pareció sorprenderla y dejarla algo dolida.

—Es que eso no es todo —dijo—. Yo era su secretaria. Ella era su mujer. Fue su primer marido. Como es natural, ella tampoco lo olvida. ¿Cómo iba a poder olvidarlo?

Me rasqué una oreja. Me pareció que aquello no me comprometía a nada. En ese momento su expresión no reflejaba gran cosa. Además, creo que ni se daba cuenta de que yo estaba allí. Yo era una voz que salía de alguna parte, pero más bien impersonal. Casi una voz dentro de su propia cabeza.

Y entonces tuve una de mis curiosas y generalmente poco fiables corazonadas.

—Dígame. ¿Hay alguien que conozca que le produzca ese efecto? ¿Alguna persona que le afecte más que otras?

Paseó la mirada por toda la habitación. La imité. No había nadie debajo de ninguna silla, ni espíándonos a través de una puerta o una ventana.

—¿Por qué tendría que contárselo? —susurró.

—No tiene. Haga lo que le parezca.

—¿Me promete no decírselo a nadie... a nadie en el mundo, ni siquiera a la señora Murdock?

—A ella menos que a nadie —dije—. Se lo prometo.

Abrió la boca y dibujó en su cara una graciosa sonrisita confidencial, y entonces todo se estropeó. Se le congeló la garganta. Hizo un ruido como de croar. Le castañetearon los dientes.

Yo quería darle un buen achuchón, pero me daba miedo tocarla. Nos quedamos parados. No pasó nada. Seguimos parados. Yo le resultaba tan útil como un huevo de colibrí.

Entonces dio media vuelta y echó a correr. Oí sus pasos por todo el pasillo. Oí una puerta que se cerraba.

Fui tras ella por el pasillo y llegué a la puerta. Ella estaba sollozando detrás. Me quedé allí quieto y escuché los sollozos.

Yo no podía hacer nada. Me pregunté si alguien podría hacer algo.

Volví al porche acristalado, llamé a la puerta, la abrí y metí la cabeza. La señora Murdock estaba sentada tal como yo la había dejado. No parecía que se hubiera movido en absoluto.

—¿Quién está matando de miedo a esa pobre niña? —le pregunté.

—Fuera de mi casa —dijo por entre sus gordos labios.

No me moví. Entonces se rió de mí con su risa ronca.

—¿Se considera usted un hombre listo, señor Marlowe?

—Bueno, no es que chorree inteligencia —contesté.

—¿Por qué no lo averigua usted solo?

—¿Por cuenta de usted?

Encogió sus pesados hombros.

—Podría ser. Depende. ¿Quién sabe?

—No ha comprado usted nada —dije—. Sigo teniendo que hablar con la policía.

—Yo no he comprado nada —dijo— y no he pagado por nada, excepto por la devolución del doblón. Me doy por satisfecha con aceptar eso por el dinero que le he dado. Ahora márchese. Usted me aburre... hasta lo indecible.

Cerré la puerta y volví sobre mis pasos. Ya no se oían sollozos detrás de la puerta. Silencio absoluto. Seguí andando.

Salí de la casa. Me quedé allí plantado mirando cómo el sol quemaba la hierba. Un coche se puso en marcha en la parte de atrás y un Mercury apareció suavemente por el sendero lateral de la casa. Lo conducía el señor Leslie Murdock. Al verme, se detuvo.

Salió del coche y caminó rápidamente hacia mí. Iba muy bien vestido; ahora llevaba una gabardina de color crema, y todo ropa nueva: pantalones anchos, zapatos blancos y negros con puntera negra y reluciente, una chaqueta de deporte a cuadros blancos y negros muy pequeños, pañuelo blanco y negro, camisa crema, sin corbata.

Sobre la nariz llevaba un par de gafas de sol verdes.

Se detuvo muy cerca de mí y dijo en voz baja, como con timidez:

—Debe de pensar que soy un granuja despreciable.

—¿Por esa historia que ha contado sobre el doblón?

—Sí.

—Eso no ha afectado ni lo más mínimo a la opinión que tengo de usted —dije.

—Bueno...

—¿Qué quiere que le diga?

Movió sus bien cortadas hombreras en un encogimiento de desaprobación mientras su ridículo bigotito pardo rojizo relucía al sol.

—Supongo que me gusta caer bien —dijo.

—Lo siento, Murdock. Me gusta que cuide tanto de su esposa. Si es que es eso.

—Ah, ¿no cree que dije la verdad? Es decir..., ¿cree que dije todo eso solo para protegerla?

—Existe esa posibilidad.

—Ya veo. —Insertó un cigarrillo en la larga boquilla negra, que sacó de detrás del pañuelo que había en el bolsillo de la camisa—. Bueno..., supongo que puedo encajar que no le gusto a usted.

Detrás de los cristales verdes se veía el movimiento borroso de sus ojos, como peces moviéndose en un estanque profundo.

—Es un tema ridículo —dije—. Y maldita la importancia que tiene. Para los dos.

Aplicó una cerilla al cigarrillo y aspiró.

—Ya veo —pronunció en voz baja—. Perdone que haya sido tan grosero como para sacarlo a colación.

Giró sobre sus talones, volvió a su coche y se metió en él. Lo observé mientras se alejaba antes de moverme. Después me acerqué al negrito pintado y le di un par de palmaditas en la cabeza antes de marcharme.

—Hijo —le dije—, tú eres la única persona de esta casa que no está chiflada.

El altavoz de la pared de la comisaría gruñó y una voz dijo:

—KGPL. Probando.

Se oyó un clic y se apagó.

El teniente detective Jesse Breeze estiró los brazos hasta una buena altura, bostezó y dijo:

—Llega con un par de horas de retraso, ¿no?

—Sí —contesté yo—. Pero le dejé un mensaje diciendo que llegaría tarde. Tuve que ir al dentista.

—Siéntese.

En una esquina de la habitación había un pequeño escritorio muy desordenado. Él estaba sentado oblicuamente detrás, con una ventana alta y desnuda a su izquierda y una pared con un gran calendario, más o menos a la altura de los ojos, a su derecha. Los días que ya habían pasado a la historia estaban cuidadosamente tachados con lápiz negro, de manera que Breeze siempre supiera exactamente qué día era con un simple vistazo al calendario.

Spangler estaba sentado de lado detrás de un escritorio más pequeño y mucho más ordenado. Tenía un secante verde, una escribanía de ónice, un pequeño calendario de latón y una concha de oreja de mar llena de ceniza, cerillas y colillas. Spangler estaba lanzando plumillas contra el dorso de fieltro de un cojín puesto de pie contra la pared, como un lanzacuchillos mexicano tirando a matar. No estaba consiguiendo absolutamente nada. Las plumas se negaban a clavarse.

La habitación tenía ese olor remoto, sin corazón, ni del todo sucio ni del todo limpio ni del todo humano que tienen siempre esa clase de habitaciones. Dale a un Departamento de Policía un edificio completamente nuevo, y en tres meses todas sus habitaciones olerán así. Debe de haber algo simbólico en ello.

Un periodista de sucesos de Nueva York escribió una vez que cuando pasas más allá de las luces verdes de una comisaría sales de este mundo para entrar en un lugar que está fuera de la ley.

Me senté. Breeze sacó del bolsillo un puro envuelto en celofán e inició su ritual. Lo observé sin perderme detalle, invariable, preciso. Aspiró el humo, sacudió la cerilla para apagarla, la depositó suavemente en el cenicero de cristal negro y dijo:

—Eh, Spangler.

Este volvió la cabeza y Breeze hizo otro tanto. Se sonrieron el uno al otro. Breeze me apuntó con su cigarro.

—Mira cómo suda —dijo.

Spangler tuvo que mover los pies para volverse lo suficiente como para verme sudar. Que yo supiera, no estaba sudando.

—Son ustedes tan ingeniosos como dos pelotas de golf perdidas —dije—. ¿Cómo demonios se las arreglan?

—Déjese de gracias —dijo Breeze—. ¿Ha tenido una mañana movidita?

—Bastante —dije yo.

Él seguía sonriendo. Spangler seguía sonriendo. Fuera lo que fuera aquello que Breeze estaba saboreando no tenía ningunas ganas de tragárselo.

Por fin carraspeó, recompuso su cara grande y pecosa, volvió la cabeza lo suficiente para no mirarme directamente pero aún poder verme por el rabillo del ojo y dijo, con una voz que sonaba inexpresiva y vacía:

—Hench ha confesado.

Spangler se volvió del todo para mirarme. Se echó hacia delante sobre el borde de su asiento y separó los labios en una extática semisonrisa que resultaba casi indecente.

—¿Qué sistema han usado con él? —dije—. ¿Un picahielos?

—No.

Los dos se quedaron callados, observándome.

—Un espagueti —dijo Breeze.

—¿Un qué?

—¿No está usted contento, muchacho? —dijo Breeze.

—¿Me lo van a contar o se van a quedar ahí sentados, gordos y satisfechos, mirando cómo me pongo contento?

—Nos gusta ver cómo la gente se pone contenta —dijo Breeze—. No tenemos muchas ocasiones.

Me puse un cigarrillo en la boca y lo hice moverse arriba y abajo.

—Utilizamos un espagueti con él —dijo Breeze—. Un espagueti llamado Palermo.

—Ah. ¿Sabe usted una cosa?

—¿Qué? —preguntó Breeze.

—Acabo de entender qué es lo que pasa con los diálogos de los policías.

—¿Qué?

—Que piensan que todas las frases son el golpe final de un chiste.

—Porque nos gusta pillar a los que dan el golpe —dijo Breeze tranquilamente—. ¿Quiere usted enterarse o prefiere que sigamos diciendo chorradas?

—Quiero enterarme.

—Pues fue así. Hench estaba borracho. Me refiero a que estaba borracho hasta la médula, no solo superficialmente. Borracho como una cuba. Llevaba semanas alimentándose de alcohol. Prácticamente había dejado de comer y de dormir. Solo alcohol. Llegó a un punto en el que el licor ya no lo emborrachaba, lo mantenía sobrio. Era la última conexión que le quedaba con el mundo real. Cuando un tío llega a ese punto y le quitas el licor y no le das nada para que se mantenga entero, se vuelve tarumba.

No dije nada. Spangler seguía teniendo la misma mueca erótica en su juvenil rostro. Breeze dio un toquecito a su cigarro sin que cayera nada de ceniza, se lo

volvió a meter en la boca y continuó:

—Es un caso para psiquiatras, pero no queremos que nuestra detención se convierta en un caso de ese tipo. Eso que quede claro. Queremos un tipo que no tenga ningún historial psiquiátrico.

—Creía que estaban seguros de que Hench era inocente.

Breeze asintió vagamente.

—Eso era anoche. O puede que yo estuviera bromeando un poquito. Sea como sea, durante la noche, pum, Hench se vuelve majareta. Así que se lo llevan a la enfermería y le llenan el cuerpo de drogas. Lo hizo el médico de la prisión. Esto que quede entre nosotros. Nada de mandanga en el informe. ¿Capta la idea?

—No puede estar más claro —dije.

—Sí. —Parecía ligeramente suspicaz a causa de mi comentario, pero estaba demasiado metido en su asunto como para perder tiempo en eso—. Bueno, esta mañana ya estaba bien. La mandanga le seguía haciendo efecto, y el tío estaba pálido pero calmado. Así que hemos ido a visitarlo. ¿Cómo te va, chico? ¿Necesitas algo? ¿Cualquier cosilla? Te la conseguimos encantados. ¿Te tratan bien aquí? Ya sabe cómo va el rollo.

—Sí —contesté—. Sé cómo va el rollo.

Spangler se lamió los labios de un modo desagradable.

—Y al cabo de un rato, el tío abre el pico lo justo para decir «Palermo». El nombre del espagueti de la acera de enfrente, el dueño de la funeraria y del edificio de apartamentos. ¿Se acuerda? Sí que se acuerda. Por aquello que dijo de una rubia alta. Tonterías. Esos espaguetis no piensan más que en rubias altas. De doce en doce. Pero este Palermo es importante. Pregunté por ahí. Es un tío muy bien considerado allí arriba. No es alguien a quien se pueda avasallar. Bueno, tampoco no pretendo avasallar. Le digo a Hench: «¿Quieres decir que Palermo es amigo tuyo?», y él responde «Que venga». Así que nos volvemos aquí, a la chabola, llamamos por teléfono a Palermo y él nos dice que viene enseguida. Pues eso. Viene enseguida. Vamos y le decimos: «Hench quiere verlo, señor Palermo. No sé por qué». «Es un pobre hombre», dice él. «Un buen tipo. Me cae bien. Si quiere verme, pues vale. Lo veré. Lo veré a solas. Sin polis». Yo le digo que muy bien, señor Palermo, y vamos a la enfermería de la cárcel y Palermo habla con Hench sin que nadie los escuche. Al cabo de un rato, Palermo sale y dice: «Muy bien, poli. Va a confesar. Puede que yo le pague el abogado. Me cae bien el pobre hombre». Tal como se lo cuento. Y se marchó.

No dije nada. Hubo una pausa. El altavoz de la pared soltó un boletín y Breeze torció la cabeza, escuchó diez o doce palabras y dejó de hacer caso.

—Así que entramos con una taquígrafa y Hench nos suelta el rollo. Phillips le había tirado los tejos a su chica. Eso pasó anteayer, en el pasillo. Hench estaba en la habitación y lo vio, pero Phillips se metió en su apartamento y cerró la puerta antes de que Hench pudiera salir. Eso no lo puso de buen humor. Le sacudió a la chica en el

ojo, pero aquello no lo dejó satisfecho. Le siguió dando vueltas al asunto, como hacen los borrachos. Diciéndose a sí mismo: «Este tío no le tira los tejos a mi chica. Le voy a dar algo para que se acuerde de mí». Así que se pone ojo avizor por si ve a Phillips. Ayer por la tarde lo ve entrar en su apartamento. Le dice a la chica que se vaya a dar una vuelta. Ella no quiere salir a dar una vuelta y él la sacude en el otro ojo. La chica se va a dar una vuelta. Hensch llama a la puerta de Phillips y Phillips abre. A Hensch eso lo tiene un poco extrañado, pero yo le dije que Phillips le estaba esperando a usted. Bueno, el caso es que la puerta se abre y Hensch entra y le dice a Phillips cómo se siente y lo que va a hacer, y este se asusta y saca una pistola. Hensch lo atiza con una cachiporra. Phillips cae al suelo y Hensch no se queda satisfecho. Le pega a un tío con una cachiporra, el tío se cae y ¿qué ganas con eso? No sientes que te hayas quedado satisfecho ni que te hayas vengado. Hensch recoge la pistola del suelo y se queda ahí, todo borracho e insatisfecho, y entonces Phillips lo agarra de un tobillo. Hensch no sabe por qué hizo lo que hizo entonces. Lo tiene todo borroso en su cabeza. Arrastra a Phillips al cuarto de baño y le da matarile con su propia pistola. ¿Le gusta?

—Me encanta —dije—. Pero ¿qué satisfacción consiguió Hensch con eso?

—Bueno, ya sabe cómo son los borrachos. El caso es que le da matarile. El arma no es de Hensch, dese cuenta, pero no puede simular un suicidio. Con eso no sacaría ninguna satisfacción. Así que Hensch se lleva la pistola y la mete debajo de la almohada, saca de allí su propio revólver y se deshace de él. No quiere decirnos dónde. Lo más probable es que se lo pasara a algún matón del barrio. Después va a buscar a la chica y se van a comer.

—Ese sí que fue un detalle encantador —dije—. Guardar la pistola debajo de la almohada. A mí no se me habría ocurrido jamás.

Breeze se echó hacia atrás en su asiento y miró al techo. Spangler, habiendo terminado la parte principal del espectáculo, se volvió en su silla, cogió un par de plumas y lanzó una al cojín.

—Mírelo de este modo —dijo Breeze—. ¿Qué efecto tuvo esa maniobra? Fíjese en cómo lo hizo Hensch. Estaba borracho, pero fue listo. Sacó esa pistola y la enseñó antes de que encontraran muerto a Phillips. Lo primero que se nos ocurrió fue que con la pistola que había bajo su almohada se había matado a alguien, porque había sido disparada, y después encontramos el fiambre. Nos creímos su historia. Parecía razonable. ¿Cómo íbamos a pensar que un tío pudiera ser tan lerdo como para hacer lo que hizo Hensch? No tiene ningún sentido. Así que nos creímos que alguien había metido la pistola bajo la almohada de Hensch y se había llevado su revólver para hacerlo desaparecer. Supongamos que Hensch hubiera tirado el arma del crimen en vez de la suya. ¿Le habría ido mejor? Tal como estaban las cosas, seguro que habríamos sospechado de él. Y en ese caso, no nos habría hecho pensar desde el principio lo que pensábamos de él. Del modo en que lo hizo, consiguió que pensáramos que era un borracho inofensivo que había salido dejándose la puerta abierta, y que alguien se deshizo de un arma endosándosela a él.

Aguardó con la boca un poquito abierta y el cigarro delante, sujeto por una mano dura y pecosa, con sus claros ojos azules repletos de sombría satisfacción.

—Bueno —dije—, si de todas maneras iba a confesar, no parece que tenga mucha importancia. ¿Se va a declarar culpable?

—Seguro. O eso creo. Me figuro que Palermo puede hacer que lo dejen en homicidio sin agravantes. Naturalmente, no estoy seguro.

—¿Por qué va a querer Palermo ayudarlo en algo?

—Le cae bien Hench. Y es un tipo al que no podemos avasallar.

—Ya veo —dije. Me puse en pie.

Spangler me miró de reojo con los ojos resplandecientes.

—¿Y qué hay de la chica? —pregunté.

—No suelta prenda. Es lista. No podemos hacerle nada. No se irá usted a quejar, ¿verdad que no? Sea cual sea su asunto, sigue siendo asunto suyo. ¿Me sigue?

—Y la chica es una rubia alta —dije—. No de las más lucidas, pero no deja de ser una rubia alta. Aunque solo una. Puede que a Palermo no le importe.

—Demonios, no había pensado en eso —dijo Breeze. Se lo pensó un poco y lo descartó—. No, eso no puede ser, Marlowe. No tiene bastante clase.

—Una vez arreglada y sobria, nunca se sabe —dije—. La clase tiene tendencia a disolverse rápidamente en alcohol. ¿Ya han terminado conmigo?

—Creo que sí. —Levantó el puro y me apuntó con él a los ojos—. No es que no tenga ganas de oír su historia. Pero tal como están las cosas, no creo que tenga absoluto derecho a insistir en ello.

—Eso es muy decente por su parte, Breeze —dije—. Y por la suya también, Spangler. Les deseo a los dos lo mejor en la vida.

Me observaron mientras se marchaba, los dos con la boca un poco abierta.

Bajé al amplio vestíbulo de mármol, salí y saqué mi coche del aparcamiento para policías.

El señor Pietro Palermo estaba sentado en una habitación que, si no teníamos en cuenta el escritorio de caoba con tapa corredera, el tríptico religioso con marcos dorados y el enorme crucifijo de ébano y marfil, era exactamente igual que un salón victoriano. Contenía un sofá en forma de herradura y sillones de madera de caoba tallada y tapetes de encaje. En la repisa de la chimenea, de un mármol gris verdoso, había un reloj chapado en oro; en un rincón, un reloj de caja alta que hacía tictac perezosamente; y sobre una mesa ovalada con tablero de mármol y elegantes patas curvadas, unas cuantas flores de cera bajo una campana de cristal. La alfombra era gruesa y estaba llena de motivos florales. Había incluso una vitrina para objetos curiosos, con un montón de piezas peculiares dentro: tacitas de porcelana fina, figuritas de cristal y porcelana, cachivaches de marfil y palisandro, platos decorados, un juego de antiguos saleros americanos en forma de cisne y cosas por el estilo.

Las ventanas estaban cubiertas con largos visillos de encaje, pero la habitación daba al sur y tenía mucha luz. Al otro lado de la calle se veían las ventanas del apartamento donde habían matado a George Anson Phillips. En medio, la calle aparecía soleada y silenciosa.

El italiano alto, de piel morena y elegante, y cabeza con cabellera gris oscuro leyó mi tarjeta y dijo:

—Tengo trabajo dentro de doce minutos. ¿Qué desea usted, señor Marlowe?

—Soy el que ayer encontró al muerto en la casa de enfrente. Era amigo mío. Sus fríos ojos negros me recorrieron en silencio.

—No es eso lo que le dijo a Luke.

—¿Luke?

—El encargado de mi edificio.

—No hablo mucho con desconocidos, señor Palermo.

—Eso está bien. Pero sí que habla conmigo, ¿eh?

—Usted es un hombre de buena posición, un hombre importante. Con usted puedo hablar. Usted me vio ayer. Me describió a la policía. Con mucha exactitud, me dijeron.

—Sí. Tengo buena vista —dijo sin emoción.

—Usted vio también a una mujer alta y rubia salir de ahí ayer. Me estudió.

—Ayer no. Fue hace dos o tres días. Se lo dije a los polis. —Chasqueó sus largos y morenos dedos—. Los polis..., ¡bah!

—¿Vio ayer a algún desconocido, señor Palermo?

—Hay entrada y salida por detrás —dijo—. Y también escalera desde el segundo piso.

Miró su reloj de pulsera.

—Entonces, nada —dijo—. Esta mañana ha ido a ver a Hench.

Alzó los ojos y los pasó perezosamente por toda mi cara.

—Se lo han dicho los polis, ¿eh?

—Me han dicho que ha convencido a Hench para que confiese. Dicen que es amigo suyo. Lo que no saben, claro, es el grado de amistad.

—Entonces Hench ha confesado, ¿eh? —Sonrió con un gesto repentino y brillante.

—Sí, solo que Hench no mató a nadie —dije.

—¿No?

—No.

—Qué interesante. Siga, señor Marlowe.

—Esa confesión es una sarta de memeces. Usted lo convenció de que la hiciera por alguna razón de su interés.

Se levantó, fue hasta la puerta y llamó:

—Tony.

Volvió a sentarse. Un italiano bajito y con pinta de duro entró, me miró y se sentó en una silla pegada a la pared.

—Tony, este hombre es un tal señor Marlowe. Mira, toma la tarjeta.

Tony se acercó a coger la tarjeta y volvió a sentarse con ella en la mano.

—Mira muy bien a este hombre, Tony. No lo olvides, ¿eh?

—Déjemelo a mí, señor Palermo —dijo Tony.

—Conque era amigo suyo, ¿eh? ¿Un buen amigo? —dijo Palermo.

—Sí.

—Es una pena. Sí. Es una pena. Le voy a decir una cosa: un amigo es un amigo. Así que se lo voy a contar. Pero usted no se lo cuente a nadie más. No se lo diga a esos malditos polis, ¿eh?

—No.

—Eso es una promesa, señor Marlowe. Una cosa que no se debe olvidar. ¿No lo olvidará?

—No lo olvidaré.

—Tony no lo olvidará a usted. ¿Capta la idea?

—Le he dado mi palabra. Lo que usted me diga queda entre nosotros.

—Eso está bien. De acuerdo. Yo tengo una familia muy grande. Muchos hermanos y hermanas. Hay un hermano muy malo. Casi tan malo como Tony.

Tony sonrió.

—Bien, pues este hermano malo vive escondido. En la casa de enfrente. Tiene que largarse. De pronto, la casa se llena de polis. Eso no es bueno. Hacen demasiadas preguntas. No es bueno para el negocio, no es bueno para ese hermano malo. ¿Capta la idea?

—Sí —dije—. Capto la idea.

—Bien, ese Hench es un inútil, pero es un pobre hombre, un borracho sin trabajo. No paga el alquiler, pero yo tengo mucho dinero. Así que le digo: mira Hench, vas a

confesar. Estás enfermo. Te tiras dos o tres semanas enfermo. Vas a juicio. Yo te llevo un abogado. Dices que al diablo la confesión, que estabas borracho. Los malditos polis se quedan con un palmo de narices. El juez te suelta y tú vienes a mí y yo me ocupo de ti. ¿Vale? Hench dice que vale, y confiesa. Eso es todo.

—Y dentro de dos o tres semanas —formulé—, el hermano malo está muy lejos de aquí, se ha perdido el rastro y lo más probable es que los polis archiven el asesinato de Phillips como caso sin resolver. ¿Es eso?

—Sí. —Sonrió de nuevo. Una sonrisa brillante y cálida, como el beso de la muerte.

—Con eso queda arreglado lo de Hench, señor Palermo —dije—. Pero a mí no me ayuda mucho en lo de mi amigo.

Meneó la cabeza y miró otra vez su reloj. Me puse en pie. Tony se puso en pie. Él no iba a hacer nada, pero es mejor estar de pie. Te mueves con más rapidez.

—Lo malo de los pajarracos como ustedes —añadí— es que de cualquier cosa hacen un misterio. Tienen que dar la contraseña antes de darle un bocado a un pedazo de pan. Si fuera a la comisaría y les contara todo lo que me ha contado usted, se reirían en mis narices. Y yo me reiría con ellos.

—Tony no se ríe mucho —dijo Palermo.

—El mundo está lleno de gente que no se ríe mucho, señor Palermo —sentencié yo—. Usted debería saberlo. Ha metido a muchos de ellos en el hoyo.

—Es mi negocio —dijo, encogiéndose muchísimo de hombros.

—Mantendré mi promesa —anuncié—. Pero si acaso llega a dudar, no se le ocurra intentar hacer negocio conmigo. Porque en mi parte de la ciudad soy bastante bueno, y si luego resulta que el negocio tiene que hacerlo con Tony, correría por cuenta de la casa. No habría beneficios.

Palermo se echó a reír.

—Eso está bien —dijo—. Tony. Un funeral por cuenta de la casa. Muy bien.

Se puso en pie y me extendió la mano, una mano bonita, fuerte y cálida.

En el vestíbulo del edificio Belfont, en el único ascensor que tenía luz, sobre el trozo de arpillera doblada, la misma vieja reliquia de ojos acuosos seguía sentada inmóvil, haciendo su imitación de un hombre olvidado. Entré y dije:

—Al sexto.

El ascensor se puso en movimiento con muchas sacudidas y ascendió a trompicones. Se detuvo en el sexto piso, yo salí, y el viejo asomó la cabeza para escupir y decir en voz apagada:

—¿Qué se está cociendo?

Me volví con todo el cuerpo a la vez, como un maniquí en una plataforma giratoria. Me lo quedé mirando.

—Hoy se ha puesto un traje gris —observó.

—Pues sí —dije—. Eso es.

—Es bonito —comentó él—. También me gustaba el azul que llevaba ayer.

—Venga, suéltelo —dije.

—Usted subió al octavo —explicó—. Dos veces. La segunda vez, de noche. Después cogió el ascensor en el sexto. Y al poco rato llegaron los chicos de azul a todo correr.

—¿Queda alguno ahí arriba?

Negó con la cabeza. Su cara era como un solar vacío.

—No les he dicho nada —añadió—. Y ahora ya es demasiado tarde para mencionarlo. Me arrancarían el culo a mordiscos.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Por qué no les dije nada? Que se vayan al infierno. Usted me habló con educación. Poquísima gente lo hace. Qué diablos, yo sé que usted no tuvo nada que ver con ese asesinato.

—Me he portado mal con usted —dije—. Muy mal.

Saqué una tarjeta y se la di. Él pescó de su bolsillo un par de gafas con montura metálica, se las colocó en la nariz y sostuvo la tarjeta a un palmo y medio de distancia. La leyó despacio, moviendo los labios, me miró por encima de las gafas y me devolvió la tarjeta.

—Será mejor que se la quede —opinó—. Por si acaso me descuido y se me cae. Debe de ser una vida muy interesante la suya.

—Pues sí y no. ¿Cómo se llama usted?

—Grandy. Llámeme Pop. ¿Quién lo mató?

—No lo sé. ¿No vio usted a nadie subir hasta ahí o bajar? ¿Alguien que le pareciera fuera de lugar en este edificio o que le resultara raro?

—No me fijo mucho —dijo—. Dio la casualidad de que me fijé en usted.

—Una rubia alta, por ejemplo, o un hombre alto y delgado, con patillas, de unos treinta y cinco años.

—No.

—Todo el que subiera o bajara a esas horas tuvo que hacerlo en su ascensor.

Asintió con su marchita cabeza.

—A menos que vayan por la escalera de incendios. Sale al callejón, pero hay una puerta con cerrojo. Quien fuera tuvo que entrar por aquí, aunque hay escaleras por detrás del ascensor hasta el segundo piso. Y desde ahí pueden pasar a la escalera de incendios. No pudo ser de otra manera.

Asentí.

—Señor Grandy, ¿le vendría bien un billete de cinco dólares...? No como soborno ni nada parecido, sino como una muestra de aprecio de un amigo sincero.

—Hijo, le sacaré tanto jugo a un billete de cinco que a Lincoln le iban a sudar las patillas.

Le di uno. Lo miré antes de entregárselo. Efectivamente, en el de cinco está Lincoln.

Lo dobló varias veces y se lo guardó en las profundidades de su bolsillo.

—Es usted muy amable —añadió—. Espero que no piense que intentaba sacarle algo.

Negué con la cabeza y avancé por el pasillo, leyendo otra vez los nombres: «Dr. E. J. Blaskowitz, Médico quiropráctico», «Dalton y Rees, Servicio de mecanografía», «L. Pridview, Contable público», cuatro puertas sin letrero, «Compañía de envíos por correo Moss», otras dos puertas sin letrero, «H. R. Teager, Laboratorio dental». En la misma situación relativa que la oficina de Morningstar dos pisos más arriba, pero las habitaciones tenían una disposición diferente. Teager tenía solo una puerta y había más espacio entre su puerta y la siguiente.

El pomo no giraba. Llamé con los nudillos. No hubo respuesta. Llamé más fuerte, con el mismo resultado. Volví al ascensor. Todavía estaba en el sexto piso. Pop Grandy me miró al llegar como si no me hubiera visto en la vida.

—¿Sabe algo de H. R. Teager? —le pregunté.

Se lo pensó.

—Corpulento, tirando a viejo, ropa desaliñada, uñas sucias, como las mías. Ahora que lo pienso, no lo he visto venir hoy.

—¿Cree que el encargado me dejaría entrar en su oficina para echar un vistazo?

—Menudo cotilla es el encargado. Yo no se lo recomendaría.

Volvió la cabeza muy despacio y miró a lo alto de la pared de la cabina. Sobre su cabeza, en una gran anilla metálica, colgaba una llave. Una llave maestra. Pop Grandy volvió a mover la cabeza hasta dejarla en la posición habitual, se levantó de su taburete y dijo:

—Voy a tener que ir al retrete ahora mismo.

Se marchó. Cuando la puerta se cerró tras él, cogí la llave de la pared del ascensor y regresé a la oficina de H. R. Teager, abrí la puerta y entré.

Dentro había una pequeña antesala sin ventanas, en cuyo amueblamiento se había

ahorrado un montón de pasta. Dos sillones, un cenicero de pie de una tienda de oportunidades, una lámpara de pie sacada del sótano de unos almacenes de mala muerte, una mesa de madera manchada con algunas viejas revistas ilustradas encima. La puerta se cerró detrás de mí empujada por el muelle y todo quedó a oscuras, a excepción de la poca luz que se filtraba por el panel de cristal esmerilado. Tiré de la cadena del interruptor de la lámpara y me dirigí a la puerta interior, situada en un tabique que dividía en dos la habitación. Tenía un rótulo: «H. R. Teager. Privado». No estaba cerrada con llave.

En el interior había un despacho cuadrado con dos ventanas que daban al este, sin cortinas y con los alféizares llenos de polvo. Había un sillón giratorio y dos sillas, las dos de madera vulgar y manchada, y también un escritorio cuadrado de tablero sencillo. Encima del escritorio no había nada, aparte de un viejo secante, una escribanía barata y un cenicero redondo de cristal con ceniza de puro. Los cajones del escritorio contenían unos forros de papel polvorientos, unos cuantos clips, gomas elásticas, lápices gastados, mangos de pluma, plumillas oxidadas, secantes usados, cuatro sellos de dos centavos y algunos papeles de carta, sobres y facturas con membrete.

La papelera estaba llena de basura. Perdí casi diez minutos en examinarla a fondo. Con ese tiempo descubrí lo que había sabido casi con seguridad desde el principio: que H. R. Teager tenía un pequeño negocio de técnico dental y hacía trabajos de laboratorio para unos cuantos dentistas de la parte menos próspera de la ciudad, dentistas de esos que tienen consultas mugrientas en galerías del segundo piso de encima de las tiendas, que carecen de preparación y de equipo para hacer sus propios trabajos de laboratorio y prefieren encargárselos a otros como ellos, en lugar de a los grandes laboratorios, eficientes y despiadados, que no les darían ningún crédito.

Una cosa sí encontré: la dirección de la casa de Teager, el 1354B de Toberman Street, en el resguardo de una factura del gas.

Me incorporé, volví a tirarlo todo a la papelera y me dirigí a la puerta de madera con el rótulo de «Laboratorio». Tenía una cerradura Yale nueva y la llave maestra no entraba. No había nada que hacer. Apagué la luz de la antesala y me marché.

El ascensor estaba de nuevo en la planta baja. Pulsé el botón de llamada. Cuando llegó me deslicé junto a Pop Grandy, con la llave escondida en la mano, y la colgué sobre su cabeza. La anilla tintineó contra la cabina. Sonrió.

—Se ha marchado —dije—. Debió de marcharse anoche. Parece que se ha llevado un montón de cosas. Su escritorio está vacío.

—Se llevó dos maletas. Pero eso no me llamó la atención. Casi siempre lleva una maleta. Supongo que para recoger y entregar sus trabajos.

—¿Qué clase de trabajos? —pregunté mientras el ascensor chirriaba de bajada. Solo por decir algo.

—Del tipo de hacer dientes que no encajan —contestó Pop Grandy— para pobres desgraciados como yo.

—¡Que no le llamó la atención! —dije cuando las puertas se abrieron con dificultad en el vestíbulo—. ¡Tampoco se fijaría en el color de los ojos de un colibrí a quince metros de distancia! ¡Claro que no!

—¿Qué ha hecho Teager? —preguntó.

—Ahora voy a su casa a averiguarlo —anuncié—. Creo que lo más probable es que se haya ido de viaje a ninguna parte.

—Me cambiaría por él —dijo Pop Grandy—. Aunque solo llegara hasta San Francisco y allí lo pillaran, me cambiaría por él.

Toberman Street, una calle ancha y polvorienta, más allá de Pico. El número 1354B era un apartamento en un segundo piso, orientado al sur, en un edificio de estructura amarilla y blanca. La puerta de entrada estaba en el porche, al lado de otra con el número 1352B. Las entradas a los apartamentos bajos estaban perpendiculares a estas, una frente a otra a ambos lados del porche. Seguí llamando al timbre, incluso después de estar seguro de que nadie iba a responder. En un barrio como ese siempre hay un cotilla experto mirando por la ventana.

Y efectivamente, se abrió la puerta del 1354A y una mujer pequeñita de ojos brillantes se asomó para mirarme. Su pelo oscuro, recién lavado y ondulado, estaba construido a partir de una intrincada masa de horquillas.

—¿Busca a la señora Teager? —chirrió.

—Al señor o a la señora.

—Se marcharon anoche de vacaciones. Cargaron el equipaje y se marcharon bastante tarde. Me dijeron que avisara al lechero y al repartidor de periódicos. Ellos no tenían tiempo. Fue algo un poco precipitado.

—Gracias. ¿Qué clase de coche llevan?

El desgarrador diálogo de un serial de amor salió de la habitación que había a sus espaldas y me golpeó en la cara como un paño de cocina mojado.

La mujer de ojos brillantes preguntó:

—¿Es usted amigo suyo? —La suspicacia que había en su voz era casi tan espesa como las cursiladas de su radio.

—No se preocupe —dije con voz dura—. Lo único que queremos es nuestro dinero. Hay muchas maneras de averiguar qué coche llevan.

La mujer torció la cabeza para escuchar.

—Esa es Beula May —me explicó con una sonrisa triste—. No quiere ir al baile con el doctor Myers. Ya me temía yo que no iba a querer.

—Vaya por Dios —dije, y volví a mi coche y me puse en marcha de regreso a Hollywood.

La oficina estaba vacía. Abrí la puerta del cuarto interior, levanté las ventanas y me senté.

Otro día tocando a su fin, el aire monótono y cansado, el intenso rugido del tráfico de regreso a casa por el bulevar, y Marlowe en su despacho dando sorbitos a una copa y clasificando el correo del día. Cuatro anuncios; dos facturas; una bonita postal en colores de un hotel de Santa Rosa donde había pasado cuatro días un año antes, trabajando en un caso; una larga carta, mal escrita a máquina, de un hombre llamado Peabody, de Sausalito, cuyo tema general y un tanto nebuloso era que una muestra de escritura de una persona sospechosa podía revelar, si se sometía al examen investigador de Peabody, las características emocionales internas del individuo, clasificadas según los sistemas freudiano y jungiano.

Dentro había un sobre con dirección y sello. Mientras arrancaba el sello y tiraba la carta y el sobre, tuve una visión de un viejo pájaro de pelo largo, sombrero de fieltro negro y pajarita negra, meciéndose en un porche destartado delante de una ventana rotulada, con una puerta al lado despidiendo olor a repollo con jamón.

Suspiré, recuperé el sobre, escribí el nombre y la dirección en uno nuevo, doblé un billete de un dólar dentro de una hoja de papel y escribí en ella: «Esta es, definitivamente, la última contribución». Firmé con mi nombre, cerré el sobre, pegué un sello en él y me serví otra copa.

Llené mi pipa, la encendí y me quedé sentado fumando. No vino nadie, no llamó nadie, no ocurrió nada, a nadie le importaba si me moría o me largaba a El Paso.

Poco a poco, el rugido del tráfico se fue acallando. El cielo perdió su resplandor. Por el oeste debía de estar rojo. Un neón madrugador se encendió a una manzana de distancia, en diagonal por encima de los tejados. El ventilador giraba monótonamente en la pared del café, en el callejón de abajo. Un camión entregó una carga y retrocedió gruñendo hasta salir al bulevar.

Por fin sonó el teléfono. Respondí y una voz dijo:

—¿Señor Marlowe? Soy el señor Shaw. Del Bristol.

—Sí, señor Shaw. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias, señor Marlowe. Espero que usted también. Aquí hay una señorita que quiere que la deje entrar a su apartamento. No sé por qué.

—Yo tampoco, señor Shaw. No he dejado dicho nada de eso. ¿Ha dado algún nombre?

—Ah, sí, claro. Se llama Davis. Señorita Merle Davis. Está..., ¿cómo se lo diría? ..., al borde de un ataque de histeria.

—Déjela pasar —dije rápidamente—. Estaré ahí dentro de diez minutos. Es la secretaria de un cliente. Un asunto puramente profesional.

—Naturalmente. Ah, sí. ¿Debo..., esto..., quedarme con ella?

—Como le parezca —contesté, y colgué.

Al pasar por la puerta abierta del lavabo vi en el espejo un rostro tenso y excitado.

Cuando hice girar la llave de mi puerta y la abrí, Shaw ya se había levantado del sofá cama. Era un hombre alto con gafas y un cráneo calvo y picudo, daba la impresión de que las orejas le hubieran resbalado cabeza abajo. Tenía en su rostro la sonrisa fija del idiota educado.

La chica estaba sentada en mi butaca, detrás de la mesa de ajedrez. No estaba haciendo nada, aparte de estar sentada allí.

—Ah, ya está aquí, señor Marlowe —gorjeó Shaw—. Sí. Perfecto. La señorita Davis y yo hemos mantenido una conversación muy interesante. Yo le estaba contando que tengo orígenes ingleses. Ella no..., esto..., no me ha dicho de dónde procede.

Cuando terminó ya estaba a mitad de camino de la puerta.

—Ha sido usted muy amable, señor Shaw —dije.

—No ha sido nada —contestó—. No ha sido nada. Bueno, ya me voy. Creo que la cena...

—Ha sido usted muy amable —repetí—. Se lo agradezco.

Asintió y desapareció. Me pareció que el brillo antinatural de su sonrisa se quedaba flotando en el aire después de que se hubiera cerrado la puerta, como la sonrisa de un gato de Cheshire.

—Hola —dije.

—Hola —dijo ella.

Su voz parecía muy tranquila, muy seria. Vestía chaquetilla y falda de lino pardusco, un sombrero de paja de copa baja y ala ancha con una cinta de terciopelo marrón que hacía juego perfectamente con el color de sus zapatos y los rebordes de cuero de su bolso de lino. Llevaba el sombrero ladeado de un modo bastante atrevido, para tratarse de ella. No tenía puestas las gafas.

De no ser por la cara, habría tenido buen aspecto. En primer lugar, sus ojos estaban completamente enloquecidos. Se les veía el blanco todo alrededor del iris, y tenían una especie de mirada fija. Cuando se movían, el movimiento era tan rígido que casi se podía oír un chasquido. La boca formaba una línea apretada en las comisuras, pero la parte central del labio superior no paraba de levantarse sobre los dientes, hacia arriba y hacia afuera, como si un hilo muy fino, sujeto al borde del labio, tirara de él. Subía tan alto que parecía imposible, y entonces toda la parte inferior de la cara sufría un espasmo; y cuando terminaba, la boca quedaba firmemente cerrada, y entonces todo el proceso comenzaba de nuevo poco a poco. Además de todo eso, algo le pasaba en el cuello, porque la cabeza se le iba inclinando muy poco a poco hacia la izquierda, hasta un ángulo de unos cuarenta y cinco grados. Allí se detenía, sufría un tirón el cuello, y la cabeza empezaba a volver por donde había venido.

La combinación de estos dos movimientos, junto con la inmovilidad del cuerpo,

las manos crispadas sobre el regazo y la mirada fija de los ojos, era suficiente para poner a cualquiera de los nervios.

Había una lata de tabaco sobre el escritorio, y entre este y su butaca estaba la mesa de ajedrez con las figuras metidas en la caja. Saqué la pipa del bolsillo y fui a llenarla con el tabaco de la lata. Aquel movimiento me situó justo al otro lado de la mesa de ajedrez, enfrente de ella. Había dejado el bolso al borde de la mesa, delante de ella y un poco hacia un lado. Dio un respingo cuando yo me acerqué allí, pero después volvió a su estado anterior e hizo un esfuerzo por sonreír.

Llené la pipa, rasqué una cerilla de papel, encendí la pipa y me quedé sujetando la cerilla después de haberla apagado de un soplido.

—No lleva las gafas —dije.

Habló. Su voz sonaba tranquila, contenida.

—Ah, solo me las pongo en casa y para leer. Las tengo en el bolso.

—Ahora está en casa —dije—. Debería ponérselas.

Estiré la mano hacia el bolso, con naturalidad. Ella no se movió. No me miró las manos. Tenía los ojos fijos en mi cara. Me volví un poco al abrir el bolso. Saqué el estuche de las gafas y lo empujé hacia ella sobre la mesa.

—Póngaselas —sugerí.

—Ah, sí, me las voy a poner —contestó ella—. Pero entonces tendré que quitarme el sombrero.

—Sí, quítese el sombrero —añadí.

Se quitó el sombrero y se lo colocó sobre las rodillas. Después se acordó de las gafas y se olvidó del sombrero. Este cayó al suelo cuando ella se inclinó para coger las gafas. Se las puso. Aquello mejoraba mucho su aspecto, o eso me pareció a mí.

Mientras ella hacía todo eso, yo saqué la pistola de su bolso y me la guardé en un bolsillo. No creo que me viera. Parecía el mismo Colt automático del 25 con cachas de nogal que había visto el día anterior en el primer cajón de la derecha de su escritorio.

Fui hasta el sofá cama, me senté y dije:

—Bueno, pues aquí estamos. ¿Qué hacemos ahora? ¿Tiene usted hambre?

—He estado en casa del señor Vannier —dijo.

—Ah.

—Vive en Sherman Oaks. Al final de Escamillo Drive. Al final del todo.

—Sí, es muy probable —dije sin ninguna intención, y traté de formar un anillo de humo, pero no me salió. Un nervio de mi mejilla estaba intentando vibrar como una cuerda de acero. Aquello no me gustó.

—Sí —afirmó ella con su voz controlada, con el labio superior todavía haciendo el movimiento de subida y bajada, y la barbilla todavía oscilando hasta quedar anclada, y otra vez para atrás—. Es un sitio muy tranquilo. El señor Vannier lleva ya tres años viviendo allí. Antes vivía en las colinas de Hollywood, en Diamond Street. Compartía la casa con otro hombre, pero no se llevaban muy bien, o eso dice el señor

Vannier.

—Me parece que eso también soy capaz de entenderlo —dije—. ¿Cuánto tiempo hace que conoce al señor Vannier?

—Hace ocho años que lo conozco. No lo conozco demasiado. He tenido que llevarle algún... algún paquete de vez en cuando. Le gustaba que se los llevara yo.

Intenté otra vez lo del anillo de humo. Nada.

—Naturalmente —añadió—, a mí nunca me gustó mucho. Tenía miedo de que fuera a... Tenía miedo de que...

—Pero no lo hizo —dije yo.

Por primera vez, su cara adoptó una expresión humana normal: sorpresa.

—No —contestó—. No hizo nada. Es decir, la verdad es que no. Pero estaba en pijama.

—La buena vida —suspiré yo—. Toda la tarde por ahí tirado, en pijama. Hay tíos con suerte, ¿no le parece?

—Bueno, para eso tienes que saber algo —dijo muy serio—. Algo que haga que la gente te pague. La señora Murdock se ha portado maravillosamente conmigo, ¿verdad?

—Desde luego —respondí yo—. ¿Cuánto le ha llevado hoy?

—Solo quinientos dólares. La señora Murdock dijo que era todo lo que podía darle, y la verdad es que no podía prescindir ni de eso. Dijo que eso tenía que terminar. Que no podía seguir así. El señor Vannier siempre prometía parar, pero nunca paraba.

—Así es esa gente —comenté.

—Solo se podía hacer una cosa. En realidad, lo he sabido desde hace años. Todo era por mi culpa, y la señora Murdock se ha portado tan maravillosamente conmigo... Eso no podía hacerme peor de lo que ya era, ¿no cree?

Levanté una mano y me froté con fuerza la mejilla, para tranquilizar el nervio. Ella se olvidó de que yo no había respondido y siguió hablando.

—Así que lo hice —dijo—. Allí estaba él en pijama, con una copa a su lado. Me miraba de un modo raro. Ni siquiera se levantó para abrirme. Pero había una llave en la puerta de entrada. Alguien había dejado puesta una llave allí. Era... Era... —La voz se le atascó en la garganta.

—Había una llave en la puerta de entrada —proseguí—. Así que usted pudo entrar.

—Sí. —Asintió, y casi logró sonreír de nuevo—. La verdad es que no fue nada difícil. Ni siquiera recuerdo haber oído el ruido. Porque tuvo que haber un ruido, claro. Un ruido bastante fuerte.

—Supongo —dije.

—Me acerqué mucho a él para no fallar —dijo.

—¿Y qué hizo el señor Vannier?

—No hizo absolutamente nada. Solo mirarme de manera rara. Bueno, pues eso es

todo. No quería volver a casa de la señora Murdock y causarle más problemas. Ni a Leslie. —Su voz se apagó al pronunciar el nombre, que quedó flotando en el aire, y un pequeño estremecimiento recorrió su cuerpo como una ondulación—. Así que vine aquí. Y al ver que usted no respondía al timbre, busqué la conserjería y le pedí al encargado que me dejara entrar con la intención de esperarlo. Estaba segura de que usted sabría qué hacer.

—¿Y qué tocó en la casa mientras estuvo allí? —pregunté—. ¿Se acuerda de algo? Quiero decir, aparte de la puerta de entrada. ¿Entró por la puerta y salió sin tocar nada más?

Se puso a pensar y su cara dejó de moverse.

—Ah, me acuerdo de una cosa —dijo—. Apagué la luz. Antes de marcharme. Era una lámpara. Una de esas lámparas que dan luz hacia arriba, con bombillas grandes. La apagué.

Asentí y le sonreí. Marlowe, una sonrisa, animando.

—¿A qué hora fue eso? ¿Cuánto hace?

—Pues justo antes de venir aquí. He venido en coche. Tenía el coche de la señorita Murdock. Por el que preguntaba usted ayer. Me olvidé decirle que no se lo llevó cuando se marchó. ¿O sí se lo dije? No, ahora me acuerdo de que sí se lo dije.

—Vamos a ver —intenté puntualizar—. Media hora para llegar aquí, como poco. Lleva aquí cerca de una hora. Según mis cálculos, serían aproximadamente las cinco y media cuando salió de casa del señor Vannier. Y apagó la luz.

—Eso es. —Asintió de nuevo, muy animada. Encantada de acordarse—. Apagué la luz.

—¿Le apetece una copa? —pregunté.

—Oh, no. —Negó con la cabeza con bastante energía—. Yo no bebo.

—¿Le importa que yo me tome una?

—Claro que no. ¿Por qué iba a importarme?

Me levanté y la estudié con la mirada. El labio seguía saltando hacia arriba y la cabeza se le seguía torciendo, pero me pareció que no tanto como antes. Era como un ritmo que va decelerando.

Era difícil saber hasta dónde se podía llegar con aquello. Era posible que cuanto más hablara, mejor. Nadie sabe con exactitud cuánto se tarda en asimilar un choque.

—¿Dónde está su casa? —pregunté.

—Bueno..., vivo con la señora Murdock. En Pasadena.

—Digo su casa de verdad. ¿Dónde está su familia?

—Mis padres viven en Wichita —contestó—. Pero no voy por allí. Nunca. Escribo de vez en cuando, pero hace años que no los veo.

—¿A qué se dedica su padre?

—Tiene un hospital para perros y gatos. Es veterinario. Ojalá no se enteren de esto. La otra vez no se enteraron. La señora Murdock no se lo dijo a nadie.

—A lo mejor no tienen que enterarse. Voy a por mi copa.

Pasé por detrás de su butaca hacia la cocina, empecé a escanciar y me puse una copa de las de verdad. Me la metí de un trago, saqué la pistolita del bolsillo y vi que tenía puesto el seguro. Olí el cañón, saqué el cargador. Había una bala en la recámara, pero era una de esas pistolas que no disparan cuando tienen sacado el cargador. La sostuve de modo que pudiera mirar por la recámara. El casquillo que había allí era de otro calibre y estaba atascado en el cierre del cañón. Parecía del 32. Las balas del cargador eran del calibre correcto, el 25. Volví a montar el arma y regresé al cuarto de estar.

Yo no había oído ni un solo ruido. Pero ella se había escurrido hacia delante y estaba hecha una bola delante de la butaca, encima de su bonito sombrero. Estaba tan fría como una caballa.

La estiré un poco, le quité las gafas y me aseguré de que no se había tragado la lengua. Introduje mi pañuelo doblado por la comisura de su boca para que no se mordiera la lengua al volver en sí. Fui al teléfono y llamé a Carl Moss.

—Doctor, soy Phil Marlowe. ¿Tiene más pacientes o ha terminado?

—Ya terminé —dijo él—. Me estaba yendo. ¿Algún problema?

—Estoy en casa —le expliqué—. Apartamentos Bristol, cuatro cero ocho, por si no se acuerda. Tengo aquí una chica que se ha desmayado. Eso no me preocupa, pero puede que esté majareta cuando se le pase.

—No le dé nada de alcohol —dijo él—. Voy para allá.

Colgué y me arrodillé junto a ella. Me puse a frotarle las sienes. Abrió los ojos. Los labios empezaron a separarse. Le saqué el pañuelo de la boca. Alzó la mirada hacia mí y dijo:

—He estado en casa del señor Vannier. Vive en Sherman Oaks. Yo...

—¿Le importa que la levante y la acueste en el sofá cama? Ya me conoce. Marlowe, el imbécil que va por ahí preguntando lo que no debe.

—Hola —dijo ella.

La levanté. Se puso rígida al cogerla, pero no dijo nada. La tumbé en el sofá cama, le bajé la falda para taparle las piernas, le coloqué una almohada debajo de la cabeza y recogí su sombrero. Estaba más aplastado que un lenguado. Hice lo que pude para recomponerlo y lo dejé encima del escritorio.

Ella me miraba de reojo mientras tanto.

—¿Ha llamado a la policía? —preguntó en voz baja.

—Todavía no —dije—. No he tenido tiempo.

Parecía sorprendida. No estoy muy seguro, pero también me pareció un poco dolida.

Abrí su bolso y me puse de espaldas a ella para meter la pistola. Mientras lo hacía, eché un vistazo a las demás cosas que había dentro. Las nimiedades de siempre: un par de pañuelos de tela, lápiz de labios, una polvera esmaltada en rojo y plata llena de polvos, un par de pañuelos de papel, un monedero con algo de calderilla y unos cuantos billetes de dólar; ni cigarrillos, ni cerillas, ni entradas de

teatro.

Abrí la cremallera del bolsillo lateral. Allí llevaba el carnet de conducir y un fajo de billetes, diez de cincuenta. Pasé el dedo por los cantos. Ninguno era nuevo. Metido en la goma que sujetaba el fajo había un papel doblado. Lo saqué, lo desdoblé y lo leí. Estaba pulcramente escrito a máquina, y con la fecha del día. Era un recibo normal, que una vez firmado daría fe del pago de quinientos dólares. «Pago a cuenta».

Ya no parecía que lo fueran a firmar. Me guardé el dinero y el recibo en el bolsillo. Cerré el bolso y me volví a mirar al sofá cama.

Ella estaba mirando al techo y haciendo otra vez aquello con la cara. Fui a mi alcoba y cogí una manta para echársela por encima.

Después fui a la cocina a por otra copa.

El doctor Carl Moss era un judío grande y corpulento con bigote a lo Hitler, ojos saltones y la calma de un glaciar. Dejó su sombrero y su maletín en un sillón, dio unos pasos y se quedó parado, observando desde arriba a la chica del sofá cama con mirada inescrutable.

—Soy el doctor Moss —se presentó—. ¿Cómo se encuentra?

—¿No es de la policía? —preguntó ella.

Él se agachó, le tomó el pulso y se incorporó de nuevo, atendiendo a su respiración.

—¿Dónde le duele, señorita...?

—Davis —dije yo—. Señorita Merle Davis.

—Señorita Davis.

—No me duele nada —contestó ella, mirándolo fijamente desde abajo—. Ni siquiera sé por qué estoy tumbada aquí de esta manera. Creía que era usted de la policía. Verá, he matado a un hombre.

—Bueno, eso es un impulso humano habitual —dijo el doctor—. Yo he matado a docenas. —No sonreía.

Ella levantó el labio y movió la cabeza de un lado a otro para que él lo viera.

—¿Sabe? No hace falta que haga eso —comentó él con mucha suavidad—. Siente un tirón de los nervios aquí y allá, y usted se dedica a magnificarlo y dramatizarlo. Puede controlarlo, si quiere.

—¿Puedo? —susurró ella.

—Si quiere —contestó él—. No está obligada. A mí me da lo mismo que lo haga o no. No le duele nada, ¿eh?

—No —dijo ella, negando con la cabeza.

El doctor le dio unas palmaditas en el hombro y se dirigió a la cocina. Yo lo seguí. Apoyó las caderas en el fregadero y me lanzó una fría mirada.

—Cuénteme la historia.

—Es la secretaria de una clienta. Una tal señora Murdock, de Pasadena. La mujer es bastante bestia. Hace unos ocho años, un hombre se propasó con Merle. Cuánto se propasó, eso no lo sé. Y después..., no quiero decir inmediatamente, pero más o menos por esa época, el hombre se cayó por una ventana o se tiró. Desde entonces, ella no puede sufrir que un hombre la toque..., ni siquiera de la manera más normal, quiero decir.

—Ajá. —Sus ojos saltones seguían leyendo mi cara—. ¿Ella cree que el hombre se tiró por la ventana por su culpa?

—No lo sé. La señora Murdock es la viuda de ese hombre. Se volvió a casar y su segundo marido también murió. Merle se ha quedado con ella. La vieja la trata como trataría un padre severo a un niño revoltoso.

—Ya veo. Regresiva.

—¿Qué es eso?

—Un choque emocional, y el subconsciente trata de escapar volviendo a la infancia. Si la señora Murdock la regaña mucho, pero no demasiado, eso acentuaría la tendencia. Identificación de la subordinación infantil con la protección al niño.

—¿Tenemos que hablar de esos rollos? —gruñí.

Él me sonrió con calma.

—Mire, amigo. Está claro que la chica es una neurótica. Eso en parte es inducido y en parte deliberado. Quiero decir que disfruta mucho con ello. Aunque no se dé cuenta de lo mucho que disfruta. Pero eso no tiene importancia en este momento. ¿Qué es eso de que mató a un hombre?

—A un hombre llamado Vannier, que vive en Sherman Oaks. Parece que hay un asunto de chantaje de por medio. Merle tenía que llevarle su dinero de vez en cuando. Le tenía miedo. He visto al fulano. Un tío repelente. Ella fue a su casa esta tarde y dice que le pegó un tiro.

—¿Por qué?

—Dice que no le gustó cómo la miraba.

—¿Con qué le pegó el tiro?

—Llevaba una pistola en el bolso. No me pregunte por qué, no lo sé. Pero si le ha pegado un tiro, no ha sido con eso. La pistola tiene un cartucho de otro calibre atascado en la recámara. Estando así, no puede dispararse. Y no se ha disparado.

—Esto es demasiado complicado para mí —dijo él—. Yo solo soy médico. ¿Qué quería usted que hiciera con ella?

—Además —continué, haciendo caso omiso de su pregunta—, dice que la lámpara estaba encendida, y eran las cinco y media de una bonita tarde de verano. Y el tipo estaba en pijama, y había una llave en la cerradura de la puerta principal. Y él no se levantó para recibirla. Se quedó allí sentado con una especie de mirada rara.

El doctor asintió y dijo «Oh». Se encajó un cigarrillo entre sus gruesos labios y lo encendió.

—Si espera que yo le confirme que ella cree realmente haberlo matado, no puedo decírselo. Por lo que usted me cuenta, deduzco que el hombre está muerto, ¿no es así?

—Hermano, yo no he estado allí. Pero eso parece bastante claro.

—Si ella cree que lo mató y no está solo actuando..., ¡y válgame Dios, cómo actúa esta gente!, eso indica que la idea no era nueva para ella. Dice usted que llevaba una pistola. Así que no debía de serlo. Es posible que tenga un complejo de culpa. Quiere ser castigada, quiere expiar algún crimen real o imaginario. Se lo vuelvo a preguntar: ¿qué quiere que yo haga con ella? Ni está enferma ni está loca.

—No va a volver a Pasadena.

—Ah. —Me miró con curiosidad—. ¿Tiene familia?

—En Wichita. El padre es veterinario. Lo llamaré, pero ella tendrá que quedarse aquí esta noche.

—No sé qué decir al respecto. ¿Confía en usted lo suficiente como para pasar la noche en su piso?

—Vino aquí por su propia voluntad, y no venía de visita. Así que supongo que sí.

Se encogió de hombros y se pasó los dedos por los laterales de su áspero bigote negro.

—Bien, le daré un poco de nembutal y la meteremos en la cama. Y usted puede pasear por el pasillo, luchando con su conciencia.

—Tengo que salir —dije—. Debo ir allí y descubrir qué ha ocurrido. Y ella no puede quedarse aquí sola. Y ningún hombre, ni siquiera un médico, la va a meter en la cama. Llame a una enfermera. Yo dormiré en alguna otra parte.

—Phil Marlowe —dijo él—. El caballero Galahad. Está bien, me quedaré aquí hasta que llegue la enfermera.

Volvió al cuarto de estar y telefoneó al Servicio de Enfermeras. Después telefoneó a su mujer. Mientras él telefoneaba, Merle se incorporó en el sofá cama y cruzó recatadamente las manos sobre el regazo.

—No entiendo por qué estaba encendida la lámpara —dijo—. La casa no estaba a oscuras. No tanto como para eso.

—¿Cuál es el nombre de pila de su padre? —pregunté.

—Doctor Wilbur Davis. ¿Por qué?

—¿No le gustaría comer algo?

Desde el teléfono, Carl Moss me dijo:

—Eso déjelo para mañana. Probablemente, esto es solo un momento de calma.

Terminó su llamada, colgó, fue hasta su maletín y volvió con un par de cápsulas amarillas en la mano sobre un trozo de algodón. Cogió un vaso de agua, le ofreció las cápsulas a la chica y le dijo:

—Tráguelas.

—No estoy enferma, ¿verdad? —preguntó ella, levantando la mirada hacia él.

—Tráguelas, hija mía, tráguelas.

Ella las cogió, se las metió en la boca, cogió el vaso de agua y se lo bebió.

Yo me puse el sombrero y me marché.

Mientras bajaba en el ascensor, me acordé de que en su bolso no había ninguna llave, así que paré en la planta baja y salí por el vestíbulo a Bristol Avenue. No me resultó difícil encontrar su coche. Estaba aparcado de cualquier manera, como a medio metro de la acera. Era un Mercury gris descapotable, y su número de matrícula era 2X1111. Aquel era el número del coche de Linda Murdock.

Del contacto colgaba un llavero de cuero. Me metí en el coche, puse en marcha el motor, vi que había bastante gasolina y me largué con él. Era un cochecito bonito y potente. Al pasar por Cahuenga Pass volaba como un pájaro.

Escamillo Drive cambiaba tres veces de dirección en cuatro manzanas, sin ninguna razón que yo pudiera apreciar. Era muy estrecha, con una media de cinco casas por manzana, y por encima de ella se alzaba un segmento de ladera hirsuta, en la que no crecía nada en esa época del año, aparte de salvia y manzanilla. En su quinta y última manzana, Escamillo Drive hacía una pequeña y delicada curva a la izquierda, chocaba directamente con la base de la colina y moría sin emitir un gemido. En esta última manzana había tres casas, dos en las esquinas opuestas y una donde terminaba la calle. Aquella era la de Vannier. Mis faros me permitieron ver que la llave seguía en la puerta.

Era un bungalow estrecho de estilo inglés, con tejado alto, ventanas delanteras emplomadas, un garaje a un lado y un remolque aparcado junto al garaje. La luna tempranera brillaba en silencio sobre su pequeña parcela de césped. Un enorme roble crecía casi encima del porche delantero. Ahora no había luces en la casa, al menos ninguna que se viera desde delante.

Dada la configuración del terreno, que hubiera una luz encendida de día en el cuarto de estar no parecía del todo improbable. La casa debía de ser oscura, excepto por la mañana. Como nidito de amor, el sitio tenía sus ventajas, pero como residencia para un chantajista, no le daba una puntuación muy alta. La muerte súbita puede llegarte en cualquier parte, pero Vannier se lo había puesto muy fácil.

Me metí por el sendero de entrada, maniobré para quedar de cara a la salida, y después avancé hasta la esquina y aparqué allí. Eché a andar por la calle misma porque no había acera. La puerta principal era de tablas de roble con sujeciones de hierro, biseladas en las juntas. En lugar de tirador, tenía un picaporte. De la cerradura sobresalía la cabeza de la llave plana. Toqué el timbre, que sonó con el ruido lejano de un aparato que suena de noche en una casa vacía. Rodeé el roble y proyecté la luz de mi lápiz linterna por entre las tablas de la puerta del garaje. Había un coche dentro. Di la vuelta a la casa y contemplé un pequeño patio sin flores, con una tapia baja de piedra rústica. Otros tres robles, una mesa y un par de sillas metálicas bajo uno de ellos. Un quemadero de basuras al fondo. Antes de volver a la parte delantera, enfoqué mi linterna hacia el interior del remolque. No parecía haber nadie dentro. La puerta estaba cerrada.

Abrí la puerta principal, dejando la llave en la cerradura. No pensaba andarme con disimulos en aquel sitio. Lo que tuviera que pasar pasaría. Yo solo quería asegurarme. Palpé la pared por la parte de dentro de la puerta en busca de un interruptor de la luz, encontré uno y le di para arriba. Por toda la habitación se encendieron pálidas bombillas en forma de vela, a pares en apliques, mostrándome entre otras cosas la gran lámpara de la que había hablado Merle. Me acerqué a encenderla y después retrocedí para apagar los apliques. La lámpara tenía una bombilla grande en posición invertida, dentro de un globo de cristal aporcelanado. Se

podían obtener tres intensidades de luz diferentes. Le di al interruptor hasta que conseguí la máxima luz.

La habitación era alargada de delante a atrás, con una puerta al fondo y un arco delante a la derecha. Al otro lado del arco había un pequeño comedor. Las cortinas del arco estaban medio corridas; eran unas cortinas pesadas, de color verde claro con brocados, nada nuevas. La chimenea estaba en el centro de la pared izquierda, y enfrente y a ambos lados había estanterías que no eran de obra. Había dos sofás cama en posición oblicua en los rincones, y una butaca dorada, una butaca rosa, una butaca marrón y una butaca con tapicería jacquard en pardo y oro, con escabel.

Sobre el escabel se apoyaban unas piernas con pijama amarillo, tobillos desnudos y pies metidos en babuchas de cuero marroquí verde oscuro. Mi mirada fue subiendo desde los pies lentamente, con mucha atención. Un batín de seda estampada verde oscura, ceñido con un cinturón de borlas, abierto por encima del cinturón, dejando ver un monograma en el bolsillo del pijama. Un pañuelo pulcramente colocado en él, con dos puntas almidonadas de lino blanco. Un cuello amarillo, la cara vuelta hacia un lado, en dirección a un espejo de pared. Me acerqué y miré en el espejo. Era verdad que la cara tenía una mirada rara.

El brazo y la mano izquierdos estaban caídos entre la rodilla y el brazo de la butaca; el brazo derecho colgaba por fuera de la butaca, con las puntas de los dedos tocando la alfombra. Y tocando también la culata de un pequeño revólver, más o menos del calibre 32, un revólver de cañón corto, sin apenas cañón. El lado derecho de la cara se apoyaba en el respaldo de la butaca, y el hombro derecho tenía una gran mancha de sangre marrón oscura, y también había algo en la manga derecha. Y en la butaca. En la butaca había mucha sangre.

No me pareció que la cabeza hubiera adoptado aquella posición de manera natural. A algún alma sensible no le había gustado el aspecto del lado derecho.

Levanté un pie y empujé con cuidado el escabel hacia un lado, unos pocos centímetros. Los tacones de las babuchas se movieron de mala gana sobre la superficie tapizada, no con ella. El hombre estaba tan rígido como una tabla. Me agaché y le toqué un tobillo. El hielo no está ni la mitad de frío.

Sobre una mesa, a la altura de su codo derecho, había un vaso hasta la mitad de bebida pasada y un cenicero lleno de colillas y ceniza. Tres de las colillas tenían manchas de lápiz de labios. De color rojo brillante. Lo que se pondría una rubia.

Junto a otra butaca había otro cenicero. En él había cerillas y un montón de ceniza, pero ninguna colilla.

En el aire de la habitación, un perfume bastante denso luchaba con el olor de la muerte y perdía. Pero, aun derrotado, seguía estando allí.

Eché un vistazo por el resto de la casa, encendiendo y apagando luces. Dos alcobas, una con muebles de madera clara y la otra de arce rojo. La de madera clara parecía ser para invitados. Un bonito cuarto de baño con azulejos cobrizos y morados y una ducha elevada con puerta de cristal. La cocina era pequeña. En el fregadero

había un montón de botellas. Montones de botellas, montones de vasos, montones de huellas dactilares, montones de pruebas. O no, que también podría ser.

Volví al cuarto de estar y me quedé plantado en el centro, respirando por la boca lo más hondo posible y preguntándome cómo irían las cosas cuando avisara de esto. Avisar de esto y decir que yo era el mismo que había encontrado a Morningstar y había salido corriendo. Las cosas no iban a ir bien, nada bien. Marlowe, tres asesinatos. Marlowe, prácticamente hasta el cuello de cadáveres. Y ninguna explicación razonable, lógica, amistosa, de su proceder. Pero aquello no era lo peor. En cuanto abriera la boca, dejaría de ser un agente libre. Tendría que dejar de hacer lo que estuviera haciendo y de averiguar lo que estuviera averiguando.

Carl Moss podría estar dispuesto a proteger a Merle con el manto de Esculapio, hasta cierto punto. O podría decidir que, a la larga, a la chica le vendría bien sacar todo lo que llevaba dentro, fuera lo que fuera.

Volví a acercarme a la butaca con tapicería jacquard, apreté los dientes y le tiré del pelo lo suficiente para separar la cabeza del respaldo de la butaca. La bala había entrado por la sien. Por las apariencias, podría haber sido un suicidio. Pero la gente como Louis Vannier no se suicida. Un chantajista, aunque sea un chantajista asustado, tiene una sensación de poder, y eso le encanta.

Dejé que la cabeza volviera a donde quisiera ir, y me agaché para restregar la mano en la lanilla de la alfombra. Al agacharme vi la esquina de un marco de cuadro bajo el estante inferior de la mesa que había junto al codo de Vannier. Rodeé la butaca y lo cogí con un pañuelo.

El cristal estaba rajado de lado a lado. Se había caído de la pared. Vi el clavito. Pude imaginarme cómo había ocurrido. Alguien de pie a la derecha de Vannier, incluso inclinándose sobre él, alguien a quien conocía y de quien no tenía miedo, había sacado de pronto un revólver y le había disparado en la sien derecha. Y entonces, espantado por la sangre o por el retroceso del tiro, el asesino había saltado hacia atrás, y se había dado contra la pared, haciendo caer el cuadro. Este había impactado de punta en el suelo y había rebotado hasta debajo de la mesa. Y el asesino se había guardado mucho de tocarlo, o no se había atrevido.

Lo miré. Era un cuadro pequeño, sin ningún interés. Un tipo con jubón y calzas, con encaje en las bocamangas y uno de esos sombreros de terciopelo redondos y abombados, con una pluma, asomándose mucho a una ventana y, al parecer, llamando a alguien que estaba abajo. La parte de abajo no salía en el cuadro. Era una reproducción en color de algo que no había tenido ningún interés desde el principio.

Eché una ojeada a la habitación. Había más cuadros, un par de acuarelas bastante bonitas, algunos grabados (los grabados están muy pasados de moda este año, ¿no?). Media docena en total. Bueno, a lo mejor a aquel tipo le gustaba el cuadro. ¿Y qué? Un hombre asomándose a una ventana alta. Hace mucho tiempo.

Miré a Vannier. Él no me iba a servir de ninguna ayuda. Un hombre asomándose a una ventana alta, hace mucho tiempo.

Al principio, el roce de la idea fue tan leve que casi ni me di cuenta y estuve a punto de dejarla pasar. El roce de una pluma, casi ni eso. El roce de un copo de nieve. Una ventana alta, un hombre asomándose... hace mucho tiempo.

Todo encajó en su sitio. Estaba tan caliente que chisporroteaba. Por una ventana alta, hace mucho tiempo..., hace ocho años..., un hombre asomándose... asomándose demasiado..., un hombre cayendo..., matándose. Un hombre llamado Horace Bright.

—Señor Vannier —dije con un leve tono de admiración—. Esa sí que fue una buena jugada.

Le di la vuelta al cuadro. En el dorso había escritas fechas y cantidades de dinero. Fechas que abarcaban casi ocho años, cantidades de quinientos dólares en su mayoría, algunas de setecientos, dos de mil. La suma total estaba anotada en números pequeños: once mil cien dólares. El señor Vannier no había recibido el último pago. Ya estaba muerto cuando llegó. No era mucho dinero, al repartirse a lo largo de ocho años. La clienta del señor Vannier había regateado como una fiera.

El respaldo de cartón estaba sujeto al marco con agujas de acero, de gramófono. Dos de ellas se habían caído. Desprendí el cartón, que se rasgó un poco al quitarlo. Entre el respaldo y el cuadro había un sobre blanco. Cerrado y sin nada escrito. Lo abrí rasgándolo. Contenía dos fotografías cuadradas y un negativo. Las dos fotos eran iguales. En ellas se veía a un hombre muy asomado a una ventana, con la boca abierta, gritando. Tenía las manos sobre los bordes de ladrillo del alféizar. Detrás de su hombro había un rostro de mujer.

Era un hombre flacucho, de pelo oscuro. No se le veía muy bien la cara, ni tampoco a la mujer que estaba detrás de él. Él estaba asomado a una ventana y gritaba o llamaba.

Allí estaba yo, sosteniendo la fotografía y mirándola. Y por más que la mirara, aquello no significaba nada. Yo sabía que tenía que significar algo. Solo que no sabía por qué. Pero seguí mirándola. Y al cabo de un rato, vi algo que no encajaba. Era un detalle muy pequeño, pero vital. La posición de las manos del hombre, alineadas con la esquina de la pared allí donde esta se cortaba para formar el marco de la ventana. Las manos no estaban agarrando nada, no estaban tocando nada. Era el interior de las muñecas lo que se alineaba con el borde de los ladrillos. Las manos estaban en el aire.

El hombre no se estaba asomando. Se estaba cayendo.

Metí las fotos en el sobre, doblé el cartón y me lo guardé todo en el bolsillo. Escondí el marco, el cristal y el cuadro en el armario de la ropa blanca, debajo de unas toallas.

Todo aquello me había llevado demasiado tiempo. Un coche se detuvo fuera de la casa. Se oyeron pasos en el sendero.

Me escabullí detrás de las cortinas del arco.

La puerta principal se abrió y luego se cerró en silencio.

Un silencio que quedó flotando en el aire como el aliento en un día helado, y de pronto un fuerte grito terminado en un gemido de desesperación. Seguido de una voz de hombre hirviendo de furia que dijo:

—No está mal, pero tampoco bien. Inténtalo otra vez.

La voz de mujer dijo:

—¡Dios mío, es Louis! ¡Está muerto!

La voz de hombre dijo:

—Puede que me equivoque, pero sigo pensando que apesta.

—¡Dios mío! ¡Está muerto, Alex! Haz algo. Por amor de Dios, ¡haz algo!

—Sí —dijo la voz dura y tensa de Alex Morny—. Debería hacer algo. Debería dejarte a ti igual que a él. Con sangre y todo. Debería dejarte igual de muerta, igual de fría, igual de podrida. Pero no es necesario. Ya lo estás. Igual de podrida. Ocho meses de casados y ya me la pegas con un desgraciado como ese. ¡Dios mío! ¿En qué estaría pensando para liarme con una fulana como tú?

Al llegar a la parte final estaba casi chillando.

La mujer emitió otro sonido lastimero.

—Deja de hacerte la tonta —gritó Morny con fiereza—. ¿Para qué te crees que te he traído aquí? No engañas a nadie. Te han estado vigilando desde hace semanas. Anoche estuviste aquí. Y yo he estado aquí hoy. He visto lo que había que ver. Tu pintura de labios en los cigarrillos, el vaso en el que bebiste. Es como si te estuviera viendo, sentada en el brazo de su butaca, acariciándole su pelo engominado, y después metiéndole un balazo mientras él todavía estaba ronroneando. ¿Por qué?

—Oh, Alex, cariño, no digas esas cosas tan horribles.

—Lillian Gish, en sus inicios —dijo Morny—. De lo primerísimo de Lillian Gish. Déjate de llantos, monada. Tengo que pensar cómo arreglar esto. ¿Para qué demonios crees que he venido aquí? Tú ya no me importas un pimiento. Ya no, monada, ya no, mi precioso y querido ángel rubio y asesino. Pero sí que me importan mi persona, mi reputación y mi negocio. Por ejemplo: ¿limpiaste el revólver?

Silencio. Entonces se oyó un golpe. La mujer gimió. Estaba dolida, terriblemente dolida. Herida en lo más profundo del alma. Le salió bastante bien.

—Mira, ángel —gruñó Morny—. Déjate de comedias. He actuado en el cine. Soy experto en escenitas. Puedes ahorrártelo. Vas a decirme cómo lo hiciste aunque tenga que arrastrarte de los pelos por toda la habitación. A ver: ¿limpiaste el revólver?

De pronto, ella se echó a reír. Una risa nada natural, pero clara y con un timbre agradable. Y tan pronto empezó como terminó.

Su voz dijo:

—Sí.

—¿Y el vaso que utilizaste?

—Sí. —Ahora sonaba muy tranquila, muy fría.

—¿Y pusiste sus huellas en el revólver?

—Sí.

Él se quedó pensando en silencio.

—No creo que los engañe —dijo—. Es casi imposible poner las huellas de un muerto en un arma y que queden convincentes. Pero en fin... ¿Qué más limpiaste?

—Na... nada. Oh, Alex, por favor, no te pongas tan bruto.

—Cállate. ¡Calla! Enséñame cómo lo hiciste, dónde estabas, cómo tenías cogido el revólver.

Ella no se movió.

—No te preocupes por las huellas —dijo Morny—. Pondré unas mejores. Mucho mejores.

Ella se movió despacio por delante de la abertura de las cortinas y la vi. Llevaba pantalones de gabardina de color verde claro, una chaquetilla de color gamuza con bordados y un turbante escarlata con una serpiente dorada. La cara estaba sucia de tanto llorar.

—Recógelo —chilló Morny—. ¡Que yo lo vea!

Ella se agachó junto a la butaca y se incorporó con el revólver en la mano y enseñando los dientes. Por la abertura de las cortinas vi cómo apuntaba con el arma en dirección a la puerta.

Morny no se movió ni hizo ningún ruido.

La mano de la rubia empezó a temblar y el revólver hizo un extraño bailoteo en el aire, para arriba y para abajo. Le empezó a temblar la boca y dejó caer el brazo.

—No puedo hacerlo —jadeó—. Debería matarte, pero no puedo.

La mano se abrió y el revólver cayó al suelo con un golpe sordo.

Morny avanzó con rapidez, pasando ante la abertura de las cortinas, la quitó de en medio de un manotazo y empujó el revólver con el pie hasta volver a colocarlo más o menos donde había estado.

—No podías hacerlo —dijo en tono insultante—. No podías hacerlo. Pues fíjate.

Sacó un pañuelo, lo desplegó de una sacudida, y se agachó para recoger el revólver. Apretó algo y el tambor se abrió. Metió la mano derecha en un bolsillo e hizo rodar una bala entre los dedos, manoseándola bien. Introdujo la bala en el tambor. Repitió la operación cuatro veces, cerró de golpe el tambor, lo volvió a abrir y lo hizo girar un poco para dejarlo colocado en cierta posición. Dejó el revólver en el suelo, retiró la mano y el pañuelo, y se incorporó.

—No podías matarme —se burló— porque en el revólver no había nada más que un casquillo vacío. Pero ahora está cargado otra vez. Los cilindros están en la posición correcta. Se ha disparado un tiro. Y tus huellas están en el arma.

La rubia estaba muy quieta, mirándolo con ojos enfermizos.

—Se me olvidó decirte —continuó él en voz baja— que yo sí que limpié el revólver. Pensé que sería mucho mejor asegurarme de que el arma tuviera tus huellas.

Estaba bastante seguro de que ya las tenía..., pero me pareció más conveniente estar completamente seguro. ¿Vas entendiendo?

La chica dijo en voz baja:

—¿Vas a entregarme?

Él estaba de espaldas a mí. Ropa oscura. Sombrero de fieltro muy calado. De modo que no podía verle la cara. Pero era como si pudiera ver la sonrisa malévola con la que dijo:

—Sí, ángel, voy a entregarte.

—Ya veo —dijo ella, mirándolo a los ojos. Una solemne dignidad había aparecido de pronto en su superexagerado rostro de corista.

—Voy a entregarte, ángel —repitió él lentamente, espaciando las palabras como si estuviera disfrutando con su actuación—. Habrá quien sienta lástima por mí y habrá quien se ría de mí. Pero eso no le hará ningún daño a mi negocio. Ni el más mínimo. Eso es lo bueno de un negocio como el mío. Un poco de notoriedad no le vendrá nada mal.

—Así que ahora solo tengo para ti un valor publicitario —agregó ella—. Aparte, claro, de que corrías el peligro de que sospecharan de ti.

—Precisamente —dijo él—. Precisamente.

—¿Y cuál ha sido mi móvil? —preguntó ella, todavía tranquila, todavía mirándolo a los ojos, y tan solemnemente despreciativa que él no captó en absoluto su expresión.

—No lo sé —dijo él—. Ni me importa. Algún chanchullo te traías entre manos con él. Eddie te siguió por la ciudad, hasta una calle de Bunker Hill donde te encontraste con un tipo rubio con traje marrón. Eddie te dejó a ti y siguió al tipo hasta un edificio de apartamentos cerca de allí. Intentó seguirlo un poco más, pero le dio la impresión de que el tío lo había visto y tuvo que dejarlo. No sé de qué iba el asunto, pero sí sé una cosa: en ese edificio de apartamentos ayer mataron a un joven llamado Phillips. Tú no sabrás nada de eso, ¿verdad, cariño mío?

—No sé nada de nada —dijo la rubia—. No conozco a nadie que se llame Phillips y, por extraño que parezca, no soy una chiquilla que va por ahí matando gente por pura diversión.

—Pero sí que mataste a Vannier, querida —dijo Morny, casi con suavidad.

—Ah, sí —continuó ella con voz arrastrada—. Naturalmente. Nos estábamos preguntando cuál habría sido mi móvil. ¿Se te ha ocurrido ya?

—Eso arréglalo tú con los polis —cortó él—. Di que fue una pelea de enamorados. Di lo que te parezca.

—A lo mejor —añadió ella— fue porque cuando se emborrachaba se parecía un poco a ti. Puede que fuera ese el motivo.

Él dijo «Ah» y se le cortó el aliento.

—Era más guapo —siguió ella—, más joven, con menos barriga. Pero con la misma expresión agilipollada de autosatisfacción.

—Ah —dijo Morny, y se notaba que estaba sufriendo.

—¿Servirá eso? —le preguntó ella con suavidad.

Él dio un paso adelante y lanzó un puñetazo. Le dio en un lado de la cara, y la chica cayó y quedó sentada en el suelo, con una larga pierna estirada hacia delante, una mano en la mandíbula y sus ojos azules alzados hacia él.

—A lo mejor no debías haber hecho esto —sentenció—. A lo mejor ahora ya no quiero entrar en el juego.

—Entrarás en el juego, ya lo creo que sí. No tienes escapatoria. Saldrás de esta con facilidad. Dios, bien lo sé yo. Con lo guapa que eres. Pero entrarás en el juego, ángel. Tus huellas están en ese revólver.

Ella se puso de pie despacio, todavía con la mano en la mandíbula.

Y entonces sonrió.

—Sabía que estaba muerto —dijo—. La llave de la puerta es la mía. Estoy dispuesta a ir a la policía y decir que yo lo maté, pero no me vuelvas a poner la zarpa encima... si quieres que cuente el cuento. Sí, estoy dispuesta a ir a los polis. Me sentiré mucho más segura con ellos que contigo.

Morny se volvió y pude ver la dura mueca blanca de su cara y el hoyuelo de la cicatriz en la mejilla, que estaba temblando. Pasó ante la abertura de las cortinas. La puerta principal se abrió de nuevo. La rubia se quedó quieta un momento, miró por encima del hombro al cadáver, se encogió ligeramente de hombros y salió de mi línea de visión.

La puerta se cerró. Pasos en el sendero. Después, puertas de coche abriéndose y cerrándose. El motor ronroneó y el coche se alejó.

Al cabo de un buen rato, salí de mi escondite y eché otra ojeada por el cuarto de estar. Me acerqué a recoger el revólver, lo limpié con mucho cuidado y lo volví a dejar. Recogí las tres colillas manchadas de carmín que había en el cenicero de la mesa, las llevé al cuarto de baño, las eché en el inodoro y tiré de la cadena. Después busqué por todas partes el segundo vaso con las huellas de la chica. No había segundo vaso. El que estaba medio lleno de bebida pasada lo llevé a la cocina, lo enjuagué y lo sequé con un paño.

Ahora venía la parte desagradable. Me arrodillé sobre la alfombra junto a su butaca, recogí el revólver y le agarré la mano que colgaba rígida como un hueso. Las huellas no quedarían bien, pero serían unas huellas, y no las de Lois Morny. El arma tenía cachas de goma cuadriculada, con un trozo roto en el lado derecho, por debajo del tornillo. Nada de huellas por ahí. Una huella del índice en el lado derecho del cañón, dos dedos en la guarda del gatillo, una huella de pulgar en la pieza plana del lado izquierdo, detrás de las cámaras. Con eso bastaba.

Eché una ojeada más por el cuarto de estar.

Bajé la intensidad de la lámpara. Seguía dando demasiada luz sobre el rostro amarillo del muerto. Abrí la puerta principal, saqué la llave, la limpié y la volví a meter en la cerradura. Cerré la puerta, limpié el picaporte y me marché por mi camino, calle abajo hasta el Mercury.

Regresé a Hollywood, cerré el coche con llave y empecé a andar por la acera, pasando junto a otros coches aparcados, hasta la entrada del edificio Bristol.

Un áspero susurro me habló desde la oscuridad, desde un coche. Dijo mi nombre. El largo e inexpresivo rostro de Eddie Prue flotaba cerca del techo de un pequeño Packard, detrás del volante. Estaba solo. Me apoyé en la puerta del coche y lo miré.

—¿Cómo te va, polizonte?

Rasqué una cerilla y le eché el humo a la cara. Después dije:

—¿A quién se le cayó esa factura de materiales de dentista que me diste anoche? ¿A Vannier o a algún otro?

—A Vannier.

—¿Y qué se suponía que tenía que hacer yo con eso? ¿Adivinar la biografía de un tal Teager?

—No me caen bien los tontos —dijo Eddie Prue.

—¿Por qué iba a caérsele del bolsillo? —dije yo—. Y si se le cayó, ¿por qué no se la devolviste? En otras palabras, en vista de que soy un tonto, explícame por qué una factura de materiales de dentista lo pone a uno tan excitado que le hace querer contratar detectives privados. Sobre todo a un caballero como Alex Morny, al que no le gustan los detectives privados.

—Morny tiene buena cabeza —dijo Eddie Prue fríamente.

—Pero si es el tío para el que se inventó la frase «tan ignorante como un actor».

—Deja ya eso. ¿Aún no sabes para qué sirve ese material de dentista?

—Sí, lo he averiguado. El albastone se usa para hacer moldes de dientes y cavidades. Es muy duro, de grano muy fino y permite reproducir todos los detalles. La otra sustancia, la cristobolita, se utiliza para fundir la cera de los moldes inversos. Se usa porque aguanta mucho calor sin deformarse. Dime que no sabes de qué estoy hablando.

—Supongo que también sabes cómo hacer buenos empastes —dijo Eddie Prue—. Seguro que sí, ¿eh?

—Hoy me he pasado dos horas aprendiendo. Soy un experto. ¿De qué me sirve eso?

Se quedó callado unos segundos y después dijo:

—¿Alguna vez lees los periódicos?

—De vez en cuando.

—Naturalmente, no habrás leído que se han cepillado a un viejo llamado Morningstar en el edificio Belfont de la calle Nueve, justo dos pisos más arriba de donde este H. R. Teager tenía su oficina. ¿No habrás leído eso por casualidad?

No le respondí. Me miró unos segundos más y después echó la mano hacia delante y apretó el botón de arranque. El motor se puso en marcha y él empezó a soltar el embrague.

—Nadie podría ser tan tonto como tú finges ser —dijo suavemente—. No hay nadie tan tonto. Buenas noches.

El coche se apartó de la acera y se alejó cuesta abajo, en dirección a Franklin. Yo sonreía en la distancia mientras se perdía de vista.

Subí a mi piso, metí la llave en la cerradura, abrí la puerta unos centímetros y después llamé con unos golpecitos. Hubo movimiento en la habitación. La puerta se abrió de un tirón, dado por una chica con pinta de fuerte y una banda negra en el gorro de su uniforme de enfermera.

—Soy Marlowe. Vivo aquí.

—Pase, señor Marlowe. El doctor Moss me lo ha dicho.

Cerré la puerta sin hacer ruido y hablamos en voz baja.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Está dormida. Ya estaba atontada cuando yo llegué. Soy la señorita Lymington. No sé mucho de ella, aparte de que su temperatura es normal y su pulso sigue bastante acelerado, aunque va bajando. Un trastorno mental, supongo.

—Encontró un hombre asesinado —dije—. Eso la ha dejado hecha polvo. ¿Está lo bastante dormida como para que yo pueda entrar y coger unas cosas para llevarme al hotel?

—Sí, si no hace ruido. No creo que se despierte. Y si se despierta, no importa.

Fui hasta el escritorio y dejé algo de dinero encima.

—Aquí hay café, beicon, huevos, pan, zumo de tomate, naranjas y alcohol —expliqué—. Si quiere alguna otra cosa, tendrá que pedirla por teléfono.

—Ya he investigado sus provisiones —contestó sonriendo—. Tenemos aquí todo lo necesario hasta después del desayuno de mañana. ¿Se va a quedar ella aquí?

—Eso depende del doctor Moss. Yo creo que se irá a su casa en cuanto esté en condiciones. El problema es que la casa queda un poco lejos, en Wichita.

—Yo no soy más que una enfermera —dijo ella—, pero no creo que le pase nada que no se cure con una buena noche de sueño.

—Una buena noche de sueño y un cambio de aires —observé yo, pero aquello no significaba nada para la señorita Lymington.

Avancé por el pasillo y eché un vistazo al interior de la alcoba. Le habían puesto uno de mis pijamas. Estaba tumbada casi de espaldas, con un brazo por fuera de las sábanas. La manga de la chaqueta del pijama estaba subida quince centímetros o más. La pequeña mano que había más allá del final de la manga formaba un puño apretado. La cara parecía exhausta, pálida y bastante apacible. Hurgué en el armario, saqué una maleta y metí unas cuantas cosas en ella. Cuando me disponía a salir, miré otra vez a Merle. Sus ojos se abrieron y miraron directamente al techo. Después se movieron lo justo para verme, y una débil sonrisa estiró las comisuras de sus labios.

—Hola.

Era una voccecita débil y agotada, una voz que sabía que su propietaria estaba en la cama y que tenía una enfermera y todo lo necesario.

—Hola.

Me acerqué a ella y me quedé mirándola desde lo alto, con mi sonrisa educada en mis bien perfiladas facciones.

—Estoy bien —susurró—. Estoy bien, ¿verdad?

—Pues claro.

—¿Es esta su cama?

—No tenga miedo, no le va a morder.

—No tengo miedo —dijo. Una mano se deslizó hacia mí y se quedó con la palma hacia arriba, esperando que la cogieran. Se la cogí—. No tengo miedo de usted. Ninguna mujer tendría miedo de usted, ¿a que no?

—Viniendo de usted —respondí—, supongo que eso pretende ser un cumplido. Sus ojos sonrieron y después volvieron a ponerse serios.

—Le mentí —dijo con suavidad—. Yo... yo no he matado a nadie.

—Ya lo sé. He estado allí. Olvídelo. No piense en eso.

—La gente siempre te dice que olvides las cosas desagradables. Pero nunca las olvidas. Me parece una tontería que te digan eso, de verdad.

—De acuerdo —respondí, fingiendo estar ofendido—. Soy tonto. ¿Qué tal si dormimos un poco más?

Volvió la cabeza hasta poder mirarme a los ojos directamente. Me senté en el borde de la cama y le tomé la mano.

—¿Va a venir la policía? —preguntó.

—No. Pero procure que eso no la desilusione.

Frunció el ceño.

—Usted debe de pensar que soy tonta de remate.

—Bueno..., tal vez.

Un par de lágrimas se formaron en sus ojos, se deslizaron por las esquinas y resbalaron suavemente por sus mejillas.

—¿Sabe la señora Murdock dónde estoy?

—Todavía no. Voy a ir a decírselo.

—¿Tendrá usted que contárselo... todo?

—Sí. ¿Por qué no?

Volvió la cabeza hacia el otro lado.

—Lo entenderá —dijo—. Ella sabe eso tan horrible que hice hace ocho años. Aquella cosa tan espantosa.

—Claro —afirmé yo—. Por eso le ha estado pagando a Vannier durante todo este tiempo.

—Ay, Dios mío —dijo, sacando la otra mano de debajo de la sábana y retirando la que yo tenía cogida para poder juntarlas con fuerza—. Ojalá no se hubiera enterado usted de eso. Ojalá no lo supiera. Nadie lo ha sabido nunca, aparte de la señora Murdock. Mis padres no se enteraron. Ojalá no lo supiera usted.

La enfermera apareció en la puerta y me miró con severidad.

—No creo que a ella le venga bien estar hablando de lo que sea que estén hablando, señor Marlowe. Creo que debería marcharse.

—Mire, señorita Lymington, hace dos días que conozco a esta muchacha. Usted solo la conoce desde hace dos horas. Esto le está haciendo mucho bien.

—Podría provocarle otro..., esto..., espasmo —sugirió, evitando concienzudamente mi mirada.

—Bueno, pues si le va a dar, ¿no es mejor que le dé ahora, estando usted aquí, y se libre de una vez de todo eso? Ande, vaya a la cocina e invítese a una copa.

—Nunca bebo estando de servicio —respondió fríamente—. Además, alguien podría olerme el aliento.

—Ahora está trabajando para mí. Todos mis empleados están obligados a tomar una dosis de alcohol de vez en cuando. Además, si cena usted bien y se toma un par de Chasers de las que hay en el armarito de la cocina, nadie le podría oler el aliento.

Me dirigió una sonrisa rápida y salió de la habitación. Merle había escuchado todo esto como si se tratara de una interrupción frívola en una función muy seria. Bastante molesta.

—Quiero contárselo todo —dijo sin aliento—. Yo...

Estiré el brazo y planté una zarpa sobre sus manitas entrelazadas.

—No se moleste. Ya lo sé. Marlowe lo sabe todo..., excepto cómo ganarse la vida decentemente. Que no es poco. Ahora usted va a volverse a dormir, y mañana la llevaré de vuelta a Wichita, a visitar a sus padres. Paga la señora Murdock.

—¡Caramba, qué detalle tan maravilloso ha tenido! —exclamó, con los ojos bien

abiertos y relucientes—. Aunque siempre se ha portado maravillosamente conmigo.

Me levanté de la cama.

—Es una mujer maravillosa —corroboré, sonriéndole desde las alturas—. Maravillosa. Ahora voy a ir allá y vamos a tener una conversación absolutamente maravillosa mientras tomamos el té. Y si usted no se duerme ahora mismo, no le permitiré que confiese más asesinatos.

—Es usted odioso —dijo—. No me gusta.

Volvió la cabeza hacia el otro lado, metió los brazos bajo la sábana y cerró los ojos.

Me dirigí a la puerta. Al llegar, me volví y le eché una mirada rápida. Había abierto un ojo y me estaba mirando. Sonreí maliciosamente y el ojo se cerró a toda prisa.

Volví al cuarto de estar, le di a la señorita Lymington lo que quedaba de mi sonrisa maliciosa y me marché con mi maleta.

Conduje hasta Santa Mónica Boulevard. La tienda de empeños todavía estaba abierta. El viejo judío con el gorrito negro pareció sorprendido de que yo estuviera en condiciones de rescatar mi prenda tan pronto. Le dije que así eran las cosas en Hollywood.

Sacó el sobre de la caja fuerte, lo rasgó, cogió mi dinero y el resguardo, e hizo caer la brillante moneda de oro en la palma de su mano.

—Es tan valiosa que me revienta devolvérsela —conjeturó—. El acabado, ya me entiende, el acabado es tan hermoso...

—Y el oro que lleva debe de valer por lo menos veinte dólares —dije yo.

Se encogió de hombros y yo me guardé la moneda en el bolsillo y le deseé buenas noches.

La luz de la luna se extendía como una sábana blanca por el césped del jardín, excepto por debajo del cedro deodar, donde había una oscuridad espesa como el terciopelo negro. En la parte de delante, había luces encendidas en dos de las ventanas de la planta baja y en una de las del piso de arriba. Recorrí el sendero de piedras y llamé al timbre.

No miré al negrito pintado con su bloque para atar los caballos. Esa noche no le palmeé la cabeza. La broma parecía haber perdido la gracia.

Una mujer de pelo blanco y rostro colorado que yo no había visto hasta entonces abrió la puerta, y le dije:

—Soy Philip Marlowe. Me gustaría ver a la señora Murdock. La señora Elizabeth Murdock.

Pareció dudar.

—Creo que ya se ha acostado —pronunció—. No creo que pueda usted verla.

—Son solo las nueve.

—La señora Murdock se acuesta temprano. —Empezó a cerrar la puerta.

Era una viejecita agradable y no quise darle un empujón a la puerta. Me limité a apoyarme en ella.

—Es acerca de la señorita Davis —dije—. Es importante. ¿Puede decirle eso?

—Voy a ver.

Di un paso atrás y dejé que cerrara la puerta.

Un sinsonte empezó a cantar en un árbol cercano y oscuro. Un coche pasó por delante a demasiada velocidad y patinó al doblar la siguiente esquina. Por la calle oscura llegaron los finos jirones de la risa de una muchacha, como si el coche los hubiera dispersado con su acometida.

Al cabo de un rato se abrió la puerta y la mujer anunció:

—Puede usted pasar.

La seguí a través del gran vestíbulo vacío. Una sola luz mortecina brillaba en una única lámpara y a duras penas llegaba a la pared de enfrente. El sitio estaba demasiado inmóvil y el aire necesitaba renovarse. Recorrimos el pasillo hasta el final y subimos por una escalera con pasamanos tallado y poste central. Arriba, otro pasillo, y casi al fondo, una puerta abierta.

Se me invitó a pasar por la puerta abierta, que se cerró detrás de mí. Era una sala grande, con mucha tapicería estampada, empapelado azul y plateado, un diván, una alfombra azul y ventanales de dos hojas que daban a un balcón. Sobre el balcón había un toldo.

La señora Murdock estaba sentada en un mullido sillón de orejas, con una mesita de cartas delante. Vestía una bata acolchada y me pareció que tenía el pelo un poco alborotado. Estaba haciendo un solitario. Tenía el mazo de cartas en la mano izquierda y puso una carta sobre la mesa y cambió otra de sitio antes de alzar la

mirada hacia mí.

Entonces preguntó:

—¿Y bien?

Me acerqué a la mesa de cartas y miré a qué jugaba. Era un solitario Canfield.

—Merle está en mi apartamento —la informé—. Le ha dado un jamacuco.

Sin levantar la mirada, ella dijo:

—¿Y se puede saber qué es un jamacuco, señor Marlowe?

Movió otra carta y después dos más, muy deprisa.

—Un vahído, como decían antes —dije—. ¿Alguna vez se ha pillado haciendo trampas?

—No tiene gracia si haces trampas —refunfuñó—. Y es muy aburrido si no las haces. ¿Qué pasa con Merle? Nunca había desaparecido como esta vez. Estaba empezando a preocuparme por ella.

Acerqué una butaquita y me senté al otro lado de la mesa, frente a ella. Quedé demasiado bajo. Me levanté, encontré un asiento mejor y me senté en él.

—No tiene que preocuparse por ella —le expliqué—. Llamé a un médico y una enfermera. Está dormida. Había ido a casa de Vannier.

Ella dejó la baraja, cruzó sus manazas grises sobre el borde de la mesa y me miró impasible.

—Señor Marlowe —dijo—, lo mejor sería que usted y yo habláramos claro. Cometí un error al llamarlo, eso para empezar. Estaba muy disgustada por haber hecho el primo, como diría usted, a manos de una alimaña sin escrúpulos como Linda. Pero habría sido mucho mejor que no hubiera removido el asunto. La pérdida del doblón habría resultado mucho más soportable que usted, aunque no lo hubiera recuperado nunca.

—Pero sí que lo recuperó.

Asintió. Sus ojos seguían fijos en mi cara.

—Sí, lo recuperé. Ya oyó usted cómo.

—No me lo creí.

—Tampoco yo —repuso ella, muy tranquila—. Simplemente, el tonto de mi hijo cargó con las culpas de Linda. Una actitud que me parece infantil.

—Tiene usted una especie de habilidad —dije— para rodearse de gente que adopta ese tipo de actitudes.

Recogió otra vez sus cartas y estiró la mano para colocar un diez negro encima de una sota roja, dos cartas que ya estaban en la mesa. Después alargó el brazo hacia un lado, hacia una mesita pesada donde estaba su oporto. Bebió un poco, dejó el vaso y me miró con dureza directamente a los ojos.

—Me da la impresión de que usted se va a poner insolente, señor Marlowe.

Negué con la cabeza.

—Insolente no. Solo franco. No le he hecho tan mal servicio, señora Murdock. Ha recuperado el doblón. He mantenido a la policía alejada de usted... hasta ahora. No

he hecho nada de lo del divorcio, pero encontré a Linda, aunque su hijo siempre supo dónde estaba. ¡Y no creo que tenga usted ningún problema por su parte! Sabe que cometió un error al casarse con Leslie. Sin embargo, si le parece que no ha sacado suficiente por lo que pagó...

Resopló y jugó otra carta. Colocó el as de diamantes en la fila de arriba.

—Maldita sea, el as de tréboles está tapado. No voy a poder sacarlo a tiempo.

—Sáquelo de matute —sugerí yo— mientras no esté usted mirando.

—¿No sería mejor —dijo con mucha calma— que siguiera contándome lo de Merle? Y no se regodee demasiado si ha descubierto algún que otro secreto de familia, señor Marlowe.

—No me regodeo nada. Usted mandó a Merle a casa de Vannier esta tarde, con quinientos dólares.

—¿Y qué si lo hice?

Se sirvió un poco más de oporto y le dio sorbitos, mirándome fijamente por encima del vaso.

—¿Cuándo se los pidió?

—Ayer. No pude sacarlos del banco hasta hoy. ¿Qué ha pasado?

—Vannier ha estado haciéndole chantaje desde hace ocho años, ¿verdad? Por algo que ocurrió el 26 de abril de 1933, ¿no?

Algo parecido al pánico se agitó en el fondo de sus ojos, pero muy al fondo, muy borrosamente, y como si llevara allí mucho tiempo y solo se hubiera asomado un segundo para mirarme.

—Merle me contó unas cuantas cosas —dije—. Su hijo me contó cómo murió su padre. Hoy he estado mirando los archivos y los periódicos. Muerte accidental. Había habido un accidente en la calle, debajo de su despacho, y mucha gente se asomó a las ventanas. Él simplemente se asomó demasiado. Se habló un poco de suicidio, porque estaba arruinado y tenía un seguro de vida de cincuenta mil dólares a favor de la familia. Pero el juez de guardia fue muy amable y pasó eso por alto.

—¿Y bien? —dijo ella. Era una voz fría y dura, no un graznido ni un jadeo. Una voz totalmente controlada.

—Merle era la secretaria de Horace Bright. Una chiquilla un poco rara, demasiado tímida, nada sofisticada, con mentalidad infantil, muy dada a dramatizar las cosas, con ideas muy anticuadas acerca de los hombres y todas esas cosas. Me imagino que un día él se sintió eufórico y quiso aprovecharse de ella, y le dio a la chica un susto de los gordos.

—¿Sí? —Otro monosílabo frío y duro, pinchándome como el cañón de un arma.

—Ella empezó a rumiarlo y le entró una pequeña tendencia asesina. Se le presentó la oportunidad y le devolvió la atención. Cuando él estaba asomado a una ventana. ¿Le dice algo esto?

—Hable claro, señor Marlowe. Puedo soportar que me hablen claro.

—Válgame Dios, ¿lo quiere más claro? Ella empujó a su jefe por la ventana. En

dos palabras: lo asesinó. Y se salió de rositas. Con ayuda de usted.

Bajó la mirada hacia su mano izquierda, crispada sobre las cartas. Asintió. La barbilla se movió apenas dos centímetros, abajo y arriba.

—¿Tenía Vannier alguna prueba? —pregunté—. ¿O simplemente vio por casualidad lo que pasó y empezó a pedir, y usted le pagó un poco ahora y otro poco después para evitar el escándalo..., y porque apreciaba usted a Merle?

Jugó otra carta antes de responderme, firme como una roca.

—Dijo algo de una fotografía —anunció—, pero nunca le creí. Es imposible que hubiera sacado una foto. Y si la hubiera sacado, me la habría enseñado... tarde o temprano.

—No —contesté—. Yo no lo creo. Habría sido una foto muy de chiripa, aunque hubiera tenido la cámara en la mano a causa de lo que estaba pasando abajo, en la calle. Pero entiendo que no se atreviera a enseñársela. En ciertos aspectos, es usted una mujer muy dura. Es posible que tuviera miedo de que usted ordenara que se encargaran de él. Quiero decir que así es como lo vería él, un buscavidas. ¿Cuánto le ha pagado?

—Eso no le... —empezó a decir, pero se interrumpió y encogió sus grandes hombros. Una mujer poderosa, fuerte, ruda, implacable y buena encajadora. Se lo pensó—. Once mil cien dólares, sin contar los quinientos que le envié esta tarde.

—Ah, pues fue realmente amable por su parte, señora Murdock, teniendo en cuenta cómo fue el asunto.

Movió una mano en un gesto vago y se encogió otra vez de hombros.

—La culpa fue de mi marido —afirmó—. Era un borracho y un miserable. No creo que le hiciera ningún daño a la chica, pero, como ha dicho usted, le dio un susto que la sacó de sus cabales. Yo... no puedo echarle la culpa a ella. Bastante se ha culpado ella misma todos estos años.

—¿Tenía que llevarle ella en persona el dinero a Vannier?

—Ese era su concepto de la penitencia. Una extraña penitencia.

Asentí.

—Supongo que será propio de su carácter. Después, usted se casó con Jasper Murdock, mantuvo a Merle a su lado y se ocupó de ella. ¿Alguien más lo sabe?

—Nadie. Solo Vannier. Seguro que él no se lo ha dicho a nadie.

—No, no me parece probable. Bueno, todo ha terminado. Vannier ya no existe.

Alzó los ojos despacio y me dirigió una larga e intensa mirada. Su cabeza gris era una roca en lo alto de una montaña. Dejó las cartas por fin y entrelazó las manos, muy fuerte, sobre el borde de la mesa. Los nudillos se le pusieron relucientes.

Yo dije:

—Merle vino a mi apartamento cuando yo estaba fuera. Le pidió al conserje que la dejara entrar. Él me telefoneó y yo dije que sí. Fui a toda prisa. Me dijo que había matado a Vannier.

Su respiración era un leve y rápido susurro en la quietud de la habitación.

—Tenía una pistola en el bolso. Sabe Dios por qué. Supongo que con idea de protegerse de los hombres. Pero alguien, yo diría que Leslie, la había inutilizado encajando un casquillo de otro calibre en la recámara. Me dijo que había matado a Vannier y se desmayó. Llamé a un médico amigo mío y fui a casa de Vannier. Había una llave en la puerta. Estaba muerto en una butaca, muerto desde hacía mucho tiempo, frío, rígido. Muerto desde mucho antes de que llegara Merle. Ella no lo mató. Me lo dijo solo porque le gusta hacer teatro. El médico lo explicó de cierta manera, pero no voy a aburrirla con eso. Seguro que usted lo entiende perfectamente.

—Sí —contestó—. Creo que lo entiendo. ¿Y ahora?

—Está en la cama, en mi apartamento. Hay una enfermera con ella. He llamado por teléfono al padre de Merle. Quiere que vuelva a casa. ¿A usted le parece bien?

Se limitó a seguir mirándome.

—Él no sabe nada —dije rápidamente—. Ni de esto ni de la otra vez. Estoy seguro. Solo quiere que ella vuelva a casa. He pensado llevarla yo. Parece que ahora es responsabilidad mía. Voy a necesitar esos últimos quinientos dólares que Vannier no cobró... para los gastos.

—¿Y cuánto más? —preguntó ella bruscamente.

—No diga eso. Sabe que no está bien.

—¿Quién mató a Vannier?

—Parece que se suicidó. Un revólver en la mano derecha. Herida de contacto en la sien. Morny y su mujer llegaron allí cuando aún estaba yo. Me escondí. Morny está intentando cargarle el muerto a su mujer. Ella estaba tonteando con Vannier. Así que es probable que ella piense que lo hizo él, o que lo mandó hacer. Pero tiene toda la pinta de un suicidio. La poli ya debe de estar allí. No sé a qué conclusión llegarán. Tendremos que quedarnos sentaditos y esperar.

—Los hombres como Vannier —dijo ella en tono sombrío— no se suicidan.

—Eso es como decir que las chicas como Merle no empujan a la gente por las ventanas. No significa nada.

Nos miramos el uno al otro con aquella hostilidad interior que había existido desde el primer instante. Al cabo de un momento, eché hacia atrás mi butaca y me acerqué al ventanal. Lo abrí y salí al porche. La noche lo envolvía todo, suave y silenciosa. La blanca luz de la luna era fría y transparente, como la justicia con la que soñamos pero nunca encontramos.

Los árboles proyectaban oscuras sombras a la luz de la luna. En medio del jardín había una especie de jardín dentro de un jardín. Percibí el brillo de un estanque ornamental. Junto a él, un columpio en el césped. En el columpio había alguien sentado y pude ver brillar la punta de un cigarrillo.

Volví a entrar en la habitación. La señora Murdock estaba otra vez con el solitario. Me acerqué a la mesa y miré.

—Ha sacado el as de tréboles —comenté.

—He hecho trampa —confesó ella sin levantar la mirada.

—Hay una cosa que quería preguntarle —dije—. Ese asunto del doblón sigue estando un poco turbio, con ese par de asesinatos que no parecen tener sentido ahora que le han devuelto a usted la moneda. Me preguntaba si habría algo en el Brasher de Murdock que pudiera servir para que lo identificara un experto..., alguien como el viejo Morningstar.

Se lo pensó, completamente inmóvil, sin alzar la mirada.

—Sí. Podría ser. Las iniciales del fabricante, E. B., están en el ala izquierda del águila. Me han dicho que normalmente están en el ala derecha. Es lo único que se me ocurre.

—Creo que con eso bastaría —dije yo—. ¿Es verdad que le devolvieron la moneda? Quiero decir, ¿no lo dijo solo para que yo dejara de husmear?

Alzó la vista rápidamente y la volvió a bajar.

—En estos momentos está en la caja fuerte. Si puede usted encontrar a mi hijo, él se la enseñará.

—Bien, pues le deseo buenas noches. Por favor, haga que le preparen el equipaje a Merle y me lo envíen a mi apartamento por la mañana.

Su cabeza saltó de nuevo hacia arriba, con los ojos relampagueantes.

—Se da usted muchos humos en este asunto, joven.

—Que lo preparen —repetí—. Y que me lo envíen. Ya no necesita a Merle... ahora que Vannier ha muerto.

Nuestras miradas chocaron con fuerza y permanecieron enzarzadas durante un largo momento. Una extraña sonrisa rígida movió las comisuras de sus labios. Después, su cabeza descendió y su mano derecha cogió la siguiente carta del mazo que sostenía en la mano izquierda, le dio la vuelta y sus ojos la miraron y ella la añadió al montón de cartas sin jugar que había bajo las cartas desplegadas, y después sacó la siguiente carta tranquilamente con una mano tan firme como un pilar de piedra ante una brisa suave.

Crucé la habitación y salí, cerré la puerta con suavidad, recorrí el pasillo, bajé las escaleras, anduve por el pasillo de la planta baja pasando por la solana y el despachito de Merle, y desemboqué en el triste y desaprovechado cuarto de estar.

Las puertas con vidriera del fondo se abrieron, y Leslie Murdock entró y se quedó parado, mirándome.

El traje ancho que llevaba estaba descompuesto, lo mismo que su pelo. Su bigotito rojizo impresionaba tan poco como de costumbre. Las sombras bajo sus ojos parecían pozos.

Llevaba su larga boquilla negra vacía y se daba golpecitos con ella en la palma de la mano izquierda mientras se plantaba ante mí, sin que yo le gustara, sin querer encontrarse conmigo, sin querer hablar conmigo.

—Buenas noches —dijo con rigidez—. ¿Ya se marcha?

—Todavía no. Quiero hablar con usted.

—No creo que tengamos nada de qué hablar. Y, además, estoy cansado de hablar.

—Sí, sí que hay algo. De un hombre llamado Vannier.

—¿Vannier? Apenas lo conozco. Lo he visto por ahí. Y lo que sé de él no me gusta.

—Lo conoce un poco mejor de lo que dice —repuse yo.

Avanzó hacia el interior de la habitación, se sentó en uno de los sillones marca «¿A que no te atreves a sentarte aquí?» y se inclinó hacia delante para apoyar la barbilla en la mano derecha y mirar al suelo.

—Está bien —aceptó en tono cansado—. Adelante. Me da la sensación de que va usted a estar deslumbrante. Un implacable chorro de lógica e intuición y todas esas paparruchas. Como un detective de novela.

—Pues claro. Hay que considerar las evidencias una a una, integrarlas todas en un patrón coherente, añadir algún que otro detalle que me sacó de la manga por aquí y por allá, analizar los motivos y los personajes, y presentarlos de un modo totalmente diferente de lo que todo el mundo, incluido yo mismo, pensaba que eran hasta este momento mágico... y, por último, lanzarme en picado, como quien no quiere la cosa, sobre el sospechoso menos prometedor.

Levantó la mirada y a punto estuvo de sonreír.

—El cual, en ese momento, se pone pálido como un papel, echa espuma por la boca y se saca una pistola de la oreja derecha.

Me senté cerca de él y saqué un cigarrillo.

—Exacto. Tenemos que jugar a eso algún día. ¿Tiene usted pistola?

—No la llevo encima. Pero tengo una, ya lo sabe.

—¿La llevaba encima anoche, cuando fue a ver a Vannier?

Se encogió de hombros y enseñó los dientes.

—Ah, ¿o sea que anoche fui a ver a Vannier?

—Yo creo que sí. Deducción. Usted fuma cigarrillos Benson & Hedges, de Virginia. Dejan una ceniza muy sólida que conserva la forma. En casa de Vannier había un cenicero con una cantidad de rollos grises de esos suficiente para llenar dos cigarrillos, por lo menos. Pero en el cenicero no había colillas. Porque usted fuma en boquilla, y una colilla que ha estado en una boquilla tiene un aspecto diferente. Así

que retiró las colillas. ¿Le gusta?

—No. —Su voz era tranquila. Volvió a mirar al suelo.

—Esto es un ejemplo de deducción. Un ejemplo malo. Porque podría no haber habido colillas. Y si las hubiera habido y las hubieran quitado, podría haber sido porque tenían manchas de lápiz de labios. De un cierto tono que al menos indicaría la coloración de la fumadora. Y su mujer tiene la curiosa costumbre de tirar las colillas a la papelería.

—A Linda no la meta en esto —dijo fríamente.

—Su madre sigue pensando que Linda se llevó el doblón y que la historia de que usted se lo llevó a Alex Morny no era más que un cuento para protegerla.

—Le digo que no meta a Linda en esto. —El golpeteo de la boquilla negra contra sus dientes tenía un sonido agudo y rápido, como el de una señal telegráfica.

—Estoy dispuesto a complacerlo —dije—. Pero yo no me creí su historia por una razón diferente. Esta.

Saqué el doblón y se lo planté debajo de sus narices.

Se lo quedó mirando fijamente, con la mandíbula apretada.

—Esta mañana, mientras usted contaba su historia, esto estaba empeñado en Santa Mónica Boulevard para tenerlo guardado en lugar seguro. Me lo envió un detective de pacotilla llamado George Phillips. Un tipo más bien simple, que se dejó meter en un mal lío por falta de juicio y excesivas ganas de trabajar. Un tipo rubio y macizo con traje marrón, gafas de sol y un sombrero bastante amariconado. Conducía un Pontiac color arena casi nuevo. Ayer por la mañana era posible que usted lo viera rondando por el pasillo de fuera de mi oficina. Había estado siguiéndome, y antes es posible que lo hubiera seguido a usted.

Pareció sorprendido de verdad.

—¿Para qué iba a seguirme a mí?

Encendí un cigarrillo y dejé caer la cerilla en un cenicero de jade que daba la impresión de no haberse utilizado jamás anteriormente.

—He dicho que es posible. No estoy seguro de que lo hiciera. Puede que solo estuviera vigilando esta casa. Aquí fue donde se me enganchó, y no creo que me hubiera seguido hasta aquí. —Todavía tenía la moneda en la mano. Bajé la vista hacia ella, la lancé al aire para darle la vuelta, miré las iniciales E. B. estampadas en el ala izquierda y me la guardé—. Es posible que estuviera vigilando la casa porque lo habían contratado para venderle una moneda rara a un viejo numismático llamado Morningstar. Y de alguna manera, el viejo numismático sospechó de dónde venía la moneda y se lo dijo a Phillips, o se lo insinuó, y también debió de decirle que la moneda era robada. Dicho sea de paso, en eso se equivocaba. Si es cierto que su doblón Brasher está en este momento en el piso de arriba, entonces la moneda por la que Phillips fue contratado para venderla no era una moneda robada. Era una falsificación.

Sus hombros dieron una pequeña sacudida rápida, como si hubiera cogido frío.

Aparte de eso, no se movió ni cambió de postura.

—Me temo que, después de todo, esta va a ser una de esas historias largas —dije con bastante suavidad—. Lo siento. Más vale que la organice un poco mejor. No es una historia bonita, porque incluye dos asesinatos, puede que tres. Un hombre llamado Vannier y un hombre llamado Teager tuvieron una idea. Teager es un técnico dental del edificio Belfont, el edificio del viejo Morningstar. La idea consistía en falsificar una moneda de oro rara y valiosa, pero no tan rara como para no poderse vender, y sí lo bastante rara como para valer un montón de dinero. El método que se les ocurrió fue el que utilizan los protésicos dentales para hacer un empaste de oro. Se necesitan los mismos materiales, los mismos aparatos, la misma técnica. A saber: reproducir exactamente un modelo, en oro, haciendo una matriz con un cemento blanco, fino y duro llamado albastone, y después hacer una réplica del modelo de esa matriz en cera de moldear, idéntica hasta el último detalle. Después, invertir la cera, como ellos dicen, en otro tipo de cemento llamado cristobolita, que tiene la propiedad de resistir altas temperaturas sin deformarse. Se deja en la cera una pequeña abertura al exterior, metiendo un alfiler de acero que se retira cuando el cemento fragua. A continuación se calienta a la llama el molde de cristobolita hasta que la cera se derrite y sale por el agujerito, dejando un molde hueco del modelo original. Este se acopla a un crisol dentro de una centrifugadora, y la fuerza centrífuga empuja en él oro fundido del crisol. Entonces se coloca la cristobolita, todavía caliente, bajo un chorro de agua fría, y se desintegra, dejando el núcleo de oro con una punta de oro que correspondía al agujerito. Se recorta la punta, se limpia la pieza con ácido, se pule, y tenemos, en este caso, un doblón Brasher nuevecito, hecho de oro macizo y exactamente igual que el original. ¿Se hace una idea?

Asintió y se pasó una mano por la cabeza con gesto de cansancio.

—La habilidad necesaria para hacer esto —continué— es justo la que tendría un protésico dental. El proceso no valdría la pena para una moneda actual, si ahora tuviéramos monedas de oro, porque el material y la mano de obra costarían más de lo que vale la moneda. Pero en el caso de una moneda de oro que es valiosa por ser rara, resultaría muy adecuado. Y eso es lo que hicieron. Pero necesitaban un modelo. Y ahí es donde entra usted. Usted se llevó el doblón, sí señor, pero no para dárselo a Morny. Se lo llevó para dárselo a Vannier. ¿Verdad que sí?

Se quedó mirando al suelo y no dijo nada.

—Vamos, admítalo —dije—. Dadas las circunstancias, no es tan terrible. Supongo que él le prometió dinero, porque usted lo necesitaba para pagar sus deudas de juego y su madre es muy agarrada. Pero lo tenía pillado a usted por algo más fuerte.

Entonces alzó rápidamente la mirada, con la cara muy blanca y una especie de horror en los ojos.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó casi en un susurro.

—Lo averigüé. Un poco que me contaron, otro poco que investigué y algo que me

figuré. Ya llegaremos a esa parte. Por ahora Vannier y su socio han hecho un doblón y quieren someterlo a prueba. Quieren saber si su mercancía puede pasar la inspección de un hombre que se supone que entiende de monedas raras. Así que a Vannier se le ocurre la idea de contratar a un primo para que intente venderle la falsificación al viejo Morningstar, a un precio lo bastante barato como para que el viejo piense que es robada. Eligen a George Phillips para el papel de primo, por un anuncio tonto que había publicado en los periódicos para conseguir trabajo. Yo creo que Lois Morny hizo de intermediario de Vannier y Phillips, al menos al principio. No creo que estuviera en el ajo. La vieron dándole a Phillips un paquetito. Seguro que dicho paquetito contenía el doblón que Phillips tenía que intentar vender. Pero cuando se lo enseñó al viejo Morningstar surgió un problema. El viejo era un entendido en colecciones y monedas raras. Seguramente creyó que la moneda era auténtica, porque habría que haberla sometido a muchas pruebas para demostrar que no lo era. No obstante, la manera en que estaban estampadas las iniciales del fabricante no era la habitual, y eso le hizo pensar que la moneda podría ser el Brasher de Murdock. Llamó aquí para intentar averiguarlo. Eso despertó los recelos de su madre, que descubrió que la moneda no estaba en su sitio y sospechó de Linda, a la que odia, y me contrató a mí para recuperarla y presionar a su mujer para que aceptara un divorcio sin pensión.

—Yo no quiero divorciarme —dijo Murdock acaloradamente—. Jamás se me ha pasado por la cabeza. Ella no tenía derecho... —Se interrumpió e hizo un gesto de desesperación y un sonido que parecía un sollozo.

—Vale, eso ya lo sé. Pues bien, el viejo Morningstar le metió miedo a Phillips, que no era un granuja sino simplemente un tonto. Consiguió sacarle su número de teléfono. Yo oí al viejo llamarlo, escuchando a escondidas en su oficina cuando él creía que me había marchado. Yo acababa de ofrecerle recomprar el doblón por mil dólares, y Morningstar había aceptado la oferta, pensando que podía comprarle la moneda a Phillips, sacarse algo de dinero y todos tan contentos. Mientras tanto, Phillips estaba vigilando esta casa, puede que para ver si había policías yendo y viniendo. Me vio a mí, vio mi coche, leyó mi nombre en la licencia y resultó que sabía quién era yo.

»Me siguió de un lado a otro, intentando decidir si pedirme ayuda, hasta que yo lo abordé en un hotel del centro, y entonces empezó a largar que me conocía de un caso en Ventura, cuando él era ayudante del *sheriff*, que estaba metido en un asunto que no le gustaba y que lo iba siguiendo un tipo alto con un ojo raro. Se trataba de Eddie Prue, el gorila de Morny. Este sabía que su mujer estaba tonteando con Vannier y había ordenado que la siguieran. Prue la vio interactuando con Phillips cerca de donde este vivía, en Court Street de Bunker Hill, y después decidió seguir a Phillips hasta que le pareció que este lo había visto, y ese fue el caso. Y Prue, o alguien que trabaja para Morny, debió de verme ir al apartamento de Phillips en Court Street, porque intentó meterme miedo por teléfono y después me pidió que fuera a ver a

Morny.

Me deshice de la colilla de mi cigarrillo en el cenicero de jade, miré el rostro sombrío y triste del hombre que estaba sentado frente a mí, y seguí machacando. Me estaba poniendo algo pesado y el sonido de mi voz empezaba a hartarme.

—Ahora llegamos a usted. Cuando Merle le dijo que su madre había contratado a un detective, el que se asustó fue usted. Se figuró que había echado en falta el doblón y vino a todo correr a mi oficina para intentar sonsacarme algo. Muy airoso, muy sarcástico al principio, muy interesado por su mujer, pero muy preocupado. No sé lo que pensó que había averiguado, pero se puso en contacto con Vannier. Tenía que devolverle la moneda a su madre rápidamente, contándole algún cuento. Se citó con Vannier en alguna parte y él le dio un doblón. Lo más probable es que sea otra falsificación. Seguro que él se quedó con el auténtico. En ese momento, Vannier vio que su tinglado corría peligro de venirse abajo antes de empezar. Morningstar había llamado a su madre y ella me había contratado a mí. Morningstar se había percatado de algo. Vannier fue al apartamento de Phillips, se coló por la parte de atrás y le montó una escena, para tratar de averiguar cómo estaba la situación.

»Phillips no le dijo que ya me había enviado a mí el doblón falso, con la dirección escrita en una especie de letra de imprenta igual que la que más tarde se encontró en un diario en su oficina. Eso lo infiero del hecho de que Vannier no intentó sacármelo a mí. Naturalmente, no sé qué le diría Phillips a Vannier, pero lo más probable es que le dijera que el asunto no era trigo limpio, que sabía de dónde venía la moneda y que iba a acudir a la policía o a la señora Murdock. Y Vannier sacó una pistola, lo atizó en la cabeza y le pegó un tiro. Registró a Phillips y su apartamento, pero no encontró el doblón. Así que fue a ver a Morningstar. Este tampoco tenía el doblón falso, pero Vannier debió de pensar que lo tenía. Le rompió el cráneo al viejo de un culatazo y buscó en la caja fuerte. Puede que encontrara algo de dinero o puede que no, pero lo dejó todo de modo que pareciera un robo. Y después, el señor Vannier se marchó tranquilamente a su casa, todavía bastante molesto por no haber encontrado el doblón, pero con la satisfacción de haberle sacado buen partido a una tarde de trabajo. Un par de asesinatos bonitos y limpios. Solo quedaba usted.

Murdock me dirigió una mirada fatigada y después sus ojos volvieron a la boquilla negra que seguía teniendo apretada en la mano. Se la metió en el bolsillo de la camisa, se puso en pie de repente, se frotó las palmas de las manos y volvió a sentarse. Sacó un pañuelo y se secó la cara.

—¿Por qué yo? —preguntó con voz espesa y cansada.

—Usted sabía demasiado. Tal vez supiera de la existencia de Phillips o tal vez no. Depende de lo metido que estuviera en el asunto. Pero sí que sabía lo de Morningstar. El plan había salido mal y Morningstar había sido asesinado. Vannier no podía quedarse sentado y confiar en que usted no se enterara. Tenía que cerrarle la boca bien cerrada. Pero para eso no hacía falta que lo matara. De hecho, matarlo a usted habría sido una mala jugada. Le habría hecho perder el dominio que tenía sobre su madre. Es una mujer fría, despiadada y avarienta, pero si le hicieran daño a usted se convertiría en una gata salvaje. No le importaría lo que pudiera pasarle a ella.

Murdock alzó los ojos. Intentó que parecieran inexpresivos a causa del asombro. Solo consiguió que parecieran aburridos y escandalizados.

—¿Que mi madre qué?

—No me tome el pelo más de lo necesario —dije—. Estoy hasta las narices de que la familia Murdock me tome el pelo. Merle vino a mi apartamento esta tarde. Ahora mismo está allí. Había ido a casa de Vannier para llevarle dinero. Dinero de un chantaje. Dinero que le han estado pagando durante ocho años. Y yo sé por qué.

No se movió. Tenía las manos agarrotadas por la tensión, sobre las rodillas. Los ojos casi habían desaparecido en el fondo de su cabeza. Eran los ojos de un condenado.

—Merle encontró a Vannier muerto. Vino a mí y me dijo que lo había matado ella. No vamos a meternos en por qué cree que debe confesar los crímenes que cometen otros. Fui allí y vi que llevaba muerto desde anoche. Estaba más tieso que un muñeco de cera. Había un revólver caído en el suelo, junto a su mano derecha. Era un revólver que yo había oído describir, un revólver que perteneció a un hombre llamado Hench, que vivía en el apartamento enfrente del de Phillips. Alguien dejó allí el arma que mató a Phillips y se llevó la de Hench. Él y su chica estaban borrachos y habían dejado abierta la puerta de su apartamento. No está demostrado que sea el revólver de Hench, pero seguro que se demuestra. Si es el revólver de Hench, y si Vannier se suicidó, eso relaciona a Vannier con la muerte de Phillips. También Lois Morny lo relaciona con Phillips por otro lado. Si Vannier no se suicidó..., y yo no creo que se suicidara, el arma todavía podría relacionarlo con Phillips. O podría relacionar a algún otro con Phillips, alguien que también mató a Vannier. Por determinadas razones, no me gusta esa idea.

La cabeza de Murdock se levantó. Dijo «¿No?» con una voz repentinamente clara. Había una nueva expresión en su rostro, algo luminoso y brillante, y al mismo

tiempo un poco tonto. La expresión de un hombre débil que se siente orgulloso.

—Yo creo que usted mató a Vannier —aseguré.

Él no se movió, y la expresión brillante y luminosa se mantuvo en su cara.

—Usted fue allí anoche. Él lo hizo llamar. Le dijo que estaba en un aprieto y que, si caía en manos de la ley, se las arreglaría para que usted cayera con él. ¿No le dijo nada parecido?

—Sí —dijo Murdock muy tranquilo—. Me dijo exactamente eso. Estaba borracho y un poco eufórico, parecía tener una sensación de poder. Casi fanfarroneaba. Dijo que si lo llevaban a la cámara de gas, yo estaría sentado a su lado. Pero no fue eso lo único que dijo.

—No. No quería ir a la cámara de gas y en aquel momento tampoco veía razones para acabar de ese modo, si usted mantenía la boca bien cerrada. Así que jugó su carta de triunfo. La primera cosa que le dio poder sobre usted, lo que hizo que usted cogiera el doblón y se lo diera, aunque también le prometiera dinero, el asunto de Merle y su padre. Estoy enterado. Su madre me ha dicho lo poco que yo no había averiguado todavía. Con aquello lo tenía pillado desde un principio y con bastante fuerza. Porque lo dejaría a usted teniendo que justificarse solo. Pero anoche necesitaba algo aún más fuerte. Así que le contó la verdad y le dijo que tenía pruebas.

Se echó a temblar, pero la luminosa expresión de orgullo consiguió mantenerse en su cara.

—Le saqué una pistola —admitió con voz casi feliz—. Al fin y al cabo, es mi madre.

—Eso no se lo puede negar nadie.

Se puso en pie, muy derecho, muy alto.

—Me acerqué a la butaca en la que estaba sentado y le planté la pistola en la cara. Él tenía un revólver en el bolsillo de su bata. Intentó sacarlo, pero no lo consiguió a tiempo. Se lo quité. Me volví a guardar mi arma en el bolsillo, le puse la suya pegada a la sien y le dije que lo mataría si no sacaba las pruebas y me las entregaba. Empezó a sudar y a balbucear que solo estaba bromeando. Amartillé el revólver para asustarlo un poco más.

Se detuvo y extendió una mano hacia delante. La mano le temblaba, pero mientras él la miraba fijamente se fue quedando quieta. La dejó caer a un lado y me miró a los ojos.

—El revólver debía de estar limado o ser muy sensible. Se disparó. Yo di un salto hacia atrás, choqué contra la pared y tiré un cuadro. Salté porque me sorprendió el disparo, pero eso me libró de mancharme de sangre. Limpié el revólver y puse sus dedos en él, y después lo dejé en el suelo, cerca de su mano. Murió al instante. Apenas sangró, aparte del primer borbotón. Fue un accidente.

—¿Por qué estropearlo? —me medio burlé—. ¿Por qué no decir que fue un asesinato en toda regla, limpio y honrado?

—Eso fue lo que pasó. No puedo demostrarlo, como es natural. Pero creo que

habría sido capaz de matarlo de todos modos. ¿Qué pasa con la policía?

Me puse en pie y me encogí de hombros. Me sentía cansado, agotado, derrengado y exhausto. Tenía la garganta irritada de tanto parlotear y me dolía la cabeza de intentar mantener mis ideas en orden.

—No sé nada de la policía —dije—. No somos muy buenos amigos, puesto que ellos piensan que les oculto cosas. Y Dios sabe que tienen razón. Puede que lleguen hasta usted. Pero si no lo vio nadie, si no dejó huellas en la casa..., e incluso si las dejó, si ellos no tienen algún otro motivo para sospechar de usted y no le toman las huellas para compararlas, puede que no se les ocurra pensar en usted. Si averiguan lo del doblón y descubren que era el Brasher de Murdock, no sé en qué posición quedaría usted. Todo depende de lo bien que les aguante el tipo.

—Aparte de por mi madre —conjeturé—, no me importa gran cosa. Siempre he sido un fracasado.

—Y por otra parte —añadí, haciendo caso omiso de sus memeces—, si es verdad que el revólver era muy sensible y usted consigue un buen abogado y cuenta una historia sincera, ningún jurado lo condenaría. A los jurados no les gustan los chantajistas.

—Es una lástima —dijo él—, porque no estoy en condiciones de utilizar esa defensa. No sé nada del chantaje. Vannier me hizo ver cómo podía ganar algo de dinero, y yo lo necesitaba con urgencia.

—Ya —dije yo—. Si le aprietan hasta el punto de necesitar la excusa del chantaje, ya verá como la usa. Su vieja lo obligará. Puesta a elegir entre su cuello o el de usted, lo contará todo.

—Es horrible —sostuvo—. Es horrible decir eso.

—Tuvo usted suerte con ese revólver. Toda la gente que conocemos ha estado jugando con él, borrando huellas y poniendo otras. Hasta yo puse unas cuantas para seguir la moda. Es difícil cuando la mano está rígida, pero tenía que hacerlo. Morny estuvo allí, obligando a su mujer a que pusiera las suyas. Cree que ella mató a Vannier, y probablemente ella crea que lo hizo él.

Se me quedó mirando. Me mordí un labio. Lo noté tan rígido como un trozo de cristal.

—Bueno, creo que ya es hora de que me marche —dije.

—¿Quiere decir que va a dejar que me libre? —Su voz volvía a ponerse un poco altanera.

—No lo voy a entregar, si se refiere a eso. Pero aparte de eso, no le garantizo nada. Si me veo involucrado, tendré que hacer frente a la situación. No es una cuestión de moralidad. No soy un poli, ni un soplón, ni un funcionario del juzgado. Usted dice que fue un accidente. Vale, pues fue un accidente. Yo no lo presencié. No tengo pruebas ni en un sentido ni en el otro. He estado trabajando para su madre, y si eso le da a ella algún derecho a mi silencio, puede contar con él. No me gusta ella ni me gusta usted. No me gusta esta casa. No me gustó de manera especial su mujer.

Pero me gusta Merle. Es más bien tonta y morbosa, pero también es bastante agradable. Y sé lo que le han estado haciendo en esta maldita familia desde hace ocho años. Y sé que ella no empujó a nadie por ninguna ventana. ¿Explica eso las cosas?

Hizo un sonido con la garganta, pero no le salió nada coherente.

—Me llevo a Merle a su casa —concluí—. Le he pedido a su madre que envíe su ropa a mi apartamento por la mañana. Por si acaso se le olvida, ya que está tan ocupada con su solitario, ¿querría usted encargarse de que lo hagan?

Asintió como atontado. Después dijo con una vocecita extraña:

—¿Se va..., así como así? No he... Ni siquiera le he dado las gracias. Un hombre al que apenas conozco, arriesgándose por mí... No sé qué decir.

—Me voy como me voy siempre —contesté—. Con una airosa sonrisa y un rápido giro de muñeca. Y con la sincera y cordial esperanza de no verlo a usted enjaulado. Buenas noches.

Le di la espalda, me dirigí a la puerta y salí. Cerré con un tranquilo y firme chasquido del pestillo. Una salida bonita y elegante, a pesar de toda aquella miseria. Por última vez me acerqué a darle al negrito pintado una palmadita en la cabeza, y después atravesé el largo trecho de césped, pasando junto a los arbustos y el cedro bañados en la luz de la luna hasta llegar a la calle y a mi coche.

Regresé a Hollywood, me compré medio litro de whisky del bueno, cogí una habitación en el Plaza y me senté en el borde de la cama, mirándome los pies y bebiendo directamente de la botella.

Como cualquier otro borracho vulgar de dormitorio.

Cuando hube tomado lo suficiente para que se me nublara el cerebro hasta el punto de parar de pensar, me desnudé y me metí en la cama, y al poco rato, aunque no lo suficientemente poco, me quedé dormido.

Eran las tres de la tarde y había cinco piezas de equipaje en la entrada del apartamento, una junto a otra sobre la moqueta. Estaba mi maleta de cuero amarillo, bien rozada por los dos lados de tanto meterla en los maleteros de los coches. Había dos bonitas maletas, ambas con las iniciales L. M. Había una cosa negra y vieja, en imitación de piel de morsa, con las iniciales M. D.^[1] Y había uno de esos neceseres pequeñitos de cuero de imitación que se compran en los *drugstores* a un dólar cuarenta y nueve.

El doctor Carl Moss acababa de salir por la puerta maldiciéndome porque había hecho esperar a su parroquia vespertina de hipocondríacos. El olor dulzón de su Fátima me envenenaba el aire. Yo estaba dándole vueltas, con lo que quedaba de mi mente, a lo que me había dicho cuando le pregunté cuánto tardaría Merle en ponerse bien.

—Depende de lo que entendamos por bien. Siempre estará alta de nervios y baja en emociones animales. Siempre se tomará las cosas a la tremenda y se ahogará en un vaso de agua. Habría sido una monja perfecta. La ensoñación religiosa, con su estrechez, sus emociones estilizadas y su austera pureza, habría sido un perfecto alivio para ella. Tal como están las cosas, probablemente acabará siendo una de esas vírgenes de cara avinagrada que están sentadas detrás de un pequeño escritorio en las bibliotecas públicas, estampando fechas en los libros.

—No es para tanto —había dicho yo, pero él me había sonreído con su cara de judío sabio y se había ido—. Y además, ¿cómo sabe que son vírgenes? —añadí, hablándole a la puerta cerrada, pero no me sirvió de mucho.

Encendí un cigarrillo y me acerqué hasta la ventana, y al cabo de un rato ella apareció por la puerta que llevaba hacia el dormitorio y se quedó allí plantada, mirándome con sus ojos ojerosos y una carita pálida y sosegada, sin nada de maquillaje excepto en los labios.

—Ponte un poco de colorete en las mejillas —le sugerí—. Pareces la dama de las nieves después de una dura noche de trabajo en la flota pesquera.

Volvió sobre sus pasos y se puso colorete en las mejillas. Cuando regresó, miró el equipaje y dijo suavemente:

—Leslie me ha prestado dos de sus maletas.

—Sí —dije yo, mientras la examinaba.

Estaba muy mona. Llevaba un par de pantalones anchos de cintura alta y color caldero, sandalias, una blusa estampada marrón y blanca y un pañuelo naranja. No llevaba puestas las gafas. Sus grandes y claros ojos de color cobalto tenían una mirada un poco atontada, pero no más de lo que cabría esperar. Tenía el pelo aplastado y tirante, aunque yo no podía hacer gran cosa al respecto.

—He sido una terrible molestia —manifestó—. Lo siento muchísimo.

—Tonterías. He hablado con tu padre y con tu madre. Están contentísimos. Solo

te han visto dos veces en más de ocho años y casi te daban por perdida.

—Me encantará visitarlos una temporada —dijo, bajando la mirada a la moqueta—. La señora Murdock es muy amable al dejarme ir. Nunca ha podido prescindir de mí tanto tiempo.

Movió las piernas como si no supiera qué hacer con ellas dentro de los pantalones anchos, aunque los pantalones eran suyos y ya tenía que haber afrontado el problema antes. Por fin juntó mucho las rodillas y cruzó las manos sobre ellas.

—Si hay algo de lo que tengamos que hablar —dije—, o algo que quieras decirme, hagámoslo ahora. Porque no pienso atravesar medio país conduciendo con una crisis nerviosa en el asiento de al lado.

Se mordió un nudillo y me lanzó un par de miradas furtivas por un lado del nudillo.

—Anoche... —dijo, se detuvo y se ruborizó.

—Vamos a dejar una cosa clara —formulé—. Anoche me dijiste que habías matado a Vannier y después lo negaste. Yo sé que no lo mataste. Eso ya está resuelto.

Dejó caer los nudillos, me miró a los ojos, tranquila, sosegada y ya sin apretarse las manos sobre las rodillas.

—Vannier ya estaba muerto desde mucho antes de que tú llegaras. Fuiste allí para darle dinero de parte de la señora Murdock.

—No... De parte mía —dijo—. Aunque, claro, el dinero era de la señora Murdock. Le debo más de lo que podré pagarle en mi vida. Claro que no me paga mucho, pero eso no quita para...

La corté bruscamente.

—El que no te pagara mucho es un toque característico suyo, y lo de que le debes más de lo que jamás podrás pagarle es más verdad que poesía. Haría falta todo el equipo de los Yankees, con dos bates cada uno, para darle todo lo que se merece por tu parte. Pero eso ahora no tiene importancia. Vannier se suicidó porque lo habían pillado en un negocio sucio. Eso es así y no hay más que hablar. Tu comportamiento fue más o menos una actuación. Sufriste un fuerte choque nervioso al ver la mueca de su cara muerta en un espejo, y ese choque se mezcló con otro de hace mucho tiempo, y tú lo dramatizaste a tu manera, que es bastante retorcida.

Me miró tímidamente y asintió con su cabecita cobriza, como si estuviera de acuerdo.

—Y tú no empujaste a Horace Bright por ninguna ventana —añadí.

Su cara dio un respingo y se puso increíblemente pálida.

—Yo... yo... —Se llevó la mano a la boca y allí la dejó, mirándome por encima de ella con ojos escandalizados.

—No haría esto —dije— si el doctor Moss no me hubiera asegurado que no iba a pasar nada y que bien podíamos planteártelo ahora. Creo que es muy posible que pienses que tú mataste a Horace Bright. Tenías un motivo, tuviste la oportunidad y creo que durante un segundo pudiste sentir el impulso de aprovechar la oportunidad.

Pero eso no va con tu carácter. En el último instante te habrías echado atrás. Pero probablemente, en aquel último instante algo ocurrió de repente y tú te desmayaste. Él cayó, desde luego, pero no fuiste tú quien lo empujó.

Aguardé un momento y vi cómo la mano volvía a descender para unirse a la otra, y cómo las dos se entrelazaban y se apretaban con fuerza una a la otra.

—Te hicieron creer que tú lo habías empujado —dije—. Se hizo con cuidado, deliberación y esa clase de crueldad tranquila que solo se da en cierto tipo de mujeres cuando tratan con otra mujer. Si uno mira ahora a la señora Murdock, no se le ocurriría pensar en celos..., pero si ese fue el motivo, ella lo tenía. Tenía un móvil aún mejor: los cincuenta mil dólares del seguro de vida, lo único que quedaba de una antigua fortuna. Ella sentía por su hijo ese extraño amor posesivo y salvaje que siente esa clase de mujeres. Es fría, amargada, sin escrúpulos, y te utilizó sin piedad ni misericordia, a modo de seguro, por si acaso Vannier se hartaba. Tú no eras más que un chivo expiatorio para ella. Si quieres escapar de esa lúgubre vida sin emociones que has estado viviendo, tienes que entender y creer lo que te estoy diciendo. Ya sé que es duro.

—Es completamente imposible —aseguró en voz baja, mirándome el puente de la nariz—. La señora Murdock ha sido siempre maravillosa conmigo. Es verdad que nunca he recordado muy bien... Pero no debería usted decir cosas tan horribles de la gente.

Saqué el sobre blanco que había estado en el dorso del cuadro de Vannier. Dos copias y un negativo. Me planté delante de ella y deposité una de las fotos en su regazo.

—Está bien, mírala. La tomó Vannier desde la acera de enfrente.

La miró.

—Pero si es el señor Bright —dijo—. No es muy buena foto, ¿verdad? Y esta es la señora Murdock..., bueno, entonces era la señora Bright..., la que está detrás de él. El señor Bright parece enfadado.

Alzó la mirada hacia mí con una especie de moderada curiosidad.

—Si aquí te parece enfadado —dije—, deberías haberlo visto unos segundos después, cuando rebotó.

—¿Cuándo qué?

—Mira —dije, y a estas alturas ya había en mi voz un toque de desesperación—, esta es una foto de la señora Elizabeth Bright Murdock dándole a su primer marido el adiós definitivo por la ventana de su despacho. Él se está cayendo. Mira la posición de sus manos. Está gritando de miedo. Ella está detrás de él y tiene la cara deformada por la rabia... ¿No entiendes nada? Esta es la prueba que Vannier ha tenido todos estos años. Los Murdock no la han visto nunca, y en realidad nunca han creído que existiera, pero existía. La encontré anoche, por un golpe de suerte similar al que permitió que se tomara la foto. Lo cual viene a ser un acto de justicia. ¿Empiezas a comprender?

Miró otra vez la foto y la dejó a un lado.

—La señora Murdock siempre ha estado encantadora conmigo —dijo.

—Te cargó con la culpa —afirmé con la voz tensa y contenida de un director teatral en un mal ensayo—. Es una mujer lista, dura y paciente. Conoce sus puntos flacos. Sería capaz de gastar un dólar para ganar un dólar, que es una cosa que muy pocas de su clase harían. Eso se lo concedo. Me gustaría concedérselo con un rifle para cazar elefantes, pero mi buena educación me lo impide.

—Bueno —dijo ella—. Pues ya está. —Me di cuenta de que había oído una palabra de cada tres y no había creído nada de lo que había oído—. No debe enseñarle nunca esto a la señora Murdock. Le daría un disgusto terrible.

Me levanté, le quité la foto de la mano, la rasgué en pedacitos y tiré los pedacitos a la papelera.

—A lo mejor llegas a lamentar que haya hecho esto —añadí, callándome que tenía otra copia y el negativo—. Puede que una noche..., dentro de tres meses, dentro de tres años, te despiertes en mitad de la noche y te des cuenta de que te he contado la verdad. Y a lo mejor entonces desearás poder volver a mirar esta fotografía. Y también es posible que me equivoque. A lo mejor te sientes muy decepcionada al descubrir que en realidad no has matado a nadie. Pues muy bien. Pues muy bien, de cualquiera de las dos maneras. Ahora vamos a bajar y a meternos en mi coche, y nos vamos a Wichita a ver a tus padres. Y no creo que vayas a volver con la señora Murdock, pero a lo mejor también me equivoco en esto. Pero ya no vamos a volver a hablar del asunto. Nunca más.

—No tengo nada de dinero —dijo ella.

—Tienes quinientos dólares que te ha dado la señora Murdock. Los llevo en el bolsillo.

—Hay que ver qué bien se porta conmigo —exclamó.

—Por todos los demonios del infierno —dije yo.

Pasé a la cocina y me aticé un lingotazo rápido antes de ponernos en marcha. No me sentó nada bien. Solo me entraron ganas de subirme por la pared y abrirme paso a mordiscos por el techo.

Estuve fuera diez días. Los padres de Merle eran gente discreta, amable, paciente, que vivían en una vieja casa de madera en una calle tranquila y sombreada. Se echaron a llorar cuando les conté la parte de la historia que me pareció que debían saber. Dijeron que estaban muy contentos de tenerla otra vez en casa y que cuidarían bien de ella, y se echaron un montón de culpas, y yo les dejé que lo hicieran.

Cuando me marché, Merle tenía puesto un delantal campesino y estaba pasando el rodillo a la masa para un pastel. Salió por la puerta limpiándose las manos en el delantal, me besó en la boca, se echó a llorar y volvió a entrar corriendo en la casa, dejando el umbral vacío hasta que su madre vino a llenar el espacio con una amplia sonrisa hogareña en su rostro para ver cómo me alejaba.

Tuve la curiosa sensación, al ver desaparecer la casa, de que había escrito un poema que era muy bueno y lo había perdido y nunca volvería a recordarlo.

Cuando volví, llamé al teniente Breeze y me pasé a preguntarle cómo iba el caso Phillips. Lo habían resuelto bastante bien, con la mezcla adecuada de cerebro y suerte que siempre hay que tener. Los Morny, después de todo, nunca acudieron a la policía, pero alguien llamó y dijo que había oído un tiro en casa de Vannier y colgó a toda prisa. Al experto en huellas no le gustaron nada las del revólver, así que analizaron la mano de Vannier para ver si había nitratos de la pólvora. Cuando los encontraron, decidieron que sí que había sido un suicidio. Entonces a un poli llamado Lackey, de la Brigada de Homicidios, se le ocurrió investigar un poco sobre el revólver y descubrió que se había distribuido una descripción y que se buscaba un arma como aquella en relación con el asesinato de Phillips. Hench lo identificó, pero hubo algo mejor: encontraron media huella de su pulgar a un lado del gatillo, que, como no se había apretado de la manera normal, no se había borrado del todo.

Con todo eso en las manos y un juego de huellas de Vannier mejor que el que yo había podido dejar, fueron otra vez al apartamento de Phillips y al de Hench. Encontraron la mano izquierda de Vannier en la cama de Hench y uno de sus dedos en la parte inferior de la palanca de la cisterna del apartamento de Phillips. Entonces se trabajaron el vecindario con fotografías de Vannier y demostraron que había estado por el callejón dos veces y por una calle lateral tres veces, por lo menos. Lo curioso era que en el edificio de apartamentos nadie lo había visto, o nadie quería decirlo.

Lo único que faltaba entonces era un móvil. Y Teager tuvo la amabilidad de proporcionárselo al dejarse detener en Salt Lake City mientras intentaba venderle un doblón Brasher a un numismático que pensó que era auténtico pero robado. Tenía una docena más en el hotel, y uno de ellos resultó ser el de verdad. Les contó toda la historia y les enseñó una diminuta marca que le había servido para identificar la moneda auténtica. No sabía de dónde la había sacado Vannier y ellos nunca lo

averiguaron, porque, de haber sido robada, el asunto habría sido publicado en los periódicos lo suficiente para que el propietario saliera a la luz. Y el propietario nunca apareció. Y la policía dejó de interesarse por Vannier en cuanto se convenció de que había cometido un asesinato. Lo dejaron como suicidio, aunque tenían algunas dudas.

Al cabo de algún tiempo soltaron a Teager, porque no creían que tuviera ni idea de los asesinatos cometidos y lo único que tenían contra él era un intento de fraude. Había comprado el oro legalmente, y falsificar una moneda antigua del Estado de Nueva York no estaba contemplado por las leyes federales contra la falsificación. Utah no quiso saber nada de él.

Nunca se habían creído la confesión de Hench. Breeze dijo que la había utilizado solo para presionarme, por si acaso les estaba ocultando algo. Sabía que yo no habría podido quedarme callado si hubiera tenido pruebas de que Hench era inocente. El caso es que a Hench no le benefició en nada. Lo llevaron a ruedas de identificación y le cargaron, a él y a un espagueti llamado Gaetano Prisco, con cinco atracos a tiendas de licores, en uno de los cuales había muerto un hombre de un disparo. Nunca llegué a saber si Prisco era pariente de Palermo, pero de todos modos nunca lo atraparon.

—¿Le gusta? —me preguntó Breeze después de contarme todo esto.

—Hay dos detalles que no están claros —dije—. ¿Por qué huyó Teager y por qué Phillips vivía en Court Street con un nombre falso?

—Teager huyó porque el ascensorista le dijo que habían asesinado al viejo Morningstar y se olió una encerrona. Phillips utilizaba el nombre de Anson porque la compañía financiera le quería embargar el coche y él estaba prácticamente sin blanca y empezaba a desesperarse. Eso explica que un buen chico como él se dejara enredar en un asunto que desde el principio tuvo que parecer sospechoso.

Asentí y estuve de acuerdo en que pudo ser así.

Breeze me acompañó hasta la puerta. Apoyó una mano dura en mi hombro y apretó.

—¿Se acuerda del caso Cassidy que nos echó en cara a Spangler y a mí aquella noche en su piso?

—Sí.

—Le dijo a Spangler que no había existido tal caso Cassidy. Pero sí que lo hubo... con otro nombre. Yo trabajé en él.

Retiró la mano de mi hombro, me abrió la puerta y me sonrió, mirándome directamente a los ojos.

—A causa del caso Cassidy —dijo— y de cómo me hizo sentir, a veces le doy a un tío una oportunidad que a lo mejor no se merece. Así compenso con una pequeña parte de los millones sucios a alguien que trabaja duro... como yo... o como usted. Sea bueno.

Era de noche. Me fui a casa, me puse la ropa vieja de andar por casa, saqué el ajedrez, me preparé una copa y repasé otra partida de Capablanca. Tenía cincuenta y nueve movimientos. Ajedrez bello, frío, sin escrúpulos, casi siniestro de puro callado

e implacable.

Cuando terminé, escuché un rato por la ventana abierta y olfateé la noche. Después me llevé mi vaso a la cocina, lo lavé, lo llené de agua helada y me quedé de pie ante el fregadero, dando sorbitos y mirando mi cara en el espejo.

—Tú y Capablanca —concluí.

La verdad sobre el caso Cassidy

—No olvide que es un caso de asesinato, Marlowe.

—No lo olvido. Y no olvide usted que llevo mucho tiempo en esta ciudad, más de quince años. He visto un montón de casos de asesinato. Algunos se han resuelto, otros no se han podido resolver, y algunos se podrían haber resuelto pero no se resolvieron. Y uno o dos o tres de ellos se han resuelto mal. A alguien le pagaron para que cargara con las culpas, y lo más probable es que eso se supiera o se sospechara. Y se hizo la vista gorda. Pero dejemos eso. Ocurre a veces, pero no muy a menudo. Consideremos un caso como el de Cassidy. Supongo que se acordará, ¿verdad?

Breeze miró su reloj.

—Estoy cansado —dijo—. Vamos a olvidarnos del caso Cassidy. Centrémonos en el caso Phillips.

Negué con la cabeza.

—Quiero dejar clara una cosa, y es algo importante. Fíjese en el caso Cassidy. Cassidy era un hombre muy rico, un multimillonario. Tenía un hijo ya mayor. Una noche llamaron a la policía para que fuera a la casa. Se encontraron al joven Cassidy tendido de espaldas en el suelo, con sangre por toda la cara y un agujero de bala en un lado de la cabeza. Su secretario estaba también tendido de espaldas en un cuarto de baño contiguo, con la cabeza apoyada en la segunda puerta del cuarto de baño, que daba a un pasillo, y con un cigarrillo consumido entre los dedos de la mano izquierda, una colilla que le había quemado la piel de los dedos. Junto a su mano derecha había un revólver tirado. Le habían disparado en la cabeza, pero no era una herida de contacto. Allí se había bebido mucho. Habían pasado cuatro horas desde las muertes, y el médico de la familia había estado allí tres de las cuatro horas. Ahora dígame: ¿qué hicieron ustedes con el caso Cassidy?

Breeze suspiró.

—Homicidio y suicidio durante una borrachera. Al secretario se le cruzaron los cables y mató al joven Cassidy. Lo leí en los periódicos, o algo así. ¿Es eso lo que quiere que diga?

—Lo leyó en los periódicos —dije yo—. Pero no fue así. Y me atrevería a decir que usted sabía que no fue así, que el fiscal del distrito sabía que no fue así y que a los investigadores del fiscal los sacaron del caso en cuestión de horas. No hubo investigación. Pero todos los periodistas de sucesos de la ciudad y todos los polis de todas las unidades de Homicidios sabían que fue Cassidy el que disparó, que fue Cassidy el que estaba borracho perdido, que el secretario intentó contenerlo y no pudo, y que al final intentó huir de él, pero no fue lo bastante rápido.

El narrador es Philip Marlowe, el duro detective privado de Raymond Chandler. La escena es de *La ventana alta*, la tercera novela de Chandler. Los policías —Breeze y Spangler— están presionando a Marlowe, intentando conseguir que les diga para quién trabaja, pero Marlowe no quiere cooperar. Sigue hablando, dando más y más detalles sobre el caso Cassidy, hasta que Breeze lo corta:

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó Breeze.

—Mientras ustedes no sean dueños de sus propias almas —contesté—, no tendrán la mía. Mientras no se pueda confiar en que ustedes, todas y cada una de las veces, en todo momento y en cualquier circunstancia, buscarán la verdad y la encontrarán, caigan las cabezas que caigan..., hasta que llegue ese momento, tengo derecho a hacer caso a mi conciencia y a proteger a mi cliente de la mejor manera que pueda.

La escena es típica de los relatos de detectives: policías deshonestos, corrupción municipal, ricos que compran a la policía y el honrado detective privado que se asegura de que se haga justicia. Al teniente Breeze no le impresiona mucho la historia de Marlowe, pero a su joven compañero Spangler, sí. Más adelante, le dice a Marlowe:

—Oiga, me gustaría leer eso del caso Cassidy —comentó—. Parece interesante. Debió de ocurrir antes de mis tiempos.

—Fue hace mucho tiempo —dije—. Y no ocurrió nunca. Era solo una broma.

Pero ni Marlowe ni Chandler estaban bromeando.

Poco después de la medianoche del domingo 17 de febrero de 1929, el Departamento de Policía de Beverly Hills y el fiscal del distrito de Los Ángeles fueron llamados a Greystone, una mansión de treinta y cinco habitaciones en un terreno de cinco hectáreas. Encontraron dos hombres muertos. Uno era Edward L. Doheny hijo, de treinta y seis años, hijo de un petrolero multimillonario. El otro era Hugh Plunkett, el secretario de confianza del hijo. A los dos les habían disparado en la cabeza con la misma pistola del calibre 45.

La escena del crimen en Greystone

Doheny, vestido solo con ropa interior y un batín de seda, estaba boca arriba en la alfombra de un lujoso dormitorio de la planta baja. Una bala le había traspasado el cráneo de oreja a oreja. La sangre le cruzaba la cara en trazos que formaban un diseño cuadrulado y se acumulaba en un charco sobre la alfombra, alrededor de su cabeza. El cadáver de Plunkett estaba a cuatro metros de distancia, tendido sobre el vientre con los brazos abiertos, en el pasillo, nada más pasar la puerta del dormitorio.

El doctor E. C. Fishbaugh, conocido médico de la alta sociedad de Beverly Hills y médico de cabecera de la familia Doheny, fue el principal testigo de lo ocurrido aquella noche. Declaró que Hugh Plunkett padecía «una enfermedad nerviosa». El sábado por la tarde, 16 de febrero, Plunkett había acudido a Greystone para hablar con el doctor Fishbaugh y con Edward L. Doheny hijo, que intentaban persuadir al secretario de que ingresara en una clínica. Plunkett se había negado. Aquella noche, el doctor Fishbaugh fue a un cine de Hollywood a ver una comedia. Aproximadamente a las diez y media de la noche, recibió una llamada telefónica diciendo que lo necesitaban con urgencia en la mansión Doheny para que intentara aliviar a Plunkett, que tenía dolor de garganta y estaba histérico. Cuando llegó a Greystone, Fishbaugh fue recibido en la puerta por la señora Doheny, a la cual describió como tranquila y de buen humor. «Me dio la bienvenida», dijo Fishbaugh en su declaración al fiscal del distrito,

Y cuando le pregunté dónde se encontraba su marido, dijo que estaba en un cuarto para invitados, a la izquierda del pasillo que partía de la entrada principal.

La señora Doheny y yo echamos a andar por el pasillo, uno junto a otro. De pronto, a través de la puerta entreabierta que divide en dos el pasillo, vi a Plunkett que venía hacia nosotros. «Fuera de aquí», gritó. Luego cerró la puerta de golpe. Un momento después oímos un tiro.

Le dije a la señora Doheny que volviera al salón, y a continuación abrí la puerta y vi a Plunkett tirado boca abajo frente a la puerta de la alcoba.

Fishbaugh pasó junto al cuerpo de Plunkett y entró en el cuarto de invitados, donde encontró a Doheny muerto, junto a una silla volcada. En su declaración dijo

que solo oyó un tiro, el que sonó justo después de que Plunkett cerrara de golpe la puerta del pasillo. La señora Doheny declaró que antes había oído un ruido que podría haber sido un disparo, pero que en aquel momento pensó que sería «alguien que había volcado un mueble, o algo así». No había oído ninguna discusión entre su marido y el secretario.

Cuando ella y el doctor Fishbaugh encontraron los cadáveres, la señora Doheny llamó a sus dos hermanos, Warren y Clark Smith, y a su cuñado, Anson Lisk. Lisk vivía en una casa dentro de la misma propiedad, y llegó a casa de los Doheny a los pocos minutos. Los hermanos Smith llegaron poco después, y llamaron a la policía de Beverly Hills y al fiscal del distrito, Buron Fitts, que se presentaron a eso de la medianoche. Poco después de las dos de la mañana, los investigadores de Fitts estaban en la casa.

El crimen ocurrió demasiado tarde para salir en los periódicos matutinos del domingo, pero apareció en las ediciones del lunes de todo el país, incluyendo la primera plana del *New York Times*. El asesinato de un rico siempre es noticia, pero Edward L. Doheny hijo no era un rico cualquiera.

Su padre, Edward L. Doheny, habría podido ser un personaje de una novela de Horatio Alger. Nació en Wisconsin en 1856, hijo de inmigrantes irlandeses y católicos. A los quince años terminó la enseñanza media (como representante de su clase) y consiguió un trabajo de mulero para un equipo de agrimensores del Gobierno en Arizona y Nuevo México. Aprendió los fundamentos de la agrimensura, pero no tardó en dedicarse a buscar oro y plata en los desiertos y montañas del suroeste.

Catorce años después, en 1892, Doheny estaba en Los Ángeles, California. Había ganado bastante dinero con la prospección, pero una serie de empresas fallidas lo había dejado en la ruina. Todavía seguía buscando su gran oportunidad, y cuando esta llegó la agarró con las dos manos. Doheny iba andando por una calle de Los Ángeles cuando vio un carro lleno de tierra negra y rezumante. Le preguntó al carretero qué era aquello, y el carretero le dijo que era brea y que venía de la zona de Westlake Park. Doheny sabía que donde hay brea hay petróleo. Él y un socio arrendaron un poco de tierra en Westlake, contrataron a un perforador y encontraron petróleo a sesenta y ocho metros de profundidad. El hallazgo de Doheny disparó el boom del petróleo en Los Ángeles. En la siguiente década se perforaron mil quinientos pozos en la ciudad y sus alrededores. En 1912, la región estaba produciendo 4,4 millones de barriles al año. El propio Doheny poseía ochenta y un pozos de petróleo en la ciudad, y expandió rápidamente sus actividades por todo el estado de California. La fiebre del petróleo fue el primer paso de la transformación de Los Ángeles, una pequeña ciudad del Oeste, en una importante metrópolis estadounidense. Edward L. Doheny fue, en cierto sentido, uno de los padres fundadores de la ciudad.

En la década de los ochenta, Doheny se había casado con su primera esposa, una

mujer llamada Carrie de la que se sabe poco. Su único hijo, Edward, nació en 1894. Al parecer, Doheny se separó de Carrie a finales de siglo, y el 22 de agosto de 1900 se casó con su segunda esposa, Estelle. En 1901 compraron una mansión en Chester Place número 8, la calle más prestigiosa de la ciudad. Doheny y su mujer remodelaron toda la casa, comprando una cúpula de cristal de Tiffany, columnas de mármol de Italia y un piano Steinway lacado en oro. Estelle Doheny se convirtió en una ávida coleccionista de joyas, orquídeas, pisapapeles y libros. La familia poseía un rancho de ciento sesenta hectáreas en Beverly Hills —donde después se construiría la mansión de su hijo—, además de un yate y un parque con ciervos, monos y loros domesticados. En ese mundo se crió Edward L. Doheny hijo. («Ned» para sus amigos).

Ned Doheny entró en Stanford en 1912 y un año después se pasó a la Universidad del Sur de California para estudiar derecho. En junio de 1913 se casó con Lucy Smith, hija de un vicepresidente de la Compañía Ferroviaria de Santa Fe. Cuando se graduó por la USC en 1916, Ned se convirtió en uno de los vicepresidentes de la empresa de su padre. Durante la Primera Guerra Mundial sirvió como teniente en la Marina, y después volvió a Los Ángeles para seguir en el negocio del petróleo.

Ned encontró un valioso asistente en Hugh Plunkett, un hombre que —como el viejo Doheny— había prosperado a base de trabajo duro y un poco de suerte. Plunkett había nacido en Kansas y se trasladó a los Ángeles con su familia en 1912. Encontró trabajo como cambiador de neumáticos en una estación de servicio cuyo propietario era W. H. Smith, el padre de la prometida de Doheny. Plunkett trabajaba con frecuencia en vehículos de la familia Doheny, y cuando Ned y Lucy se casaron en 1913, fue contratado como chófer de la familia. Poco a poco fue ganándose la confianza de todos, y en 1920 ya estaba supervisando las actividades en la mansión. Plunkett intervino en muchos detalles de la construcción de Greystone, incluyendo la firma de cheques en nombre de Doheny para pagar a los contratistas, cuyas facturas ascendían a cientos de miles de dólares.

Fue en esta época cuando Ned Doheny, su padre y Hugh Plunkett se vieron envueltos en uno de los escándalos políticos más sonados de la historia de Estados Unidos: el Teapot Dome.

El origen del escándalo fueron los esfuerzos de las compañías privadas por tener acceso a las reservas navales de petróleo, tierras de propiedad federal reservadas para asegurar que la Armada y el Ejército tuvieran un suministro adecuado de combustible en tiempo de guerra. La administración de Woodrow Wilson se había opuesto a las concesiones privadas, pero el ambiente cambió cuando Warren Harding fue elegido presidente en 1920. En 1922, Albert B. Fall, secretario de Interior de Harding y viejo amigo de Edward Doheny, arrendó en secreto la reserva de Teapot Dome a la compañía Mammoth Oil de Harry F. Sinclair y la reserva de Elk Hills a la Pan-

American Petroleum Company de Doheny. No hubo concurso para los contratos, y un día después de que Doheny firmara los documentos iniciales, recibió una llamada telefónica de Fall, diciéndole que ya podía enviar el «préstamo» del que habían hablado previamente. Ned Doheny y Hugh Plunkett retiraron cien mil dólares en efectivo de la cuenta de Ned en la agencia de inversiones Blair and Company, los metieron en un maletín negro y se los entregaron a Albert Fall en el hotel Wardman Park de Washington. Harry Sinclair había hecho un acuerdo similar con Fall y le pagó unos doscientos sesenta mil dólares en bonos Liberty.

Estos tratos permanecieron en secreto hasta la muerte de Warren Harding en 1923, cuando Calvin Coolidge emprendió una investigación sobre las actividades de Fall. La Comisión del Senado sobre Tierras y Prospecciones Públicas pidió informes sobre las concesiones de la reserva naval, y el escándalo no tardó en hacerse público. Fall, Sinclair y Doheny fueron llamados a declarar ante la Comisión, y acabaron siendo procesados por soborno y conspiración para defraudar al Gobierno. Los procesos judiciales duraron casi una década, y las investigaciones iniciadas a raíz del escándalo de Teapot Dome destaparon una red de corrupción en la administración Harding, que la ponía a la altura de la de Ulysses S. Grant como la más sobornada de la historia de Estados Unidos.

Dos procesos civiles dieron como resultado la cancelación de las concesiones sobre la reserva naval, pero en un juicio penal Doheny fue absuelto de conspiración para defraudar al Gobierno. Todavía tenían que afrontar un cargo penal más: soborno. Albert Fall tenía que ser juzgado el 7 de octubre de 1929. Si Fall era absuelto, Doheny padre quedaría absuelto también. Si no, Doheny tendría que comparecer a juicio en marzo de 1930. Ned Doheny y Hugh Plunkett estaban citados como testigos en el juicio de Fall. Ninguno de los dos vivió para testificar.

El lunes siguiente al asesinato/suicidio, el *Los Angeles Times* dedicó tres páginas a la investigación, incluyendo un detallado resumen de la declaración del doctor Fishbaugh ante el fiscal del distrito, informes sobre las vidas de Ned Doheny y Hugh Plunkett, así como un esquema de media página de la escena del crimen y los aparentes movimientos de Plunkett. El fiscal del distrito, Buron Fitts, anunció que iba a emprender «una exhaustiva investigación de los hechos que rodearon el homicidio de Edward L. Doheny hijo». El caso parecía que iba a unirse a los de Snyder-Grey y Leopold-Loeb como uno de los crímenes más espectaculares de los años veinte.

No fue así. Al día siguiente, martes 19 de febrero, el *Times* solo dedicó una columna al caso. Menos de veinticuatro horas después de anunciar «una investigación exhaustiva», Fitts declaró que «puesto que la persona responsable de la tragedia había muerto», no se haría una indagación judicial. Se firmaron los certificados de fallecimiento y el caso se cerró como homicidio seguido de suicidio. El resto del artículo hablaba de los preparativos para el entierro de Ned Doheny y del estado

emocional de la familia.

El último párrafo revelaba un nuevo dato que no se conocía el día anterior: Ned Doheny no había muerto inmediatamente después de ser tiroteado por Plunkett, sino que vivió «hasta un momento después de que el doctor Fishbaugh entrara corriendo en la habitación al oír el disparo con el que el secretario se quitó la vida». El detalle parecía trivial e irrelevante. El periódico del miércoles incluía una breve crónica del entierro de Ned Doheny, y después no se volvió a hablar del caso. Se había bajado el telón.

Entra en escena Leslie White, de la Oficina del Fiscal del Distrito

No todo el mundo quedó satisfecho con la explicación oficial de las muertes. Uno de los escépticos era Leslie T. White, un investigador que se acababa de incorporar a la Oficina del Fiscal del Distrito. La muerte de Doheny ofreció a White su primera experiencia de un «asunto verdaderamente gordo», y él se sumergió en el caso con entusiasmo. El informe de la investigación de White está recogido en su autobiografía de 1936, *Me, Detective*, un libro que se publicó con poca alharaca y que casi inmediatamente se perdió en la oscuridad. No obstante, estas memorias ofrecen una versión única y extraoficial de lo ocurrido en Greystone en la noche del 17 de febrero de 1929, y los detalles no coinciden con la versión oficial. White contaba que fue llamado a la mansión Doheny a las dos de la madrugada. Allí encontró al fiscal del distrito Fitts, a la policía de Beverly Hills y una escena muy parecida a la que se describía en los periódicos: Ned Doheny muerto, boca arriba en el cuarto de invitados, y Plunkett de bruces en el pasillo. White se puso a trabajar, reuniendo pruebas físicas e interrogando a los testigos. El doctor Fishbaugh, la señora Doheny y el personal de servicio habían tenido tiempo de sobra para recuperar la compostura entre la hora de los disparos y la llegada de la policía. Sus testimonios, según escribió White, «coincidían con notable precisión». Habían oído un alboroto, se habían acercado a ver qué pasaba y se habían encontrado en el pasillo con Plunkett, que cerró la puerta de golpe y un momento después se quitó la vida. Pero según White, una testigo

... declaró que los tiros, todos ellos, se habían disparado en rápida sucesión, en menos de un segundo [...] «Uno, dos, tres», los describió ella.

Esta historia no concordaba del todo con los hechos físicos que yo encontré, y con un sobresalto empecé a sospechar que algo estaba mal.

Además, cuando examinó el cadáver de Plunkett en el suelo, White descubrió que en la mano izquierda tenía un cigarrillo, sujeto «de tal forma que le habría sido imposible abrir la puerta y amenazar a los testigos como estos habían declarado. Según su versión, tenía la pistola en la mano derecha».

White descubrió más indicios sospechosos después de llevar los cadáveres al

depósito para examinarlos: «Encontré abrasiones de pólvora alrededor del orificio del balazo en la cabeza de Doheny, lo que demostraba que la pistola estaba a menos de siete centímetros de su cabeza en el momento de disparar. No encontré marcas similares en la cabeza de Plunkett». En la escena del crimen, White había descubierto el arma asesina bajo el cuerpo de Plunkett. Aunque Plunkett llevaba varias horas muerto, el arma todavía estaba caliente. A modo de prueba, White disparó el arma muchas veces, pero comprobó que «no se calentaba de manera apreciable». No había huellas dactilares en la pistola, y White no supo explicarse cómo había podido mantenerse tan caliente durante tanto tiempo. La hipótesis inicial de White era que Plunkett no había matado a Doheny y que en el caso había «algo amañado».

White continuó su investigación durante la noche, y por la mañana presentó su informe al fiscal del distrito, Fitts. Le comunicó sus sospechas sobre las declaraciones de los testigos, pero reconoció que tenía reparos ante la idea de meterse con una familia tan poderosa como los Doheny. White contaba que Fitts enrojeció y sentenció: «No hay en Estados Unidos un hombre lo bastante importante para impedirme llevar a cabo una investigación criminal». Fitts parecía decidido a seguir adelante con la investigación y citó a varios de los testigos —entre ellos al doctor Fishbaugh— a declarar en el juzgado.

En esta sesión, Fitts llevó la voz cantante, y White solo intervino una vez para hacer unas cuantas preguntas, que obtuvieron una extraña respuesta:

—Doctor, usted estaba en la casa cuando sonaron los disparos, y entró corriendo en el dormitorio unos segundos después. ¿Es eso correcto?

El doctor asintió.

—¿Doheny estaba muerto cuando usted llegó?

El doctor volvió a asentir.

—¿Y el cuerpo no se movió en modo alguno?

—No se movió.

—Entonces, doctor, como médico experimentado, ¿tendría la bondad de explicarme cómo pudo la sangre correr hacia arriba desde las orejas y formar regueros cruzados en la cara de un hombre que nunca dejó de estar boca arriba?

El médico vaciló. Estaba atrapado y lo sabía. En voz baja, reconoció que el joven Doheny había seguido vivo durante unos veinte minutos después de los disparos, y que durante ese tiempo él lo había levantado y después lo había vuelto a dejar en el suelo.

White no dio mucha importancia a este cambio en el relato del doctor. Fishbaugh, limitándose a añadirlo a la lista de detalles sospechosos. Pero la revelación de que Doheny no murió hasta bastante después de ser tiroteado apareció en los periódicos del martes, 19 de febrero. Su aparición en la prensa da credibilidad a la historia de Leslie White. Como mínimo, parece que sí que había algo «amañado» en el caso Doheny.

Uno de los elementos más curiosos del crimen es que ocurrió muy poco antes de la fecha en que Ned Doheny y Hugh Plunkett estaban citados para declarar en el juicio contra Albert Fall por soborno. Según afirmaban ellos, los Doheny llevaban varias semanas intentando convencer a Plunkett de que ingresara en una clínica. En

una declaración oficial publicada al día siguiente del tiroteo, el abogado de la familia Doheny aseguró que «hace pocas semanas, Plunkett mostró señales de una crisis nerviosa». Esta explicación basada en la locura se reprodujo fielmente en la prensa, aunque nadie ajeno a la familia Doheny y sus empleados aportó ninguna evidencia de esta inestabilidad. La exmujer de Plunkett les dijo a los periodistas que nunca había visto signos de demencia en su exmarido, aunque de vez en cuando sufría accesos de ira.

Plunkett no fue el único testigo que no pudo declarar en el juicio por soborno. Ned McLean, que había sido testigo en las anteriores audiencias de la Comisión del Senado, al parecer también se volvió loco. Cuando llegó el juicio de Fall, McLean estaba recluido en un manicomio.

Si no hubiera habido más, el caso de homicidio/suicidio no habría pasado de ser una curiosa anécdota histórica. Pero hubo algo más: el caso llamó la atención de Raymond Chandler.

En febrero de 1929, Chandler todavía no había escrito una sola línea de ficción policíaca. Tenía cuarenta años y era ejecutivo en la industria del petróleo de California. Era un trabajo anómalo para un hombre con sus antecedentes. Había nacido en Chicago en 1888. Cuando sus padres se divorciaron en 1895, él y su madre se trasladaron a Inglaterra. Chandler se crió en el ambiente de los colegios privados ingleses y recibió una educación clásica en el Dulwich College. Después de graduarse, trabajó brevemente en las oficinas del Almirantazgo, antes de decidir hacer carrera como hombre de letras. Publicó algunas poesías muy románticas y reseñas de libros bastante flojas en varias revistas literarias de Londres, pero al cabo de unos años se dio cuenta de que así nunca podría ganarse la vida.

En 1912, Chandler pidió dinero prestado a su tío y volvió a Estados Unidos para intentar buscarse la vida. Acabó instalándose en Los Ángeles, adonde llegó, según sus propias palabras, «con un bonito guardarropa, acento de colegio privado, ningún talento práctico para ganarme la vida y desprecio por los nativos». Encontró una serie de trabajos ocasionales, asistió a una escuela nocturna y acabó consiguiendo un empleo de contable en el Dabney Oil Syndicate. En 1929, había sido ascendido hasta el cargo de vicepresidente, y era ejecutivo o directivo en media docena de compañías petroleras que funcionaban bajo el paraguas de Dabney.

No está muy claro cuánto sabía Chandler de la familia Doheny. No ha sobrevivido ninguna de sus cartas anteriores a 1938. Lo poco que se sabe de los años de Chandler en la industria del petróleo se ha reconstruido a partir de comentarios suyos en cartas escritas mucho después, y de entrevistas con varios de sus compañeros de trabajo (realizadas en los años setenta por Frank MacShane, el biógrafo de Chandler). El apellido Doheny no aparece en estas fuentes, pero Chandler —como ejecutivo en la industria petrolera de California— tenía que saber

perfectamente quién era Doheny y es muy probable que hubiera coincidido con él en alguna que otra ocasión.

¿Cómo consiguió Chandler la información sobre el caso Doheny/Plunkett, información que incorporó a *La ventana alta*? Existen varias posibilidades.

La primera es que se enterara de la mayor parte gracias a sus colegas de la industria del petróleo. Al fin y al cabo, el crimen no solo salió en primera página de los periódicos de Los Ángeles, sino que implicaba a primeras figuras de la industria petrolera californiana. Aunque Chandler no tuviera mucho contacto personal con la familia Doheny, sin duda conocía a gente que sí lo tenía.

Una fuente más probable son las memorias de Leslie White, *Me, Detective*. A pesar de que Chandler perdió su trabajo en la industria del petróleo en 1932 —lo despidieron a causa de sus problemas con la bebida, su absentismo y una serie de aventuras con secretarias de la oficina—, se inscribió en el Directorio de los Ángeles como escritor y empezó a aprender el oficio de modo autodidacta. A diferencia de Dashiell Hammett, que había sido detective de la agencia Pinkerton antes de ponerse a escribir, Chandler no tenía ninguna experiencia de primera mano en investigaciones criminales. Tuvo que aprender, leyendo relatos de intriga y libros sobre armas de fuego, metodología policial, interrogatorio y toxicología. Un libro como *Me, Detective*, que se publicó durante el período de aprendizaje de Chandler, habría sido un añadido ideal a su biblioteca.

Chandler habría podido sacar algunos de sus datos —como las posiciones de los cuerpos y la presencia del médico de la familia en la escena— de las crónicas de los periódicos, pero muchos de los detalles del caso Cassidy solo aparecen en el libro de White. La cabeza de Doheny, por ejemplo, presentaba una herida de contacto, y la de Plunkett, no: una aparente contradicción con la versión oficial, en la que Plunkett fue quien disparó. Chandler incorpora también el detalle del cigarrillo que se encontró en la mano izquierda del secretario, consumido hasta el punto de haberse quemado la piel. En la versión de Chandler, Marlowe dice que pasaron cuatro horas entre los disparos y la llamada a la policía. Pero en las crónicas periodísticas del crimen se dice repetidamente que los disparos tuvieron lugar entre las diez y las once de la noche, y que la policía de Beverly Hills estaba en la casa a medianoche: un intervalo de una o dos horas. La explicación más probable de esta discrepancia es que Chandler se estaba basando principalmente en lo que se cuenta en *Me, Detective*. White dice que a él lo llamaron para que acudiera a Greystone a las dos de la mañana, pero no hace mención de la hora a la que se llamó a la policía. La diferencia de cuatro horas parece ser una simple suposición de Chandler.

Queda otra posibilidad como fuente de Chandler: puede que oyera la historia de boca del mismo White. En 1932, el mismo año en que Chandler fue despedido de la industria petrolera, White dimitió como investigador de la Oficina del Fiscal del Distrito. Igual que Chandler, decidió hacer carrera escribiendo ficción. White empezó a escribir para las revistas pulp, y los siguientes treinta años escribió unos quinientos

relatos y artículos, y veinte libros. También escribió guiones para Hollywood, una profesión que Chandler compartiría en los años cuarenta. Los escritores pulp de Los Ángeles formaban una red bastante unida durante la Depresión, y tanto White como Chandler eran amigos de Erle Stanley Gardner (el creador de Perry Mason). No hay constancia de encuentros entre los dos, pero dadas las circunstancias de sus carreras, parece probable que se conocieran. De ser así, Chandler habría podido obtener información de primera mano sobre el caso Doheny, de un hombre que había estado allí.

Las conexiones entre la familia Doheny, Leslie White y Raymond Chandler son muy interesantes, pero no ofrecen una explicación concreta de lo que ocurrió aquella noche de 1929 en la mansión Doheny. La pregunta de Marlowe a los inspectores Breeze y Spangler es muy válida: «¿Qué hicieron ustedes con el caso Cassidy?».

Nunca se contará la historia completa. Leslie White pareció conformarse con dejarlo correr, limitándose a señalar el caso como un ejemplo más del poder del dinero para comprar exención del escrutinio legal y público. Dan La Botz, biógrafo de Edward L. Doheny padre, relaciona el homicidio/suicidio con la posibilidad de que Hugh Plunkett testificara en contra de los Doheny en el inminente juicio a Albert Fall por cohecho, pero se abstiene de señalar un culpable concreto del crimen. Los dos escritores parecen conformarse con describir el homicidio/suicidio como «poco claro» y dejarlo ahí.

Lo que verdaderamente importa del caso Cassidy/Doheny no es quién disparó contra quién y ni siquiera si existía una relación con el escándalo de Teapot Dome. Sigue en pie el hecho de que había indicios más que suficientes de juego sucio para que el fiscal del distrito emprendiera una investigación a fondo y para que los periódicos montaran un escándalo alrededor de las muertes. No ocurrió ninguna de las dos cosas. Gracias al poder de los petrodólares de Doheny, el caso se cerró a toda prisa y una manta de silencio cayó sobre la prensa.

No obstante, el homicidio/suicidio dejó un duradero legado en la cultura estadounidense. El caso Doheny no solo impregna las novelas de Raymond Chandler, sino que, dada la posición de Chandler como uno de los padres fundadores del relato policial *hardboiled*, impregna todo el género de intriga. Los patrones establecidos por Chandler en sus novelas de Marlowe fueron asumidos por los escritores que siguieron sus pasos y se han abierto camino en el cine y la televisión. Se han convertido en estereotipos.

Chandler insistió en sus cartas y ensayos en que lo que hizo fue tomar la forma existente del relato de crímenes y misterio y hacerla realista, sacándolo de las rosaledas y vicarías inglesas y situándolo en las malas calles donde de verdad se cometían crímenes. Así lo explicaba él:

El realista en cuestión de asesinatos escribe sobre un mundo en el que los gánsteres pueden gobernar naciones y casi gobiernan ciudades, donde los hoteles y edificios de apartamentos y restaurantes famosos son propiedad de hombres que hicieron fortuna con burdeles, donde una estrella de cine puede ser un gancho de la mafia, y ese tipo simpático que vive en tu mismo piso es el jefe de una lotería clandestina; un mundo en el

que un juez con una bodega llena de licor de contrabando puede mandar a un hombre a la cárcel por llevar una petaca de licor en el bolsillo, donde el alcalde de tu pueblo puede haber aprobado un asesinato como medio para ganar dinero, donde nadie puede caminar seguro por una calle oscura porque la ley y el orden son cosas de las que hablamos pero nos abstenemos de practicar...

Chandler era un romántico desilusionado, un chico de colegio privado inglés que al crecer aprendió que el mundo no se rige por un código de caballeros..., y quedó escandalizado por esta lección. Y desde luego, sería de tontos decir que Los Ángeles no era más que un infernal hervidero de pecado y corrupción. No obstante, había razones reales y concretas para que Chandler llegara a estas conclusiones. Cuando él estaba explorando la ciudad y descubriéndola, Los Ángeles estaba verdaderamente controlada por un círculo intocable de millonarios. La policía y la prensa estaban sometidas al poder del dinero y de las organizaciones criminales, y la ley se podía comprar por el precio adecuado.

Buron Fitts, el fiscal de distrito que dirigió la abortada investigación sobre las muertes en la mansión Doheny, había sido elegido por su condición de reformista. En 1928, Fitts había sido designado por el fiscal general del Estado como fiscalía especial contra Asa Keyes, el fiscal titular del distrito de Los Ángeles, que estaba procesado por cargos de conspiración delictiva por dar y recibir sobornos. La acusación de Fitts tuvo éxito, y él utilizó la publicidad para ser elegido sucesor de Keyes.

Pero por mucho celo reformista que el nuevo fiscal tuviera al principio de su mandato —y Leslie White aseguraba que Fitts hizo un «valiente intento de llegar a la verdad» en el caso Doheny—, no tardó en aprender que los poderes que controlaban Los Ángeles eran demasiado fuertes para hacerles frente. Fitts se convirtió rápidamente en una pieza de la maquinaria. Durante su década en el cargo, se ganó reputación de hombre que protegía a sus amigos —y a cualquiera con suficiente dinero— del peligro de procesamiento.

En 1934, Fitts fue acusado de veintiún cargos, incluyendo perjurio y aceptación de sobornos, aunque un jurado lo absolvió en 1936. Fitts también tenía contactos importantes en Hollywood. Recibía lujosos regalos de productores y estrellas, y se podía contar con él para evitar que las celebridades se vieran implicadas en procesos escandalosos. Budd Schulberg, hijo de un magnate de los estudios y guionista durante la era Fitts, recuerda que «Buron Fitts estaba completamente en el bolsillo de los productores. Literalmente podías encargarte un asesinato, y no saldría en los periódicos».

El caso Doheny fue una de las primeras de las muchas concesiones de Fitts a la influencia política del dinero. Y no fue él el único. Su carrera siguió el patrón habitual de los funcionarios públicos de Los Ángeles. Entre 1915 y 1940, todos los alcaldes, fiscales del distrito y *sheriffs* del condado se habían presentado con un programa reformista; todos tuvieron que dejar el cargo en menos de dos años o se volvieron tan corruptos como sus predecesores. Estos cargos públicos caminaban en la cuerda floja entre los intereses de los hombres de negocios conservadores

(apoyados por Harry Chandler, el editor del *Los Angeles Times*) y la sólida red del crimen organizado.

Con frecuencia, el cuerpo de policía servía más para proteger a los gánsteres establecidos de la competencia emergente que para erradicar la delincuencia. Los policías pisoteaban de manera rutinaria los derechos constitucionales, practicando detenciones sin orden judicial, tendiendo trampas a los líderes reformistas, maltratando brutalmente a los detenidos y protegiendo los intereses de la industria del vicio. Un observador como Chandler, que había vivido en la ciudad durante varias décadas, habría presenciado un desfile continuo de campañas antivicio y candidaturas reformistas, todas las cuales hacían mucho ruido y ninguna de las cuales conseguía prácticamente nada. No es de extrañar, pues, que tanto Chandler como White llegaran a la conclusión de que era el sistema en conjunto lo que estaba corrupto, y que poco podía hacer un individuo —por muy honrado que fuera— para cambiarlo.

Estas conclusiones se pueden apreciar en la manera en que Chandler retrata a la policía en sus novelas. Muchos comentaristas han señalado que Chandler llenó sus relatos de policías brutales y corruptos, pero no es exactamente así. Muy pocos de los policías de Chandler son verdaderamente corruptos. Casi todos son hombres de familia duros y trabajadores, que se esfuerzan por hacer un trabajo honrado a pesar de la corrupción del sistema.

Y de eso tratan en el fondo las novelas de Chandler: no del delito, no del sexo, no del asesinato, sino de los esfuerzos de un individuo solitario con sentido del honor y de la dignidad, que intenta desenvolverse en un mundo hostil a la honradez. Chandler no era reformista. Era por naturaleza bastante conservador. Jamás apoyó un programa de cambio social. Si sus cartas sirven de indicación, a Chandler le interesaba muy poco la política y no investigó mucho la corrupción en la vida real. Sus historias policíacas funcionaban más bien como metáforas de su amarga visión de la vida moderna en conjunto.

En muchos aspectos, da la impresión de que Chandler se veía a sí mismo como un personaje parecido a Marlowe. Sus experiencias con el Dabney Oil Syndicate lo convencieron de que el negocio del petróleo era poco más que una mafia, pero se enorgullecía de su actuación como ejecutivo y gerente. En una carta, Chandler se jactaba de que «de alguna manera, siempre parecía que estaba metido en una pelea». Recordaba un incidente en el que un coche chocó con uno de los camiones de la empresa, y los pasajeros presentaron una querrela por daños. La compañía de seguros quería llegar a un acuerdo, pero Chandler insistió en llevar el caso a los tribunales. Ganó. En otro incidente, en el que la empresa presentó acusaciones contra un malversador, Chandler aseguraba que en el juicio «tuve que sentarme al lado del ayudante del fiscal del distrito y decirle qué preguntas tenía que hacer. El muy idiota no conocía su propio caso».

Chandler afrontó el oficio de escritor con la misma actitud. Decidió escribir para las revistas policíacas pulp porque le ofrecían la posibilidad de escribir ficción

honrada. En cambio, las revistas de papel cuché (como el *Saturday Evening Post*) mostraban una «falta de honradez básica en cuestiones de personajes y motivaciones». Chandler consideraba las bibliotecas de alquiler «un negocio mafioso», y le reventaba tener que repartir al cincuenta por ciento con su editor los derechos de la edición de bolsillo y los derechos cinematográficos. Los agentes literarios eran sanguijuelas corruptas que, como dice el abrasivo título de uno de sus ensayos, se llevaban «El diez por ciento de tu vida».

Chandler terminaba una de sus cartas sobre sus fatigas en la industria del petróleo diciendo «Puede que esto suene un poco duro (*hardboiled*), pero en realidad yo no era así. Solo estaba haciendo lo que me parecía que era mi trabajo. Siempre ha sido una lucha, ¿no?». Las palabras muy bien podrían ser de Philip Marlowe.

El detective de Chandler no es heredero del vaquero solitario de los westerns. Marlowe es un hombre honrado que lucha por unas migajas de justicia en un mundo corrupto, pero no puede triunfar. Al fin y al cabo, el individuo honrado está impotente frente al sistema corrupto. Marlowe procura mantener impoluta su integridad, pero sus casos lo llevan una y otra vez a situaciones en las que su código de conducta ya no puede funcionar. Como dice al final de *El sueño eterno*: «Yo mismo era parte ya de aquellos desechos».

El caso Cassidy es solo una parte muy pequeña de una de las siete novelas de Chandler, una mera digresión de tres páginas en medio de la historia. Pero vuelve a él al final del libro. Breeze le da a Marlowe un poco de tiempo para actuar en el caso de Anson Phillips, y cuando Marlowe resuelve el misterio, él y Breeze se reúnen para atar los cabos sueltos:

—¿Se acuerda del caso Cassidy que nos echó en cara a Spangler y a mí aquella noche en su piso?

—Sí.

—Le dijo a Spangler que no había existido tal caso Cassidy. Pero sí que lo hubo... con otro nombre. Yo trabajé en él.

Retiró la mano de mi hombro, me abrió la puerta y me sonrió, mirándome directamente a los ojos.

—A causa del caso Cassidy —dijo— y de cómo me hizo sentir, a veces le doy a un tío una oportunidad que a lo mejor no se merece. Así compenso con una pequeña parte de los millones sucios a alguien que trabaja duro..., como yo... o como usted. Sea bueno.

No es una gran victoria moral, pero en una ciudad como Los Ángeles de antes de la guerra, Chandler parece estar diciendo que es lo máximo que un hombre honrado puede conseguir.

ROBERT F. MOSS



RAYMOND THORNTON CHANDLER (Chicago, 1888 - La Jolla, California, 1959) es el gran maestro de la novela negra americana. Nació en Chicago, pero pasó la mayor parte de su infancia y juventud en Inglaterra, donde estudió en el Dulwich College y acabó trabajando como periodista freelance en *The Westminster Gazette* y *The Spectator*. Durante la Primera Guerra Mundial, se alistó en la Primera División Canadiense, que servía en Francia, y más adelante entró a formar parte de la Royal Air Force (RAF). En 1919 regresó a Estados Unidos y se instaló en California, donde ejerció como directivo de varias compañías petroleras independientes. Sin embargo, la Gran Depresión terminó con su carrera en dicho sector en 1933. Chandler tenía cuarenta y cinco años cuando empezó a escribir relatos detectivescos para revistas baratas de género negro, más conocidas como pulps: *Black Mask*, *Dime Detective*. Sus novelas destacan por un realismo duro y una mirada social crítica. En *El sueño eterno* (1939), su primera novela, presentó en sociedad al impetuoso pero noble Philip Marlowe. Pronto la siguieron *Adiós, muñeca* (1940), *La ventana alta* (1942), *La dama del lago* (1943), *La hermana menor* (1949), *El largo adiós* (1953) y *Playback* (1958). Mantuvo una relación estrecha y turbulenta con Hollywood, donde sus novelas fueron llevadas a la gran pantalla y para cuya industria cinematográfica trabajó de guionista entre 1943 y 1950. En 1958 fue elegido presidente de la organización Mystery Writers of America. Murió en La Jolla, California, el 26 de marzo de 1959.

Notas

[1] Iniciales de *Medical Doctor*, «doctor en Medicina». (N. del E.) <<